TOMAS CAMPANELLA

LA MONARQUIA HISPANICA

Traducción del latín,
prólogo y notas críticas de
PRIMITIVO MARIÑO

CENTRO DE ESTUDIOS CONSTITUCIONALES
MADRID, 1982

Primera edición: 1982

ISBN: 84-259-0670-9

Depósito legal: M. 40.405.—1982

Printed in Spain. Impreso en España

ARTES GRÁFICAS BENZAL, S. A. - Virtudes, 7 - MADRID-3

INDICE

			Págs.
PRÓLOGO			VII
DEDICATORIA			1
AL BENÉVOLO LECTOR			5
PROEMIO			7
CAP.	I.	Las causas de los principados humanos ...	8
CAP.	II.	Las causas del Imperio español	12
CAP.	III.	La causa primera del Imperio: Dios	14
CAP.	IV.	El Imperio español según la causa primera.	18
CAP.	V.	La causa segunda, que es la prudencia ...	27
CAP.	VI.	De qué modo se debe tratar con los eclesiásticos	39
CAP.	VII.	Qué se puede aducir de la prudencia y la oportunidad	45
CAP.	VIII.	Causas por las que la monarquía española puede engrandecerse o debilitarse	46
CAP.	IX.	El Rey	47
CAP.	X.	Las ciencias con que el Rey es digno de admiración	64
CAP.	XI.	Las leyes buenas y las malas	69

Págs.

CAP. XII. El consejo 72
CAP. XIII. La justicia y su contenido 77
CAP. XIV. Barones y nobles del Imperio español ... 80
CAP. XV. El ejército 87
CAP. XVI. El erario o tesoro de España 103
CAP. XVII. El amor y odio del pueblo, y las conjuraciones 117
CAP. XVIII. Los oradores y las profecías 130
CAP. XIX. Los reinos de España, los reinos hostiles, unidos y separados 143
CAP. XX. España 155
CAP. XXI. Italia 160
CAP. XXII. Sicilia y Cerdeña 167
CAP. XXIII. Alemania 171
CAP. XXIV. Francia 176
CAP. XXV. Inglaterra, Escocia e Irlanda 189
CAP. XXVI. Polonia, Moscú y Transilvania 197
CAP. XXVII. Flandes y Alemania Inferior 200
CAP. XXVIII. Africa 230
CAP. XXIX. Persia y Catajo 234
CAP. XXX. El Gran Turco y su Imperio 238
CAP. XXXI. El otro hemisferio y el Nuevo Mundo ... 254
CAP. XXXII. La navegación 266
APÉNDICE. ¿Debe buscarse y desearse la monarquía universal? 276
ADDENDA. Epílogo laudatorio del Imperio Romano 338

PROLOGO

Tomás Campanella, fraile dominico, había nacido en Stilo, Calabria, de familia humildísima, en 1568[1]. *Espíritu inquieto, fue lector empedernido* de omni re scibili. *En 1589 sale sin permiso de sus superiores para Nápoles, es encarcelado por el Santo Oficio en 1592, para volver a Calabria una vez suelto. Huye más tarde a Roma, luego a Florencia y a Bolonia, y se ve privado de sus manuscritos. En 1594 es de nuevo preso en Padua y trasladado a Roma, donde se encuentra con Giordano Bruno. Es torturado y relegado a «residencia forzosa» en el convento de Santa Sabina, de donde se le traslada al convento de la Minerva en la misma Roma, para ser detenido en 1597 y enviado una vez más a Calabria. En 1599 se ve complicado en una*

[1] Sobre su vida y extensa obra, remitimos, entre otras muchas obras, a la «Introduzione e cronologia» de L. FIRPO, en el vol. I de las *Opere* de Campanella en la edición Mondadori (1953), así como a A. TRUYOL SERRA, *Dante y Campanella. Dos visiones de una sociedad mundial* (Madrid, 1968). Véase también ahora T. BOZZA, *Scrittori politici italiani dal 1550 al 1650* (Roma, 1980). Sobre la *Monarquía hispánica* en particular, L. DÍEZ DEL CORRAL, *La Monarquía hispánica en el pensamiento político europeo* (Madrid, 1975).

conspiración político-religiosa, denunciado al Santo Oficio y sometido a duro castigo hasta el punto de que tiene que fingirse loco para salvar así su vida.

En todos estos años había dejado ya varias obras manuscritas: su Philosophia sensibus demonstrata *(1591),* Discorsi ai principi d'Italia *y* Discorsi universali del governo ecclesiastico *(1593),* Prodromus philosophiae instaurandae *(1595), que publicará su amigo Tobías Adami en 1617 en Frankfurt, el* Epilogo magno *(1598) y* La Monarchia di Spagna, *cuya fecha es para nosotros discutida, y que parece que por entonces se empieza a fraguar.*

En 1602 es condenado a cárcel perpetua por el Santo Oficio. Compone ahora la Città del sole. *Comenzará una* Astronomia *en 1603. Es trasladado al Castel Sant'Elmo, donde permanecerá durante cuatro años en una fosa. No obstante esta situación, y el haber sido puestas en el Indice sus obras, sigue escribiendo:* La Monarchia del Messia *(1605),* Atheismus triumphatus *o* Recognitio verae religionis *(1607), título éste puesto por el alemán Scioppio, compañero de cárcel, condenado por herejía. En 1608 se le mejoran las condiciones de vida, pasando a Castel dell' Uovo, donde ya va a poder recibir visitas. Pero en 1614, por su excesivo contacto con el exterior, será de nuevo recluido en Sant'Elmo, en durísimas condiciones, para volver a mejor situación en 1618, gozando de las simpatías del Virrey Osuna. Podrá dar clases, escribir con mayor libertad. En 1625 los dominicos de Calabria piden la liberación de Campanella y al año siguiente el Virrey, un Duque de Alba, le da libertad controlada.*

En 1629 recobra plena libertad y se suprimen del Indice sus obras. Los dominicos le nombran maestro de teo-

logía. A partir de entonces obtiene aprobación para la publicación de algunas de sus obras. En 1633 se verá acusado de nuevo de conspiración en Nápoles. En 1634 las mismas autoridades pontificias serán las que favorezcan su fuga a Francia para librarlo de los españoles, a donde irá. Al año siguiente será recibido por Luis XIII y la Sorbona. Precisamente aquí en París se dedicará a publicar algunas de sus obras. Tomás Campanella (Clochette será su nombre en París), muere en 1639 en la capital francesa.

La ruptura con el aristotelismo ortodoxo, siguiendo a Bernardino Telesio, sus inclinaciones a la magia y astrología, y su no menos manifiesta vocación política, hasta el punto, como hemos señalado, de verse inmerso en dos conspiraciones para hacer de Nápoles un reino independiente, en 1599 y 1633, son los tres aspectos que condicionan su vida y que van a reflejarse en la obra que hoy tratamos de dar en lenguaje castellano, La Monarchia di Spagna.

Tomás Campanella había escrito la Monarquía de España *en italiano. Una copia del manuscrito se halla, según Frati, en Bolonia*[2]*. En la Biblioteca Nacional de Madrid existe un extracto (Ms. 1416) de la misma en italiano, donde precisamente se dice que el autor la escribió a la edad de treinta y tres años. Este dato es importante para la fijación de la fecha de la misma, pues, como veremos, no hay acuerdo en ello entre los estudiosos de Campanella. En la Biblioteca Nacional de París (Fonds français ms. 23039), hay una versión en francés con tachaduras, cuyas*

---

[2] L. FRATI, Bologna, *Bibl. Universitaria,* en Albano SORRELLI, *Inventari dei manoscritti delle Biblioteche d'Italia,* Forli, L. Bordandini, vol. XVII.

citas latinas de su autor se dejan en la misma lengua. El traductor dice que el autor dedicó su obra a Felipe II. Advirtamos que Felipe II muere en 1598. También existe otra copia en el British Museum, Sloane ms. 2255, que no hemos tenido ocasión de ver.

Paradójicamente La Monarquía hispánica *se publicó por vez primera en una versión alemana de C. Besold,* Von der spanischen Monarchy, *en 1620, reeditada en 1623 y en 1630. En ella está el Apéndice* Utrum sit optandum, universum orbem christianum ab uno solo capite ac monarcha regi ac gubernari? *Se advierte en la última a los evangélicos se tenga cuidado de lo que pueda hacer el Rey de España* (Spanisch Angelhacken, das ist Discours Fr. Campanellae, darinnen er dem König von Hispanien Mittel und Wege zeiget wie er Deutschland, Franckreich, insonderheit aber Niederland angeln und in seine Gewalt bringen könne).

A las ediciones de la versión alemana siguieron las diversas ediciones en versión latina, que serían la base de la difusión de la obra. Es de observar que donde las más de éstas se hicieron, fue en los Países Bajos. Ello era lógico, pues Campanella creía que, dominada Bélgica (la Bélgica latina), todo el Norte quedaría sometido, como hiciera César, y daba al Rey de España el consejo de tratar de someter la Bélgica latina (Holanda incluida) para poder dominar Europa. El temor generalizado, pues, de una invasión por parte de España recomendada por el fraile dominico, con sus refinados y más que maquiavélicos medios, hizo que fuera leída su obra con interés. En efecto, en 1640 ve la luz la versión latina en Harderwick. Pero casi al mismo tiempo aparecía la de Amsterdam, cuyo edi-

tor, Luis Elzevir o Elzevirius, critica la harderwickana y otra, de la que nada dice, sólo que es tan mala como aquélla. En la de Elzevir hay una dedicatoria a don Joaquín Vicofortio y un Benevolo lectori. *Incluye un Apéndice al final, el que ya habíamos visto en Besold, y un* Addenda: Epilogus et encomium Magni Imperii Romani, *de Justo Lipsio, sin citarlo. Hemos podido comprobar que es de la obra* Admiranda sive de magnitudine Romana libri quattuor *(Amberes 1599) de este autor.*

En 1641 Elzevir repite edición. Al mismo tiempo sale otra editada en Leyden (Lugduni Batavorum). *Y en 1653 otra en Amsterdam.*

Curiosamente seguirá una versión inglesa en 1654, traducida precisamente de la tercera edición latina, que suponemos será la última de Amsterdam. Una nueva edición inglesa, en la que figura Ed. Chilmead como traductor, parece ser de 1659. Es digno de notarse en esta última su encabezamiento, Thomas Campanella an Italian Friar and Second Machiavel, *precisamente cuando el mismo Campanella se declara en ella enemigo acérrimo del florentino. En el prólogo de esta edición se advierte también a los políticos ingleses que tengan cuidado del peligro que entrañan los consejos que da el autor a los españoles, que serían de temer si se ponen en práctica. Temor que debieron compartir los políticos de los Países Bajos, pues la obra se debió leer con sumo interés a juzgar por el número de ediciones en tan corto período de tiempo. De la edición inglesa de Chilmead hay que decir también que distingue claramente las citas que Campanella introduce en su texto, dejándolas en cursiva.*

El autor-editor Elzevir dice que las anteriores ediciones

de su obra, que es inmensa, sino por los conocimientos que muestra en cada una de ellas, es extraordinaria. Ello tanto más, cuanto que aquí, en La Monarquía hispánica, *cita de memoria, pues ya sabemos que estuvo* loco carceris, *sin libros; ni siquiera le permitieron tener la Biblia (véase el cap. XXXII:* La Navegación). *Firpo ha dicho de él que poseía una memoria prodigiosa. Y en esta obra tenemos ocasión de constatarlo.*

Antes de hablar de su filosofía política y de la originalidad de Campanella en La Monarquía hispánica, *digamos unas palabras de la fecha de su obra. Aunque no sea de importancia suma, debemos advertir que la fijación de la fecha de esta obra resulta harto difícil. Firpo*[4] *señala que a comienzos de abril de 1600 trabaja intensamente en ella. Truyol*[5] *cree que Campanella comienza su obra a partir de 1600. Pero a juzgar por el manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid, antes mencionado, donde se dice que la escribió a los treinta y tres años, y teniendo en cuenta que nació en 1568, la fecha sería en 1601, que en nada se diferenciaría prácticamente de las antes dadas por los autores citados, pues ellos señalan allí la de comienzo o desarrollo de la redacción. Sí, en cambio, provoca extrañeza el manuscrito de* Fonds français *23039 de París, donde se dice que la obra está dedicada a Felipe II y éste muere en 1598. Ello parece estar en franca contradicción con los diversos datos sueltos a lo largo de la misma obra, cuando dice que el Cristianismo ya tiene mil seiscientos años de duración o cuando habla de la próxima muerte*

[4] *Loc. cit.*, p. LXXV.
[5] *Op. cit.*, p. 89.

del sultán Mahomed III, que es en 1604. Ello nos hace pensar que la obra fue realizada en distintos años, una parte anterior a la misma muerte de Felipe II, y capítulos sueltos de distintas fechas, incluso llegándose hasta 1603, fecha en que iba a entregársela al alemán Pflug para su edición. La obra alcanzaría su unidad en torno a este año de 1603.

Tres son las partes en las que se podría dividir La Monarquía hispánica. *Una primera parte, doctrinal, de teoría política, trata de las causas que actúan en la constitución y ascensión de una monarquía con visos de universalidad: Dios, la prudencia y la ocasión. Prudencia y ocasión deben estar unidas y actuar de acuerdo con la primera causa, que es Dios. No discute el autor el hecho de que deban darse siempre estas monarquías hegemónicas, y además «el paso del Imperio de un pueblo a otro es un proceso normal, según las intenciones de Dios en relación con la actitud de los pueblos»* [6]. *Estas tres causas unidas las llama Hado, el Hado de los pueblos. Pero Campanella introduce un elemento más, su teología de la historia. Es Dios quien lo ha determinado así y es, además, el pecado de los pueblos la causa de la pérdida de todo Imperio, pérdida que por otra parte es irreversible. Así lo constata él en las antiguas monarquías del orbe y así lo ve él en su tiempo; el Imperio turco ha surgido por el pecado de división de los cristianos, pero tiene que perecer absorbido por «el ala derecha del águila» del profeta Daniel. Relaciona también las profecías con la existencia de los Imperios en una especie de determinismo teológico. Los Imperios ya estaban*

[6] TRUYOL, *op. cit.*, p. 72.

previstos por los profetas. En este momento se está llegando al final de los tiempos.

Hay signos, no sólo bíblicos, sino también astrológicos, que están mostrando la realidad de los últimos tiempos, se ve en el movimiento de los astros, en la conjunción de números místicos o fatales, como son el siete y el nueve.

La segunda parte, a partir del capítulo VIII (Las causas por las que la Monarquía hispánica puede engrandecerse o debilitarse) *es un* speculum principum, *una serie de consejos al Rey de las Españas (Españas, después de la que llama* accesión *de Portugal), para que organice su gobierno, con prudencia y según la ocasión.*

Una tercera parte, que es como un esbozo de la política exterior que debe seguir España, habida cuenta su realidad interior y exterior, se inicia con el capítulo XIX. Tiene España sus reinos demasiado separados, los vecinos le son hostiles, al contrario de lo que sucede con el turco que los tiene todos unidos. Un principio fundamental en todo el que aspira a la monarquía universal es atacar a los vecinos que sean enemigos, y no como hace España, que guerrea muy lejos de sus dominios, con el consiguiente gasto de dinero y de hombres. España tiene cerca al enemigo, el francés, el inglés, el belga y quizá el mismo italiano.

¿Con qué elementos cuenta España? Esta tiene los reinos separados, pero sus enemigos están divididos, y en ellos puede ella, y de hecho lo hace, esparcir la semilla de la discordia. Francia no puede ir contra España, pues ésta sería ayudada por el Papa y por Italia. Tiene que evitar que Inglaterra una su escuadra a la de Holanda, Dinamarca, Dantzig, etc. Luego el objetivo de España es hacer a todos semejantes en religión, lograr una unidad de religión

como la hay en España misma. Debe unir a todos con vínculo natural y después político. La unión natural la consigue por medio de los matrimonios con extranjeros, la política por medio de los oradores. El objetivo primordial de su política exterior es hacer la guerra a los vecinos, como hace el turco y antes hicieron los romanos.

Da un repaso el autor a todas las naciones a las que España tiene que someter para conseguir su monarquía. Y, primeramente, habla de la buena política interior a seguir, exponiendo los males que el Rey tiene que remediar; debe tener en cuenta, por ejemplo, la condición de todos los pueblos que la configuran, andaluces, gallegos, castellanos, aragoneses, portugueses; promover un sistema de defensa de fronteras ante Francia por los Pirineos y ante Inglaterra por las costas gallegas. Debe hacer que los extranjeros se dediquen a las letras y crear escuelas para segundones. Un consejo fundamental es el de promover la agricultura, que está abandonada en España, para repoblarla más, y también la procreación por los sistemas antes mencionados para hacer a todos españoles.

Italia es un país amigo de España, debe tratarse con esmero y disminuirsele los tributos. A grisones y ginebrinos ha de usarlos para la guerra, en Bélgica y en el Nuevo Mundo, con el fin de dividirlos. Debe, por último, ejercer el comercio con Italia más intensamente.

A Sicilia y Cerdeña, como pueblos isleños, ha de darles leyes rígidas, pues los pueblos marítimos (cita a Platón), son ávidos de novedades. Debe usarlos para el comercio y en las escuadras que defiendan las costas que miran a Africa. Es importante conocer, repite, la naturaleza de cada pueblo para saber tratarlos.

Pasando el autor a los pueblos hostiles a España, comienza por Alemania, a la que ve como el primer enemigo, por causa, precisamente de la Casa de Austria, con la que España se ha unido. Debe, pues, introducir en Brandeburgo, en Hesse, etc., la semilla de la discordia, manteniendo buenas relaciones con los católicos de Baviera, y el Emperador, hacer pacto con las ciudades libres, con los protestantes, y siempre pretender que se elija Emperador amigo. Antes había dicho que debía el Rey de España pretender ser Emperador. Con el pretexto de atacar al turco por Hungría puede destruir a los alemanes y crear allí nuevas colonias de los que le sean adictos. Hay que distraerlos con escuelas de matemáticas, alimentar las suspicacias entre ellos, impedir que se alíen entre sí y montar un sistema de delatores en magistraturas y consejos que le informen de toda posible conspiración.

Francia, por ser enemigo vecino, merece una consideración aparte, y además porque es una nación muy próspera, con gran densidad de población. Esta aspiró a la monarquía universal con Pipino y Carlomagno, pero no la alcanzó porque no sirve para el gobierno de extranjeros. España debe atacarla en su punto débil, como es su ingenio y ello con alemanes que son «más feroces que los franceses». Tuvo ya España ocasión de someter a Francia: Carlos V con la prisión de Francisco I, y Felipe II en la época de las guerras de religión. Pero el primero actuó con demasiada blandura y excesiva cortesía y el segundo con excesiva lentitud. Hay que distraer ahora a los franceses en expediciones a Tierra Santa y a discordias entre la nobleza por cuestión de la elección de rey.

Inglaterra es la menos inclinada a la monarquía univer-

sal, pero hace mucho daño a España. Si ésta logra dominarla con Bélgica, tendrá todo el Norte sumiso. Aquí está el ejemplo de César en De bello gallico, *que una vez que conquistó la Bélgica ya no se preocupó tanto de los demás pueblos del Norte. Es más, podrá ser pronto monarca de toda Europa. El Rey de las Españas tiene en la actualidad el imperio del mar. Para no perderlo debe comprar a los holandeses, pactar con los pueblos del Norte ofreciéndoles los despojos de Inglaterra, si la derrotan. Inglaterra tiene ciertos recelos de España, pues ésta puede alegar derechos a la corona inglesa, tanto por la línea castellana como por la portuguesa. Hay que aprovechar además la división de Inglaterra y la rivalidad de Escocia con cierto resentimiento tras la muerte de María Stuardo. Ha de enviar personas en secreto al Rey de Escocia, tratar con los obispos católicos ingleses, y buscar una mayor relación con Irlanda, con la que tiene mayor afinidad España.*

Polonia, Moscovia y Transilvania también pueden ayudar a la monarquía española, si se unen contra el turco. También deben sacar las escuadras estos pueblos contra los ingleses.

Un capítulo, que fue originariamente obra aparte, es el de Flandes y Alemania Inferior. Tiene el Rey que procurar por todos los medios recuperar a éstas. Si llega a someterlas, Inglaterra y Francia vendrán detrás. Todos los pueblos del Norte quedarían debilitados. Hay una descripción interesante de estos pueblos, su afán de libertad, su inclinación a las novedades que los hace estar divididos y desconfiados unos de otros. Se ha fallado en la política exterior, tanto por parte de Carlos V como por parte de Felipe II. Este último los ha mantenido entrenados en la guerra y

los ha hecho más fuertes. Lo importante —dice— es sacarlos de sus fronteras y dividirlos. Pero ha de usar como táctica momentáneamente el dejarlos en paz, liberarles de un tributo excesivo. No debe usar el Rey el poder absoluto con ellos, pues no lo soportan.

El dominio de Africa es muy fácil para España, toda vez que tiene Orán como base de operaciones. Con una incursión de alemanes puede someter a los moros. Se puede comprar a sus reyes, para irrumpir en el interior del país. Por abajo en Abisinia está el Preste Juan, con quien ya habían iniciado relaciones los portugueses. Además cabe salir al paso del turco por Egipto.

Africa, pues, entra dentro de los planes contra el turco, el rival de la monarquía de España. Pero también es necesaria la amistad con Persia, con quien debe hacer alianza ofensiva contra el turco. Ya no importa —dice— entrar en relación con el Gran Kan de Catajo pues está muy lejos y se desengañó de los cristianos por su división.

El rival de la monarquía española es el turco. Hay una diferencia entre los dos imperios, el turco y el español. El turco tiene la religión a su antojo, una milicia fortísima, con mucha gente. Tiene además métodos refinados de hacer tregua con los cristianos, una vez vencido y cuando se ve acorralado. Pero intervienen aquí de nuevo la teología y la profecía; el español tiene la promesa del Imperio universal, la de «devorar la cabeza izquierda». El Papa es su mejor defensa, ya que dispone del poder espiritual y del temporal, como es doctrina de Campanella.

Hay una consideración de la diferencia del poder absoluto de ambos imperios; el del turco lo es más, pues prescinde de la nobleza, pero ésta, al no existir, no puede ayu-

darle en sus campañas. No ocurre así en el español, quien en caso de necesidad puede ayudarse de los soldados de los nobles.

Con el capítulo XXXI, que trata del Nuevo Mundo, vuelve Campanella en cierto modo a la política interior. Los primeros colonizadores fueron demasiado crueles y ávidos de oro. Dice cómo debió predicarse allí el cristianismo y cómo tratarse a los indios. Ahora pone como remedio el transportar a los indios a España y a Africa y crear escuelas allí para una acción colonizadora y evangelizadora. En el capítulo XXXII y último, trata de cómo España debe fomentar la navegación por medio de la construcción de armadas, escuelas náuticas, valiéndose de genoveses y portugueses e invitando a los habitantes del Norte a ir allá. A los siete años, hay que enviar allí a los condenados a muerte y también a matemáticos alemanes y belgas, y formar una especie de caballería del mar.

Campanella acaba su obra con la condena de Maquiavelo y su razón de Estado, como justificando los medios que él a su vez propone como lícitos en razón del sentido profético y religioso de la monarquía universal española. El problema de Maquiavelo, dice, ha sido sustraer a la conciencia su jurisdicción universal sobre todas las cosas humanas, pues aquélla abarca tanto las cosas públicas como las privadas. No hay una conciencia política que no tenga su base en la cristiana, y añade que todos los males de la Iglesia y de la sociedad han venido precisamente de aquí.

Este es el contenido del escrito que Campanella debía enviar a la imprenta en la Pascua, no sabemos de qué año. No pocos de los medios que propone quedan sustraídos a la conciencia cristiana, por mucho que ponga en todos

los estamentos de la sociedad religiosos y eclesiásticos con su poder moderador. Hay medios, como dice Elzevir, que son producto de su mente febril y que no pueden ser puestos en práctica. Se acerca, pues, más a una república ideal platónica, como añade el mismo editor, que a un verdadero proyecto de la sociedad mundial. Y «lo que ocurre es —dice Truyol— que la sociedad europea no se orientaba hacia el universalismo político» [7].

Su concepción de la monarquía universal, la española, como la última del eslabón hasta los tiempos de Gog y Magog, personajes apocalípticos, precursores del fin del mundo, no deja de ser utópica con cierto afán de justificarse laudatoriamente ante aquéllos que le tenían en la cárcel. Su proyección de las monarquías que surgen en Oriente y caminan hacia Occidente como el nacimiento del sol hasta su ocaso es una imagen ya utilizada por Dante.

En definitiva, Campanella ve aquí la monarquía española como conjunto de pueblos y reinos bajo un solo monarca y unido al Papa. Más tarde, vería en Francia a la nación más idónea para esta misión, en una obra conocida como Le monarchie delle nazioni, *escrita en París en 1635, pero no publicada hasta el siglo XIX.*

Ahora bien, ha observado el profesor Díez del Corral que la causa de Campanella era «la causa arcaizante y moderna, mística y burocrática, autoritaria y supranacional de la Monarquía hispánica», la cual constituye «una forma política que no puede clasificarse como medieval ni como plenamente moderna, sino como caracte-

---

[7] *Op. cit.*, p. 154.

rística del Renacimiento y el primer barroco, es decir, de la alta Edad Moderna, que se extiende desde principios del siglo XVI a mediados del XVII» [8]. *Por su parte, el profesor Truyol, prolongando la vigencia de la Monarquía hispánica hasta comienzos del XVIII, y haciendo observar que termina simultáneamente con medidas de orden interno (Decretos de Nueva Planta) y externo (Tratados de Utrecht y Rastatt), la ha caracterizado en el mismo sentido, como forma peculiar de Estado propia de los Austrias* [9].

No deja de ser paradójico, como señalan dichos autores, el escaso eco que tuvo en España una obra tan atentamente leída en Europa.

---

[8] L. DÍEZ DEL CORRAL, «Campanella y la Monarquía hispánica», en *Revista de Occidente,* núm. 53 (agosto 1967) y núm. 54 (septiembre 1967), cit. por A. TRUYOL SERRA, *Historia de la Filosofía del Derecho y del Estado,* II, 2.ª ed. (Madrid, 1975), p. 102.

[9] A. TRUYOL SERRA, «La Monarquía hispánica de los Austrias como forma de Estado», en la *Festschrift für Hermann Mosler* (en prensa).

AL NOBILISIMO, DOCTISIMO Y DIGNISIMO SEÑOR D. JOAQUIN VICOFORTIO, CABALLERO Y DEL CONSEJO DEL LANDGRAVE DE HESSE

Este librito que escribió sobre la monarquía española el famosísimo Campanella, te dedico y ofrezco, nobilísimo Vicofortio.

Hecho éste hace poco con tu ayuda mío, ahora ya impreso, deseo de nuevo sea tuyo. Tú sueles acordarte, a pesar de tus grandes preocupaciones por los potentados, de las letras y de los estudios elegantes, y de ellos hacernos acopio tanto de los que tienen valor por su antigüedad como de los que deleitan al lector por la curiosidad de su argumento asaz original.

De esta índole es el opúsculo que por su título de la *Monarquía española,* grandioso e ilustre, presento. El autor declara no tanto lo que desea o deseó ser el potentísimo Rey de España, sino lo que desea o deseó ser en su destino o en el de los demás. Los reyes de Francia o de Inglaterra harán todo lo posible porque no llegue nunca la monarquía, y lo procurarán con la misma insistencia las Ordenes Federadas. Así, los primeros, con enormes y costosísimas guerras, arrasarán los erarios españoles; los segundos, además de las muy poderosas tierras de Bélgica, pretenden arrebatarles ambas Indias conquistadas por ellos

con grandes triunfos. La Monarquía, de la que aquí escribe el autor, de Orden religiosa, a los Felipes, me parece más semejante a la república de Platón que a un verdadero y estable Imperio. Hace depender los imperios de Dios, de la prudencia y de la ocasión. Pero tal como van las cosas, todavía no está en los hados el que el pueblo español gobierne él solo a los demás pueblos. Si con prudente estrategia lo intenta el Rey Católico, es claro que todavía no lo ha conseguido por la oposición de tantos y tan inteligentes príncipes. Tuvo muchas ocasiones la monarquía española, pero las despreció y ahora se esfuerza con denuedo por aprovecharlas [1].

No todas las leyes que ofrece Campanella a los reyes de España son absolutamente malas, pero cómo conseguir la monarquía mediante ellas es algo que ignora él mismo, pues está más allá de la capucha de la Orden de Predicadores.

Fue varón cultísimo, su ingenio abarcó mucho, pero se pronuncia con excesiva libertad y audacia sobre temas filosóficos y secretos de príncipes. Al mismo Aristóteles, a quien ningún mortal supera en conocimiento, orden y claridad, en el cap. 4, par. 13 de este su librito, lo describe como desconocedor de grandes asuntos y experto en menudencias lógicas tan sólo.

Por ello, hay que perdonarle más por lo suyo que por lo ajeno, al admirar más lo novedoso que lo antiguo.

No está en mis manos, excelentísimo señor, emitir un

---

[1] La expresión latina corresponde a «la ocasión la pintan calva»: «... sed quia fronte capillatam prehendere neglexit, iam frustra circa post calvam sudat et luctatur».

juicio sobre Campanella, aunque sí exponer el que otros emitieron por haber leído con mayor atención los escritos de este ingenioso monje. Os dedico este librito, no por el hecho de que estiméis la monarquía española y su potencia, sino más bien porque os alegráis conmigo de haberla arrojado de nuestros hombros. Adiós, nobilísimo y distinguidísimo señor. Sed benévolo con este mi trabajo con la humanidad y sencillez que teneis para con los amigos.

Amstelod, 26 de julio de 1640.

Con tu venia.
LUIS ELZEVIRIUS
Con los mayores respetos

AL BENEVOLO LECTOR

Una vez que hemos examinado la utilidad de este librito y la gloria del autor, al mismo tiempo ante el deterioro de su primera edición por la impericia del traductor, que no fue enmendada en la traducción Hardewicana, hemos creído justo repetir las dos anteriores y esmerarnos en la tercera, benévolo lector, y dártela editada no sólo con la pulcritud de nuestra tipografía, sino también con un sentido más exacto. Si comparas ésta con las anteriores ediciones, tu humanidad descubrirá fácilmente que nuestra edición nada tiene en común con aquéllas. Pues ¿qué verdad puede ofrecer a tu entendimiento un sentido tergiversado por una mala traducción? En las anteriores lo falso se confunde con lo verdadero y lo verdadero con lo falso con toda facilidad, y se mezclan de tal manera que no podemos distinguir ni lo uno ni lo otro. Así, en las anteriores ediciones, páginas enteras e incluso cada línea precisan de ser corregidas con el original manuscrito. Por todo ello, cualquier persona razonable puede colegir, como de hecho por sí mismo se demuestra, que nuestra edición no es la tercera, aunque siga cronológicamente a las otras dos, pues no las imita; es en cierto sentido la edición

príncipe [1], y a las dos anteriores utilizadas en un principio por nosotros damos la gloria y la utilidad de este autor Tomás Campanella.

Fue este monje dominico, como aparece en sus escritos, hombre de agudo ingenio, de gran actividad intelectual, grandes conocimientos y experiencia, pues ofrece un tipo de espejo político a toda región, provincia, reino e imperio y muestra con qué providencia, justicia, connivencia, rigor y mansedumbre, y sus contrarios o concomitancias pueden regirse, en cuanto que reinos e imperios, grandes y pequeños, se hundieron y levantaron; muestra los daños que pueden sufrir, peligros y ventajas, con ejemplos variados, sagrados y profanos, como puede verse ampliamente en el libro, y no con poco ingenio (con un epílogo y encomio que se añade al cap. 27, también el discurso antes editado sobre Bélgica bajo el poderío español), y se muestra también una tipografía más perfeccionada como con un nuevo estilo.

Disfruta, pues, de esta edición, ten nuestro trabajo por empleado en beneficio de todos y recomiéndalo a otros.

Vale.

[1] «rectrix, moderatrix et magistra».

PROEMIO

La monarquía universal, venida de Oriente a Occidente de mano de los asirios, persas, medos, griegos y romanos (estos últimos divididos en tres cabezas del aguila imperial), llegó por último a los españoles, a quienes tras larga servidumbre y guerra el Hado les concedió todo. Su monarquía es más digna de admiración que la de los antiguos, aunque es de su misma naturaleza, según humana vicisitud. De su gobierno y desarrollo, aunque no me he propuesto disertar, cosa que V. E., Señor Alfonso [1], me ha pedido, expondré lo que siento, libre ya de enfermedad y de la pena de diez años, pero sin libros, en esta mi celda casi encerrado [2], y de forma sucinta disertando sobre las causas en general, no al modo filosófico o teológico, sino político. Más adelante bajaré a detalles en particular.

---

[1] Alfonso de Rojas, gobernador de la provincia de Catanzaro.

[2] Campanella había estado recluido en Santa Sabina, *loco carceris*, cf. cap. XXXII, *in fine*.

CAPITULO I

LAS CAUSAS DE LOS PRINCIPADOS HUMANOS

En la consecución y administración de todo dominio suelen concurrir tres causas, a saber: Dios, prudencia y ocasión. A las tres juntas se les llama Hado, que no es más que la confluencia de todas las causas actuando en virtud de la primera. De aquí nace la fortuna o acontecer de lo terreno, bueno o malo; rectamente conocido se llama prudencia, de lo contrario, hado, fortuna o casualidad. Encontrar lo que por largo tiempo se ha buscado se llama prudencia, y encontrar lo que de ningún modo se ha buscado sin saber dónde se halla, se llama fortuna o casualidad. De estas tres causas, ordinariamente una prevalece sobre la otra u otras. Pero en la política, a decir verdad, están siempre presentes las tres. Por ejemplo, en el reino judío, Dios actúa como causa principal, pero cuando envía a Moisés y Aarón otorga las otras dos. En efecto, Moisés fue muy prudente en lo divino y en lo humano; imbuido de la ciencia de los egipcios y con los auspicios del Faraón, llevó la guerra contra el rey de Etiopía, al que venció y tomó la hija de éste en matrimonio, como refieren Flavio Josefo y Filón [1]; y ni siquiera desechó el consejo de

[1] JOSEFO, *Antiquitates*, 2, 252-253. FILÓN DE ALEJANDRÍA, *Legum Allegoriae* II, 67.

Jetro, su suegro, sobre la administración del derecho por medio de jueces. ¿Por qué, oprimido el pueblo de Israel por la esclavitud bajo los egipcios, tuvo ocasión de arrojar el yugo? ¿De dónde procede aquella fidelidad y deseos de seguir a Moisés, excepción hecha de la improbidad de los palestinos? El Monarca supremo, Dios, otorgó a los suyos la prudencia, como lo hizo a los apóstoles y al Romano Pontífice. Pero también surgió la ocasión, que no es otra cosa que usar de las circunstancias. De aquí surgió la división del Imperio romano y la destrucción del reino judío. En el Imperio romano apareció tan sólo el poder humano, aunque Dios también cooperó, pero de un modo menos manifiesto. Del mismo modo alcanzaron los asirios el Imperio por causas ocultas, que de vez en cuando se descubrieron, como es posible ver en Nabucodonosor, a quien Dios recompensó con la toma de Egipto por haber usado la fuerza contra los ingratos hebreos y contra Tiro[2]. En Isaías, Dios increpa al rey de los hebreos porque con su ayuda había exterminado los pueblos y él se lo había atribuido a sus propias fuerzas. La ocasión fue aquí la perversidad del pueblo, que se regía sin prudencia. También en el reino de los medos tuvo gran valor la ocasión, cuando Dios, como aparece en Daniel, pasó a escena en la época del lujurioso Sardanápalo y suscitó una singular

---

[2] Nabucodonosor o Nabopolassar, el Grande, rey de Babilonia y de Nínive, subió al trono el 604 a. C. Derrotó al rey de los medos, tomó Jerusalén y se llevó prisionero a su rey Joaquín. En una segunda expedición a Jerusalén se llevó a su rey Sedecías con parte de los judíos. Asedió durante trece años a Tiro y se apoderó de la parte septentrional de Egipto.

prudencia en Arbace, prefecto de la Media [3]. En el Imperio persa apareció el poder de Ciro, se presentó la ocasión, una vez destituidos los medos por su sucesor. Dios mismo, en Isaías se dice que llamando a Ciro su ungido le enseñó a someter a su poder a las naciones [4]. ¿Quién duda de la prudencia de Alejandro Magno de Macedonia? ¿Con qué ocasión se dividieron los griegos y los pueblos orientales se precipitaron en los placeres más horrendos? ¿Dónde se manifiesta más el poder divino? Como dice el profeta Daniel, el ángel del reino de Grecia intervino mucho en ello [5]. También en el Imperio romano la prudencia y fortaleza tuvieron gran valor. La ocasión fue que Italia estaba dividida en muchas repúblicas y los cartagineses divididos entre sí. Y comúnmente a la parte que disuelve un gran imperio se inclinan todos los principios del mundo. Verdaderamente, Dios fue la causa máxima de la prosperidad de los romanos por sus virtudes morales, como dice San Agustín en la *Ciudad de Dios* [6].

---

[3] Sardanápalo, soberano del Imperio de Asiria, reinó entre 836-817 a. C. y vivió con gran lujo. Arbaces, príncipe medo, y Belesis, caldeo, levantaron a persas, medos y babilonios contra él. Después de su muerte el reino asirio fue desmembrado y se formaron tres reinos, el de Media, el de Babilonia y el de Nínive; cf. CICERÓN, *República* III, 33. Es famoso su epitafio; cf. DIODORO SÍCULO, 12, 23. ESTRABÓN, 14, 5.9.

[4] Isaías, 45, 1ss:

Así dice el Señor a su ungido Ciro,
a quien lleva de la mano:
Doblegaré ante ti las naciones, desceñiré las cinturas de los reyes...

[5] Daniel, 8, 20-22; 10, 20.

[6] SAN AGUSTÍN, *De civitate Dei* II, 119.

En ningún lugar se mostró con mayor evidencia lo que puede la ocasión como en Sicilia, cuando surgió Pedro de Aragón contra los Angevinos [7], aquellas vísperas celebérrimas dieron nombre a un proverbio, aunque en absoluto se puede negar que los auspicios divinos del Pontífice y su prudencia congénita le hayan ayudado mucho en su intento. Y si bien los historiadores muy pocas veces hacen mención de estas tres causas, sin embargo, los libros de los reyes hebreos, con lo que allí se describe, lo confirman de modo taxativo, pues demuestran que la fortuna del Imperio camina hacia donde lo inclinan las profecías o la fortaleza.

[7] Pedro III el Grande, de Aragón (1276-1285), nace en 1239. Es hijo de Jaime I. Fue el motor secreto de las «Vísperas sicilianas». Se hizo reconocer rey de Sicilia después de la masacre; fue excomulgado por Martín IV, quien dio sus Estados a Carlos de Valois.

CAPITULO II

LAS CAUSAS DEL IMPERIO ESPAÑOL

Las tres causas concurrieron al unísono en la monarquía española, pues después de casi ochocientos años de luchar contra los moros, bajo los auspicios del Altísimo produjo tan valientes soldados que dotada de valor y prudencia, una vez vencidos los bárbaros, se inclinó a ocuparse más de las armas. Después, no sin inspiración divina y con un gran tesoro de indulgencias otorgadas por el Papa, honrado su rey con el título de católico, es decir, universal, tan grande fama de poder adquirió que impulsó con gran denuedo a los genoveses a adquirir el dominio del Nuevo Mundo. Se sabe que cuando las guerras se hicieron con lanzas y caballos, extendieron su imperio los galos, godos y longobardos, y cuando con espadas, los romanos. Pero cuando la astucia valió más que la fuerza, después de la invención de la imprenta y de la pólvora, la fortuna se inclinó del lado de los españoles, hombres activos, fuertes y astutos. Entonces la ocasión unió al Aragonés con Isabel, Reina de Castilla, que mueren sin descendientes varones. Pero al mismo tiempo accedió la línea imperial de la Casa de Austria, a la que por falta de prole masculina en la familia borgoñona le había sido devuelta la herencia de muchísimos dominios en Bélgica y en otras

partes y no de pequeña importancia; a ello se añadió el descubrimiento del Nuevo Mundo por Cristóbal Colón. Pero hubo todavía otra accesión por medio del derrumbamiento del reino de Portugal. Todo ello hizo famosa y digna de toda admiración a la monarquía española, y llegó también a ser señora del mar. Añádase la derrota de franceses, ingleses y alemanes disidentes por causa de religión, que facilitaron la elevación del poder español, y su poder sería todavía mayor, pudiendo mostrarse señor del mundo, si tratara de destruir el Imperio turco, como otrora lo hiciera Alejandro con el persa y los romanos con el cartaginés. El Imperio de aquéllos emergió por el pecado de los cristianos, y su ángel es superior, mientras los imperiales disputan con los pontificios, los franceses con los ingleses y los venecianos con los genoveses. Dios levantó a los turcos y los puso en medio de ambos Imperios, pues los cristianos por su pecado eran oprimidos por los árabes, aunque no con mucha fuerza, y por los tártaros y otros pueblos transalpinos, como he mostrado en la *Monarquía pontificia*[1]. Lo que fueron los asirios para los hebreos divididos en reino de Israel y reino de Judea son hoy los turcos para nosotros, que estamos divididos en herejías diversas, si el ángel español no nos hubiera aportado su ayuda, como he escrito en otra parte.

---

[1] Teología de la historia de Campanella. Uno de los elementos de ésta es el pecado, según la tradición de la Biblia. Por eso interpreta el surgir de los turcos como castigo de los cristianos divididos, como los hebreos fueron castigados por los asirios. La monarquía del Papa a la que se refiere el autor no se conserva; puede ser el *Della monarchia dei cristiani*. Cf. L. FIRPO, *Introduzione e cronologia* (1953), LXIX.

CAPITULO III

LA CAUSA PRIMERA DEL IMPERIO: DIOS

Todo el mundo sabe que no basta la sola prudencia, o ésta unida con la ocasión, para adquirir o administrar dominios, pues es claro que el libre albedrío está en la voluntad, no en la acción o pasión. Puede que uno se proponga de víspera navegar al día siguiente o estudiar, arar o hacer cualquier otra cosa, pero una lluvia repentina o una tormenta rompe de improviso nuestro tan prudente plan y nos obliga a actuar a merced de los acontecimientos y no según lo preconcebido. El que ha aprendido a someter sus deseos a causas superiores, con frecuencia suele tener suerte.

Los hombres prudentes se afanan por conocer las causas superiores, Dios y la voluntad divina, de quien pende el futuro. Por ejemplo, unos buscaron a Dios en las estrellas, a otros se les respondió también por medio de ellas, como sucedió a los magos, en el nacimiento de nuestro Redentor, y quizá a éste o a aquél astrólogo las lluvias matinales no le causan perjuicio porque las tienen en cuenta y de acuerdo con éstas programan sus tareas conforme a la voluntad de Dios, quien por su singular benignidad quiere ser encontrado donde le buscamos con sincero co-

razón, o incluso, si la ocasión lo exige, por aquellos que le buscan sin un corazón sincero. Esto lo hemos visto en Balaam, al que respondió Dios, aun sin éste pedírselo, y en el rey Saul, quien fue informado de los acontecimientos por Samuel, a pesar de que había invocado por malas artes al diablo y no a Samuel, como dice Santo Tomás en 2, 2, 4, 140 [1]. Nosotros debemos también persuadirnos de que el verdadero Dios respondió a las supersticiones diabólicas de los romanos, griegos y caldeos, con la ayuda del ángel de dichos reinos, pues por el inevitable designio de su voluntad unas veces levanta la majestad de aquellas monarquías y otras las hunde. Así, los caldeos, los mismos medos y persas invocaron a Dios por medio de las estrellas, cuando les quitó su prudencia. Los griegos buscaron a Dios en los oráculos de Delfos, los romanos en los augurios y auspicios, y los filósofos más sanos, en la naturaleza, como Pitágoras en los números, que son ciertos radios de la divinidad diseminados por el orbe, pero los hebreos buscaron a Dios con más rectitud por boca de los profetas a ellos enviados.

¿Cómo actuaron los cristianos, pues el arcángel Miguel pasó su imperio a los eclesiásticos? Parece tenerse por cierto que derrotado un imperio, su ángel pasa al que le venció. Este arcano conocieron profundamente los romanos, quienes quisieron se ignorase su ángel tutelar para que no fuese invocado por otras naciones. Por lo

[1] SANTO TOMÁS, 2, 2; 4, 140: *«Quamvis etiam dici possit quod non fuerit anima Samuelis sed daemon ex persona eius loquens; quem Sapiens Samuelem nominat, et eius praenuntiationem propheticam; secundum opinionem Saulis et adstantium, qui ita opinabantur.»* Es 2, 2, 174, 5.

mismo se puede decir que el ángel de los persas o había caído con el griego o que de los persas había pasado a los griegos. Y el ángel de Constantinopla luchaba a favor de los turcos o estaba cambiando de lugar, saliendo de Alemania para estar unido al ángel de aquéllos. Y donde hay muchos ángeles hay mayor esplendor y estabilidad. Basándome en la Escritura, digo que si Dios habla a un imperio suavemente o de otro modo, ello no hay que entenderlo como que habla a aquél tan sólo, sino también a los que le siguen. Pues si así no fuera, Dios tampoco hubiera revelado nada del futuro a su Iglesia por medio de los profetas; lo cual es absurdo, y se seguiría que el conocimiento del mismo futuro habría que buscarlo en las estrellas o en otras cosas. Pero como esto en parte está prohibido por el Papa, es necesario que creamos que todo está ya previsto. Pues cuando Dios habla de lo que sucedió al Imperio babilónico, hay que entender que lo habla también del persa, del griego y del romano. Por ello Pedro y Juan llaman a Roma Babilonia, y lo que se ha dicho de Jerusalén y del reino hebreo, hay que entenderlo para la Iglesia romana que recibió las llaves de David y el nombre de Jerusalén, según lo que se ha dicho al ángel de Filadelfia, y es Filadelfia amor fraterno, como Roma es amor, si se invierten las letras. Y Dios con frecuencia advierte a la Iglesia: «Removeré tu candelabro de su lugar, si no te arrepientes.» Del mismo modo se dirá que el ángel de Dios va de iglesia en iglesia, como, por ejemplo, de la Inglaterra infecta de herejías a la católica Prusia, y de reino en reino, lo que también dijeron Ezequiel, Jeremías e Isaías del príncipe de Tiro; y a veces la caída de los ángeles, cuando fueron arrojados del cielo,

debe tomarse también en el sentido de la caída de los imperios, como se hizo con la frase «cómo caíste Lucifer», que se dijo del rey de Caldea, pues se aplicó a sus sucesores y al Imperio llamado celeste del gran diablo, a modo de semejanza. Es más, los imperios y demás cosas terrestres son semejantes a las celestes, y las terrestres a las marítimas, y así existe un pez obispo, cordero y calamar, pues todos dependen del orden de una razón primera, de la idea divina, que es el Verbo. Aquí creo haber encontrado la llave para abrir la puerta y conocer la creación, régimen, desarrollo e incluso fin del Imperio español por la causa primera que Dios manifestó a través de los profetas. Después continuaré hablando de la prudencia y ocasión que los españoles deben adoptar.

CAPITULO IV

EL IMPERIO ESPAÑOL SEGUN LA CAUSA PRIMERA

Es evidente que la profecía del fin del mundo en la naturaleza y en la política se cumplirá pronto, una vez que las estrellas, Escorpión y Tauro cambiaron de lugar y el sol está ya diez mil millas más cerca de la tierra y una vez que aparecen tantos eclipses por causa de la trasposición de equinoccios, que, en opinión de Platón (aunque Aristóteles, desconocedor de lo grande y sólo experto en lógica y pequeñeces, lo niegue), predicen grandes mutaciones [1]. Esta salida de órbita de lo celeste, diluvios y conflagraciones universales y los cambios de las más grandes monarquías del mundo, según el Evangelio, en lo que también concuerda Séneca [2], signos son del fin del mundo.

El Imperio cristiano, digno es de notar, ha durado ya 1.600 años. Este número, compuesto de siete y nueve, es fatal para toda monarquía, como escribieron Pitágoras y Platón [3], y como también puede entenderse de Moisés

---

[1] PLATÓN, *Timeo* 40 b. TIMEO LOCRIO, 976.

[2] SÉNECA, *Quaestiones naturales* I, 11ss.

[3] PITAGÓRICOS (Diels-Kranz), 58 b, 27. PLATÓN, *República* X, 616 b. 2, 617 a 6.

cuando habla del jubileo y de la semana, y de Jeremías, cuando habla del sabatismo y tierra santa, y de las medicinas sobre la curación de la fiebre y variedad de complexiones y edades [4]; y puede entenderse, por último, de Augusto César, quien, escribiendo a su nieto, se congratula de que el año 63 todavía no había pasado. Este año, que consta de nueve septenas, es peligrosísimo y sobremanera fatal. Dios ha creado todas las cosas en números. Este momento, pues, presagia un gran desarrollo, movimiento y cambio en todas las cosas. Y vemos también que la profecía sobre las monarquías está llegando a su fin, puesto que Balaam subsiste, como aparece en Moisés (Núm. 24), pensando en las monarquías, en la que concierne a Italia, cuando dice: «Vendrán en trirremes de Italia y vencerán a los asirios y devastarán a los hebreos y al fin ellos mismos se perderán» [5].

Así, pues, donde hablo de la monarquía española, es necesario que se infiera la italiana; consiguientemente, el Hado de Tiro también se puede tomar de España, al haber sido Cartago colonia de Tiro, y por los frecuentes y continuos viajes que hicieron por mar los cartagineses, éstos se han revestido de las costumbres de los de Tiro. De cartagineses nacieron los españoles, quienes adoptaron la astucia, costumbres y dioses de ellos, y más tarde, hechos ya cristianos, se vieron envueltos en todos aquellos males con que Dios amenaza a Tiro en Ezequiel, Jeremías e Isaías, profetas; y en el arte de navegar también éstos sobresalieron muchísimo como los de Tiro. Y si ya Espa-

---

[4] Levítico, 24. Jeremías, 17, 19-27.

[5] Números, 24, 23-24.

ña imita la soberbia de Tiro, levantándose sobre la Iglesia, como hizo Tiro, más se hundirá y no podrá ensanchar las fronteras de su Imperio. Pero antes del final, en amistad con el Papa, actuará con más suerte y reinará con paz profunda, con seguridad y firmeza. Si ejerce el comercio con la Iglesia y si solicita al Pontífice y cardenales con dádivas, cual hija de Tiro, como recuerdan los salmos e Isaías, no se mantendrá en aquel sumo grado de Imperio, al que había aspirado. Pero de esto hay que hablar en secreto y no en público. En lo que a su ambición se refiere, digo que si sigue los auspicios de la Casa de Austria, será humillada, pues dice Isaías: «La carga de los jumentos del Austro...»[6], y afirmo que nada conseguirá de lo que declararé, a saber, como ahora reina, sino que se hundirá como atacada en sus murallas al igual que Tiro. Pero si reflexiona sobre el mal, surgirá al fin, sabedora de que, después que la Casa de Austria se injertó en la Casa española, fue descubierto el Nuevo Mundo bajo sus auspicios y vinieron las naves cargadas de oro, que son aquellos jumentos de Austria, como también de Austria es el título de su monarquía, y tan gran principado tuvo comienzo bajo Carlos V. ¡Si éste hubiera sabido mantenerlo como lo había adquirido! Pero, porque ni siquiera bajo éste respondió el Hado de España, se deberán examinar con mayor profundidad las Escrituras para adaptarlas a estas circunstancias. Como cierto político dijo, también nosotros, con la ayuda de Dios, diremos a dónde se dirigen los españoles. Yo digo que el final de las monarquías ha llegado ya, que estamos en el tiempo en que todo debe ser sometido a los santos

[6] Isaías, 30, 6.

y a la Iglesia, que es ya el futuro, una vez acabadas las cuatro monarquías y muerto ya el Anticristo, que durará tres semanas y media, según Lactancio, Ireneo, Tertuliano, Orígenes, Victoriano, San Bernardo y el abad Joaquín, Dante, Petrarca y otros filósofos, teólogos, profetas y poetas, como en otra parte declaré. Ha caído también la estatua de Daniel; las cuatro bestias, las tres semanas y doce plumas del águila, de las que se habla en el IV libro de Esdras, ya han desaparecido al mismo tiempo que el Imperio romano [7]. Y pues, según él, el Imperio es el babilónico, se dividió por sucesión en tres cabezas: el 1.° hacia la derecha, que es el occidental o germánico; el 2.° hacia la izquierda, que es el oriental de turcos y sarracenos, y el medio, que es el de Constantinopla. Así, pues, en las Escrituras la derecha y la izquierda se explica según Moisés y no según Aristóteles. Pero la izquierda de estas tres cabezas, como atestigua el mismo profeta, devoró a la del medio, a saber, el Turco devoró al de Constantinopla en tiempo de Mahomet II [8]. Ya sólo queda, atestigua el mismo profeta, que la derecha, el occidental, que es el germánico, devore a la izquierda, o sea, el Turco. Y con esto concuerda la astrología de Arquato *, que dice que Hungría es amenaza de destrucción para el Turco, y el Imperio de la Luna se dividirá entre los hijos del Emperador turco, éste será el décimo quinto que reine, cuando la luna

[7] Pseudo-Esdras.

[8] Mahomet II, el Conquistador, sucedió en 1451, a la edad de veintiún años, a su padre Amurat II. En 1453 atacó Constantinopla, que era sede del emperador Constantino Dracosa, y se apoderó de ella haciéndola sede del Imperio turco.

* Tercuato.

se curve y le aparezcan dos cuernos. Este astro es verdaderamente terrible. Y se verá que aquel que subyugue al Imperio turco, será señor de todo el orbe. Por todo ello la Casa de España no puede alcanzar una gran monarquía según el Hado, si no es bajo los auspicios de Italia o del Imperio romano, que es el germánico, la cabeza derecha. Y por lo mismo habrá que poner todo empeño en que el Rey de España sea elegido Emperador, pues no sólo Dios, sino la prudencia humana muestra que conseguirá todo lo que desea. Un comienzo de esto apareció con bastante claridad con Carlos V, Rey de las Españas, sentado en el solio imperial, quien bajo los auspicios del Imperio y con las fuerzas de toda Italia y España, venció a los tunecinos y al Rey de Francia y sojuzgó Alemania, de tal suerte que Solimán, contemplando la buena estrella de este Rey, dijo con derecho que él mismo debía temerle y por ello no quiso, aun contando con fuerzas superiores, luchar con él bajo las murallas de Viena [9].

Vemos, pues, que a donde inclinan los auspicios del Hado, allí converge toda buena estrella, y por contra, cuando el Hado no lo quiere, todo hay que atribuirlo a la casualidad. Pero ahora revelaré otro misterio, a saber: todos los Imperios, según las profecías de Noé, descienden de los hijos de Jafet. «Dilate el Señor a Jafet y habite en los tabernáculos del Señor y le sirva Cam.» De Cam descienden los siervos y los tiranos, que en realidad son siervos, como he demostrado en otro lugar. Por lo tanto, el Imperio turco viene de Jafet por medio de Ma-

[9] El cerco de Viena fue en 1529. En 1526 Solimán había derrotado a Luis de Hungría en Mohacz.

gog [10], de quien desciende Mahomet, y por línea de Ismael, de la ley de Sem, como también siempre fue costumbre que los septentrionales feroces y victoriosos por las armas de Jafet, pidieran leyes y derecho a los sabios meridionales, de la prosapia de Sem. Por otra parte, el Imperio tuvo también sucesores tiranos, descendientes de Cam, pero por medio del germano, que tiene su origen en Jafet, como el mismo español, cuya raza asciende también hasta Jafet por medio de Tubal, y el cristianismo romano hasta Sem con respecto de Cristo, que es el verdadero Sem por línea de Isaac.

Así, pues, como el Imperio fue prometido a Jafet, por lo mismo pertenece a los españoles, pues tienen relación más estrecha y más cercana que los turcos con el legislador y su victoria les empuja a habitar en la casa de Sem por obtener, con investidura del Papa, quien desciende de Sem, la mayor parte de Italia. De esto la ocasión aquí no permite hablar mucho, aunque con gusto quisiera y debiera hacerlo. Sólo digo que ellos pueden hacerse señores de todo según el Hado, si liberan a la Iglesia sacándola de las manos de Babilonia, es decir, de los turcos y herejes. Bajo tal auspicio, vencieron a los moros, concediéndoles Dios un gran Imperio. Es claro que la Iglesia está sometida a Babilonia, mientras milita, y en otro lugar dije que todavía mantiene los días martes y viernes y los meses agosto y julio, que fueron de la Babilonia romana, y sufre la Iglesia gravísimas persecuciones

[10] Génesis, 10. Magog, hijo segundo de Jafet. La Biblia hace descender a los escitas de Magog. El nombre de Escitia desaparece en el siglo VII de nuestra era; el lugar aparece ocupado por turcos y tártaros.

bajo los infieles babilonios en Africa, Asia y Europa, sobre todo en Alemania, Francia, Inglaterra y Polonia. Esta consideración hay que recibirla con buenos oídos, porque todo lo hebreo tipo y figura es de lo cristiano. Aquel que liberó a la Iglesia de estos males será monarca universal, pues desempeñó el cargo de un Ciro cristiano, al que Dios levantó, como dice Isaías, para someter todo el mundo, restaurar Jerusalén, liberar a la cautividad y edificar un templo para Dios en cielo y tierra, en el que continuamente se celebre sacrificio, como Isaías, Daniel y Esdras lo predijeron. Ciro fue también de la prosapia de Jafet a través de los Medos, y aunque el turco también lo sea, no desempeñará este cargo, por ser enemigo al haber sancionado una ley distinta. Los franceses reivindicaron este cargo bajo Carlomagno; éste, tras haber liberado con frecuencia al Papa de los reyes de Italia, longobardos y godos, adquirió tan gran poder y se hizo tan temible que hubiera llegado a monarca universal, si sus hijos se hubiesen puesto de acuerdo y hubiesen administrado el Imperio sabiamente. Las discordias entre los cristianos y la herejía actual hundieron al Imperio francés, o por lo menos le quitaron la esperanza de tanta grandeza. Los españoles, al arrojar a los moros, tras haberles causado grandes estragos, llegaron a ser poderosos. No así Constantinopla, quien se arruinó tras haberse separado del Papa y haber abrazado a Arrio, a Sabelio y otros. También los venecianos llegaron a ser algo gracias al Papa, por haber concedido a éste ayuda contra Federico [11]. Es, pues, manifiesto que

[11] Federico I Barbarroja, emperador en 1152. En 1183, por el tratado de Constanza, devuelve la paz e independencia a Italia. Los venecianos, poco interesados en las disputas sobre el Papado

quien trabaja con el Hado, tendrá prosperidad, y quien no, fracasará. Esto puede también demostrarse con argumento político. El que defiende el derecho del Papa, defiende el derecho universal de todo el Cristianismo, que depende del Papa, y así se tiene por justo y religioso, y por lo mismo le siguen todos. La opinión religiosa supera toda otra causa, como diremos en otra parte, y ya algo hemos hablado de ello. Entonces también el Papa es árbitro de todo; a él confluyen todos los pueblos guardándole obediencia como a Dios y a su libertador, y por lo mismo rechazan a príncipes suevos, sajones y constantinopolitanos como enemigos de aquél y refractarios al mismo. Por tanto, el oficio de Ciro corresponde al Rey de España, quien una vez que ha sido llamado católico por el Papa, con facilidad podrá alcanzar el principado del mundo, y hay ya indicios de que lo ha logrado, pues en un principio liberó a la Iglesia de los moros granadinos, y ahora de los herejes belgas, ingleses y franceses, sustenta con tantas rentas tantos obispos, cardenales, monasterios, ha puesto en el mundo un sacrificio, se celebra en su Imperio cada media hora una misa, y en él se ha edificado el Papado romano, Jerusalén y el templo; nunca anochece en su Imperio, pues el sol luce desde España, dando vuelta por Brasil, Estrecho de Magallanes, Filipinas, Japón, China, archipiélago de Lazari, Calcuta, Goa, Bengala, Ormuz, Cabo de Buena Esperanza, riberas de Africa, Islas Afortunadas, hasta la misma España. Así, pues, en ningún momento deja de iluminar parte alguna de aquel reino,

---

y el Imperio, perjudicaron bastante al emperador; favorecieron las cruzadas, pero cobrando de ellas las islas que se conquistaban.

no hay duda de que siempre se celebran allí sacrificios al Dios del cielo y tierra. Cosa extraordinaria, en verdad, y señal de que el reino se ha extendido inmensamente, en el que de continuo se vierten preces por la Iglesia y por el Rey, con sacrificio admirable. Lo que no es poco eficaz, según opinión y verdad humana, en el corazón de los súbditos. Por ello, digo que el Rey de las Españas al seguir el orden de las cosas y al observar la prudencia con la ocasión, puede someter todo a sí, como aparece de las razones expuestas. Hay ya una cosa clara: puede él luchar bajo los auspicios del Imperio germánico, que es el de Italia, que es el de Roma, que es el de Grecia, que es el de Persia o Imperio de Ciro, que es, en definitiva, el de Media y el de Babilonia. Y tendrá la ayuda de muchos ángeles, de los de Ciro y de Miguel, y después caerá todo en manos de Gog y de Magog [12], pero los cristianos vencerán. Entonces vendrá Cristo a juzgar. Esto será el fin. Pero el eclipse y la gran confluencia en Sagitario, signo que es de España, revelarán muchos secretos, que diré cuando me llegue el momento de hablar de ello.

[12] Apocalipsis, 20. Gog y Magog aparecen como precursores del Anticristo. Estos personajes también aparecen en Génesis, 10, 2; Crónicas, I, 5; Ezequiel, 38, 1-5. SAN AGUSTÍN, *De civitate Dei* XX, 11.

CAPITULO V

LA CAUSA SEGUNDA, QUE ES LA PRUDENCIA

Todas las cosas humanas requieren prudencia, que es una causa en conexión con el Hado, y que consta de infinitas concausas que actúan en virtud de la causa primera, pero sobre todo la requiere el Imperio, en cuanto que ella rige todo el mundo, y Dios la ha esparcido por todo lo humano. La naturaleza es un arte divino intrínseco, como nuestro arte es naturaleza extrínseca de las cosas, pues sigue a la misma naturaleza como guía. Uno es prudente, porque da algo de luz sobre las plantas, las hormigas, abejas, grillos e incluso sobre los peces. Tales animalillos, a la verdad, con bastante frecuencia informan al mismo hombre sobre la administración de su reino. Luego hay que reconocer que la prudencia es algo distinto de la astucia, a la que algunos llaman la razón de regir un Estado, porque la prudencia está en consonancia con la causa primera, que es Dios, y estudia profecías y ciencias divinas, para que pueda penetrar en el conocimiento de las cosas futuras. Pero la astucia persigue sólo el placer, capta la malicia del propio ingenio, a la que ella misma falsamente llama sabiduría, como se ve en palabras del Faraón: «Oprimámosles sabiamente.»

La prudencia es magnánima y sólo se propone cosas difíciles. La astucia es pusilánime, pero para que se la considere magnánima, se reviste de soberbia, para así aparecer que busca lo eximio, aunque sin escalar la virtud, y se ocupa de minucias y cosas de poca monta. La prudencia es clemente y veraz, la astucia es cruel y aduladora. Así suele hablar el astuto: hay que quitar de en medio a los grandes, a los sabios y fuertes, no sea que ellos arrebaten el cetro. Caiga lo que es sublime, dicen Nerón y Periandro. Como el buen Faraón, distinto del astuto, utilizó la labor de José, y como el Papa suele hacer lo mismo, elevando a sabios y doctos a la dignidad cardenalicia, así maquina el astuto grandes y viles dolos contra su pueblo para con ello debilitarlo y hundirlo.

La prudencia inventa técnicas civiles y útiles, con las que él mismo se enriquece, e inclina a realizar el deber con mayor prontitud, como lo hizo Numa con el fin de ser venerado del pueblo romano, quien también contuvo a Roma con el pretexto de la religión. La prudencia dice bien con césares y generales, la astucia con siervos y davos [1]. La prudencia, cuando pierde, gana. Lo que hizo Pedro y todavía hace hoy el Papa. Y cuanto más plenamente se conoce, más ardientemente se ama. La astucia, cuando gana, pierde, y cuanto más es conocida, más es odiada, como se puede ver en aquel facineroso discípulo de aquel Maquiavelo, César Borgia, que por sus astucias perdió el principado de Flaminia, hoy Romagna, y como se puede ver en Tiberio y Nerón, quienes ensombrecieron con sus

[1] *Davus* es el nombre de un esclavo en las comedias de Plauto y Terencio.

astucias la majestad del Imperio romano, prudentemente iluminada por César Augusto.

El astuto sólo pone ante sí su propio bien, el prudente, el bienestar público. El prudente se muestra fuerte, próximo a la audacia cuando trata de conseguir algo, como Colón, César, Alejandro y Ciro lo hicieron, y a fuer de liberal llega casi a la prodigalidad; se muestra, por último, justo y moderadamente severo a la vez. Así, mientras consigue algo, da todo a los suyos para ganarlos a todos con beneficios y hacerlos fieles y obedientes a sí. Ni les da tanto que luego no tengan necesidad de él. Una vez que adquiriere algo, se hace más frugal, sólo se sirve de ello para poder sostener su estado, para no ser compelido a incurrir en su enojo por la exacción de tributos y además exasperarlos con ello, como hizo frecuentemente Calígula, quien una vez que hubo dilapidado lo suyo, se puso a arrebatar lo ajeno. El mismo que proyecta algo difícil con hado propicio, necesariamente se hace audaz, pues toda acción grande y memorable precisa inusitada fortaleza de ánimo, aunque haya de llamarse temeridad, si no logra el éxito. Hubo audacia en Colón en el hecho de ir a buscar el Nuevo Mundo, pero en Ulises temeridad, porque aquél se libró y éste quemó las naves. Pero una vez que se adquiere algo, hay que precaverse de la volubilidad de la fortuna y de la audacia. Este descuido desbarató las gestas de Carlos V en Alemania, pues no utilizó la misma prudencia en conservar que en adquirir. Lo mismo le sucedió al gran Julio César. Es necesaria la severidad en todas las guerras para que los soldados se mantengan en sus obligaciones y como vencedores obtengan premio; si esto no se hace, se debilita la autoridad y

se acaba en sedición, como en el ejército de Tiberio que operaba en Alemania [2], y entonces los soldados se dedican a la depredación y se torna la victoria nula, como le sucedió al suevo Conradino con Carlos de Anjou [3].

Después de ocupado el reino se debe gozar de él modestamente y satisfacer al pueblo, porque si se hace lo contrario, se divide e instigan contra ti a tus enemigos, como sucedió a Roboán [4], a Carlos de Anjou en Sicilia [5], a los cartagineses después de la primera guerra púnica, y a Acciolino [6], a quien su Padua natal le cerró las puertas, y a Nerón, que fue llamado enemigo de la patria de la que fue su príncipe [7]. Y aunque se utilicen muchas argucias para coaccionar al pueblo, me atrevería a afirmar que al final éstas son perniciosas. Por ejemplo, vemos a Tiberio, maestro en astucia, que fue aborrecido y llevó una vida

---

[2] TÁCITO, *Annales* I, 16ss.

[3] Conradino, hijo del emperador Conrado IV, nace en 1252. Quiso tomar el reino de Nápoles a Carlos de Anjou, que lo tenía por investidura del Papa, y fue muerto en un simulacro de juicio.

[4] Roboán, hijo de Salomón, es rey en 962 a. C. Se hace odioso por sus exacciones, provoca la escisión de su reino, dividiéndose éste en dos: el de Judá y el de Israel.

[5] Carlos de Anjou, tercer hijo de Luis XII de Anjou, rey de Nápoles y Sicilia, llega a ser favorito de Carlos VII de Francia. Cae en desgracia en tiempos de Luis XI de Francia, quien estaba interesado en poner a René de Anjou en el reino de Sicilia, y el motivo parece ser la gran crueldad con que se portaba con el pueblo.

[6] Ezzelino da Romano, el mayor tirano de su tiempo. Cf. DANTE, *Il Paradiso* IX.

[7] Nerón fue declarado enemigo público por el Senado, tiene que huir y ocultarse en una cueva, donde se suicida ayudado de su esclavo. Cf. SUETONIO, *Nerón* XLIX.

amarga, al ver que no era amado, hasta tal punto que tuvo que dar muerte todos los días a los que menospreciaban su majestad, y siempre estuvo con ánimo indeciso. Esto es estar más cerca de la muerte que de la vida. Por tanto, la mayor y mejor astucia de los príncipes es la de la beneficencia, religión y liberalidad para con sus súbditos, pero usada moderadamente, no sea que se haga despreciar, como pasó con Celestino V [8].

Pasemos ahora a lo *particular, lo que concierne a España.* Como antes mostré por razones divinas, si entre cristianos puede haber otra monarquía universal que la del Papa, y cómo debe procederse con éste, ahora probaré por razones o argumentos políticos que en el orbe cristiano no puede haber monarquía que no dependa del Papa. Pues, ciertamente, donde hay un príncipe que tiene superior sobre sí mismo, que rige con sola religión y no con las armas, como el Papa, no puede llegar nunca a la monarquía universal. Todo lo que intente será nulo, y casi se lo romperá en sus manos el superior. Pues toda religión, tanto la falsa como la verdadera, vence una vez que se asienta en el alma del hombre; de éste sólo dependen las armas y las lenguas, instrumentos únicos de los reinos. César, al crearse en cierta ocasión cónsules y viendo al Pontífice que venía diciendo «con vicio fueron creados», los depuso al momento, y cuando estaba para comenzar la guerra, al oír al augur que decía «no consultes las aves», desistió de hacerla y actuó según el parecer de

---

[8] Celestino V, elegido Papa el 1294, a los setenta y nueve años. Fue de gran austeridad y generosidad. Renunció a la tiara a los cinco meses de su pontificado.

aquéllos. Cuando se decidió a ocupar la monarquía, movió piedra sobre piedra contra Catón, para llegar a Pontífice Máximo. Y una vez que lo consiguió, cambiando de parecer, se arrogó todos los poderes del ejército para actuar más sobre seguro, se ganó con donativos a los soldados para que tomaran en su favor las armas contra la patria y se dieran a nuevas empresas. Igualmente hizo Ciro, quiso ser saludado como comisario de Dios, para que nadie fuera ungido como profeta superior a él. Y Alejandro Magno quiso tenerse como hijo de Júpiter, también por la misma razón [9].

Se sabe también que en el orbe cristiano ninguna monarquía llegó a su cenit, por la obediencia que se debe al Papa. Mahoma, que aspiraba a la monarquía universal, creó una religión totalmente distinta de la anterior, pues las armas nada pueden contra una religión si se resisten con otra religión más fuerte, aunque sea peor, si el pueblo la acepta.

Al no haber mayor religión que la cristiana romana, es evidente que ni España ni Francia pueden llegar a mayor dignidad que la misma religión. Así, cuando Carlomagno quería llegar a monarca de todo el orbe, adoptó el título de protector del Papa, y mientras defendió el cristianismo, llegó a ser magno. Si, pues, el Rey de España aspira a tal celsitud, debe construir una nueva religión. Pero esto ni la razón ni Dios lo permite. Primero, porque esto no se puede hacer más que al comienzo del reinado,

---

[9] Sobre Ciro, cf. HERÓDOTO, I, 204.209-210. Sobre Alejandro, cf. PLUTARCO, *Alejandro* 26ss. DIODORO SÍCULO, XVI, 49ss. CURCIO, IV, 7; VIII, 8, 21.

como Mahoma, Rómulo y Pitágoras lo hicieron, pues de lo contrario, se hundiría cambiando los auspicios del reino, que está fundado en la fe en Cristo, e inmediatamente el pueblo tornaría a las armas, al desconfiar de él. Nunca un Imperio fue peor, o con más certeza pereció que cuando cambió de religión, como lo atestiguan las historias. Además, el Papa y los demás príncipes cristianos, unidos sus ejércitos, le arrojarían en breve del reino de Nápoles, de Milán y del Nuevo Mundo y de los demás reinos que posee, aunque esto no se haya hecho con Enrique VIII, Rey de Inglaterra, ni con el Duque de Sajonia, porque éstos tienen sus países encerrados en fronteras estrechas y defendidas, pero perdieron la sucesión y su Estado. Sirvan de ejemplos Jeroboán, Jehú, Juliano el Apóstata y otros [10], que, por cambiar de religión, se ganaron grandísimas enemistades y parieron ellos mismos su propia perdición. A no ser que haya que decir que el Papa no tiene potestad alguna en lo temporal o que no supera en dignidad y grado a los demás obispos, sus vicarios y capellanes. Pero esto es manifiestamente contrario al ordenamiento divino, pues quien le constituyó sacerdote real, le armó con ambas espadas, la política y la espiritual. Si lo contrario fuera, Cristo legislador quedaría disminuido, y no sería como Melquisedec, que fue rey y sacerdote a la vez. Esto da al Imperio mayor majestad y autoridad, como he probado en mi *Monarquía*, contra Dante, quien al contem-

[10] Jeroboán, primer rey de Israel hacia el 962 a. C. En Bethel y Dam hizo adorar becerros de oro. Jehú, rey de Israel en 876-848 a. C., mandó matar a Ocosías, Jezabel y a todos los de la casa real y a los sacerdotes de Baal. Después cayó también él en la idolatría y fue abatido por el rey de Siria, Hazael. Reyes, 9-10.

plar tan sólo el sacerdocio de Aarón, atribuyó al Papa sólo la espiritualidad y las décimas. Y lo que es más, esto va contra la razón política, porque siempre será en beneficio de quien empuñe las armas a favor del Papa, si a éste le faltaren, estimulado por el celo de la religión, como lo hizo la Condesa Matilde contra el emperador Enrique [11], o por otro estímulo de emulación u otra razón, como lo hicieron los venecianos contra Federico Emperador [12], a quien obligaron a besar los pies del Papa, o por ambos motivos a la vez, como Pipino y Carlomagno, quienes se hicieron grandes al prestar ayuda al Papa contra longobardos y moros. Y por lo mismo vemos que el Imperio de Constantinopla pereció, por la apostasía de Constancio y Juliano, lo mismo que los Federicos, los Enriques y todos los demás reyes napolitanos por las mismas razones, o sea, por cuanto que detrajeron poder a la autoridad del Papa. La opinión que todos los pueblos concibieron de la religión cristiana y la creen, vale muchísimo, y por lo mismo se afanan en defenderla con todas sus fuerzas. Cuantas veces un Papa excomulgó a príncipes, tantas los hundió. Te ruego que mires a qué quedó reducida Francia. Pero de esto ya hemos disertado profusamente en nuestra *Monarquía*.

---

[11] Enrique IV, emperador en 1056, a la edad de seis años. En su tiempo comenzaron las disputas sobre las investiduras. Matilde, gran condesa de Toscana (nace en 1046), socorre al Papa Clemente VII contra el emperador.

[12] Los venecianos se pusieron al lado del Papa Alejandro III contra Federico Barbarroja; éste fue excomulgado en 1160 y después de la derrota de 1176 tuvo que besar los pies del Papa para conseguir perdón.

Por último, es también contra la política, pues el Papa impide a los demás príncipes invadir España, y a su vez a los españoles para que éstos no hagan la guerra a los demás, y arregla las diferencias entre ellos, como hizo cuando dividió la India entre portugueses y castellanos, y con bastante frecuencia arregló la paz entre españoles, franceses, venecianos, genoveses, y entre pisanos y florentinos. El solo respeto a la religión no lo conseguiría tan fácilmente. A esto llega la fuerza de las armas, pues el que favorece una causa mala, puede sospechar que el Papa conjugará sus fuerzas con las de su enemigo contra él, y por lo mismo más fácilmente obedecerá las órdenes del Papa, como dije en otra parte.

Si el Rey de las Españas se confiesa defensor del Papa, tendrá prestas las fuerzas de éste, incluso las militares, con las que puede asegurar su reino. Por ello, creo conveniente, según el hado cristiano, que si España quiere acceder a la monarquía, su rey debe confesar su dependencia del Papa y mandar que se predique que él es el Ciro prefigurado y rey católico del mundo, informando su monarquía con consejos religiosos y pías acciones, dejando a un lado las muchas diferencias que tiene con el Papa, habitando en los tabernáculos de Sem, haciendo saber a todos que él es el primer defensor de la religión cristiana y dependiente del Romano Pontífice, y convocando también a todos los príncipes cristianos para recuperar las regiones perdidas y ocupadas por herejes y turcos y procurar sean excomulgados los que tergiversan la verdad y que a la vez sean enviados piadosos y diligentes predicadores para promover este plan. Pues, ciertamente, el Papa se enemistá con frecuencia con el Rey de las Españas no por

otro motivo que por temer que una vez vencidos el rey de Francia y los príncipes de Italia, le haga su capellán; por esto desea que estén siempre en desacuerdo, para que al fallar uno por apostasía u otras enemistades, el otro le preste ayuda. Por esta razón instigó al Imperio de Occidente contra el de Oriente, pues, a la verdad, había decaído de la religión anterior y con el Papa a menudo bajaba a la arena. Pero si el Rey Felipe, como hace poco dije, quiere cumplir con su obligación y ceder ante el Papa el *exequatur*[13], debe enviar obispos y cardenales a las provincias de Bélgica y a gobernar el Nuevo Mundo, así liberará al Papa de la sospecha que tiene de él, y gozará de su voto, pues se ve que el Papa le otorga por medio de indulgencias y cruzadas más ganancias que los honorarios que gasta en cardenales, arzobispos, obispos y otras jerarquías eclesiásticas. Tenga dinero contante y sonante cada año y sacará partido precisamente de lo que teme. Lo que dije es fácil, si manda se predique y proclame que el fin del mundo está próximo y ya llegó el tiempo de que haya un solo rebaño y un solo pastor, el Papa, y que él mismo es como un segundo Ciro, que debe hacer reunir un solo rebaño y que toda nación y reino que no sirva, perecerá. Preferiría decir muchas otras cosas antes que ponerlas por escrito. Deben traerse a colación

[13] A. ANCONA, p. 101, nota 1: «Nel Regno di Filippo III, non si permise sopra ciò novità alcuna, e questo *Exequatur,* reso ormai celebre per le tante contese sopra di quello insorte era constantemente ritenuto e reputato tanto caro e prezioso, che si stimava, il volersi volontariamente cedere a questo punto, uno de'piu signalati e preziosi doni, che da'Re di Spagna potesse farsi giammai alla Corte di Roma...»

las admirables razones por las que el Rey de las Españas con qué prudencia y religión y con qué clase de profecía se torna admirable, pues es necesario alcanzar el Imperio allí donde éstas inclinan. Y puesto que dicha dignidad sublime debe adquirirse bajo los auspicios del Imperio italiano, que hoy es el germánico, se requiere que el Rey de las Españas dirija todas sus fuerzas para atraer ese Imperio a su poder. Debe, pues, actuar con el Papa para que maldiga a los tres electores protestantes, conminándoles a perder la dignidad electoral que recibieron del mismo Papa, si no vuelven al seno de la Iglesia. Y puesto que afirman ahora que el Papa es el Anticristo, con sus mismas palabras serán convencidos de que lo son ellos. Deben ser depuestos de tal dignidad, si no quieren recibir la fe católica. Para este objetivo deben unirse franceses, italianos y españoles con el Papa como moderador, y conspirar contra ellos. Esto sería muy importante para conseguirlo. Se deben erradicar las sectas de los subyugados por aquéllos y enviar allí en su lugar nuevas colonias. Esta expedición es tan fácil que Carlos V solo pudo llevarla a cabo.

Pero porque las ciudades libres de Alemania no desean de ninguna manera tal Imperio o monarquía para no volver a la servidumbre primera, y porque son lentos en deliberación y ejecución, por lo mismo interesa muchísimo que las naciones cristianas unidas se den prisa en ir contra ellas. Los más dispuestos y más poderosos deben ser elegidos electores del Imperio por la autoridad apostólica, sean alemanes, italianos o españoles, o quizá como acordaren los más poderosos de entre los cristianos.

Con este esfuerzo el Imperio puede pasar a España, basta con que un rey de España procure ser elegido em-

perador, después se dirigiría hacia Alemania con un gran ejército y muy pronto la sometería, pues está muy dividida en religión y estados. Ir se haría pronto y con el pretexto de pasar a Hungría. Esto digo para que se vea cuánto interesa a España reivindicar el Imperio bajo los auspicios del Papa. La afirmación del título de rey católico demuestra que el Espíritu Santo, hablando por los eclesiásticos, había querido esto.

CAPITULO VI

DE QUE MODO SE DEBE TRATAR CON LOS ECLESIASTICOS

No basta que tengamos siempre de nuestra parte a los eclesiásticos, hay que hacer porque tengamos un Papa español, antes que de la Casa de Austria, pues consta que el oráculo cuantas veces habla en favor de ella, tantas la eleva, y al contrario, cuantas veces habla en contra, la hunde. Viendo esto, los reyes de Francia se esforzaron cuanto pudieron porque el Papa fuese a vivir a Francia. Y cuando la Pitonisa de Delfos filipeó, Filipo se hizo monarca de toda Grecia con sus artes y religión. En las decisiones de asuntos que conciernen a la fe conviene que el rey sea el primero en mantenerlas e incluso con mayor puntualidad y estímulo que el mismo Papa. Felipe, rey de las Galias, casi siempre mandó sobre el Papa Juan XXII [1], toda vez que fue más ferviente que aquél en defender y divulgar aquella sentencia, que los bienaventurados contemplan en el cielo la esencia de Dios, incluso antes del

[1] Juan XXII, elegido Papa en 1244, después de Clemente V. Es el segundo Papa de Avignon. Felipe IV, el Temerario, que había nacido el año 1245, se hará más famoso que éste por su tesis de los bienaventurados. Recordemos que éste hará la guerra a Pedro III de Aragón, el de las «Vísperas sicilianas», en el año 1282.

Juicio universal. Siempre hay que proponer algo nuevo del cristianismo, como son las canonizaciones de los santos, los cambios de los nombres geniales de los días y los meses y otras cosas semejantes, por los del culto cristiano, y mantendrá, en cuanto sea posible, a los prelados ocupados en esto para asegurar su autoridad entre ellos. Debe también atraerse a los prelados con maneras muy finas, enviando, por ejemplo, a Bélgica y otros lugares sospechosos a cardenales y obispos como gobernadores, pues el pueblo abrazará con más gusto las costumbres de éstos que la severidad de los españoles, y tales prelados se unirán más a él. Al mismo tiempo debe sustentar allí jefes militares que les sean subordinados; debe enviar, con consentimiento del Papa, cardenales, españoles de nación o de facción, al Nuevo Mundo y a otros lugares lejanos para que allí administren el Imperio, porque esto le es muy fácil. A los sabios y buenos conocedores de la religión debe otorgarles más cargos de los que les otorga el Papa, para que pueda usar de su ministerio cuantas veces le sea conveniente. Para todos sus consejos supremos debe contar con dos o tres religiosos, jesuitas, dominicos o franciscanos, para ganarse a los eclesiásticos y para que sus consejeros sean más circunspectos y tengan más autoridad en sus decisiones. En toda guerra cada capitán debe tener sus consejeros del clero, pues así los soldados respetarán más sus mandatos, y no se deberá decidir nada sin contar con ellos; sobre todo, pasen por manos de los religiosos los estipendios de los pobres soldados, pues ésta es la calamidad de España, paga y no sabe a quién ni cómo. Así, bajo los auspicios de la religión, se asegurará para sí al Papa y al Imperio y reinará con mayor felicidad de acuer-

do con el hado divino. No nombre nunca para ir ante el Papa a hombres indignos de dignidades eclesiásticas, pues así conseguirá mayor credibilidad ante él. Prefiera aquellos cuya sabiduría fue probada por el mismo rey. Proponga siempre cómo pueden ser invadidos los pueblos infieles y exhorte al Papa a que proclame deban ser depuestos los que impiden las expediciones religiosas. Construya hospitales, hospicios y otros lugares piadosos semejantes, que puedan ser útiles a los mismos soldados, de suerte que puedan servir de seminarios de los soldados y de los obreros que trabajan en la maquinaria bélica; cuídense con esmero en dichos lugares los soldados enfermos, incluso proporcionándoles indulgencias, como después se dirá. Haga que todas sus expediciones sean aprobadas por el Papa para que sean alabadas por todos los cristianos, y así la astucia española será menos sospechosa, y el mismo Papa se sentirá más obligado a llevarlas a efecto. Declare también que la razón de Estado no consiste tan sólo en las armas (Escipión el Romano, preguntado por un general español con qué derecho iba contra España, respondió señalando su ejército preparado para ir contra ella), sino en los auspicios del hado del cristianismo. Cuando a Jefté se le preguntó sobre lo mismo, respondió: «Ya tienes lo que te asignó tu dios Camos, lo mismo que nosotros tenemos lo que el Señor nuestro Dios nos ha asignado» [2]. Lo que el español adquiere bajo los auspicios victoriosos de Cristo, le pertenece, y esto lo digo refiriéndome al Nuevo Mundo, cuyo acto de posesión es culpable para algunos. Al violar los indios la ley natural,

[2] Jueces, 11, 24.

el Rey de las Españas atacándoles con los auspicios de la religión cristiana, a la que sirve la ley natural, por derecho lo posee, como Moisés ocupó Tierra Santa, cuando la malicia de los amorreos llegó hasta el extremo. Por nuestros pecados y bajo los auspicios de Mahoma, el turco posee también por derecho a Constantinopla tras dominarla, como Camos. Pero, por lo mismo, no se nos han negado las posibilidades de recuperar aquel Imperio que es nuestro, una vez que nos hemos arrepentido del pecado por el que lo perdimos, pecado de discordia en el orbe cristiano. El ángel de aquel reino cuida ahora de él no sólo por aquel falso Macon *, al que invoca, sino por justo juicio de Dios, pero pasará a nosotros. Estos argumentos son de gran importancia para defender aquellas expediciones, o por mejor decir, para justificarlas, aunque nuestros escritores, en primer lugar Lactancio, *De Justitia Dei,* y Cayetano, 2.ª, 2.ae, y otros más recientes no comprendieron [3]. Pero

* Magog.

[3] Vio, Tomás (Cayetano), *Secunda secundae partis summa sacrosanctae theologiae Divi Thomae Aquinatis, doctoris angelici...* (Lyon, 1575), 66, 8: «*Quidam autem infideles nec de iure nec de facto subsunt secundum temporalem iurisdictionem principibus christianis, ut si inveniuntur pagani qui nunquam Imperio Romano subditi fuerunt, terras inhabitantes in quibus christianum nunquam fuit nomen. Horum namque domini, quamvis infideles, legitimi domini sunt, sive regali sive politico regimine gubernentur; nec sunt propter infidelitatem a dominio suorum privati, cum dominium sit ex iure positivo, et infidelitas ex divino iure, quod non tollit ius politicum, ut superius in quaestione 10 habitum est. Contra hos nullus rex, nullus imperator nec ecclesia romana potest movere bellum ad occupandas terras eorum aut subiciendum eos temporaliter, quia nulla subest causa iusti belli.*» Lactancio, *Divinae Institutiones,* V.

para inclinar al Papa a que esté de parte del rey de una manera plena y para que el hado cristiano eleve la monarquía hispana, me parece que es conveniente que el Rey Felipe prometa al Papa, para que los demás príncipes le sigan, observar la constitución del Emperador Constantino, que afirma que en todas las causas de cualesquiera potestades y tribunales seculares se debe pasar apelación a tribunales episcopales, que son llamados por él mismo ángeles de Dios y dioses terrestres [4]. Una vez que el Papa viera esta disposición del Rey no podría menos de ponerse de su parte. En nada disminuye la autoridad del Rey, pues otros no lo consentirán, y así el Papa la conservará tan sólo con el Rey. Y si lo consintiesen, las causas estarían por necesidad sometidas al dominio y jurisdicción del Papa y por lo mismo el Rey dominaría también sobre aquéllos al estar su reino unido al Papa. Para que esto no pueda perjudicarle, debe instituir el Rey un consejo y tribunal supremo, al que tengan libre acceso dos obispos con el confesor real y al que tenga también el Rey acceso como clérigo, pues el primogénito del Rey siempre ha de iniciarse en el clero. Dése en aquel Consejo apelación por todos los demás tribunales, incluso por los mismos obispos, si hubieren de tratar más duramente a sus súbditos o a los del Rey, porque de este modo no sólo será el Rey árbitro de todos los tribunales, sino también de todos los obispos, como sacrosanto y clérigo que es. Así evitará aquella sospecha de la Rota que dice que los vasallos del Rey tratados inhumanamente por los prelados pue-

[4] *Constitutiones Sirmondi,* en *Codex Theodosianus* (edit. Mommsen, Berlín, 1962), p. 907.

dan apelar al Sumo Consejo de España, lo cual es verdaderamente indigno, herético y nocivo al mismo Rey, pues le hace odioso y disminuye su autoridad antes que aumentársela. Lo atestigua la experiencia cotidiana. O ciertamente hay que pedir del Papa y afirmar que el Rey permite realmente que en todas las causas se dé apelación ante el Papa, con tal de que se le conceda públicamente apelar al consejo de tres obispos, o para que la apelación en causas de laicos pase al Papa, debe hacerse pasando gradualmente primero por el consejo de dos obispos y del Rey, después por concilio general y por último al Papa, porque en los concilios se habla muy de tarde en tarde, y el nombre de concilio es muy odioso al Papa, de suerte que las causas siempre permanezcan ante el Rey, quien de este modo se beneficiará, aun cuando parezca que pierde.

CAPITULO VII

QUE SE PUEDE ADUCIR DE LA PRUDENCIA Y LA OPORTUNIDAD

Ya se ha dicho que, ante todo, la prudencia debe coincidir plenamente con el hado divino. Ahora queda por decir algo de las demás partes de la prudencia, a la que hay que referir todas las virtudes y sobre todo la oportunidad, pues es propio de la prudencia saber usar de la ocasión. Hemos visto bajo qué auspicios y qué tipo de confederación debe mantener con el Papa la monarquía española, por lo menos lo que es posible para la pluma, pues las cartas más secretas de los Estados no pueden entregarse. Es claro que la ocasión que tiene España consiste en que sus enemigos vecinos están debilitados y divididos por religión y Estado; los más fuertes están más lejos, por lo que una vez vencidos los próximos, éstos parece serán más fácilmente superados. Una gran ocasión se presenta del milagroso periplo de los españoles, de su admirable vuelta al mundo, y me parece muy fácil de coger, si las cosas permanecen unidas, como diremos, a merced de la regla general de prudencia política. Por último, pasaremos a los hechos particulares, examinados por razones próximas y lejanas. Ante todo, hay que fortalecer con argumentos la razón política de España, después convencer a la extranjera. Por aquélla comienzo.

CAPITULO VIII

CAUSAS POR LAS QUE LA MONARQUIA ESPAÑOLA PUEDE ENGRANDECERSE O DEBILITARSE

Las ocasiones con las que la monarquía española puede mantenerse y engrandecerse son éstas: 1) La virtud del Rey. 2) La bondad de las leyes sabiamente dadas. 3) La sabiduría del Consejo. 4) La justicia de los oficiales. 5) La obediencia de los barones. 6) La disciplina de los soldados y capitanes. 7) La seguridad del erario. 8) El amor mutuo del pueblo y para con el Rey. 9) Los buenos oradores que hablan a favor del dominio. 10) La concordia entre sus propios reinos y la discordia entre los extranjeros. Y viceversa, las ocasiones que pueden destruirla son: 1) El vicio del Rey. 2) Las malas leyes. 3) La ignorancia del Consejo. 4) La injusticia de los oficiales. 5) La desobediencia de los barones. 6) La penuria de soldados y capitanes sin disciplina. 7) La penuria económica. 8) El odio entre el pueblo y contra el Rey. 9) Los falsos profetas o los insurgentes contra el dominio. 10) La ruptura entre sus pueblos y la concordia entre los extranjeros.

Todo esto hay que examinar prudentemente, ya que los enemigos divididos y la vuelta al mundo hicieron fácil la sustentación y engrandecimiento de tan gran Imperio.

CAPITULO IX

EL REY

No puede regir el mundo quien no puede regir un Imperio, ni un Imperio quien no puede un reino, ni un reino quien no puede una provincia, ni una provincia quien no puede una ciudad, ni una ciudad quien no puede una aldea, ni una aldea quien no puede una familia, ni una familia quien no puede una casa, ni una casa quien no puede regirse a sí mismo, ni regirse a sí mismo quien no puede someter a razón sus pasiones. Someter sus pasiones nadie lo puede hacer si no se somete a la voluntad de Dios, porque quien se rebela contra Dios, que es la suma sabiduría, contra él se rebelarán todas las cosas subordinadas a Dios, por derecho y por ley del talión, que es justísima en todos los campos de la actividad humana. Así, bien consideradas todas las ideas sobre los principios humanos, decimos que el Rey de las Españas tiene que esforzarse por ser muy sabio. Pues toda virtud es una afección del alma y consiste en un modo de ascensión, si se baja, es vicio; y la razón hace el modo. Por lo mismo, hay que decir que las solas acciones no dotan de virtud al hombre, se requiere también una inclinación natural, que deriva de la complexión de sus progenitores, del aire y de las constelaciones.

Digo que por no ser el reino de las Españas por elección, sino por sucesión, debe tomar el Rey una sola mujer por esposa, tomar varias lo prohíbe la razón; que dicha mujer sea de cuerpo gallardo, alegre y fecunda, que sobresalga por dotes de cuerpo y alma. No hay que mirar sólo el esplendor del género femenino, pues puede ser estéril o poco agraciada, y serías abrumado por aquellos males por los que fue abrumado Enrique VIII o el Duque de Mantua. De donde el Duque de Etruria, Francisco, sería digno de alabanza, si sólo hubiese casado con Blanca por falta de sucesión [1].

Debe acostarse el Rey con su cónyuge en buen tiempo y después de hecha la digestión, y además, tras haberse abstenido por algún tiempo del coito, para que así se haga más fecundo el semen. Cuando hace el acto matrimonial con ella, debe estar lleno de amor, porque a todo el mundo interesa de qué calidad es el semen del Rey. Y ojalá todos hicieran lo mismo, pues ya se ha visto que los hom-

---

[1] Conocidos son los matrimonios de Enrique VIII de Inglaterra con Catalina de Aragón, Ana Bolena, Juana Seymour, Ana de Cleves, Catalina Howard y Catalina Parr.

El duque de Mantua, quizá Vespasiano (1532-1591), virrey de Navarra, de Valencia y de Nápoles, mató a puñaladas a su primera esposa, Diana de Cardona; en 1564 casó con Ana de Aragón, muerta en 1567, y después casó con Margarita Gonzaga, que no le dio sucesión.

Fue también desastrado el fin del gran duque de Toscana Francisco de Médicis y de su esposa Blanca, pues deseando esta señora deshacerse de su cuñado el cardenal Fernando, enemigo suyo, para que no heredase el ducado, resolvió envenenarle con un bollo hecho por ella misma; mas por equivocación comió la mitad su esposa, y ella, viéndose perdida, comió la otra mitad.

bres se preocupan más de tener abundancia de caballos que de hijos. Más tarde, durante el embarazo, la reina debe mantener un ejercicio corporal moderado para que su prole sea más robusta. Recién nacido el hijo, la generosa mujer debe ser exhortada a que le dé de mamar, y puede ayudarle una mujer fuerte, pues las costumbres se beben con la leche de la nodriza. Ya mayor converse más con varones que con hembras, deléitese en la contemplación de figuras matemáticas y en la descripción de sus reinos, contemple también caballos y armas, no se acostumbre a los juegos de niñas, como los hijos de Ciro, Cambises y Darío, como si éstos hubiesen nacido para sí solos y no para sus pueblos, quienes por esta razón después se hundieron, como afirma Platón [2]. Tenga maestros piadosos, obispos y capitanes útiles en artes militares, oradores que le ejerciten en el hablar, más de leyes que de disputas gramaticales. Y una vez que ha crecido, ejercite su cuerpo y espíritu a la vez, pues la fortaleza y la sabiduría son virtudes propias de reyes. Y el Rey que ejercita sólo su cuerpo sin el ingenio, el suyo propio y el de sus vasallos, se hace esclavo de aquel que ejercita el ingenio. Así, el Rey de Francia y sus ministros, que se hicieron subalternos * de Calvino y del alemán Lutero, quienes les fascinaron tanto que tenían por hermoso cuanto aquéllos hablaban. Así también los tártaros, quienes una vez que ocuparon el Oriente, cayeron en pequeños sacrificios a Mahoma para vergüenza suya. Y si no son esclavos de ingeniosos malvados, lo son al menos de probos y buenos.

---

[2] PLATÓN, *Leyes* 694 a 4, 694 d-695 b.

* *Subalterni,* senadores sin voto.

Los reyes de la India y de Israel fueron incultos e impíos, siervos de Elías, de Eliseo y de otros, que los ponían y deponían del trono por su desconocimiento de la religión. Los cónsules romanos estuvieron sometidos a sus sacerdotes. Y quien sólo ejercita el ingenio, cae en el poder de aquel que ejercita el cuerpo y las armas. Los Papas con frecuencia fueron vejados de los Godos y Longobardos, y el platónico Teodorico II, rey de Rávena, fue sojuzgado por Belisario [3].

El Rey que ejerce ambos, ingenio y cuerpo, es sabio. Por eso los romanos nunca ejercitaban el ingenio sin el ejercicio corporal, como narra Salustio. Debo decir, por otra parte, que el Rey no debe dedicar su alma y tiempo a una sola ciencia, como el Rey Alfonso, que fue astrólogo eximio, a ejemplo del Rey Atlante, vencido por el militar Perseo, como cuentan las fábulas. Pero tampoco debe dedicarse sólo a la teología, como Enrique VIII, quien destruyó su propio ingenio. Antes bien, debe tener un maestro especializado en cada una de las artes y ciencias y a éstos debe escuchar.

Pero la ciencia le es muy conveniente al Rey; saber las distintas partes del mundo, sus reinos, costumbres de las distintas naciones, religiones y sectas, saber los reyes que han muerto, los que vencieron y los que fueron derro-

---

[3] No entendemos cómo Campanella hace a Teodorico II rey de Rávena, pues éste es rey de los ostrogodos, bajo cuyo reinado Belisario tomó Nápoles y Roma a los godos y persiguió a su rey hasta Rávena. Belisario murió después de haber sido acusado de conspirar contra Teodorico, pero fue más tarde perdonado y muere en 565.

tados y por qué motivos. Para ello debe elegir los mejores historiadores, y saber las leyes de las naciones, las buenas y las malas y sus causas. En primer lugar, debe saber las leyes de su reino y de los reyes sus antecesores: cómo venció o perdió Carlos V, cómo Maximiliano, con cuántas y con cuáles naciones y reinos, y cómo éstos se adquieren.

Escuche también todos los consejos, pero haga selección de ellos, promulgue para los suyos lo mejor. Aplique a sus súbditos las penas por boca y acción de sus oficiales, pero distribuya los premios entre los suyos por su mano. Por último, esté adornado de todas las virtudes y desee que los reyes que le sucedan le imiten, como debe hacerlo él con los reyes sabios ya muertos.

Las afecciones o pasiones que con todas sus fuerzas debe reprimir son: el dolor, la molicie, el amor, el odio, la esperanza, el temor, la ira y por último, la misericordia. El Rey que se muestra roto por una desgracia, favorece su blandenguería, enerva a los suyos y, por último, se hunde él. Esto advirtió sabiamente Joab a David, cuando éste se afligía demasiado por la muerte de Absalón. Por el contrario, cuando se exalta demasiado por el gozo ante un buen acontecimiento, aparece servil y abyecto, y sobre todo, cuando se extralimita con chabacanería, comilonas y placeres, se degrada como Nerón, que se dedicó sólo a las comedias y a tocar la cítara, o Vitelio y Sardanápalo, quienes se entregaron totalmente a mujeres y banquetes, y fueron por ello despreciados y arrojados de su trono y asesinados.

Es más, el amor de las mujeres muchas veces le hundirá, a no ser que se sobreponga, como le sucedió al sapientísimo Salomón; debe gozar sobre todo de su propia

esposa, que odia a los amigos íntimos del marido, creyendo que a ella sola se le debe la mejor parte del amor, hasta tal punto que persigue a sapientísimos y fortísimos jefes militares, como hizo Sofía, la esposa del Emperador Justiniano, con Narsés. El llamó a los longobardos, no sin gran detrimento del Emperador y de la Emperatriz [4]. También la avaricia hunde a los reyes, como sucedió a Antíoco, que depredó el templo de Júpiter Dodoneo [5], y a Calígula, que manirroto en lo suyo, deseó ardientemente lo ajeno; de donde vinieron a caer en el odio del pueblo y perecieron. Lo mismo hay que decir de Midas, quien deseó que cuanto tocara se convirtiera en oro, cuando no podía comer con el oro ni con él conciliar el sueño, o sea, no percibió ningún fruto del oro y se expuso al robo de quien supiera usar la espada. En un año Calígula dilapidó diecisiete millones de coronas que el Emperador Tiberio había atesorado. Al caer en la indigencia se dedicó a toda clase de depredación y crueldad. Salomón, construyendo palacios y templos y viviendo suntuosísimamente gastó gran parte de los ciento veinte millones de su padre, y aunque sin oposición, cargó con tanto tributo a sus súbditos que llegó a hacerse intolerable para gran parte

---

[4] Narsés, general bizantino que cumplió varias acciones diplomáticas con Justiniano II. Fue a Italia a luchar contra los godos. A él se le confía el gobierno de Italia en 554. Allí organiza la administración, pero se hace odiar por sus medidas fiscales. Fue llamado de Italia por Sofía, esposa de Justiniano II, y reemplazado por Longinos. En venganza, Narsés llama a los longobardos para que entrasen en Italia.

[5] JOSEFO, *Antiquitates* XII, 7-8. SAN AGUSTÍN, *De civitate Dei* XVIII, 45.

del pueblo, e incluso llegó a perder una parte de su reino en su hijo Roboán.

Es lícito al Rey el deseo de honor y honra, pero subiendo por la escala de la virtud, de lo contrario parecerá soberbio. Esto es lo que perdió a Alboino [6] y Atila [7]. El honor es ciertamente testigo de la virtud. Así pues, si estuviere dotado de virtud, alcanzará el verdadero honor, sin adulación. Esta perdió a muchos reyes de este mundo. Por ello, el príncipe no debe buscar amistad estrecha con uno o dos, por no sobrepasar impunemente con ellos los límites de la justicia. Por otra parte, los próceres y principales jefes de la milicia, si le rechazan sus dádivas, le tendrán por vil e inicuo. ¿Qué es sino el que conspiren con frecuencia contra él? Y el mismo que elevó a una dignidad, puede usurparle el poder. Así sucedió a Giges, rey de Lidia [8]. También Sejano perjudicó mucho al Emperador Tiberio, aunque éste era muy astuto [9], pero más todavía le perjudicó Macron, que fue el que le asesinó [10]. Nada es

---

[6] Alboino, rey de los lombardos (561-563). Soberbio, después de una batalla quiso que su esposa bebiese por el cráneo de su padre.

[7] Se refiere a la arrogancia proverbial de Atila, que solía decir que la hierba no nacía donde pisaba su caballo.

[8] Giges, rey de Lidia en 708 a. C. Fundador de la dinastía de los Mermmades; cf. PLATÓN, *República* II, X 612 b.

[9] Sejano fue nombrado por Tiberio jefe de los pretorianos. Se hizo odioso por su crueldad y tiranía, por lo que Tiberio le retiró de su cargo. Más tarde su ambición le lleva a conspirar contra el mismo Tiberio, pero éste desde su retiro le manda matar. Su cuerpo fue arrojado al Tíber. TÁCITO, *Annales* V, 4.

[10] Macron, favorito también de Tiberio, presidió el arresto y muerte de Sejano; fue recompensado con la prefectura del pre-

tan pernicioso al príncipe como el contraer amistad con uno solo. ¿No fue gran impedimento Antonio Pérez para el rey actual? Si el Rey odia a algunos, nunca lo manifieste, a no ser que el pueblo también los aborrezca, como pueden ser herejes, infieles, usureros y homicidas públicos, pues en esto el Rey se hará querer más. Sepa también que las acusaciones entre súbditos no favorecen al reino tanto como le perjudican las calumnias; por ello, esté siempre más inclinado a la parte acusada. Para conseguir el mayor amor entre los suyos, constituya un tribunal de gracia sobre todos los demás tribunales, para que el condenado a muerte tenga siempre a quien recurrir. Debe el Rey condonar con frecuencia, si es oportuno, cuando los condenados no han sido admitidos en apelación a los virreyes o cuando no hayan cometido nada contra el Estado o contra la religión. Deben ser enviados, más bien, a la milicia por la patria o a las galeras. Esto será de gran provecho. Presida él solo aquel tribunal con esposa e hijos y con un prelado. Ponga modestamente la esperanza, mucho en Dios y poco en las propias fuerzas, sobre todo, cuando ninguna prudencia especial brilla en el proceso. Toda acción grave debe ser referida a Dios autor para que se torne más digna de veneración. No espere con pocos vencer a muchos, ni sin disciplina o con inmorigerados vencer en región extranjera a enemigo que allí se asienta. Por otra parte, aleje de sí siempre toda timidez, pero muestre siempre temer que un mal más grave venga

---

torio. Cuando Tiberio estaba próximo a morir, se une a Calígula para hacerse con el Imperio, pero al curar Tiberio, le manda matar. TÁCITO, VI, 45.

sobre la religión o sobre el pueblo. En las expediciones muéstrese fuerte, incluso audaz, de tal suerte, sin embargo, que le asista la razón y anime el espíritu de sus soldados en todas partes. Nunca muestre que la virtud de uno le es sospechosa, no sea que ponga en evidencia su temor y mezquindad de ánimo. Por ello, es siempre más seguro mantener al pueblo armado que desarmado para que éste no se rebele, pues estando armado mejor podrá mantenerle en sus obligaciones, y sostenido prudentemente bajo el mando usará las armas en tu provecho; imprudentemente llevado, aunque no tenga armas las encontrará, lo que es peor, para volverse contra ti, así como David contra Saúl. Debe también el Rey, cuantas veces tema la grandeza de uno, trasladarle so pretexto de honor de una región a otra. Así hizo el Rey Fernando de Aragón, que trajo de Nápoles, donde hubiera podido conspirar, a España al Gran Capitán Gonzalo [11]. Pero estos hombres no deben ser demasiado vejados, pues el mismo príncipe se degradaría con ello y animaría menos a los súbditos a reconocer su virtud. Sí, deben ser trasladados a donde menos peligro puedan producir. Vemos así el ejemplo de Belisario, que fue apartado de Italia a Persia por Justiniano, pues en Italia era amado de todos. Así debe reinar, ni vehemente ni precipitado con sus próceres, como hizo Alejandro Magno. De lo contrario podría ser quitado de

[11] Fernando el Católico recelaba de Gonzalo Fernández en tiempo de la contienda entre él y su yerno Felipe el Hermoso; por eso, a fines de 1505 le manda venir a España. El Gran Capitán retrasó su vuelta, poniendo nervioso al Rey Católico. Parece ser que fue Francisco de Rojas, embajador, el que previno al rey contra el Gran Capitán. Cf. RODRÍGUEZ VILLA, XLV, XLIX.

en medio con veneno, como aquél lo fue, los pueblos huirán y su Estado quedará debilitado. Así sucedió a Teodorico [12], primer rey de Rávena, y a Valentiniano le trajo la muerte [13].

Hay que ejercitar la misericordia en tiempo de paz con aquellos que por ignorancia o debilidad corporal o anímica delinquieron, ello en favor de todos, pero de ningún modo en tiempo de guerra contra criminales o jefes de sediciones, sobre todo, si la virtud de aquéllos no es tan grande que perdonados puedan serte de mayor utilidad que de daño te fue su delito. Scanderbeg perdonó al rebelde Mosa, su primer general, y éste después le reportó grandes ventajas [14], y David a Jacob. Pero esto es fácil cuando el delito no concierne a la misma república, sino sólo a particulares. Por ello, el príncipe nunca debe denegar la administración de justicia a nadie, por este motivo fue asesinado Filipo, Rey de Macedonia, por Pausanias [15]. Luego sea, como dijimos, muy circunspecto en refrenar sus

---

[12] Teodorico I, rey de los ostrogodos (Campanella le llama rey de Rávena), combatió a Odoacro, rey de Rávena, despojándole de la ciudad. Vivió *c.* 455-526.

[13] Valentiniano III (419-455) fue muerto por Petronio Máximo, a quien había ultrajado su esposa.

[14] Jorge Castriot, llamado Scanderbeg, héroe albanés nacido en 1404 o 1414. Estuvo como rehén del sultán Amurat II. Este le liberó más tarde. Castriot combate más adelante contra el sucesor de Amurat, Mahomet II, después de la toma de Constantinopla por este último. Un biznieto suyo, Fernando Castriot, murió en la batalla de Pavía en 1525. Cf. MARIANA, VI, 428.

[15] Pausanias era personaje de la corte de Filipo de Macedonia. Mató a su rey por no haberle oído en un juicio. Le asesinó en el teatro (336 a. C.).

propias pasiones. La piedad y la religión son suficientes por sí solas para reinar bien y con felicidad; lo testimonian los ejemplos de Constantino, Teodosio y otros semejantes.

Hay que tener en cuenta que los pueblos por naturaleza siguen las costumbres de sus príncipes. Por eso Platón acostumbraba decir: Corregido el rey, se corrige todo el reino, sin necesidad de ley [16]. La virtud de aquél debe superar incluso el sentido humano. En lo que atañe a la milicia, se sabe que reyes belicosos siempre derrotaron a los perezosos, y reyes sabios conservaron sus reinos, pero no siempre los extendieron; reyes ociosos y perezosos, por el contrario, siempre los perdieron. Por eso digo que si un rey quiere mostrarse belicoso, debe él mismo ir a la guerra en persona, sobre todo cuando está seguro de la victoria. Así Joab, estando para ocupar aquella ciudad de los ammonitas después de atacarla unos días, llamó al rey David para que éste llevase la gloria de haber tomado en un momento la ciudad, pues así sus pueblos admirarán a su Rey como uno más que Rey. Pero en peligro evidente y en duelos cuídese más el Rey para que la luz de Israel, como Joab dijo a David, no se extinga [17]. Esto se tilda como falta a Alejandro Magno por haber bajado el primero de las almenas a la ciudad y fue herido gravemente,

---

[16] PLATÓN, *Leyes* IV, 711 b-c: «Al tirano que quiera cambiar la manera de ser de su ciudad no le hacen falta ni esfuerzos ni demasiado tiempo, sino marchar él mismo el primero por el camino a que desea enderezar a sus ciudadanos...» (trad. de J. M. Pavón y M. Fernández Galiano, Madrid, 1960). Y dirá en *Alcibíades* 132 d-133 b que el rey es espejo para los demás.

[17] 2 Samuel, 10.

pues de este modo puso en peligro en su persona toda la monarquía del orbe.

Recompense a los veteranos con su propia mano, póngalos al frente de castillos y fortalezas; a los novatos acostúmbrelos a la guerra con escaramuzas y ejercicios campestres. Todo Rey que lleva cetro o es lobo o mercenario o pastor, como dice Homero y el mismo sagrado evangelio [18]. El lobo es el tirano, que guarda su rebaño en provecho propio y degüella siempre al más rico y al más sabio y más fuerte para alimentarse con él o para dominar sin peligro y engordar. Si España así quisiere que fuera, perderá todo, como aquellos Dionisios siracusanos, Acciolino de Padua, Calígula, Nerón y Vitelio. Es mercenario quien ciertamente no mata, pero coge para sí todo lo útil, tributo, honor, servicio de sus soldados y vasallos, ni los libra de lobos rapaces, o sea, de falsos doctores, ni de crueles agresores. Los venecianos fueron mercenarios de Chipre, no la defendieron de los turcos, y los romanos de los saguntinos, de cuyas cervices no arrojaron a Aníbal, y Don Felipe María Visconti, fue mercenario de la república de Génova, de la que sacó ciertamente provecho, pero no la gobernó [19]. Esto no se puede decir hoy del Rey de España. Y esos mercenarios pronto pierden también como los tiranos antes mencionados, como perdió el Rey de Francia, permitiendo a Calvino ascender a la cátedra,

---

[18] San Juan, 10, 11-15. Ezequiel, 34. En el mundo helenístico, y ya en Homero, se aplicaba la imagen de «pastor» al rey.

[19] Felipe María Visconti (1391-1447) quiso hacer un reino de Italia, pero no pudo. Los genoveses, incapaces de regirse a sí mismos, se entregaron al duque de Milán, como antes se habían entregado a los franceses en tiempos de Carlos VI (1391).

y el elector de Sajonia a Lutero, lobo aquél, porque el que depreda las almas, destruye también los cuerpos y al final las fortunas de aquellos que tiene bajo su poder. Luego es mera ignorancia en los príncipes el permitir que se introduzcan nuevas religiones en sus regiones, a las que las almas de sus súbditos quedan sometidas. Saúl presagiaba para sí la ruina, cuando vio los ánimos de los suyos adictos a David. Y los males de Alemania, de Polonia y de Francia son incontables, una vez que Lutero depredó las almas de sus habitantes. Pastor es aquel rey que se alimenta de los honores de su pueblo, pero apacienta al pueblo con su ejemplo, doctrina y abundancia de todas las cosas, y lo defiende con armas y con leyes saludables. El buen rey debe, pues, ser tanto más docto que el pueblo, que supera en muchísimas cosas a los brutos, cuanto el pastor lo es más que su muda grey. Por eso el príncipe, como dijo Platón[20], debe estar sobre la suerte de la condición humana, y debe ser un Dios o un Cristo, o divino al menos, con hechuras divinas como lo es el Papa, los obispos y aquel legislador divino Moisés. Pero si esto se le ha denegado, al menos obedezca con virtud humana al legislador divino, como Carlomagno. Al percatarse de ello, se fingieron divinos, como Mahoma y Minos, cuyas leyes *temieron* los pueblos. Cierto, donde así se mostrare un rey, todo el pueblo se hará bueno. De lo contrario, se hará malo, si el rey también lo es. Por lo cual, siguiendo el ejemplo del Papa y de sus obispos, debe mostrarse semejante a ellos, no haciendo nada sin ellos, y uniendo su reino a la Iglesia, haga un solo cuerpo de la república,

[20] PLATÓN, *Política* 291 a-303 d.

como ya he dicho, y hágase digno de veneración, constituyendo el orden eclesiástico y buenas leyes, saliendo raramente en público y no sin boato. Las acciones de las que la humana naturaleza no puede abstenerse, como es el tomar alimento y otras semejantes, realícelas en secreto. Si alguna vez lo hiciera en público, procure siempre, a ejemplo de Filopomeno, general de los aqueos, que se tengan conversaciones de paz y guerra en su presencia [21]. No debe esforzarse el rey por parecer virtuoso más de lo que es en realidad, pues una vez que fuere detectado su disimulo, en adelante no se tendrá ya confianza en él. Y porque si no tiene descendencia puede fácilmente perder el reino, debe procurar tener cuanto antes hijos; una vez que el hijo se hiciere mayor, y el rey sea todavía joven, envíele a Roma para instruirse en negocios humanos y religiosos. Cuanto más se une el dominio español a la Iglesia, teniendo cardenales y Papa españoles, más seguro estará de que su hijo no se levantará con los barones contra su padre. Esto sospechó nuestro Felipe de su hijo Carlos. El hijo, en cambio, obedeciendo de esta manera, aprenderá a mandar.

Tenga siempre el Rey señalados algunos de la Casa de Austria, para que le puedan suceder, si muere sin sucesión. Hable siempre la lengua vernácula y dé oídos a quien la habla. Habite a perpetuidad en España como cabeza que es del Imperio, y no salga de allí, si no es por guerra, pero dejando a su hijo en casa, o para dominar alguna

[21] PLUTARCO, *Filopomeno*. El autor no refiere este detalle que cita Campanella. Para un conocimiento mayor, cf. POLIBIO, X, 21, 6-8.22, 5. También hablan de él DIODORO SÍCULO, XXIX, 18; ESTRABÓN, VIII, 385.

provincia o barón sospechoso. Debe dirigirse contra ellos para que reducidos a pobreza sean obligados a ejercer oficio de soldado en servicio de su Rey y el mismo Rey se libere de toda sospecha y miedo. A los demás hijos varones, que no son educados para gobernar, hágalos cardenales y no se les dé las riendas del mando para que no les arrebate el deseo del poder. Por eso entre los turcos fue costumbre matarlos, y el Rey de China encierra a sus consanguíneos en lugares amplios y espaciosos con toda abundancia de cosas y juegos. El Rey de Etiopía conduce a sus consanguíneos a un monte amenísimo, el Amara, donde moran hasta ser llamados a la sucesión del reino. Pero ni el Rey de China ni el de Etiopía relegándolos, ni el turco matándolos ni los moros quitándoles los ojos aseguran sus Estados, ni los mantienen libres de sediciones. Pues aunque todos estos padres puedan hacerlo tranquilamente, puede suceder que el pueblo o los próceres del reino, movidos de indignación, de furor, de temor, de pena o deseo de venganza, corrompan a aquellos hijos separados y los induzcan o rompiendo su custodia los saquen por la fuerza de la cárcel y los levanten al trono, como los Comunes * de España, como los llaman, rebeldes, intentaron raptar al Duque de Calabria [22], apresado entonces en la torre de Játiva, y como en China muchos reyes, crude-

---

* Comuneros.

[22] El duque de Calabria fue preso en la toma de Tarento por el Gran Capitán. Lo llevaron a Játiva y allí permaneció preso teniendo buen tratamiento. Carlos V lo mandó soltar para casar con la reina viuda Germana de Foix. Cf. RODRÍGUEZ VILLA, *Crónicas del Gran Capitán* (Madrid, 1908), pág. 326. MARIANA, VI, 411, 430.

lísimos tiranos y mujeres también fueron asesinados, y como en Etiopía no hace mucho fue llamado al poder Abdimalo, no precisamente de aquel monte Amara, sino de Arabia, en donde se había refugiado [23]. No hay región en la que haya habido tantas guerras intestinas y rebeliones como en Mauritania. Los reyes de Ormuz, antes de que dicha región llegara a poder de los portugueses, mataban a sus padres. Tal costumbre siguieron también algunos reyes de Constantinopla, los tunecinos, los marroquíes, los de Fez y los turcos. De estos últimos dan testimonio las guerras de Bayaceto con Selim, y de Selim con su padre Bayaceto II [24]. La crueldad de los turcos es menor que un lugar seguro *.

Pero en los demás reinos el deseo de gloria y el afán de poder no se estimula a las sediciones y a las armas más que por la ambición. Esta puede alimentarse de diversas maneras o reconducirse hacia otras cosas o desterrarse. A los otomanos y a los moros además de la ambición les instiga también la necesidad de conservar su vida, porque saben que les amenaza la muerte de parte de emperadores venideros, todos miran por sí mismos y roban armas e imploran el auxilio de sus súbditos o incluso de extranjeros. Por eso Selim solía decir que tenía que excusarse de haber matado a tantos hermanos suyos, nietos y

---

[23] Nombre corrupto. Parece referirse a Malac Segued, que sucedió en 1563 a Ademag Segued.

[24] Selin I sucede a su padre Bayaceto II, con quien disputó el trono. Bayaceto tuvo que refugiarse en Trebizonda. En 1512 Bayaceto, que había dejado el trono a su hijo Amed, tuvo que abdicar.

* «Dunque meno sicura e la crudelta del Turco». D'ANCONA.

consanguíneos, por el hecho de que ninguno, ni el más pequeño del pueblo otomano, había alcanzado tal dignidad sin haber llevado igual tragedia en sí mismo.

Pero omitidos estos ejemplos de impía crueldad, por ser ineficaces, pasemos a las hijas de los reyes de España. Estas parece deben ser colocadas a los reyes o príncipes de Polonia y de Francia, y también a los de Dinamarca, Moscú, Inglaterra y de otros países semejantes, con tal de que éstos prometan abrazar la religión católica. Si se hace, el bien es doble. Ponga en sus aulas sabios familiarizados con toda clase de ciencia, y muéstrese admirable en todo tanto a sí mismo como a los suyos, para que se vuelvan todas las miradas en ellos, y le unan con éstos, hasta tal punto que los vean seguros y felices, así como todos los pueblos hasta el tiempo de los macabeos, que tuvieron a Dios como guía, han admirado a los romanos pactando alianzas con ellos, y corrieron a acogerse bajo su tutela. Y el que protege y ayuda, sea por naturaleza señor del que protege y ayuda, como el hombre se hizo señor del caballo, mientras le ayudó contra el ciervo.

CAPITULO X

LAS CIENCIAS CON QUE EL REY ES DIGNO DE ADMIRACION

Todos los magnates al instituir una monarquía, cambiaron las ciencias y con frecuencia también la religión, para causar admiración en los suyos, y por ello los pueblos se les unieron. Los asirios, bajo Nino, cambiaron la religión de Noé, e instituyeron aquella de Júpiter Beli, se dedicaron a la astrología, resplandecieron con admiración de todos sometiendo así a todo el Oriente [1]. Lo mismo hicieron los persas bajo Ciro, quien se profesó comisario de Dios, e introdujeron la magia natural, hasta entonces desconocida, con nuevos y variados ritos admirables [2]. Los macedonios hicieron a su Alejandro Magno hijo de Júpiter Ammon [3], y aboliendo las antiguas disciplinas, sacaron a

[1] Nino, primer rey de los asirios, hacia el 1968 a. C., cuando Abrahán alcanzó Caldea. De él hablan PLATÓN, *Leyes* III, 685 c; HERÓDOTO, I, VII; SAN AGUSTÍN, *De civitate Dei* IV, 5-6; XVIII, 2.

[2] En Isaías 12 y 45 aparece la misión divina de Ciro. Cf. *et* Esdras, 1, 2: «Ciro, rey de Persia, decreta: El Señor Dios del cielo me ha entregado todos los reinos de la tierra y me ha encargado construirle un templo en Jerusalén de Judá.»

[3] PLUTARCO, *Alejandro* 8; DIÓGENES LAERCIO, V, 10.

escena la aristotélica, que refutaba todas las anteriores, de suerte que Filipo, padre de aquél, exultó de gozo previendo para su hijo que la novedad de tal doctrina sería la base de un nuevo Imperio, una vez que fueron despreciados Júpiter, Mercurio, Osiris y otros antiquísimos dioses. Así, Mahoma, al aspirar a la monarquía, introdujo una nueva doctrina de religión a gusto y aplauso del pueblo. César dio comienzo a su monarquía en su pontificado con la astrología apenas conocida para los romanos y con un cambio de estilo. Luego debe hacer lo mismo el Rey de España, sobre todo al tener la mejor ocasión de hacerlo. Pues al no ser lícito siempre instaurar una religión, debe hacer resplandecer más la antigua y aumentar los ritos de la misma, e implantar nuevas ciencias que convengan a su propia dignidad. Y ante todo sancione la ley entre los cristianos, primero, para que si alguna vez un pueblo cambia la religión romana, sea obligado todo príncipe a erradicarla so pena de perder su propio Estado, como Dios mandó a Moisés; segundo, que los eclesiásticos y expertos en cosas de religión se apliquen a ordenar los meses y los días, atribuyendo a cada mes el nombre de cada uno de los apóstoles y a cada uno de los siete días de la semana el nombre de cada uno de los siete sacramentos. Pues, ciertamente, los habitantes del Nuevo Mundo se extrañan cuando ven en conversaciones de cristianos que están en uso los meses y los días de los gentiles, y así también hay que hacer en las demás cosas. Tercero, como las nuevas ciencias hacen más admirable a un nuevo Imperio, deben abrirse escuelas platónicas y estoicas, que son más afines al cristianismo que las aristotélicas. Y en concreto, la filosofía telesiana es extraordinaria, pues se acerca a los San-

tos Padres, y manifiesta al mundo que los filósofos nada supieron, y que Aristóteles, que defiende la mortalidad del alma y la inmortalidad del mundo y niega la providencia, sobre la que se ha fundado el cristianismo, es absurdo por sus variopintos argumentos, pues se refutan por otros más poderosos, también sacados de la naturaleza[4]. Cuarto, ocupe los ingenios de los literatos en cuestiones escolásticas, no sea que aspiren a cosas mayores al tratar de las ciencias naturales y den pábulo a su ambición. Quinto, elimine las cuestiones teológicas de las escuelas transalpinas, pues todos los teólogos de allí se hacen herejes, al no permanecer en las santas constituciones del Papa, antes al contrario, las ponen en tela de juicio, y por lo mismo deben ejercitarse tan sólo en cuestiones de ciencia natural. Sexto, tórnese digno de admiración, como hizo Justiniano, al redactar en un cuerpo las leyes romanas, y como hizo Carlomagno, al abrir una escuela aristotélica, que fue la única entonces entre cristianos, pues otras ya habían sido destruidas por los bárbaros[5]. Pero de esto ya he escrito en otra parte. Séptimo, cierre las escuelas de lengua griega y hebrea, pues éstas acarrearon la destrucción del Imperio, y en ellas hoy crecen sobre todo las herejías. Introduzca, más bien, una escuela ará-

---

[4] Bernardino Telesio, filósofo (1509-1588), trató de hacer una nueva filosofía por la razón y experiencia; quiso liberarse del yugo aristotélico. Pero su sistema tiene poca base. Se conserva de él *De rerum natura iuxta propria principia* (Roma, 1555). En esta obra intenta revivir a Parménides, con los dos principios, calor y frío.

[5] Parece referirse a la escuela que regentaba Alcuino en el palacio de Carlomagno.

biga, con la que se refute a los mahometanos, y allí se ocupen los transalpinos en refutar a los turcos y no a los católicos. Octavo, funde también escuelas de matemáticas, pues esto interesa en el Nuevo Mundo y también en el nuestro, porque así al pueblo se le aparta de atacarnos y es inducido a hacer lo que es útil al Rey. Atráigase también cosmógrafos eruditos y proteja a aquellos que describen el mundo navegado por los españoles, pues a Ptolomeo poco constaba de estas tierras, y corrija los errores de los antiguos. Divulgue un libro bajo el título del Rey de las Españas, en el que recomiende a Cristóbal Colón, a Magallanes, Américo Vespucio, Hernán Cortés, Pizarro y demás valerosos jefes, para que intenten otros seguir sus huellas, y a los descendientes de aquéllos dóteles de baronías. Envíe doctos astrólogos al Nuevo Mundo, sobre todo, transalpinos, para sacarlos de las inmundas herejías. Incite con premios a los extraordinarios ingenios de Alemania y envíelos al Nuevo Mundo para que describan allí las estrellas del Atlántico hasta el Trópico de Capricornio, y pinten la sagrada cruz en el Polo y coloquen allí en el punto exacto las efigies de Carlos V y demás próceres de la Casa de Austria, a ejemplo de griegos y egipcios, que hicieron lo mismo con imágenes de sus príncipes y héroes. Pues así la astrología se aprende con memoria local. Y no es de poco interés para el reino, tales varones ilustres se colman de veneración y tales astrólogos se ven honrados con espléndidos beneficios, y el universo mundo se dirigirá hacia tal príncipe con el deseo de servirle. Es de saber también que con una doctrina nueva el poder supremo se acrecienta mucho, si ésta no se opone a la religión, como aquella de Lutero, sino que está de

acuerdo con ella, como la de Telesio y la que saqué yo de la lectura de los Santos Padres, o cuando al menos no la contradice en lo más mínimo, sino que la aclara y la ofrece para admiración de los hombres y ejercita y mantiene a los pueblos en ella, para que no se ocupen en otras cosas que pueden ser en detrimento del reino. Aristóteles, aunque impío en sus dogmas, no hizo daño a Alejandro, luego mucho menos daño puede hacer la doctrina de que hablamos. Además, procure también el Rey que se escriban historias universales o anales de forma sucinta, como son los libros de los Reyes de los Hebreos, que presenten desde el comienzo de Roma hasta nuestros días todo el progreso de esta monarquía, y cuándo comenzó en ella la fe cristiana; haga saber a todos que los reyes piadosos, cuantos existieron, fueron estimados y felices, y los impíos, criminales e infelices. Procure que con brevedad se describan todas las leyes de los principados en su debido orden, como también religiones y costumbres de los mismos. Utilice las buenas y rechace las malas, cuidándose de no promulgar las leyes que no admita la naturaleza de aquel lugar.

CAPITULO XI

LAS LEYES BUENAS Y LAS MALAS

El Rey de las Españas, por razones tanto teológicas como políticas, no puede establecer leyes nuevas, pues admite la ley cristiana junto con las armas y la prudencia romana, a la que él sucedió. Por tanto, tiene que guardarse de hacer pragmáticas sanciones en demasía. Sería también importante que las leyes se escriban en lengua española, en cuanto sea posible, con lo que todo el mundo por la lengua y por las leyes se acostumbraría al Imperio español. Pero, puesto que su Imperio arranca del Imperio y religión romana, la lengua latina no desdice. Las leyes sean redactadas de modo que el pueblo las conserve más con amor que con temor, viendo que le son útiles, pues cuando lo son tan sólo al rey y a unos pocos, el pueblo las odia y de ahí viene la transgresión y surgen confiscaciones de bienes, penas y destierros; de aquí surgen nuevas leyes, por causa de los transgresores de las primeras, y deberán ser sancionadas otras de nuevo por causa de los transgresores de éstas, y así ciertamente el número de leyes aumenta, la obediencia disminuye y se suscitan los odios de los súbditos contra el príncipe o emigran ciertamente del reino con grandísimo perjuicio del príncipe,

y así el número de soldados y el montante de los censos baja. Por tanto, todo tirano que da leyes útiles tan sólo para sí, es necio, pues con ello se consume a sí mismo; por el contrario, el rey sabio, mientras parece perjudicarse, se favorece. La experiencia nos enseña que los príncipes populares son más ensalzados que los que admiten unos pocos magnates o cortesanos a su amistad, de lo que Tiberio y Augusto ofrecen un ejemplo adverso. Además, es necesario que la ley sea conforme a la costumbre, pues los pueblos septentrionales aman las leyes humanas y quieren ser obligados más por la vergüenza que por la fuerza. El Duque de Alba, por lo mismo, arruinó a Bélgica. Los meridionales, como los andaluces, desean el derecho estricto. Los italianos, portugueses y cántabros desean con ansia el justo medio. En el Nuevo Mundo debe tener en cuenta el Rey en qué clima está situado el pueblo, pues los que están debajo del equinocio desean una ley moderada, los que están debajo del Trópico, severa y dura, como también aquellos que tienen el Polo vertical *. Y aquellos que se acercan más a zonas frías desean una ley más laxa, pero los más alejados de éstas y vecinos del Trópico, como los habitantes del reino de Siam, desean leyes austeras y que hayan de ser guardadas con religiosidad. Los que están en medio, como los italianos, tienen una naturaleza semejante a la de los que están debajo del equinocio. Cuando una región por diversidad de religión pierde parte de sus habitantes, inmediatamente deben ser promulgadas nuevas leyes por medio de un obispo y un insigne capitán, y allí hay que enviar una colonia de hom-

* «están bajo el Polo».

bres idóneos, a saber: belgas a Africa, italianos a Bélgica, españoles al Nuevo Mundo. Y esto último lo consigue cuando se procede por derecho de guerra, pero cuando ellos mismos ceden, poco a poco hay que cambiar las leyes. Así conviene hacer en Bélgica, cuando sus pueblos se entregan a los españoles; entonces deben utilizar más la lengua que la espada para gobernarlos, y la Inquisición allí sea ejercida bajo otro nombre y pretexto y de manera más laxa. Pero si ocupa una ciudad o región adicta a la religión católica, basta con llevar allí españoles para su defensa y varones sabios que cambien las leyes paulatinamente. Otorgue cargos más importantes a los ciudadanos y súbditos del reino, y los más pequeños a los inquilinos de cualquier lugar, como hizo el Duque Francisco en Sena y los venecianos en Padua. Pero dondequiera que el nombre español sea odioso, allí envíe ministros italianos de fidelidad reconocida. Después diré qué debe hacerse en cada uno de los reinos de España. El primer guardián de las leyes sea el honor; el segundo, el amor, y el tercero, el temor. Donde esto se hace al revés, todo va mal.

CAPITULO XII

EL CONSEJO

El consejo del Rey fórmese con unos pocos, muy sabios, junto con algunos eclesiásticos. Haga el Consejo de Gracia, del que hemos hablado arriba, más elevado que el Consejo de Justicia. Los Consejos que allí existen, están bien, pero se obedecerán más religiosamente por las razones antes aducidas. Haga que se incorporen a ellos muchos eclesiásticos, pues así los decretos serán más dignos de veneración. Hay que darse cuenta que no toda nación es idónea para deliberar bien, sino sólo aquellos que conocen bien las costumbres del lugar, o los que están dotados de ciencia, como Platón, o son de habilidad natural, como Cincinnato [1]. Y pues los españoles son ingeniosos y sutiles, los alemanes expertos en prácticas que precisan ejercicio manual y los italianos en el arte de gobernar, tiene que esforzarse el Rey en organizar el Consejo según esta diversidad de caracteres. Por lo mismo digo

[1] Cincinnato, Lucio Quinto, fue cónsul el 460 a. C. Luchó contra los tribunos que sostenían la *Lex Terentillus Arsa;* mató al sabino Herdonio, que se había apoderado del Capitolio. Nombrado dictador por sus victorias sobre vosgos. TITO LIVIO, 3, 26; EUTROPIO, I, 17; SAN AGUSTÍN, *De civitate Dei* V, 18.

que lo que toca al mar debe sobre todo otorgárseles a portugueses y genoveses, lo que se refiere a las artes mecánicas, pólvora y cañones, a los transalpinos; lo que toca al gobierno, a los italianos; defensa, custodia militar, exploración y legación o incluso religión, debe entregársele a los españoles. Y pues el Rey de las Españas debe hacerse señor de todo el orbe, seduzca a todos los pueblos para que adopten las costumbres españolas, o sea, haga a todos españoles, hágalos también partícipes del gobierno y milicia, como los romanos acostumbraron a hacerlo y los turcos lo hacen todavía hoy, pues sin esto los españoles serán menos feroces en las armas, no teniendo en lo militar émulos de su honor, ni los consejeros rivalizarán entre sí en ingenio y perspicacia, una vez que hayan visto que no les es lícito a las naciones extranjeras aspirar a entrar en el Consejo. Por tanto, digo que, por lo común, pero no siempre, sólo los españoles sean admitidos al Consejo de España, y sobre todo, los religiosos, cuyo interés es menor. Al Consejo de Italia, deben ser llamados los españoles que algún tiempo vivieron en Italia, junto con italianos y belgas. Así, todas las naciones se apaciguarán y moderarán en el Consejo, pues los españoles siempre tomarán acuerdo en contra de los italianos, considerando se les debe la suma dignidad, al poseer la cabeza del Imperio, los italianos suministrarán buenos consejos en favor de la libertad de su pueblo, frenando la ferocidad de los españoles, y los belgas reconciliarán a ambos. El Consejo de Bélgica, pues ya es cierto que los consejos de todas las naciones deben estar en España, sea dirigido por españoles, italianos y belgas, por las mismas razones hace poco aducidas. El Consejo de ambas Indias

esté formado de españoles y de gente que alguna vez estuvo allá, con ingleses, genoveses u otros, pero a condición de que se admitan siempre religiosos en el Consejo, que concierne al Estado, y además varones sapientísimos y otros que conocen las costumbres de las naciones, religión, ritos, lugar, política interior y militar, cualquiera que sea su nacionalidad. Añado a esto algo que causa admiración y que es muy útil: también en el séptimo y noveno año, números fatales, el Rey debe mandar se reúnan todos los barones de sus reinos, trayendo cada uno de ellos a lo sumo tres siervos al aula regia, y también al más sabio en negocios secretos del Estado y del Imperio; allí mande a cada uno proponer lo que concierne a la grandeza de la monarquía española o al bien de cada una de sus provincias, y al mismo tiempo mándele declarar qué errores se han cometido hasta el momento, que interese al bien público erradicar.

Y todos los consejeros de todos los Consejos estén prestos allí a aprender lo que respecta al universo mundo y vea en qué ha faltado cada uno en aquel septenio, y según sea, recibir alabanza o reprensión. Si se hace, los consejeros se cuidarán de no mirar por lo inútil o indigno, haciéndose más prudentes y circunspectos. Y el mismo Rey ahondará más sobre los nuevos secretos de su Estado, haciéndose con esto cada día más grande; pero los barones reflexionarán, en aquel espacio de siete años, de qué forma pueda engrandecerse más el Estado de su Rey y no persistirán en la ignorancia anterior, y con los demás literatos arrojarán el virus de su ambición no por la espada, sino por su lengua. ¿Quién, pues, no podrá expresar con palabras su concepción de la república, cuando no hay

filósofo que no se atreva a describirla y constituirla según su propio ingenio? ¿De dónde salen las semillas de las herejías y de los tumultos? De este modo, al esperar la remuneración del Rey, con más satisfacción parecerá que es oído y que manda, y así ocultará sus pensamientos hasta aquel momento. Así también se sentirá el Rey más seguro de la obediencia de sus príncipes, conocerá los méritos o deméritos de cada uno, no será engañado por cortesanos y aduladores, pedirá cuentas a los ministros que administraron mal su provincia y enderezará a la vez a las provincias, y otras muchas cosas que no puedo ahora reseñar. Conseguirá que su Consejo sea más prudente y más seguro.

Si los barones del Nuevo Mundo no pueden comparecer, que envíen a otros en su lugar. Esto tuvieron por costumbre hacer los clérigos con cierta sabiduría divina en sus Capítulos generales, no así los monarcas, a excepción de los venecianos, cuyos legados, una vez vueltos a casa desde lejanas tierras, dan cuenta detallada de los asuntos de las regiones en el Senado. Y aunque aquí se habló de los consejos y reinos particulares de España, no por ello hay que desistir de hablar también de los consejos generales, pues *más se hace con auspicios y consejos que con armas y manos*[2]. Pero para que esta disertación no sea demasiado prolija, más de lo que he pretendido, diremos tan sólo unas palabras.

Las deliberaciones demasiado sutiles y puntillosas no deben tenerse en gran estima, pues raras veces surten efec-

---

[2] *Quod plura in summa auspiciis et consiliis, quam telis et manibus gerantur.*

tos. Puesto que cuanto mayor es la sutileza de éstas, tanto más exacta exigen su ejecución; ello entraña dificultades enormes. Así, los venecianos, aunque son menos ingeniosos que los florentinos, obtienen mejores resultados en sus deliberaciones, como otrora los lacedemonios fueron más afortunados en las mismas que los atenienses. No deben tener demasiado en cuenta las deliberaciones que no contienen nada grande en sí mismas, y menos las enormemente prolijas, como fueron las de Maximiliano Emperador y las del Papa León X; para realizarlas no llegaba dinero, vida ni fuerzas. El intentarlo es pernicioso para el Estado y la república. Los consejos audaces son también peligrosos, a los que con frecuencia siguen la desesperación y la miseria. Basta, pues, que los consejos sean fáciles y seguros, y sean bien fundados, maduros y no sujetos, en cuanto sea posible, a la casualidad. Los consejos lentos crean dificultades a los grandes príncipes, pues más propio de éstos es el estar más atentos a conservar los límites del Imperio que a ensancharlos. Más rápidos y expeditivos son aquellos consejos que tratan de cómo adquirir y aumentar que los que tratan de cómo conservar. De esto hablé más ampliamente en otra parte.

CAPITULO XIII

LA JUSTICIA Y SU CONTENIDO

Si el Rey fuere justo, todos sus ministros lo serían. Si son muy injustos los ministros superiores, también los más pequeños lo serán; y nada perjudica tanto al Rey como distribuir premios de virtud por favoritismo. Por ello, donde se otorgan cargos por amistad, van mal las cosas; y ello tanto peor, pues hay funcionarios mayores que venden cargos pequeños a quienes después les roban; y así, en territorios pequeños no se observa el derecho común, pues mientras los funcionarios simulan propagar la jurisdicción del rey, provocan odio desollando a pobres súbditos. Por lo cual, cada uno se preste a dar cuenta de su administración al pueblo, y a la vez notifique al Rey cada diez años dónde se le cumplió y dónde no. Castíguense también los falsos testimonios, mal general, hay que preocuparse de que los procuradores del fisco obliguen a los testigos con palabras, no con azotes. Sería más útil que se propusiera la pena del talión al acusador que no prueba, puesto que hoy hay más calumnias que acusaciones. Y el doctor que al tal soborna o que corrompe las leyes aceptando precio, sea removido de su cargo a perpetuidad.

Debe esforzarse el Rey por que los jueces se pronun-

cien siempre según la ley y no como lo pide la razón de Estado o de buena administración, como la llaman; que el Rey o virrey u otro ministro regio modere con benignidad el rigor del derecho, a excepción de la causa de lesa majestad regia, para mejor ganarse la benevolencia del pueblo. Hay que erradicar aquella costumbre perversa de los jueces, que arraiga profundamente en los ánimos de los más grandes, quienes, aunque conozcan la inocencia, condenan en cosas de poca monta, para que caiga la culpa sobre aquél, una vez que la causa estuvo largo tiempo *sub iudice,* por lo que, como dicen, parezca que la causa subsiste preñada. Como no hay que exagerar tanto la culpa que llegue a constituir infracción la misma acusación. Deben procurar ser justos antes que aparecer en detrimento del pueblo y del mismo Rey, pues aquí con la culpa de aquellos injustos jueces insensatos ante Dios se priva del amor del pueblo al Rey, que es lo primero de todo, y los hombres buenos, una vez perdida su fama, desean cambiar de estado a otro mejor, como vulgarmente suele suceder. En ninguna parte se peca de forma más perniciosa y más oculta en esto que entre pequeños ministros; es más, por ser más estimados de sus príncipes, suelen exagerar los delitos. Así, pues, para esto hay que elegir comisarios en todo tiempo y ciertamente a costa de los mismos ministros, quienes deben deducir cada año para fondo común una cantidad que ha de darse a los futuros comisarios, para examinar sus libros de cuentas durante su administración o después, según las circunstancias. Por culpa de estos ministrillos, con frecuencia provincias enteras se apartaron del Imperio romano, sobre todo cuando hinchados de ambición aquéllos son acusados de inclinarse

con demasía al fisco o a aumentar su propia dignidad con el dinero. Por lo mismo, los partos arrojaron a Craso oro derretido a la cara, y esto mismo sucedió a un español en el Nuevo Mundo. Y ciertamente la avaricia y el deseo del oro manifestado en público fue causa de que hayan ido los negocios menos prósperamente en el Nuevo Mundo, donde tan milagrosamente entraron, y que las demás naciones al verlo se tomaran precauciones de los españoles, cuyo Imperio antes no habían puesto en tela de juicio. El mismo modo de proceder adoptado en Bélgica les acarreó la ruina.

Las causas criminales llévense sin prisa en tiempo de paz, *pues ningún retraso en la decisión de la muerte del hombre se hace largo* [1], pero de ningún modo en tiempo de guerra. Las cosas civiles júzguense y compónganse sin tergiversación ni dilación.

[1] *Nulla unquam de morte hominis cuntactio longa est.*

CAPITULO XIV

BARONES Y NOBLES DEL IMPERIO ESPAÑOL

El Rey de las Españas, para que su tan vasto reino no se venga abajo, tiene necesidad de hombres excelentes en el estudio de las letras y de las armas, a los que después ha de gratificar con baronías; éstos, consiguientemente, como partícipes del reino, ponen sumo empeño en defenderlo bajo los auspicios de su Rey. Cuando tales baronías pasan a personas indignas, suceden grandes males. Y se dan a personas indignas, si pasan a truhanes y ministros del fisco, que buscan nuevos modos de enriquecerse, o incluso cuando da el Rey investidura en ellas a un sabio y fuerte y después sucede a éstas un hombre despreciable o un lujurioso o soberbio, que es poco solícito de la gloria de sus antepasados y goza de los bienes de éstos pisoteando su antigua nobleza, no la suya propia. De ahí que suele suceder que el Rey se vea privado de hombres de virtud, mientras aumentan los inútiles. El turco, para prevenir este mal, aparta a todos aquellos que quieren la nobleza ajena y favorece tan sólo a los que sobresalen por una virtud congénita; ni siquiera tolera que un hijo suceda en el estado o bienes del padre por derecho hereditario, sino que se queda con la herencia, quien se da

a la virtud. Si no se da, sirve en oficio poco distinguido o en cargo de ínfima categoría. A lo primero cualquier Rey de las Españas puede poner remedio, si se la quita a sólo aquellos que la desmerecieron. Pero el segundo remedio que los turcos utilizan no puede aplicarse a los cristianos. Procure tan sólo que las baronías no aumenten en número en una única persona, que a la primera ocasión se le retiren, como hicieron los nobles japoneses, que vieron acrecentado así su poder y se opusieron a su rey en la ciudad de Meaco [1]. Esto hicieron también los barones franceses, obstaculizando con ello a su propia monarquía, y Scanderbeg al turco, y los príncipes de Tarento y Salerno y otros muchos en el reino de Nápoles osaron hacer lo mismo contra sus reyes, aragoneses o angevinos. Los males con los que los barones dañan al pueblo y, por consiguiente, a su rey son estos: vienen a Nápoles al aula real y allí hacen ostentación consumiendo y dilapidando su dinero y se granjean la amistad de los del rey, después vuelven a casa pobres y roban donde pueden, para resarcir su mal; después vuelven, haciendo casi siempre lo mismo en público. Y vemos los territorios de aquéllos más desiertos que los del Rey en Italia, por el vicio de los mismos barones. Entonces si el pueblo es infectado por la peste o guerra de los turcos, piden al rey tributos fiscales por algún tiempo, que ellos mismos exigen en nombre del Rey severamente, como se atrevió a hacer el príncipe de Rosellón después de iniciada la guerra con el turco. Por último, bajo especie de

[1] El emperador estaba encerrado dentro de su palacio en Miyaco (Meaco). Es la época de los daymios y las perturbaciones político-feudales. En 1565, Nobunaga se hace dueño de la situación. En 1582, guerra civil y comienzo del reinado de Taikosama.

Cámara, como afirman, o sea, por no estar obligados a dar hospedaje a los soldados, sacan a la fuerza algunos miles de coronas de sus súbditos, y tienen otros miles modos de desollar a sus míseros súbditos, para que no les falte lujo y ostentación.

Y aunque los españoles crean que tal prodigalidad va en favor del Rey, y le hace más seguro su Estado, por el mero hecho de que dándose al lujo no acumulan tesoros, que son los instrumentos de la rebelión, en realidad es de gran perjuicio, pues a los pueblos de donde llegan al rey las riquezas, los llevan a la desesperación. Para remediar este mal, es necesario hacer constitución por la que el barón no tenga más de 30.000 coronas de renta anual, y lo que exceda de éstas, no pase a otro sucesor, sino al fisco. Hablo de las baronías que se otorgan por donación. En cuanto a las antiguas, conviene que se fomente la competencia entre los barones, con las que uno rebaje al otro por medio de la rivalidad. Además, que una vez pasados los siete años, celebre una reunión, como antes dije, y entonces se le quite la vinculación a los barones. Que cada barón sostenga al rey con sus soldados y caballos durante tres años, según la cantidad de coronas que cada uno posee. Divida títulos y cree otros muchos, no sea que al ser pocos, aumente la dignidad de los que lo poseen. Haga también que dominios y predios nobles del reino de Nápoles, Milán, España o incluso de Bélgica sean comprados por extranjeros, a saber: por genoveses, florentinos, franceses o también venecianos, con el fin de disminuir a los indígenas, y los extranjeros hagan depender sus grandes rentas anuales del rey por dominio patrio. A la vista de esto me atrevo a decir que el Rey domina más en Génova

que en Milán, porque en Génova nada se puede hacer ni decidir sin la voluntad de aquél, temiendo siempre los genoveses perder esos dominios que tienen en la propiedad del Rey de España. Así, el Rey ni siquiera se preocupará de alimentarlos, como tampoco a los milaneses, pues te sirve aquel a quien alimentas en tu casa. Así, los florentinos siempre sirvieron al Rey de las Francias, en cuyo reino ejercen el oficio de mercaderes. Pero hay que evitar la concesión de sitios fortificados a los barones. Hay que procurar, además, que todos los hijos de aquéllos tengan maestros españoles, que traten de hispanizarlos en hábitos y costumbres y modos españoles. Una vez que se han hecho poderosos trate de abajarlos so pretexto de honor, relegándolos a un oficio separado de su dominio, donde consuman más de lo que ganen. Además, cuando el Rey de España viaje, acérquese a ellos, para que se sientan obligados a hacer grandes expensas, bajo título de honor. Con agrado oiga al pueblo sus quejas de ellos. Y nunca ante el Rey valga la nobleza más que la virtud, tal norma anteceda a todas las demás. Por lo demás, en todas las ciudades metropolitanas de sus reinos, a saber, Lisboa, Toledo, Amberes, en uno y otro hemisferio, por motivo de honor en cada una procure el Rey que se erijan cinco, ocho o diez estaciones o sedes de barones, como hay en Nápoles, para que cuando tratan sus asuntos, cada uno se dirija a su sede. Pues así distribuidos, nunca podrán decidir nada en perjuicio del rey por recíproca rivalidad. Y donde quizá se promulguen tres leyes contra el rey, siempre habrá ocho en su favor; así reinará el Rey con mayor seguridad. Del mismo modo también los pueblos podrán ser organizados en distintas circunscripciones.

Y esta manera de proceder es más honorable y más segura que si se dividen por mor de enemistades, como ya quisieron algunos escritores cuando decían: divide y reina.

Ame siempre el Rey a los virtuosos y fuertes, elévelos a dignidades. Pero en todo lugar donde celebre consejo, por común seguridad añádase en él un religioso de entre los suyos. Quienes en tal dignidad han sido constituidos, deben estar obligados bajo juramento u otro modo de religiosa fraternidad con la Corona, a entregar al Rey en tiempos difíciles no sólo su oro y plata, para que se lo guarde, sino también a salir a la guerra para salvar al reino. Con ello prevendrá el Rey el que no se le rebelen, y en tal caso tendrá él como en prenda en su poder todos los tesoros de aquéllos, de tal suerte que ni las mismas matronas duden en dejar en manos del rey sus anillos, collares y coronas de oro y otras cosas preciosas, como leemos se hizo entre los romanos, cuando eran apretados por Aníbal y otros enemigos.

Deben ser considerados muy buenos capitanes, quienes a su vez fueron soldados, como Antonio de Leiva, Gonzalo de Córdoba, y aquéllos, muy buenos consejeros, quienes, desde los más pequeños cargos ascendieron hasta los más altos. Por tanto, no se preocupará mucho el Rey de los barones que no hayan estado antes en servicio, de que no puedan prestarle oficio de buenos generales y consejeros. Busque, pues, hombres de largo historial y que sobresalgan por su experiencia. No poca desgracia fue para el reino español aquellos ritos ceremoniales de predecencia o protocolo, en los que rivalizaron con frecuencia los barones entre sí. Ello fue nefasto en la guerra, pues en ésta debía tenerse en cuenta tan sólo el valor militar.

¿Y quién sabe si ésta no fue la causa de que se hundiera la armada enviada en 1588 a Inglaterra?[2]. Mucho ayudan en esto los barones al Rey, a saber: si una expedición fuere menos próspera, puede repararse al momento por medio de ellos; lo que no puede hacer el turco, quien una vez que sufre una derrota importante, exhausto de fuerzas, no tiene otros barones, con cuya ayuda se pueda recuperar del todo. Así sucumbió Darío vencido por Alejandro Magno, y el Sultán de Egipto, vencido por Selim[3]. Y si la emulación no se hubiera apoderado de los cristianos en la memorable victoria marítima de 1571, sobre los turcos[4], se hubiera podido recuperar Bizancio y se hubiera podido destruir totalmente al turco. El Rey tiene que observar con diligencia en qué pueden perjudicar los barones y en qué no, y tenerlos como sus tesoreros de armas y dinero antes que como patronos de su Estado; más aún, de tales

---

[2] En efecto, en la Armada Invencible faltó la unidad que da siempre un jefe único. Los dos almirantes, el de Castilla y el de Andalucía, eran rivales y mostraron sus animadversiones en el mismo momento de la batalla, lo que costó después la prisión al de Castilla. Cf. *Historia de España* XXII, 444ss., donde se narra también el contraste de pareceres entre Alvaro de Bazán y Farnesio.

[3] Selim vence al sultán de Egipto en 1517, poniendo fin a la dinastía de los mamelucos. MARIANA, VI, 416ss.

[4] La batalla de Lepanto, que siguió a la Santa Liga entre el Papa, Venecia y España, tuvo lugar en el golfo de este nombre el 7 de octubre de 1571. Los venecianos tenían paz con el turco por treinta años. Pero éste le tomó Chipre. Después de la derrota turca, los venecianos inician negociaciones otra vez con el turco, pues los intereses comerciales del Mediterráneo les obligaban a ello. Cf. MARIANA, VI, 489; *Historia de España* XXII. Firma, en efecto, con el turco nueva paz el 7 de marzo de 1573.

tesoreros puede hacer capitanes, si es que conviene poner a los segundones en un seminario, escuela de virtudes militares de tierra y mar, como diremos más adelante. Y así a los mismos barones, los progenitores de aquéllos, los tendrá como atados por intervención de sus hijos, y utilizará su acción cuantas veces fuere necesario, como aparece abajo en el capítulo *De navegatione*[5].

[5] Cap. XXXII: La navegación.

CAPITULO XV

EL EJERCITO

La milicia española, de donde procede la defensa y el desarrollo, puede faltar de dos maneras: una, porque las mujeres españolas son poco fecundas por el excesivo calor, por lo que al morir muchos españoles en Bélgica y en el Nuevo Mundo y en otras guerras, fácilmente puede suceder que sufra de escasez de soldados. Por contra, los suizos y polacos y demás pueblos septentrionales abundan en soldados, por la fecundidad de sus mujeres, sobre todo porque pocas entran en monasterios, ni se toleran lupanares, lo que comúnmente corrompe cuanto de humano hay en las mujeres, y porque actúan más libremente y no son muy solícitos de la dote al contraer matrimonio. Por todo esto se multiplican por arte de la naturaleza. Los francos y los godos, los longobardos, érulos y otros pueblos septentrionales siempre fueron numerosos por lo mismo, pero por la penuria de sus tierras se vieron obligados a emigrar y a ocupar nuestras tierras y otras y construir colonias a la manera de las abejas. Vemos también cómo las naciones orientales, griegas, italianas, españolas y húngaras se han extinguido. Los españoles, por las razones dichas, pocos en número, se vieron obligados a despojar los luga-

res de los habitantes que vencieron por las armas, de ello da testimonio el Nuevo Mundo, para no temer siempre que los vencidos, mayores en número, volvieran a las armas contra ellos. Por esto les tienen por crueles, los que no lo saben.

Disminuyen también los súbditos y las rentas, y regiones populosas aborrecen de ellos y por eso al intentar abatir del mismo modo a Bélgica, se ganaron un odio enorme. Y en el reino de Nápoles y Sicilia se ven todavía ahora obligados a hacer lo mismo, pues apenas cinco mil españoles tienen a su cargo aquellos tan vastos reinos. Verdaderamente, tales dominios se mantienen sólo de nombre. Por esta misma razón se ven obligados a desarmar los pueblos, y esto provoca contra ellos la sospecha de tiranía e inhumanidad y a muchos los ahuyenta, como dijo Solón a Periandro, tirano de Corinto [1]. Además, porque mantienen a los suyos con dureza, se ven obligados a tomar a los suizos como guarda de cuerpo, teniendo menos fe en aquellos que han dominado, como Solón dijo también al mismo Periandro [2]. Otro de los motivos por el que los detractores minusvaloran a España es que cuando los españoles hacen suya una región agradable, en ella se afeminan y debilitan perdiendo su ferocidad congénita, y fácilmente pueden ser arrojados de allí, aun cuando siguen confiando plenamente en sí mismos. Por lo mismo, los romanos reformaron a su ejército cuando lo vieron en Campaña enervado por la molicie. Y en Nápoles nunca hubo rey nativo por la suavidad de su clima y por los placeres

[1] DIÓGENES LAERCIO, I, 64.
[2] DIÓGENES LAERCIO, I, 64.

de Venus, con los que se afemina el ánimo viril. Ni los mismos extranjeros pudieron mantenerlo, pues en el correr del tiempo se envilecieron y fueron presas de otros extraños, como los viscardos de los suevos, los suevos de los angevinos y los angevinos de los aragoneses, y al final de franceses y castellanos. Estos últimos obligaron a salir de allí a los franceses bajo el mando del Gran Capitán[3]. Esto mismo padecieron los feroces pueblos septentrionales, en cuantos lugares meridionales ocuparon, pues fueron rotos por la suavidad de aquellas regiones. Así, los hérulos fueron presa de los godos y los godos de los griegos, los longobardos de los franceses. También los hunos y los vándalos tuvieron que padecer lo mismo. Los tártaros fueron vejados por los turcos y éstos se defienden ya de los pueblos septentrionales de este modo: al ver enfriarse la animosidad de los suyos, instituyeron escuelas militares, que llaman *serragli,* en las que encierran a niños fuertes y robustos de todas las naciones que vencen, donde aprenden a honrar como a su padre a nadie más que al Sultán, aprenden a la vez el arte militar y la religión; de entre éstos, a los genízaros el Sultán los hace guardia de su cuerpo, y de ellos elige los bajás, o sea, los capitanes y consejeros militares, gobernadores de provincias y baronías, y de éstos, los que son aptos para el estudio, los hace *mufti* y *cadi,* o sea, sacerdotes y jueces. Por lo mismo, aunque la raza turca decaiga, nunca está privada de valerosos soldados, pues manda que los tales sean educa-

[3] El Gran Capitán arroja a los franceses de Nápoles tras duras batallas. La tregua de la Mejorada de enero de 1504 consolida la situación española allí. En 1503, Fernando el Católico había recibido la investidura de Nápoles.

dos por todos los gobernadores de sus provincias. Los romanos ofrecieron grandes premios de dignidades para tener siempre abundantes soldados a todos los que abrazaron la carrera de los honores por las virtudes militares. Así surgieron entre ellos Ventidio, Mario y demás valerosos y prudentes varones, hasta que se hicieron dueños de todo el mundo. Luego el Rey de las Españas, para arrancar de su ejército estos dos males, que le afectan en gran manera, observe sobre todo dos estratagemas: primero, tan pronto como arrebate los bienes inmuebles a los pueblos que somete, ofrézcales vestido y comida y mándeles cultivar la tierra, y haga de los hijos de aquéllos soldados o agricultores, según conveniencia. Esto será muy bueno hacerlo en las regiones que obtuvo con ocasión cierta, como José hizo en Egipto, que con ocasión de caridad surgida espontáneamente, para mejor socorrer al pueblo, arrebató todo al Faraón su rey; de él aprendieron los turcos esta estratagema. Pues de esta manera todos se mostrarán valerosos en la milicia para hacerse ricos, y los hijos seguirán las huellas de sus padres. Pero será necesario un hombre verdaderamente sabio para hacerlo en nuestra región, con buenas ocasiones, o que el rey nombre un legislador intermedio, como lo fue José en Egipto, o Platón llamado a Sicilia por el tirano Dionisio[4], cuya tarea sea reformar en cada una de sus provincias la política de tres o cinco ciudades, y cuyo ejemplo seguirán las demás, una vez que vieren las ventajas de dicha reforma. Por tanto, ante todo habrá necesidad de sabios y buenos predicadores; yo mismo tengo cierto secreto para ello, que reservo

[4] PLATÓN, *Cartas* I, 309 b.

para el Rey. O si tiene en su ánimo el seguir de la manera ya comenzada, aunque tal no me parece válida para el Nuevo Mundo, digo que debe él proceder de este modo teniendo en cuenta la multitud de sus vasallos y soldados: Primero, haga bien al pueblo aligerándole los tributos; suavizando leyes y sustrayendo a los ministros inferiores la ocasión de enriquecerse con los bienes de los súbditos y a los soldados la ocasión de molestar a los civiles, pues los pueblos se esfuerzan menos por sus hijos que después ven como esclavos, y de ahí sus hijas, por carecer de dote, se hacen monjas o meretrices, y los varones, sacerdotes o monjes o prófugos o marchan a ejércitos extranjeros. Por lo cual, es mejor que se los trate con benignidad, y que se tenga por cierto que el dinero no da a los hombres poder contra sus enemigos, antes bien los expone a ser objeto de presa. De aquí que España yerra gravemente al medir todo por su precio, como demostraremos, pues son los soldados y los vasallos quienes te hacen señor sobre tus enemigos, no el dinero. Y el dinero se exige tan sólo para alimentar y tener soldados. Es, pues, conveniente que los soldados antes que el dinero manden sobre una región, así soldados y súbditos se defenderán mutuamente con más humanidad. Por lo mismo, será más seguro establecer que en España y fuera de ella sucedan tan sólo en la familia los primogénitos, y que los demás estén a sueldo del Rey, antes que acumular con violencia grandes cantidades de dinero. Segundo, favorézcanse los matrimonios, y niéguense ciertos honores a aquellos que no siendo soldados, no se casen una vez cumplidos los veintiún años, porque de este modo las dotes, que ya hacen peor la condición de los matrimonios, disminuirán. Este es el primer ele-

mento de la república, con frecuencia tomado de los romanos. *Sería también útil evitar con leyes que las hijas de* los artesanos y rústicos lleven más de cien coronas de dote, y bajo esta ley sean comprendidos también aquellos que antes fueron artesanos. Pues hoy tan pronto como uno hace cien coronas con su esfuerzo, las entrega a interés, y quiere ser saludado como noble y que sea alabado su ingenio, y así disminuye la tributación para el Rey, no sin detrimento de los demás vasallos. Pero un circunspecto legislador previene todo esto. Tercero, permita que sea lícito a sus soldados arrebatar mujeres en Bélgica, Inglaterra y Africa, que después sean sus esposas, tal como el amor inclina a cada uno, y las alimenten a costa del Rey. Este aumentará por ello la paga de los soldados. Pero todo ello hágase con la condición de que las alemanas casen con los españoles, y las africanas con alemanes y belgas, y las españolas con italianos. Pues esto quiere la ley natural, que el calor español se torne más fecundo con la sequedad germánica, y la vehemencia y calor africano se atempere mejor con el frío y humedad belgas, de modo que se ponga en mejor combinación el apetito venereo y la fecundidad, como he escrito en mi *Filosofía*[5]. En cuanto a este temperamento, los italianos son buenos en ambos puntos.

De ello surgen dos ventajas: una, que las mujeres abrazan la fe cristiana, pues la mujer nunca seguirá otra religión que la que tiene el marido a quien ama, como las mujeres nórdicas, frías por naturaleza, aman a los maridos del mediodía, por ser ardorosos, y las sabinas conciliaron la paz entre los romanos opresores y sus padres sabinos,

[5] *Philosophia sensibus demonstrata* (1591).

quienes las veneran continuamente. San Pablo dice: «Se salvará la mujer infiel por un marido fiel, y viceversa»[6]. La otra ventaja es que el rey siempre tendrá abundantes soldados, haciendo soldados a los mismos hijos de los soldados. Con tal abundancia, por esa fecundidad de que hablé hace poco, encenderá los ánimos de los soldados para atacar fortalezas de enemigos, con el fin de conseguir hermosas mujeres y después descansar. Este es el secreto de Platón, que los soldados sean estimulados a luchar por amor. Y también quiero que se procure por ley que quienes arrebataron muchas mujeres, sean colocados en castillos, pero no que sean obligados a seguir los campamentos, como se hace en Nápoles, que en sus fortalezas están los soldados casados. Y conviene muchísimo pasar aquéllos a las nuevas colonias del Nuevo Mundo.

Tercero, procure que se erijan en cada lugar, de Nápoles, de España y de Bélgica dos o cuatro escuelas militares, a las que vayan tan sólo los hijos de los pobres y los hijos naturales, donde se acostumbren a manejar las armas y a reconocer tan sólo al Rey como padre, y para que después llamados a filas tomen en matrimonio a las mujeres arrebatadas, y esto hará que los pobres no teman procrear, cuando conocen al que les alimenta, y el Rey tendrá soldados fieles. En las naciones extranjeras, en cada una de ellas, instituya una escuela, una para los hijos de los moros, una para los hijos de los belgas, procure que a éstos se les eduque en la milicia como hace el turco con sus genízaros. Y también alimente de igual manera en escuelas o seminarios a mujeres muy pobres, para que

[6] 1 Corintios, 7, 13.

hagan la cama a los soldados, o tejan telas, velos y otras cosas semejantes. Para que la consanguinidad no sea demasiado próxima, contra los cánones de la Iglesia, y para que sean más fecundas, las italianas únanse en matrimonio con los alumnos de la escuela de belgas o de españoles, de esta manera no se harán tantos inútiles religiosos con los que se carga la Iglesia, pues movidos no precisamente por religión, sino por necesidad, eligieron este género de vida, y son escándalo para otros, y el mismo Rey se ve perjudicado, pues por esto mismo tiene menos vasallos y tributos y también menos soldados. Y pueden ser educados en estos colegios o claustros, o en cualquier lugar conveniente, hombres de todas las naciones. Exíjanse rentas para sostenerlos de los hospitales de peregrinos y asilos de ancianos, o de otros hombres honestos o religiosos, que predicando adquieren para sí lo suficiente. Más aún, exíjase de los usureros, como diré, cuando hable del tesoro real. Así nada se deducirá del patrimonio real, hasta tal punto que se lucre más sin sacarlo de su patrimonio.

Pero que los españoles formen una familia, con mujer italiana o belga, esto es muy útil a España, pues así el mundo poco a poco adoptará las costumbres españolas y con más facilidad se someterá al yugo español. Y yerran los soldados españoles que trabajan en Nápoles mientras buscan sólo mujeres españolas para matrimonio, por eso debe el virrey procurar que las españolas se unan a italianos o belgas, gratificándoles de todas las formas posibles, sobre todo si esto acontece entre próceres y barones. Ni es que uno piense que se habla de aquellos claustros o escuelas turcas, pues ingenio tan exquisitísimo fue invento

de los apóstoles en la Iglesia. El Papa tiene numerosos colegios de jóvenes alemanes, ingleses, maronitas, que son seminarios de la fe, y las Ordenes de Santo Domingo y de San Francisco y otras no son más que seminarios de milicias apostólicas que sólo con la lengua, no con las armas, dominan al mundo, y éstas son el mismísimo nervio del poderío eclesiástico. El mismo Papa admite a la dignidad sacerdotal, episcopal y cardenalicia a todos los hombres de todas las naciones sin distinción de pobres o ricos, bárbaros o latinos, como el mismo apóstol lo ordenó, con tal de que uno quiera ser sabio y virtuoso; de aquí el dominio de aquél, tan extendido y tan unido, por España, el Nuevo Mundo, Africa, Francia no menos que por Italia, y ello por el común vínculo de la religión y por la unión de cuerpos y almas. Por tanto, el Rey que no sólo busca la unión de fortunas, sino también la de cuerpos y almas, si no brilla también por su religión, que es el vínculo del alma, tiene un poder cuasi enajenado y menos fuerte. Se sabe que el Emperador de Alemania, por mandar sobre pueblos divididos en religión, brilla menos que nuestro Rey o que el Duque de Baviera, y de nuestro mal se benefician los turcos, y nosotros transgredimos la ley política, para observar la romana o la de los gentiles. Por ello el Rey haría lo que debe hacer un cristiano, si procurase que se instituyan escuelas militares y elevase a los cargos militares no sólo a españoles, sino también a otros cualesquiera que fuesen fuertes, acostumbrándolos a las costumbres españolas, pues así sería más amado tanto de extraños como de los suyos propios. No va contra Santo Tomás el tomar y bautizar en seminarios a los hijos de herejes y moros, cuando son arrebatados por derecho de guerra,

sino cuando son tomados por la fuerza en tiempo de paz, como los de los hebreos que vivían en Roma, aun cuando Scoto admita ambas cosas [7].

Condone también pasado el séptimo año a todos los proscritos y reos de muerte bajo condición de ir a prestar servicio militar en Africa o en el Nuevo Mundo. Haga también que cada una de las parroquias tenga cada año suficientes soldados, lo que Vuestra Excelencia dice que un amigo suyo en España había propuesto, pues de esta manera se podrían tener 60.000 soldados y aun más. Así, pues, conviene muchísimo que se establezca la unión predicha con el Papa. Es mejor que cada barón en un determinado espacio de tiempo suministre determinado número de soldados, pero sería muy bueno que él en persona fuese a la guerra cuando lo hace el Rey. Esto debe hacerse y observarse no sólo en España, sino también en todos los reinos por los súbditos del Rey, como también el que en todas partes sólo los primogénitos sucedan en los bienes a sus padres. Pero no es éste el lugar para todas esas reglas, a no ser que se reformen los pueblos en su base, a saber: en los matrimonios, en la erección de escuelas de soldados, quienes contentos con comida y vestido, y con la esperanza de ascender si se muestran valerosos, se estimulan para no dudar en hacer actos de más valor y ma-

[7] SANTO TOMÁS, *Summa* 2, 2, q. 102 a. 1: «*Pater est principium et generationis et educationis et disciplinae, et omnium quae ad perfectionem humanae vitae pertinent.*» DUNS SCOTO, *In quartum sententiarum*, dist. IV, 9, 9: «*Maxime debet princeps zelare pro dominio servando supremi Domini, scilicet Dei, et per consequens non solum licet, sed debet princeps auferre parvulos a dominio parentum volentium eos educare contra cultum Dei...*»

yores que los que suelen realizar los genízaros de los turcos. Esto baste sobre lo dicho de incrementar el número de soldados y no devastar regiones.

En lo que toca a los capitanes, no se creen aquellos muy ociosos que hoy se llaman nobles, sino valerosísimos y fidelísimos, más inclinados a la severidad como Aníbal, que a la benignidad como Scipión; y éstos sean elegidos de entre los soldados que combatieron valientemente y gradualmente fueron ascendiendo, como Mario, Sila, Ventidio, Antonio de Leyva, Cicala y Cociali[8]. Pero para el mando supremo en la guerra es necesario un hombre que sobresalga por su autoridad y de la misma prosapia que el Rey. Si tiene miedo, que no emprenda la carrera de los honores; escójase un barón, el más apto para este cargo, uno que sobresalga en actos más que en gestos ostentosos.

Instituya el Rey, para actuar en esto más seguro, un consejo de hombres prudentes, fieles y religiosos, de cuyas manos reciban el estipendio los soldados, pues nada fue tan nocivo a los asuntos del Rey en Bélgica como el que los soldados fueran defraudados en sus estipendios. Por lo mismo, quisiera yo que éstos fueran capuchinos, pues son de todos los religiosos los que menos se preocupan del dinero. Y para que siempre haya a quienes demandar las capitanías, deben crear escuelas especiales en cada uno de los reinos, para los segundones o demás descendientes de barones y nobles, para ser ejercitados en equitación, lanzamiento, fortificación, asedio y asalto y toma por la fuerza, dirección de escuadrones y asedios, luchas

[8] Cicala fue un renegado. Parece ser que es el que entra en tratos con Campanella cuando éste es acusado de conspiración.

y distribución de batallones y cómo haya que mandar a los soldados y educar a los novatos. Así se hizo con Aníbal con todavía nueve años no cumplidos. No sólo el fraude en la paga, sino también la insolencia después de una reciente victoria o el desprecio de un jefe menos severo dan ocasión a los soldados para sublevarse. Por lo cual, deben siempre distribuirse en compañías *, y nunca juntarse, si no es cuando se forma el escuadrón, porque entonces el temor de los enemigos los hace estar de acuerdo con su jefe. Si esto se descuida, viene el mal que experimentaron los cartagineses después de la primera guerra púnica, y lo que a los romanos fue tan pernicioso en tiempos de Furio Camilo [9]. Por tanto, los cabecillas de tumultos militares sufran las penas de muerte allí en presencia de los soldados, como se hizo antaño con Speridio, quien incitó al ejército de Carlos V para que volviese de Austria a Italia, pues pueden hacerlo con la espada mejor que con la lengua. Y quienes han sido condenados a muerte, mueran a manos del mismo ejército, no de su jefe, para que no caiga éste en el odio de aquél. Más aún, debe perdonar con frecuencia a los reos, cuando todos, no unos pocos, interceden por ellos, como Papirio, Torcuato y Druso, y según Tito Livio y Cornelio Tácito [10].

* La «turma» es una compañía de caballos de treinta soldados.

[9] TITO LIVIO, 5, 21.32.46.49-50. Cf. *et* SAN AGUSTÍN, *De civitate Dei* II, 17.

[10] L. Papirio Cursor impuso la disciplina en el ejército. En el año 323 a. C. condenó a muerte a Fabio Ruliano, jefe de caballería, por haber librado batalla contra su prohibición. A pesar de haber alcanzado victoria fue condenado contra la voluntad del pueblo, que pedía su indulto.

Manlio Torcuato, cónsul en la guerra contra los latinos, mandó

Los españoles son buenos infantes, aun cuando tienen que defenderse y luchar en lugares montañosos y en murallas. Los franceses y belgas luchan bien a caballo en campo abierto y al primer ataque. Los italianos lo harían bien de las dos maneras, si no los perdiese el abuso de su propia naturaleza. Los pueblos montañosos, como los cántabros, suizos e italianos que viven en los Apeninos, y los mismos sajones, luchan valerosamente a pie, y son por naturaleza propensos a la libertad, son fieles y menos astutos. Los campestres, como los andaluces, castellanos, austríacos, húngaros y napolitanos sobresalen en caballería, y son poco dóciles, infieles y astutos.

Estas consideraciones tan precisas téngalas en cuenta el jefe, si quiere tratar a los soldados con ingenio, y si no puede conocer su naturaleza por la fisonomía, como Julio César, haláguelos con honores, cuando hubieran cumplido los cincuenta años, para que sigan prestando sus servicios. Y si llegaren a los sesenta y cinco, colóquelos en castillos y fortalezas y devuélvalos a casa para descansar. Importa, además, acostumbrar a los soldados a llevar cargas, a sacar tierra para hacer las trincheras, al modo romano, si es que hacen falta fosores, o acostumbrarlos a que construyan puentes y reparen trirremes, como lo hizo el ejército de César en Bélgica o en Inglaterra. Y aunque la suerte de la guerra no está en un gran ejército, como enseña Alejandro Magno, quien con 30.000 veteranos sub-

---

cortar la cabeza a su propio hijo por haber combatido contra su voluntad (300 a. C.). SAN AGUSTÍN, *De civitate Dei* V, 18.

César Druso, hijo de Tiberio. Su padre lo había elevado al consulado, pero por haber entrado en tratos con los sejanos fue hecho prisionero por el mismo (23 d. C.).

yugó todo el mundo, y Scanderbeg, y el mismo César, quien con pocos hizo sucumbir a muchos, sin embargo, el que sea numeroso es siempre importante. Así, el turco casi siempre venció, pues al tener numeroso ejército, mandaba primero luchar a toda la multitud inepta, de tal suerte que después, agotadas las fuerzas de nuestros soldados al matarla, fueran vencidos los nuestros por sus genízaros con las fuerzas todavía íntegras. Esta costumbre no desagradaría, si no fuera impía. Por lo cual, a milicia deben ser enviados hombres expertos que tengan ante sí la utilidad y la gloria del cristianismo, y no la suya propia, pues no conviene se expongan a la muerte por razones baladíes. Más aún, a veces deben ser cuidados por propia mano de su jefe, si ha lugar, para que éste sea más estimado de ellos.

Hay que tener también predicadores en el ejército, que pongan a Dios en la mente y memoria de los soldados, a ejemplo de los macabeos. Y si quieres vencer con pocos, es necesario que tengas más soldados propios que auxiliares y mercenarios o guardas de fronteras, no sea que en medio de la lucha se den a la fuga. Habría que hacer varias observaciones, que ahora no puedo, pues tan sólo hablo de lo que concierne a España. Hay que procurar sobre todo en la milicia que los soldados no sean tratados como animales. Quienes, si perciben a su tiempo el estipendio, si heridos, son curados rápidamente, si son animados a la virtud por la gloria militar, por las alocuciones de los oradores, de ningún modo buscarán la huida y deserción, que son los peores males. Recojan por escrito las hazañas de cualquier soldado piadoso y expónganselas al Rey mismo cuando remunere a sus soldados. Pues ésta es la causa

de que los barones rehúyan tomar las armas alegando: el Rey no está presente para contemplar mis buenas obras, ni puedo confiar en la memoria de capitanes envidiosos. No sólo les remunere con dinero contante, a veces debe hacerlo también con una corona de encina o de olivo, y tal motivo de honor es para ellos magnífico, y a ti no te es oneroso. Así se mantendrán contigo por más tiempo. Puesto que el dinero puede comprar y vender la fidelidad de aquellos que tú compraste, pero no el honor, como quiera que en todas partes es ignominioso abandonar a su Rey, incluso entre los mismos enemigos, debe ser muerto impunemente por cualquiera quien emprende la huida o empieza a depredar sin permiso de su jefe. Ello con frecuencia retrasa la victoria final, y quienes no son nadie en el escuadrón, se enriquecen de este modo, mientras los fuertes combaten hasta la extenuación. Quien ocupa el lugar del camarada muerto o le protege y defiende, reciba corona de encina, llamada ciudadanía. Quien primero salta la muralla, reciba de manos de su jefe corona mural tejida de hierbas, con aplauso y cántico de los soldados al modo romano. Pues estas dos cosas, premio y pena, son la base de la disciplina militar; lo primero aparta del mal, lo segundo incita a obrar bien; aquéllo se ha inventado para hombres viles y rebeldes, ésto para guerreros y valientes; aquéllo sirve de freno, ésto de acicate. Alejandro Magno levantó maravillosas estatuas de mármol en honor de los soldados muertos junto al río Granico [11]. El Rey de Siam,

---

[11] Hoy río Oustvolasou, en el Asia Menor; aquí fue la primera victoria de Alejandro sobre los persas (año 334 a. C.). CURCIO, IV, 9.

para levantar los ánimos de los suyos en la lucha, procuró anotar en libro los nombres de aquellos que lucharon gallardamente y después hizo ante sí recitales; lo mismo solía hacer Asuero, como atestigua la Sagrada Escritura [12]. Cuando se trata de adquirir grandes Imperios, salga siempre el Rey en persona a campaña, pues los reyes belicosos siempre adquieren más que los desconfiados. Esto debe tenerlo muy en cuenta el Rey al adquirir. Y si se trata tan sólo de defender el principado, conviene que permanezca en casa, con tal que envíe capitanes valientes y fieles al frente de los soldados. Pero muestre siempre de sí opinión de guerrero, si no quiere exponerse a desprecio, o por lo menos manifieste abiertamente amar la guerra. Para apartar todo peligro, lleve consigo gran número de soldados, para no perder estima ni ser despreciado por el enemigo. Las derrotas de los suyos perjudican menos cuando él no estuvo presente. Es muy necesaria la armada, en la que sobresalen los genoveses, portugueses y holandeses, pues quien se hace dueño del mar, será también rey de la tierra.

[12] Asuero es el nombre que le da la Biblia, Génesis, 10, 8-10. Citado por SAN AGUSTÍN, *De civitate Dei* XVI, 2.3.11.

CAPITULO XVI

EL ERARIO O TESORO DE ESPAÑA

El erario o tesoro es también necesario para conservar la estima; sabemos que se valora la potencia de los principados por la abundancia de dinero antes que por la magnitud del territorio. Y por lo mismo no sólo en tiempo de guerra, sino también en tiempo de paz, tenga el príncipe siempre dinero presente, pues es difícil y peligroso y sobre todo ante la amenaza de guerra, esperar a reunir dinero. *No te retrases, la mora siempre perjudicó al que estuvo dispuesto a diferir* [1]. Es, pues, necesario que haya siempre a mano dinero para hacer leva de soldados, no sea que, mientras tú estás ocupado en reunir dinero, se te adelante el enemigo. Con este fin, Augusto creó el erario militar, lo atestigua Suetonio [2], para subvenir perpetuamente y sin dificultad los gastos de leva y paga de soldados y lo enriqueció con nuevas rentas y tributos.

Muchos se admiran de que el Rey de las Españas, mientras percibe cada año más de veinte millones de oro,

[1] *Tolle moras, semper nocuit diferre paratis.*

[2] SUETONIO, *De vita caesarum* II, 49, 2: «*Utque perpetuo ac sine difficultate sumptus ad tuendos eos prosequendosque suppeteret, aerarium militare cum vectigalibus novis constituit.*»

no se haya hecho todavía monarca de todo el orbe cristiano ni haya invadido Turquía. A tal admiración se responde, porque no sabe aprovechar la ocasión que sostuvo hasta aquí la fortuna de los grandes Imperios. Ocasión la ofreció la unión de Castilla y Aragón, de Nápoles y Milán, y mucho mayor la tuvo Carlos V, hombre de armas, rey de España, sobre todo electo Emperador de Alemania, quien con estos auspicios hubiera podido someter el mundo, si hubiese sabido imponer con equidad leyes a los vencidos, como supo vencerlos. Este ocupó Túnez, y expulsado de allí el turco Kairedin, repuso como rey de aquel lugar a Muley, sin cambiar el estado del reino [3]. Después dominó Alemania, venció a los príncipes protestantes, a quienes, despojándolos de la dignidad de electores, puso en su lugar a consanguíneos y hermanos de éstos, pero sin cambiar su estado. Y teniendo a Lutero en su poder, lo soltó, para seducir a toda Alemania y Bélgica, alcanzando vana gloria de clemencia. Apresó a Francisco, rey de Francia, y le devolvió su libertad, para incitarlo a nuevas guerras, con lo cual se tornaron inútiles sus esfuerzos [4]. Conquistó por las armas Siena y Florencia y las donó a la

---

[3] En 1535 Carlos V va a Túnez, vence a Barbarroja y capitula con el destronado Hassan en la misma ciudad junto a la Torre del Agua. Cf. nuestra obra *Tratados internacionales de España.* II. *Norte de Africa* (Madrid, 1980), pp. 42ss.

[4] El ejército de Carlos V hace prisionero a Francisco I en la batalla de Pavía en 1525 y es conducido a España. Precisamente en la cárcel, en Madrid, firmará el famoso tratado de Madrid, enero de 1526, al que no dará cumplimiento, lo que provocará una revisión y larga negociación, que culminará con el de la «paz de las damas» en 1529.

familia de los Médicis, y así se ganaba mayores enemigos. Pues quien es elevado a un grado de poder, desea no prestar el servicio que le debe, y por lo mismo arrojando el yugo busca toda ocasión de hacerse enemigo del benefactor; así hicieron los duques de Florencia, y Mauricio, elector de Sajonia, contra Carlos V[5]. Los beneficios que no pueden pagarse por su magnitud, convierten la virtud del benefactor por lo común en odio, como se vio claramente en lo reseñado sobre Francisco, rey de Francia, y Carlos V. Añado que la razón de no haberse alcanzado la monarquía fue que Felipe no pudo suceder a su padre también en la guerra, y por lo mismo perdió Bélgica y los títulos imperiales. Pero el infortunio que sobrevino con Carlos, su hijo, superó a todo otro infortunio, pues aquél hubiera podido hacer la guerra en lugar del padre[6]. Al no poderlo hacer el Rey en persona, se ve siempre obligado a defender las fronteras antes que a extenderlas, incluso a contener en el deber de oficio a sus capitanes para que no hagan presas y se enriquezcan tratando de mantener el ejercicio militar en su provecho, antes que de dilatar el poder del Rey.

Por tanto, doy estas normas, aunque no sea éste el lu-

[5] En 1524 Siena pasa a ser protegida de Carlos V. Cosme de Médicis, duque de Florencia, contra Carlos V, en 1552, hace pasar Siena a protectorado francés. En 1555 se someterá de nuevo a las fuerzas imperiales. En 1557, Cosme recibe la investidura de Siena del mismo Emperador.

Mauricio de Sajonia, elector, reformado, causó también bastantes problemas a Carlos V. Este quiso siempre tenerle a su lado.

[6] Se refiere al príncipe Carlos, puesto en prisión por su propio padre Felipe II, donde muere en 1568. Cf. *Historia de España* XX-1, pp. 743ss.

gar oportuno: Cuando se adquiere una región nueva que tenga distinta religión y distinto modo de gobierno, despójesela de sus habitantes, sacándolos del lugar para tenerlos a su servicio, bautizando a los hijos de aquéllos y enviándolos a seminarios o llevándolos al Nuevo Mundo, y en su lugar se envíe allí una nueva colonia de los hombres de tu región bajo un fiel y prudente jefe, como bien lo hizo Carlos V en Túnez, deportando a Muley a Nápoles [7]. Y hubiera estado bien hacer lo mismo en Alemania, en concreto en Sajonia, en el marquesado de Brandeburgo, en el Landgraviado de Hesse, donde una vez cambiados los jefes se crearían nuevas colonias. Hay que suprimir las ciudades libres, quitándoles sus privilegios. Por último, debían haberse puesto tres cardenales como gobernadores de toda Alemania. No se altere nada en un pueblo, sino póngasele defensas seguras, toda vez que se adquiere por el poder, no por una religión distinta; y créense allí los principales magistrados de entre los que son adictos al rey, y los de grado inferior de entre la gente del lugar, y sustitúyanse allí gradualmente las leyes poniendo las del rey, aumentándolas o disminuyéndolas, según lo pida la razón del mismo lugar. Deben ser erradicados inmediatamente los autores de facciones, matándolos si se te opusieren, pasándolos a España, si siguieren tu partido, recibiendo allí baronías como premio, y sea libre el ejercer

[7] Carlos V hizo pasar a Nápoles a Muley Hassan (Hazen) en 1543, el 15 de abril. Según los documentos, Carlos V lo había llamado, pues Hassan no cumplía bien con las capitulaciones hechas con los españoles posteriores al tratado de 1535. Cf. nuestra obra *Tratados internacionales de España.* II. *Norte de Africa,* pp. C-CVI.

comercio en tus reinos. Nunca los jefes de los pueblos que subyugaste se dejen allí. Esto debió hacerse con los Strozzi, los Médici, los Capri, los Petrucci y otros abanderados de facciones en Siena y Florencia [8]. Es más, también se debió coaccionar al Rey de Francia, Francisco, para que nunca pudiera en adelante conspirar contra Carlos V. También hubiera sido mejor oprimir bajo otro pretexto a los herejes y a Lutero inmediatamente después de la Dieta de Augsburgo. De esto hablaré más adelante. Si Carlos V lo hubiera hecho así, no hubiera transmitido a Felipe tan pesada carga, y tal vez Carlos, su hijito, sobreviviría aún, y hubiera anexionado, yendo a la guerra, Africa, Hungría, Macedonia, Italia e Inglaterra. Pero aquél, como dije, fue él solo la causa de tales males que aún hoy perviven. Por ello, menos me admiro de que los límites del Imperio español no se hayan ensanchado con la enorme cantidad de dinero que tenía. Más me admiro de que un Rey tan rico no haya puesto aquellos tributos para los usos necesarios. Esto le pudo acarrear la ruina. Pues si se le quitase el negocio del mar tan sólo por un quinquenio o un sexenio y si la armada que volvía del Nuevo Mundo, cargada de

[8] Strozzi, familia de Florencia. Felipe Strozzi tuvo parte principal en la revuelta de 1527 que arrebató Florencia a los Médicis. Apoyó después a Alejandro de Médicis en 1530, pero tuvo que huir después a Venecia. En 1537 intenta entrar de nuevo en Florencia a la cabeza de los exiliados florentinos. Su hijo, Pedro, estuvo en el asedio de Siena en 1554 bajo bandera francesa.

Médicis, Alejandro fue impuesto como jefe a Florencia en 1530, después del asedio que sufrió la ciudad por las tropas imperiales y del Papa Clemente VII. Menos importantes fueron los Capri y los Petrucci, señores estos últimos de Siena. MARIANA, VI, 424.435.

oro y plata, se le interceptase, ¿no se vería apremiado por la necesidad a gravar con exageradas exacciones a sus propios súbditos, con el consiguiente odio de los mismos, a hundir a los mercaderes, defraudar a los soldados en sus estipendios perdiendo a éstos a la mínima ocasión? Es también digno de admiración cómo se consume tan gran poderío económico sin provecho alguno, cuando estamos viendo al Rey pobre casi a perpetuidad y que recibe préstamos de otros. Por ello, digo, no puede evitarse que las cosas vayan mal, cuando no se pone remedio y se ataja el mal. Pero no digo que todo el poder del rey esté en el dinero. El debe pensar que con solo dinero poco puede vencer al enemigo. Julio César, con su experiencia militar y con el amor de sus soldados, por cierto muy reducidos en número, sometió todo el mundo. Y también los sarracenos, los tártaros y los hunos, sin dinero, sometieron casi todo el mundo. Por tanto, el dinero es muy útil para su sostenimiento, no para adquirir regiones. El nervio de sus fuerzas piense que está en otro lugar, no en el dinero, pues la fidelidad comprada a precio de dinero puede ser vendida al mismo precio. Ruego mires cómo nuestro Felipe sostuvo en Francia con dinero a los jefes Mayenne, Joieuse, Mercuriano y Guisa contra el Rey de Navarra [9], y de qué manera recuperó el Navarro a los mismos y se

[9] Mayenne, Carlos, duque de Lorena (1554-1611). Se distinguió en las guerras de religión. En 1589 se declaró jefe de la Liga y entró en París. Hizo la guerra a Enrique III y al rey de Navarra. Joieuse, Anne de, favorito de Enrique III y de Enrique IV. Enrique de Guisa, duque de Lorena; en 1585 Felipe II le envía dinero para ganarlo a la causa. Es el de Guisa quien comienza la famosa noche de San Bartolomé contra los protestantes (1572). Muere asesinado en 1588.

los atrajo, cuando se hizo más tacaño. Capitanes y soldados en Bélgica hacen más comercio que guerra, no luchan en absoluto para vencer, sino para marcharse de su oficio militar, y las armas, que son el instrumento del Imperio, se tornaron instrumento de su avaricia y de sus juegos. El Rey se malogra si cede a la avaricia; pues tiene suficiente dinero, si tiene suficientes soldados unidos por amor y virtud; si éstos faltan, pierde bastante.

Primero y ante todo asegure el Rey los ánimos de los suyos y gane a su amistad a sus vasallos con la virtud doméstica y militar, haciéndose digno de admiración, profesando y proponiendo nuevas ciencias, etc., como antes se dijo. Segundo, atesore los cuerpos de los suyos, multiplicándolos por el matrimonio, por los honores y otros estímulos, como antes se dijo. Tercero, atesore las facultades de los suyos haciéndolos ricos, procurando que la agricultura mejore, de suerte que las ferias, el trabajo de la lana y otros oficios útiles se ejerzan más de lo que estamos hoy viendo, cuando por lo general la gente en las ciudades pequeñas se da a la usura, y en las grandes a la extorsión y al mercado. El Papa atesora las almas de los hombres y por eso vence, porque éste es el instrumento, junto con la elocuencia y la sabiduría, con el que tal tesoro se adquiere. Así, los sarracenos, con la ayuda de la lengua y la profesión de nuevas ciencias y nueva religión, salieron vencedores. César atesoró cuerpos y almas, ganándose con su propio valor los ánimos de soldados de toda clase. Los tártaros y los hunos lo consiguieron por los cuerpos, haciéndolos fecundos, de este modo, a saber: aumentado su número, abandonaron su propio suelo a modo de las abejas y ocuparon el ajeno. Pero el Rey pue-

de exigir por derecho propio todos estos tesoros, a saber: la religión, con buenos predicadores; el amor hacia sí, con buenas leyes, común utilidad y buena justicia, la multiplicación del modo que antes propuse al hablar de los soldados. De cada uno exija aquello en lo que abunda: de los alemanes, los pueblos; de los españoles, los soldados; de italianos, capitanes y vestimenta; del Nuevo Mundo, el oro; pero no de otra manera que como ya dije. En verdad, podemos afirmar que el Nuevo Mundo ha perdido en cierto sentido al viejo, pues sembró la avaricia en nuestras mentes y extinguió el amor entre los hombres. Pues quienes sólo sobresalen por su amor al oro, se hacen fraudulentos y con frecuencia venden y revenden su fidelidad por dinero, viendo que éste vale mucho en todas partes y se le estima, y abandonan las ciencias y sagrados sermones por el dinero, y dicen adiós a la agricultura y otros oficios, entregándose a la fertilidad del dinero y a las casas de los ricos. El dinero produjo también gran desigualdad entre los hombres, haciéndolos o demasiado ricos, de ahí la insolencia, o demasiado pobres, de ahí la envidia, los robos y agresiones. Así, el precio del trigo, del vino, de la carne, del aceite y del vestido subió en exceso, porque nadie ejercía el comercio de tales productos, de aquí la penuria y hasta el punto de que los pobres caen en servidumbre, al no poder soportar tales gastos, o se refugian en el robo o en la milicia, impulsados por la pobreza, no por amor al Rey o a la religión, y desertan y cambian con frecuencia de ejército, no se dedican a los hijos por legítimo matrimonio, al no poder pagar los tributos, o remueven piedra sobre piedra para ser recibidos como monjes o predicadores en monasterio.

Dejo a consideración del Rey ahora si se siente vencido por el oro, causa de tantos males. Digo que es necesaria una gran reforma en esto, para que el erario del Rey se haga grande, con el fin de que los súbditos le tengan más fidelidad y amor, y podría conseguirse si se observasen aquellas normas sobre el aumento de súbditos y disminución de tributos y crueldad, y si el Rey yendo en persona a campaña preparase el camino a sus sabios y valerosos generales para el honor antes que para la avaricia, y si renovase las ciencias, y diese leyes con las que permaneciese en primer lugar su honor intacto ante los que le obedecen, y vituperase a los inmoderados. Para conseguir más obediencia a estas leyes es necesario poner ante los ojos la utilidad que de ello resulta. En tercer lugar, el temor de la pena, a la que hoy absurdos escritores le atribuyen el primer lugar, para que aquéllas (las leyes) se guarden, pues consideran el tiempo antes que la religión y exigen el temor antes que el amor, por el hecho de que los jefes de los gentiles lo pusieron en primer lugar y enseñaron al impío Maquiavelo y a otros semejantes tales reglas. Pero caso de no hacerse la reforma, es necesario que a la vista del abuso actual se incrementen los tesoros, para que no caigan en manos de otros y sobrevengan otros males, si por casualidad la armada no volviera del Nuevo Mundo en tres o cinco años.

Así, pues, expondré primeramente las reglas acostumbradas. En primer lugar, hay que poner dinero en préstamo, y cada uno debe ser obligado en cierta medida a tener dinero en depósito, para que cuando llegue la necesidad pueda sacarlo. Esto debe observarse en todas las ciudades principales, tanto en Nápoles como en España.

Si amenaza una guerra importante, se les debe exigir dinero, pero con intervención de la autoridad del Papa, no sea que el mismo Rey caiga en las iras de los suyos. En segundo lugar, el tributo de la Apulia, puesto en uso por el Rey Fernando, introdúzcase en todas las provincias, de la misma o de manera semejante [10]. Tercero, procure que todos sus barones aporten su dinero obligándolos en nombre de la religión y de la Corona de España, con quien están unidos. Cuarto, pida al Papa indulgencias de cruzada en todos sus reinos, y todo el dinero así recogido póngalo en su erario para que éste aumente, de suerte que puedan reunirse con él ejércitos para ser enviados a Tierra Santa. Quinto, obtenga del Papa para un quinquenio completo el que todas las iglesias, monasterios, episcopados y parroquias de sus provincias entreguen cierta suma de dinero al erario del tesoro sagrado, para hacer la guerra contar infieles, a saber: el cinco por ciento de todas sus rentas; pero de suerte que cada año se rebaje un uno por ciento, de este modo, el primer año paguen el cinco, el segundo el cuatro, el tercero el tres y así hasta el final del quinquenio. Los venecianos exigen décimas; este tipo de exacción puede hacerse con el Papa, con el pretexto de hacer la guerra contra infieles. Después pónganse al frente del tesoro dos obispos. Sexto, el Rey negocie por medio de sus tesoreros las mercancías acostumbradas en toda región: en Calabria, seda, en Apulia, trigo, en Sicilia, aceite, pues de este modo hará volver a los suyos a la

---

[10] Todas las finanzas del reino dependen de la posesión de las rentas que pagan los ganados en la Apulia a su paso por Basilicata. Cf. *Historia de España* XVIII, 2, pp. 524.

agricultura, ya que están separados de ella por los prestamistas, y conseguirá con ello grandes ventajas. Séptimo, envíe a todas las grandes ciudades, sobre todo a las napolitanas, un comisario con un consejero clérigo contra los usureros, a los que prueben con tres testigos que han hecho usura, según las costumbres del reino, y si es así, prívenles de todos los bienes y deposítenlos. Después restitúyales el Rey la mitad; por ejemplo, si a uno de los usureros se le han quitado 10.000 coronas, se le devolverán 5.000, pues esta clase de hombres se tiene por odiosa y no tienes que temer que se rebelen. Es más, el pueblo al verlos caer se alegra y no los sigue, y los mismos usureros cuando se les deja la mitad, piensan que se ha hecho bien con ellos. El resto júntenlo en el Monte de Piedad o de Misericordia, dándolo como mutuo a los pobres bajo prenda, con la condición de que te sea lícito quedarte con la prenda, a no ser que se devuelva a tiempo. Después, con el dinero así recogido podrás negociar, como hacen los mismos usureros, o edifíquense con él claustros y escuelas militares o de mujeres pobres, de los que hemos hablado antes. Y este acto de los religiosos incluso contra los barones mucho ayuda al alma, al cuerpo y al Estado, ellos por su parte con sus mañas arrebatarían y devorarían todo el mundo. Octavo, exija cuentas a todos los ministros reales y síndicos sobre todo el tiempo de su administración, y lo que éstos cobraron en concepto de multa llévese al erario y devuélvaseles la mitad o incluso menos, si así parece. Al hacer esto, tanto el pueblo como el mismo Rey se alegrarán. Noveno, llame a todos los que han sido condenados en una sentencia o que han sido declarados infames, y mande que se quemen los juicios contra ellos en los

cinco últimos años, con ello se sentirán honrados. Pero por esta gracia queden obligados a entregar cierta suma de dinero. Décimo, cada uno que entra por primera vez en una ciudad importante como es Nápoles, o en una ciudad de defensa, como es Cotrone, sea obligado a dar algo a su entrada, con el pretexto de tener conocimiento de todos los que entran. Exíjase tributo por todas las cosas, tanto necesarias como superfluas, pero por las necesarias, como la comida, la bebida, aceite y otras semejantes, poco; por las superfluas, más. Por cartas de juego paguen dos carolinos [11]; por dados, un carolino; por cartas ordinarias de veinticuatro folios, un grano [12]; por guantes, medio carolino; por un vestido todo de seda de variado color, sábanas y vestidos bordados en oro y plata, exíjase con profusión en beneficio del Rey. Pero apriétese mucho más a las meretrices, como debe hacerse en Nápoles y en todas partes, que a cada prostíbulo se aumente el tributo un medio ducado. Ni baños ni teatros o cómicos queden exentos de tributo, ni lugares públicos de hospedaje o armaduras de cualquiera clase. Pero guárdese en todo la regla antes mencionada: las cosas necesarias paguen poco y las no necesarias mucho. Del mismo modo, por necesidad urgente de la república imponga el Rey vectigales y tributos a las fincas de sus súbditos, hecha su debida estimación; y es justo y equitativo hacerlo, pues todo bien privado debe servir al bien público, sin el que lo privado no puede mantenerse. Pero tales tributos o tasas sean rea-

---

[11] El Carolino era una moneda de plata acuñada en Italia y Países Bajos.

[12] El grano era un ducado.

les, no personales, o sea, no por el número de personas, sino por la cantidad de bienes, no sea que todas las imposiciones recaigan sólo sobre los pobres, como suele suceder, pues los nobles echan sobre la plebe las cargas que se les asignan, y las ciudades principales sobre los campesinos; ello repugna a todo derecho y equidad. Ni se graven otros bienes que los ciertos y estables. El Duque de Alba intentó hacerlo sobre bienes muebles e inciertos en Bélgica y se levantaron contra él [13]. Si por una necesidad extrema, inminente, quieres someter los bienes muebles e inciertos a esta carga, de ningún modo me desagrada que procedas del modo que ciertas ciudades alemanas suelen hacerlo, Augsburgo, Colonia y otras, sometiéndolo a juramento. Más justo y más legítimo es aquel tipo de exacción que se ejerce en las mercancías que se importan y se exportan, pues es razonable que quien en nuestro suelo o de lo nuestro se lucra, pague a su vez. Y cuando sean los negociantes súbditos nuestros o extranjeros, está bien que exijamos más de los extranjeros que de nuestros súbditos. Esto lo hace aún hoy el Gran Turco, cuando por las mercancías que son traídas de Alejandría exige de los extranjeros un diez por ciento y de los suyos tan sólo un cinco. En Inglaterra los extranjeros pagan el cuápruplo de lo que pagan los nativos; en Dinamarca el triplo, y suele hacerse de distinto modo, según los lugares. Brevemente, las riquezas confluyen allí donde abundan más las cosas necesarias para el sustento de la vida humana, de suerte

[13] El Duque de Alba en 1572 impuso el tributo del tercio y del décimo. Esto hace levantarse a los belgas. Cf. *Historia de España* XX, 2, pp. 152.

que el príncipe tiene que esforzarse por inducir a los suyos a ejercer la agricultura y toda clase de oficios. De esto he hablado con más profusión en otras partes. Rehúyanse las ganancias que el pueblo ha aborrecido o déseles otro nombre, como deben también disminuir los pagos fiscales y exigirse bajo otro título. Augusto se llamó a sí mismo tribuno, no rey, porque el nombre de rey fue odioso entre los romanos [14]. Por lo mismo, los tributos llámense peticiones o distribuciones, y cámbiense los nombres para siempre, porque el nombre de donativo ya es fastidioso y odioso para el pueblo, retírelo el rey y déle otro nombre. Pero en esto no quiero ser sutil, aunque podía.

El comercio con los genoveses vale de tesoro al Rey. Así, pues, trabaje afanosamente por iniciar el comercio también con otros pueblos y naciones. Hay también otros beneficios extraordinarios que el príncipe puede percibir parte de los suyos y parte también de los extranjeros, como son las herencias, las confiscaciones, las condenas, los donativos, las partes de las herencias, honorarios, como llaman, y otras muchas cosas, de las que habría que hablar de cada una en particular. Pero determiné que de estas cosas hablaría personalmente con el Rey.

---

[14] TÁCITO, *Annales* III, 56, 2: *«... id summi vocabulum Augustus repperit, ne regis aut dictatoris nomen adsumeret ac tamen appellatione aliqua cetera imperia praemineret.»*

CAPITULO XVII

EL AMOR Y ODIO DEL PUEBLO Y LAS CONJURAS

Tal vez pueda parecer a alguno que en las repúblicas hay que cultivar el amor mutuo por común utilidad, como acostumbraron hacer los venecianos, pero en los reinos monárquicos hay que esparcir el odio y la discordia entre los súbditos para que uno no vaya a vengar la injuria recibida del rey por otro o para que no se conjuren contra el rey, y así todo el amor converja en el rey. Esta regla es por muchos motivos tremendamente absurda. Primero, porque al rey lo hace crudelísimo tirano, pues mira por sí solo y no por el pueblo entero, de suerte que por el mutuo odio de los súbditos crece el temor al rey, no el amor. Segundo, porque el dominio natural pide la concordia entre los pueblos, para estar más firmes en arrojar a los enemigos, y unirse entre sí por servicios mutuos en paz y en guerra. Por lo mismo, los buenos legisladores de consuno llegaron a este convencimiento, que a los súbditos, por así decirlo, les aglutinan por medio del amor mutuo y por la unidad de religión, y por ello procuraron que se reunieran en templos, para mejor considerar la razón por la que deben amarse mutuamente, pues de lo que se conoce no hay amor. Por esta misma razón, Platón prohibió

las capillas privadas, y Moisés creó un templo único en todo el reino judaico, de suerte que todos, coincidiendo en una misma religión y amor a solo Dios, cumplieran con el amor mutuo en todas partes [1].

Con este fin, además de los matrimonios, se crearon las clientelas y otras instituciones que producían y favorecían la utilidad mutua, y también se iniciaron mercados y divisiones de cargos por razón de honor y premio. Esto es útil al príncipe, y no el odio, que fue pernicioso en Francia. Tales rivalidades fueron de provecho para Roma cuando la plebe se engrandeció, pero le estorbaron cuantas veces venció la nobleza, aunque en Florencia haya sucedido lo contrario, pues allí la plebe vencedora no se hizo noble, sino al contrario, los nobles se humillaron y degradaron, lo contrario de lo que sucedió en Roma. Por lo cual digo que tiene que esforzarse el rey por introducir el amor mutuo entre los suyos. Y este amor mutuo se realiza, primero, bajo la unidad de religión, extirpando a aquellos que esparcen la cizaña. Esto hundió a Bélgica. Segundo, con matrimonios de españoles con mujeres de cualquier otra nación. Tercero, con el comercio o intercambio de moneda entre las naciones. Cuarto, buscando la igualdad entre ellos, pues éste fue el error que se extendió por todo el orbe cristiano, uno muy pobre, otro muy rico, lo que tanto aborreció Platón. La igualdad entre los ciudadanos elimina la envidia, la rapiña, el lujo, el odio y la malicia del pueblo. Así, Moisés mandó también en el séptimo año que las heredades fuesen restituidas a sus familias y los esclavos fuesen manumitidos a su nación, lle-

[1] PLATÓN, *Leyes* 909 d. Levítico, 25, 47ss.

vando consigo una corta ganancia de la casa del patrón, y enseñó que ello concordaba con la ley y con la voluntad divina. Por ello, las limosnas y otros actos piadosos fueron instituidos con los hospitales de extranjeros, para así mantener el honor entre ellos con cierta igualdad.

En Roma, afirma Salustio [2], nunca hubo conjuraciones contra la patria, sino cuando unos pocos, los Crasos, los Pompeyos y los Césares, se atrajeron las riquezas de muchos; y en tiempo de Lutero y Calvino los campesinos se levantaron contra los nobles porque ha de saberse que los dos, conculcada la verdad evangélica, sembraron por doquier la cizaña y subversión de los estados, junto con ruina de reinos enteros. Más aún, vemos también en nuestro tiempo que uno solo será el que reciba cien mil de renta cada año, y mil hombres no llegan a cien de renta. Aquél lo consumirá todo en alimentar perros, caballos y bufones y jaeces de oro en sus caballos o en prostitutas, lo que es peor. Y si por casualidad se querella el pobre contra los tales, no puede conseguir que se le reconozca el derecho, tiene que escapar o morir en la cárcel. Y el rico se enriquece con todo en plena libertad, porque los jueces se corrompen por el oro, como también por dinero fueron constituidos jueces. Esto ha pasado con harta frecuencia en ciudades pequeñas, y ha sido lo más pernicioso para los principados. Es casi imposible que un juez sobornado pueda ejercer el cargo con probidad, pues los cargos también deslumbran a los sabios, lo dice el mismo Dios. Es de creer que actuará así quien compra el cargo de juez y entra en él no como en un campo erizado de espinas, sino como en

[2] SALUSTIO, *Conspiración de Catilina*, caps. VIss.

una mies fertilísima y abundantísima. Por lo mismo, aunque sea contrario a mi propósito, advierto a los estudiosos de la política que tengan por cierto que quien vende los cargos quiere que sus ministros sean ladrones. Luis XII, Rey de Francia, solía decir que quienes compran cargos con dinero, hacen lo que los mercaderes, que compran todo a bajo precio para venderlo después a alto precio. Pero volviendo a nuestro tema, aunque el rico gaste mucho en alimento y educación de sus siervos, poco servicio presta a la república; es más, la perjudica, primero porque los liga tan sólo a sí mismo y hace que a él sigan contra cualquiera, aun contra el mismo rey, lo que intentó Spulio Melio Romano contra su patria [3]. Esto mismo temían los venecianos, y por ello viven con poco servicio.

Segundo, porque los torna blandos y afeminados, aduladores, soberbios, rufianes o alcahuetes, y por lo mismo funda como una escuela de hombres vilísimos y sin oficio, quienes una vez que se casan, con sus astucias oprimen al vulgo, y el virus de su improbidad lo propagan por todas partes. Por esta misma razón, los Pontífices, asesorados con frecuencia por sus prelados, prohibieron el uso de muchos siervos; precisamente aquella prohibición fue menos necesaria, pues aunque los siervos no sean buenos, en tal puesto se ven obligados a aparecer buenos, y por lo mismo no dan tanto escándalo. Por lo cual, es propio del rey introducir la igualdad, reprimiendo aquellos numerosos servicios. Además, permita que los plebeyos en el

[3] Spulio Melio se ganó al pueblo con la distribución de trigo. Fue acusado de aspirar a la tiranía. Rehúsa comparecer por esta acusación ante Cincinnato y es ejecutado en el Foro en el 438 a. C. Tito Livio, 4, 13; San Agustín, *De civitate Dei* III, 17.

decenio íntegro paguen sólo la mitad del tributo y exija de los barones y demás artesanos la otra mitad. Entonces, adúzcanse leyes y obligaciones de las que antes hablé cuando se trató de los barones y de los prestamistas. Pero ya que todas las naciones aborrecen a los españoles, conviene que el rey las torne amigas con los matrimonios y con la creación de escuelas militares, en las que se reciban y sustenten soldados de distintas naciones, pues así el rey tendrá un ejército más numeroso, más moderado y más generoso, como vemos en los castaños, que injertados con otros árboles, dan mejores frutos.

Lo mismo suele hacer Dios, quien para ennoblecer la semilla humana, con frecuencia envía hombres nórdicos para el Austro, lo que hace también por otras razones ciertamente desconocidas para nosotros, a excepción de una u otra, que conocemos.

El Rey de las Españas haga esto también, que no sólo crezcan los súbditos en amor mutuo, sino que él mismo también sea amado de los súbditos, lo cual conseguirá promulgando leyes útiles, multiplicando el número de los súbditos, liberándoles de los tributos, introduciendo por todas partes la igualdad, y por último, no omitiendo aquello de lo que hemos hablado antes. Y como no hay nada más pernicioso para el rey que excitar contra sí el odio, de donde nacen las conjuras contra él y contra su Estado, es conveniente que todos con él sean de la misma religión, pues nada torna a los hombres tan discordes entre sí que sus distintas creencias, como experimentó para su mal Francia[4]. Pero aquí se requiere que el príncipe evite

[4] Hacia el 1560 comienzan los alborotos en Francia por cuestión de religión. Cf. MARIANA, VI, 472ss.

los dos extremos, simulación y superstición. Dios es la verdad, y quiere en ella ser adorado, y con simplicidad. Trate, pues, nuestro príncipe de presentarse a sí mismo piadoso y religioso sin hipocresía, la que tanto estorbó a Tiberio y a César, y sin blandenguería manifiesta. Pero nada hace tan estimable al príncipe ante el pueblo como las virtudes militares y domésticas, que hacen que todos los súbditos de cualquier clase le sean fieles, al ser el fundamento de todos los principados. Pues como los elementos, y los cuerpos compuestos de éstos, son conformados por nociones celestes sin cambio alguno, por la prestancia congénita de su naturaleza, y entre las revoluciones de las mismas esferas celestes, las inferiores siguen el movimiento de las superiores, así los hombres se someten con gusto al príncipe en quien resplandecen virtudes eximias. Pues así ha sucedido, ningún inferior rehúsa el imperio de su superior; «por ley eterna de la naturaleza se ha recibido que los inferiores se sometan a los superiores y el vínculos de fidelidad, (dice Livio), es obedecer a los mejores» [5]. «Hay que soportar el imperio de los mejores», dice otro autor. Y Aristóteles dice que pide la razón natural que los más ingeniosos y juiciosos gobiernen a los que lo son menos [6]. Así, pues, la virtud que sobresale en el príncipe atrae el amor, sobre todo cuando muestra que él mismo ama a los súbditos con amor de padre, admitiéndolos al diálogo y a su presencia y teniendo en

---

[5] TITO LIVIO, 22, 13, 11: *«... et vinculum fidei est melioribus parere.»* Añade el autor: *«Aeterna quippe naturae lege receptum est, ut inferiores praestantioribus pareant.»*

[6] ARISTÓTELES, *Política* 1284 a. 1288.

consideración las razones de los ministros inferiores. Muestre su oído más inclinado a los pobres que a los ricos, perdone y dé premios él mismo en persona, pero las penas y castigos impóngalas por medio de otros, y suprima usureros y aquellos barones mercenarios, de los que antes hablé; muéstrese inmune a toda maldad, hágase venerar por su religión y por sus asesores religiosos, y sea amado por la estrechísima unión que le liga con el Papa y con la Iglesia. Imite en todo a David, Constantino, Teodosio, Trajano, Augusto, Marciano y Carlomagno, quienes dotados todos ellos de dichas virtudes y ciencias, reinaron con mejores auspicios que Juliano, Federico, Enrique, Tiberio, Nerón y Felipe el Hermoso; éste adoptó un camino totalmente distinto del de Carlomagno [7]. Además sean invitados los súbditos con el honor de los premios a emular virtud y ciencias, de donde nacen nuevas ciencias.

El juego en España ayuda mucho a que el pueblo se aparte de las cosas pertinentes al Estado y además le obliga a ir a la milicia, una vez que se han perdido las posibilidades de jugar. Pero cuando esta pérdida es causa de rapacidad, de avaricia, de odio contra los compañeros, de ansia de dinero, este juego es más perjudicial que ventajoso. Por lo cual es conveniente que introduzca entre los súbditos competiciones y disputas científicas y entre extraños juegos de cartas y de dados, utilizando para ello los legados de éstos, para que así se debiliten en la ocio-

[7] Felipe el Hermoso de Francia estuvo en discordia con el Papa Bonifacio VIII, pues no quería aceptar la subordinación del poder temporal al espiritual. El Papa lanzó contra él varias excomuniones: *Clericis laicos* (1296), *Salvator mundi* (1300), *Ausculta fili* (1301).

sidad; propóngaseles a aquéllos cuestiones matemáticas, filosóficas y políticas para apartarlos de las herejías.

Muy bien habrá hecho el rey si se mostrare bueno, digno de veneración y justo, para que nadie conjure contra él. La falta de aquella primera virtud trajo la perdición a Nerón y a Acciolino; la pérdida de la segunda, a Sardanápalo y a Vitelio; la pérdida de la tercera, a Filipo, rey de Macedonia, quien negó administración de justicia a Pausanias y por lo mismo fue muerto por aquél [8]; la falta de igualdad también perdió a Roma.

Si uno solo conspira contra el príncipe, no hay otro remedio que inspeccionar y registrar a todos los que entran a ver al príncipe, no sea que lleven armas ocultas bajo la ropa, porque las insidias preparadas por uno solo con dificultad pueden evitarse. Enrique III, rey de Francia [9], el rey Moab [10] y Filipo de Macedonia fueron asesinados por un solo conspirador [11]; el primero por cuestión de religión, el segundo por su crueldad y el tercero por

---

[8] Pausanias mató a Filipo de Macedonia por haberle denegado justicia, pero parece más bien que fue instigado por Olimpia, la primera esposa de Filipo, a la que había éste repudiado. Año 336 a. C.

[9] Enrique III de Francia, asesinado por el jacobino Jacques Clément en 1589.

En su tiempo había tres partidos: el protestante, que seguía a Condé y a Enrique de Navarra; el católico moderado, que se aliaba con los protestantes bajo el duque de Alençon, y el católico radical o exaltado, cuyo jefe era el duque de Guisa.

[10] Moab perece a manos de Aod, juez de Israel, que liberó a los hebreos de la servidumbre de los moabitas. Reyes, 3, 27; 23, 1.14.29.

[11] Cf. nota 8 anterior.

denegar la justicia. Pero si son muchos los que conspiran contra el príncipe, es imposible que no se descubran si en el espacio de quince o veinte días no realizan su acción, o si no procedieron a la conjura por amor a la justicia, piedad u otra pública utilidad y se atentó contra el tirano y sólo por hombres justos, pues cualquiera se esfuerza por escapar a la acción de un príncipe un tanto tolerable al menos, descubriéndole la conjura. Así fueron detectadas la conjura de Absalón contra David y de Catilina [12] contra la patria, porque los conjurados de ningún modo eran mejores que aquellos contra quienes conjuraban. Las conjuraciones de los siervos con facilidad y rapidez se descubren, si no prosperan, como aquella de Lorenzo de Médicis contra el Duque Alejandro, que no duró más de una noche [13]. Cuando se conjuran hombres honestos contra un crudelísimo tirano, aunque se reúnan, no hay peligro de que se haga público. La conjuración de Juan Procida y los barones sicilianos contra los franceses y Carlos de Anjou, que sumían en la miseria a los indígenas, estuvo oculta más de un año, con conocimiento incluso del Emperador, del Papa y de Pedro de Aragón, en el extranjero [14]. Su única causa fue que los nobles a

[12] La conjura de David en 2 Samuel, 13-18. La conjura de Catilina en el 63 a. C., cuando Cicerón era cónsul. SALUSTIO, *Catilina* LII, 19-24.

[13] Alejandro de Médicis, hijo natural de Lorenzo II o de Julio (Clemente VII), fue impuesto en Florencia en 1530. Estaba casado con Margarita de Austria, hija natural de Carlos V. Fue asesinado por su mismo padre. MARIANA, VI, 433ss.

[14] Juan Procida, gentilhombre, señor de la isla de Procida (1225-1299). Exiliado de Nápoles por Carlos de Anjou, después de la muerte de Conradino, hijo del emperador Conrado, se retiró a

quienes interesaba maquinaban lo mismo contra extranjeros y regentes tiranos. Semejante fue la conspiración contra Atalia de Joida (o Joad) y levitas [15]. Pero, por lo común, aunque sean pocos los que conjuran, y ello contra un malvado, si no llevan su propósito a inmediata ejecución, se descubre; así la conjuración contra Nerón, en la que condescendió el mismo Séneca [16], y la de los impíos Strossi contra Cosme de Médicis, que fueron mucho peores que aquél [17]. Y si uno solo que aspire a alcanzar el principado persuade a sus seguidores de que él maquina otra cosa y mientras tanto atrae hacia sí el afecto de aquéllos, éste conseguirá su intento. Así, César, cuando preparaba el camino hacia el Imperio, lo mantuvo oculto en su ánimo, y acostumbraba decir en su juventud: «Si hay que violar el derecho hay que violarlo para reinar.» Y para esto puso dos bases, la religión y el amor de los soldados, a quienes

---

Sicilia y decidió vengarse haciendo pasar la corona a Pedro III de Aragón. Provocó la masacre de las «Vísperas sicilianas» (30 de marzo de 1282), en la que se arrebató Sicilia a los franceses.

[15] Atalia, reina famosa por sus crímenes, hija de Acab, rey de Israel, y de Jezabel. Trató de asegurar el trono en 876 a. C.; para ello debía matar a Joas, hijo de Ocosías, pero éste, con ayuda del sumo sacerdote Joad, fue consagrado rey en el templo ante sacerdotes y levitas.

[16] Séneca fue acusado de haber conspirado contra Nerón en la conjuración de Pisón. Nerón manda a Séneca suicidarse en el 65 d. C. TÁCITO, *Annales* III, 7-18.

[17] Cosme I de Médicis se había distinguido por su crueldad. Aliado con Felipe II, fue cruel con los reformados e introdujo la inquisición en sus Estados. Pío V le concedió el título de Gran Duque de Toscana. Felipe Strozzi (1488-1538), con los emigrados florentinos, fue derrotado en 1537 y preso en Pistoia. Se suicida en 1538.

al final descubrió su voluntad bajo otro pretexto. Al contrario, Catilina, quien dio a conocer su intención a todos los conjurados, no preparando antes ningún plan, y por ello fracasó con gran perjuicio propio. Aleccionado con tal ejemplo, César agredió su plan con más cautela.

Por tanto, indague el rey cuidadosamente los ánimos de sus súbditos y ministros, cómo están para con él, qué hacen, y si advierte qué desean, al punto debe atenderlos, incluso remunere, sin que suscite sospechas de tener miedo, a algún cabecilla de los mismos conspiradores, para que de este modo le tenga al corriente con todo detalle de lo que hacen sus súbditos. Si se le anuncia que hay algunos que hace ya muchos meses conspiran abiertamente contra él, puede reírse; pues quienes así conspiran, o son necios o sin experiencia, o, finalmente, quienes tales cosas declaran, son falsarios, con tal ficción van tras la gracia del rey. Así, en la antigüedad, Perseo delató a su hermano Demetrio de conjuración contra su padre Filipo, rey de Macedonia [18]. Y en tiempo de Tiberio y de Nerón todos los días había alguno que acusaba a otro del delito de lesa majestad, lo cual fue muy penoso, pues de este modo el príncipe se hace suspicaz y crea él mismo sospechas en su derredor, de tal suerte que los súbditos, o realmente cometen el delito que él sospecha o son condenados a muerte inocentemente. Ambas cosas son perniciosas para el rey. Disimule, más bien, si no se prueban tales acusaciones, aunque sean verdaderas, al no ser cosas pertene-

[18] Perseo, rey de Macedonia, hijo natural de Filipo, fue alejado del trono por el hecho de ser ilegítimo, y obligó a su padre a matar a Demetrio, hijo legítimo, rey en el 178 a. C.

cientes a la misma religión, pues si así hace, da pruebas de justo y bueno, y su actitud es francamente indigna para aquel que tales insidias maquina, y los mismos conjurados abandonan la maliciosa opinión que de él concibieron. Es peor hacer sospechosos a los súbditos de rebelión y conjura si la causa no es probada, pues éstos, ante el miedo de infamia, desearán el cambio de las cosas y prepararán el camino para la invasión a los enemigos, cosa que sucede con bastante frecuencia a Bélgica y Francia, y aunque sea con esperanza de lucro, porque se puede tomar ocasión de ello para contener más estrechamente al pueblo, como lo hizo Cosme, que tomó esta ocasión a conciencia y rompió las condiciones de paz con los florentinos, y nuestro rey con esta misma ocasión puso freno a los aragoneses, simulando que éstos habían hecho conspiración con Antonio Pérez, sin embargo reporta más daños que provecho. Por tanto, puede asegurar más y confirmar su principado, si rige al pueblo con amor mutuo y beneficencia, para que el mismo pueblo no sospeche de él. Los pueblos conservan el recuerdo para la posteridad de tal infamia, y lo dejan para tiempo oportuno; cuando este tiempo ha llegado piensan públicamente en la defección con ayuda de extranjeros, y así verdaderamente la conjura no se elimina, se difiere. Así, Nerón, que esperaba provecho propio de la primera conjura y mal del pueblo, no la eliminó, sino que la difirió; después los senadores la repitieron con más cautela, lo que sucedió a Tiberio y a otros criminales [19]. Luego si tal conjura hubo, él borraría la me-

[19] SUETONIO, *Nerón* 36: «*Enimvero multo magis et quasi per iustam causam duabus coniurationibus provulgatis, quarum prior maiorque pisonniana Romae...*» *Tiberio*, 65.

moria de la rebelión con beneficios más que con suplicios, poniendo a los súbditos freno con tal pretexto, y halagándoles a la vez con benignidad, pues la bondad del príncipe es en todo tiempo y lugar más importante que la astucia. Es verdad que toda conjuración es peligrosísima, cuando va mezclada de una nueva religión o cuando un orador sedicioso lacera al mismo Estado. Por ello, debemos disertar sobre los oradores buenos y los oradores malos, y después también sobre la unión y división de reinos y regiones y sobre lo que con esta materia va unido. Deben ejercitarse una vez por todas penas y duros escarmientos contra los conjurados, en cuanto sea posible, para que no se recrudezcan los odios, si es que se repiten. Además, si después de un tiempo los prófugos son humillados, no se les debe cerrar totalmente el paso a la esperanza de perdón y reconciliación. Hágase como antes se ha dicho, para que los barones no se conjuren. La herejía no aumenta en modo alguno, a no ser por medio de clérigos, como he demostrado en otra parte. Los virreyes no tengan poder alguno en fortalezas y ciudades de frontera amuralladas, antes se les confíen aquéllas a sus castellanos particulares; interceda por los hombres conocedores de la milicia, y debe hacerlo junto con los virreyes. Estos sean seleccionados de los barones del reino, para que sus baronías o señoríos sirvan como prendas de los mismos de su fidelidad al rey. Con este fin deben ser enviados los españoles a Italia, y viceversa, los italianos a España, para que desempeñen este oficio.

CAPITULO XVIII

LOS ORADORES Y LAS PROFECIAS

Es cierto que los pueblos y numerosos reinos, sobre todo, pueden más que el rey con sus amigos y soldados, en el orbe cristiano digo, aunque el turco todavía no lo sabe. Por eso, es necesario aducir algunas causas por las cuales el pueblo se levanta contra su rey, no por una cualquiera, y arroja el yugo. Son éstas: si pueblos distantes están menos unidos, o si son viles, o no tienen jefe con quien rebelarse, en quien pongan su confianza y esperanza. Es claro que el fundamento de la tranquilidad pública está en los eclesiásticos prudentes y en los oradores, en quienes los suyos confían; ello más porque prometen los bienes eternos que pueden adquirir despreciando los temporales, diciendo que es de voluntad divina la obediencia al rey y que obtendrán el premio del mismo Dios cuando soportan aflicciones, e inculcando en ellos la humildad y demás virtudes y conminando seriamente a los ladrones, homicidas, viciosos y sediciosos, poniéndoles delante suplicios que les amenazan de parte de los hombres y del mismo Dios, y consolando, por contra, a los buenos, prometiéndoles ser más felices. Y así aceptadas sus palabras con oídos obedientes, dominarán los ánimos de sus

oyentes. El más criminal será arrojado fuera con sus perfidias, no podrá infectar con sus perversas costumbres al magistrado ni al soldado, ni los podrán incitar a la rebelión. Luego el primer modo de buen gobierno es la lengua; el segundo, la espada. Esto se puede perfectamente conocer del vicio opuesto, pues cuando surgen predicadores sediciosos contra el rey, obligarán a unirse pueblos divididos y se unirán con el más sedicioso de todos y se harán a sí mismos portaestandartes y jefes de la sedición. Esto acorraló a los príncipes con frecuencia, y lo que es más, los privó de la vida. Ejemplo de éste es Mahoma, que concitó al pueblo contra el Emperador Heraclio [1]; ejemplos son Calvino y Lutero, que concitaron a pueblos contra numerosos príncipes. Estos hicieron más daño con su lengua que Marcos Sciarra o Mino Martino con la espada [2]. Por el contrario, Menenio Agripa hizo callar con sola la lengua la multitudinaria plebe romana, y la restituyó al senado del que torpemente se había separado [3]. El Papa ha acallado con frecuencia rebeliones incipientes por medio de predicadores; es más, aseguró el Imperio de Occidente, apartando a Atila de la ruina de

[1] Abu Bekr, lugarteniente del califa. Heraclio, emperador de Oriente, en 610-641. En el 632 los del califa le tomaron Damasco y en 637 Jerusalén.

[2] Marco Sciarra, jefe de bandidos, devastó el Estado de Roma; Sixto V no pudo con él, tuvo que perseguirle su sucesor, Clemente VIII, que le obligó a abandonar el país. Fue enviado a Dalmacia. Clemente VIII pide su extradición, pero el gobierno de Venecia no la concede y le manda matar.

[3] Menenio Agripa, el que obtiene el triunfo de la *ovatio*. Cuando el pueblo se levantó contra los senadores, logró reunir a los descontentos contándoles una fábula. TITO LIVIO, 2, 32, 8-12.

Italia con la persuasión de su santa palabra y lo obligó a volver a casa [4]. También Acab se hundió con la palabra de Elías, y Roboán con la de Aquías [5]. Por lo cual, los oradores sagrados deben ser tenidos en gran estima, sobre todo si son barones buenos y pueden confirmar con milagros y válidos argumentos lo que hablan, como Moisés venció al Faraón y el Papa a los emperadores Federico y Enrique [6], y el emperador Constantino realizó lo que había concebido por inspiración divina. Pueden, pues, suscitarse tumultos con la elocuencia de aquellos que tienen autoridad y dignidad ante el pueblo, y es saludable reverenciarles, ya sean buenos o malos, y hay que desear su amistad. Pues si los tales son buenos, tanto brilla la autoridad divina que no se les puede resistir. Contempla a Samuel, que puso a Saúl en el solio, y de nuevo lo depuso, una vez elegido David [7]. ¿Qué no creó y pudo crear el Papa? Pues la suma autoridad con discursos obtiene más fe. Y los obispos tienen muchísima más fuerza si ellos mismos ejercen el oficio de predicadores. ¡Qué daño causó Juan Crisóstomo a las furias de la emperatriz Eudoxia y a sus secuaces! [8] También San Bernardo fue temible para

[4] El Papa San León detiene a Atila con su elocuencia y majestad hacia el 542, cuando éste pasó a Italia y llegó a Roma, tras haber arruinado Aquilea y otras ciudades.

[5] Acab y Elías, en 1 Reyes, 21, 19. Roboán y Aquías, en 1 Reyes, 14, 10.

[6] Cf. nota 11 del cap. IV y V.

[7] 1 Samuel, 13, 13-14; 15, 28-30; 16, 13.

[8] San Juan Crisóstomo atacó las rapiñas y desórdenes de la emperatriz Eudoxia. Cf. *Patrología griega* LII, 428-442: sobre los destierros del Crisóstomo. Cf. *et* XLVII, donde se traen varias vidas del Santo.

cardenales y pontífices y dividió y unuió príncipes a su arbitrio; lo atestiguan suficientemente sus cartas. A mí me parece que si todos los príncipes y pueblos reúnen todas sus fuerzas para disolver el papado, no podrán conseguirlo, pues esto prometió Cristo a su Iglesia, «lo que atares o desatares... las puertas del infierno no prevalecerán contra ella» [9]. Y si se declarara una sola expedición de cruzados y a ella fuesen todos los religiosos del mundo, que son muchos millones, con la palabra y la espada restituirían y propagarían el terror por todo el mundo y ningún pueblo se atrevería a empuñar las armas contra hombres sagrados, y si no todos, la mayor parte de ellos sucumbirían y los demás se apaciguarían por causa del temor. Ve, si quieres, a Moisés, quien sólo con levitas y sacerdotes empuñó las armas contra el rebelde pueblo de Israel y contra los príncipes que superaban el millón con sus mujeres, y con las armas de una sola tribu sacerdotal mató en un solo día a 33.000 y a los demás los trajo al buen camino [10], pues cuando la verdadera religión empuña las armas de la predicación, no hay poder que pueda resistirla. Los romanos, una vez que comprendieron la fuerza de la religión cristiana, tomaron las armas contra ella, matando y venciendo, pero al final sucumbieron ellos mismos y llegaron a abrazar la fe cristiana bajo Constantino. Y aunque un obispo o el Papa sea criminal, sin embargo, el príncipe que blande la espada contra él será vencido, aunque sea vencedor. Esto queda claro en lo que pasó a

---

[9] Mateo, 16, 19.

[10] Exodo, 32, 28. Error en la cifra de Campanella: fueron 3.000 los muertos.

Rogerio Guiscardo, rey de Nápoles, que venciendo en batalla, fue obligado a besar los pies del Papa [11]. Creyendo haber encontrado remedio a esto, algunos reyes, entre ellos Enrique VIII de Inglaterra, se refugiaron en la herejía, y perecieron. Esto mismo sería la ruina de España, como afirmé. Otros pensaron que sería más útil meter en la cárcel a los Papas, como Felipe, rey de Francia, que se atrevió a hacerlo con Bonifacio VIII [12], y el emperador Arcadio, que envió al destierro al Santo Crisóstomo; ambas cosas fueron perniciosas para ambos, pues Crisóstomo fue restituido en su integridad con mayor autoridad al tomar Guaina, rey de los godos, las armas contra el Emperador [13]. Este ni siquiera pudo salvarse en la Iglesia, pues se había opuesto a la religión de Crisóstomo. Y el rey de Francia, que había hecho fuese elegido Papa francés por medio de Bonifacio, esperando que de este modo su pecado quedaría impune, fomentó el cisma surgido en la Iglesia, y al elegido Clemente V envió a vivir a Aviñón; pero en vano, pues el mismo Clemente, por consejo del cardenal Brateo, eludió a su rey no guardando la promesa que le había hecho, y desde entonces el reino de Francia

[11] Rogerio Giscardo, rey de Nápoles. Era gran conde de Sicilia. Roberto Giscardo, duque de La Puglia, derrota al Papa León IX en Civittavechia y lo hace prisionero en 1053. Este fue excomulgado por Gregorio VII.

[12] Bonifacio VIII desliga del juramento a los súbditos del rey de Francia, Felipe el Hermoso, y fulmina contra él las excomuniones mencionadas en la nota 7 del cap. XVII. Sciarra Colonna maltrató al Papa por orden del rey de Francia.

[13] El emperador Arcadio, año 377; su esposa Eudoxia destierra a Crisóstomo. La emperatriz era protectora de arrianos. No pudo contener la invasión de los bárbaros.

siempre pareció abocado a la ruina, como aparace en la historia [14]. Luego es remedio profano extender la mano contra la persona del sacerdote. Otros eligieron Antipapas, como aquel Duque de Baviera, pero esto les perjudicó más. Otros llamaron a concilio general a obispos y viejos depravados, enemigos suyos; tal ingeniosidad eludió el Papa, sobre todo, de lo que se declaró claramente que el concilio no tenía poder sobre el Papa; se prohibió que pudiese congregarse un concilio, si no era convocado por el Papa. Por lo mismo, León X arruinó a los cardenales que asistieron al conciliábulo de Pisa, ni siquiera los príncipes sus amigos obtuvieron lo que pretendían [15]. Los príncipes eclesiásticos siempre fueron más sabios que los seculares. Otros, cediendo y sometiéndose, encontraron remedio para tanto mal, como el emperador Teodosio, que se humilló ante el buen pastor Ambrosio [16], y los reyes godos, que olvidada Roma, se dirigieron a Rávena, dando lugar a Papas buenos y Papas malos. Y aquel rey de Inglaterra por cuya orden fue muerto el obispo Santo Tomás, prefirió condiciones de paz con el Papa antes que perder el reino, y pagó al Papa anualmente 40.000 marcos de oro, y dejó al Papa en testamento su reino. A ejemplo de

---

[14] Felipe el Hermoso consigue que sea elegido un Papa francés después de Benedicto XI, que será Clemente V. Este pondrá su sede en Avignon.

[15] El Concilio de Pisa, convocado por Luis XII y Maximiliano I de Austria en 1511.

[16] Ambrosio, obispo de Milán, no deja entrar en la Iglesia al emperador Teodosio el Grande hasta hacer penitencia por la matanza de Tesalónica; unas 7.000 personas murieron allí. La condena duró ocho meses. Cf. SAN AGUSTÍN, *De civitate Dei*, V, 26.

éstos conviene al Rey de las Españas ceder ante el Papa, bueno o malo, y dejarle sus causas a él, si las tiene, y dejar también al Papa castigar a sus obispos enemigos, uniéndose con él de la forma que se dijo antes.

Alejandro, rey de los judíos, llevado del odio de los fariseos, al morir persuadió a su mujer, como atestigua Josefo [17], que le arrojara de la ventana para satisfacer de aquel modo la ira de los fariseos, así éstos le permitirían a ella suceder en el reino, una vez que llegara a él, advirtiendo que también debe precaverse de tener enemistad con hombres religiosos, para no padecer él lo que aquél padeció. Pero si hombres que no tienen autorización de autoridad alguna superior, sobre todo eclesiásticos, como fueron Arrio, Savonarola y Lutero, se levantan contra algún Estado, ello es pernicioso; y entonces hay que ver si tales hombres tienen como protector al Papa o no; si lo tienen, ni siquiera lo contradiga, pues entonces el mal se vuelve casi incurable; si, por el contrario, no lo tienen, el remedio es dificilísimo. Se requiere, pues, una indagación sobre si son buenos o malos; pues ambas cosas son perniciosas; los malos deben ser arrancados de raíz con la la autoridad pontificia, y los buenos deben ser citados al sínodo general, con intervención también de la autoridad pontificia, para que sean confundidos públicamente, como Berengario, quien convicto de error aceptó la verdad y cedió. Y esto debe hacerse para ver si verdaderamente son buenos y no hipócritas. Y si favorecen a la causa buena, deben ser corregidos sus errores, a los que ellos llegaron en sus sermones y deben ser enviados a Roma para vivir

[17] Josefo, *Antiquitates* XIII, 12.

allí, como Bartolomé Miranda, obispo de Toledo, y el obispo de Curzola, expulsado por los venecianos [18]. Y si son laicos, como Juan de Leiden y Felipe Melanchton, no hay que temer mal alguno de ellos, pues estos dos se levantaron después de su ruptura con Lutero y una vez que aquél ya había establecido la errónea religión y el sacerdocio en Alemania. En nuestras regiones ningún laico inventaría tales cosas sin el auxilio de un clérigo. La regla es infalible, ninguna herejía de la tierra hubiera perjudicado a nadie si el mismo príncipe de la región no hubiera prestado su ayuda a tal herejía por razón de Estado, como mostré en *La monarquía del Papa* [19]. Así, pues, tiene que evitar el príncipe que sus nobles sean también infectados de aquella herejía, a saber, ocupándoles en otros asuntos, y reprimiéndoles, como antes prescribí.

Estas reglas deben observarse con diligencia contra dichos herejes, para no bajar a la arena con ellos sobre argucias y cuestiones de teología, y para que sean obligados a mostrar sólo su vocación y manifestar el nombre de quienes les guían. Así: ¿quién os mandó enseñar esto en público? ¿Diablos? O lo que de ningún modo se puede creer, ¿hombres? Si fue Dios, muéstrenlo por milagros, con los que dotó El a sus legados, Moisés, los Apóstoles o Elías. Y si no pueden demostrarlo, sean quemados vivos, si puedes hacerlo, y declarados infames. Evítense las dispu-

[18] Bartolomé Miranda, obispo de Toledo, es Bartolomé de Carranza (1503-1576). Fue arrestado en 1558, sometido a proceso por la Inquisición. Pío V le hace llevar a Roma, donde muere. Se refiere al abispo de Curzola, expulsado por los venecianos. MARIANA, VI, 468ss.

[19] Cf. nota 1 del cap. II.

tas gramaticales y las argucias lógicas, pero obsérvese la lógica divina, como hizo San Francisco en Egipto y San Juan Gualberto [20], y yo mismo hice mis pinitos en mis diálogos contra Lutero y Calvino, enseñando cómo hay que convencerlos al modo apostólico y al modo político, sin crear disputas con verbosidad sutil, algo que se considera victoria entre los ingenios de los malvados. Condénense también, por favor, por constituciones imperiales, porque laceran la buena fama de los hombres de autoridad, como es el Papa y otros religiosos y piadosos varones, que probaron su fe en la Iglesia y con su sangre la sellaron, cosa más preciada que cualquier tesoro. Por tanto, quien a esto se opone, y seduce a otros, merecidamente debe ser castigado. La segunda regla es hacer que no surjan hombres de tal especie, para lo que conviene procurar que los varones de ingenio sean honrados con episcopados y otros beneficios. Tienes que pensar que los tales, si son buenos, te serán útiles, y que no esparcirán opiniones pestilentas, como fueron buenos Catón y Sócrates entre los gentiles, y San Bernardo y Santo Tomás entre los cristianos. Es posible también encontrar otros hombres buenos muy valiosos en ambas cosas, como fueron, entre los paganos, Alcibíades y Coriolano [21], quienes fueron de gran provecho para

[20] En 1219, San Francisco se va a Egipto a convertir infieles. San Juan Gualberto (999-1073) fundó una orden nueva al amparo de la regla de San Benito.

[21] Alcibíades (450 a. C.) intentó suceder a su tío Pericles. Para satisfacer su ambición lanzó al pueblo a empresas arriesgadas. Quiso conquistar Sicilia, expedición que fue funesta para su patria. Levantó a todos contra Atenas.

Coriolano había vencido a los volscos en 433; una vez exilia-

su patria, y también la perjudicaron, según la ocasión. Entre los cristianos, Lutero y Sergio, quienes después, como cantando la palinodia, se desdijeron de lo que antes habían predicado.

Por lo cual, muéstrese el rey dadivoso y favorecedor de todo varón docto, cuando no pueda indagar su ingenio, y esfuércese por todos los medios en saber quiénes en su región son los que más descuellan en doctrina, y atrayéndoselos, ocúpelos en sus asuntos, halagándolos con beneficios más que el mismo Papa, e instíguelos contra los infieles. Un solo monje convirtió a la religión cristiana a toda Inglaterra [22], y Carlomagno, el mayor benefactor de religiosos y sabios, con la ayuda de éstos adquirió Gotha, Noruega y Dinamarca con gran parte de Alemania, y a los mismos retribuyó enormemente. En la consecución del Nuevo Mundo más aportaron los religiosos que los soldados. Lo mismo puede hacerse también para conseguir China, Etiopía y Persia. Por lo cual, deben ser introducidas nuevas ciencias, y volverse a las escuelas (sectas) de los físicos junto con las disciplinas matemáticas, y también la lengua arábiga, una vez que el Imperio de los hebreos y el de los griegos se hundieron, con el fin de convencer de error a los turcos. Fúndense congregaciones de religiosos, de sabios laicos para deliberar sobre asuntos de Estado, y así sus ingenios estén ocupados en la meditación de éstos, para que a ti tan sólo te sirvan y no te causen perjuicio,

---

do llamó a los mismos y les ofreció sus servicios contra su patria. Plutarco escribió la vida de ambos.

[22] El Papa envió en 597 a San Agustín para la evangelización de los anglosajones. Agustín, bien recibido por el rey de Kent, convirtió en tres años a casi todo el Condado de Kent.

o sea, mostrando toda su ambición a tu favor y no en tu contra. Y trabaje por mantener a muchos de éstos y a los que son honestos, pues si, sobre todo, son muchos, y son como los que favoreció Jezabel, a éstos, uno solo, Elías, porque era bueno, los derrotó fácilmente y redujo a la nada [23]. También Antíoco fundó escuelas griegas en Jerusalén, para abolir la saludable doctrina de Moisés, pero en vano, pues los Macabeos se le opusieron [24]. De este modo, debe el rey abrir muchas escuelas cristiano-católicas, contra los enemigos de la religión, pues mientras esto hace, se mostrará seguro del Papa y de sus enemigos, y a la vez someterá Bélgica, como antes demostré. Pero también no hay que olvidar la erección de colegios por todas las provincias, a los que sean llevados todos los niños inteligentes. Quiénes lo sean de éstos se puede saber de sus preceptores en los primeros rudimentos y gramática, y seleccionados de todas las escuelas, sean alimentados y educados a expensas del rey, y se haga de ellos una nueva orden como la de Santo Domingo, y llámese ésta Orden de Austria; y una vez que cumplieren los dieciocho años, sean obligados a subir al púlpito y tener discursos ante el pueblo; llámense los tales, predicadores reales, sean enviados parte a Alemania y parte a Inglaterra; si vuelven tras buena gestión, sean adornados de episcopados regios, que existen en nombre del derecho de patronazgo. Haciendo esto se sentirá seguro el Papa y contrario a los pérfidos y heréticos oradores; y vivirán a costa del rey tan sólo aquellos

---

[23] 1 Reyes, 18.

[24] Antíoco Epífanes, rey el 175 a. C. Cf. 1 Macabeos, 1, 14-15 y 2 Macabeos, 4, 7-15; 5, 6ss.

que le sirven. No puede expresarse con palabras la utilidad que de ello reportaría.

Entre los herejes nadie está tan lejos de la verdad como los discípulos de un cierto Calvino, que esparcen la semilla de la guerra a donde quiera que van, y arruinan la paz anunciada por los ángeles y predicada por Cristo, y puesto que no tienen argumentos para su doctrina ni tienen la autoridad de los santos, defienden únicamente su secta con las armas, al modo del turco. Aquí es necesaria una medicina que sea del todo eficaz para tal clase de hombres, y es la de impedir sus comienzos; esto se debe observar en todos los males, y después aplicarle los remedios antes dichos. Para convertirlos hay que emplear buenos y diligentes operarios que por pureza de doctrina y santidad de vida atraigan y vuelvan las ovejas que andan errantes del camino de la verdad.

Los reyes de Portugal, y en primer lugar Juan III, erigieron en la India colegios y seminarios, en los que se educan gran número de jovencitos de todas clases bajo los Padres de la Compañía de Jesús[25]. Estos fueron de gran provecho también en Alemania y en el Nuevo Mundo, pues las ciudades de Alemania en que estos Padres viven, siempre se mantuvieron en la fe, y aquellas que ya están contagiadas del veneno de la herejía, con su ayuda se curan. Y si no hay esperanza alguna de hacerlos volver al buen camino, para que quieran someterse al dominio de nuestra doctrina, hay que tomar el consejo que Terencio

[25] Juan III de Portugal trató de crear colegios de jesuitas. En 1561 vivían 61 jesuitas en la India. En el mismo Portugal había fundado el de Coimbra en 1542.

Varrón dio a Hostilio, para mantener fieles y pacíficos a los toscanos: haga que no puedan soltar el yugo cuanto quisieren. Ello puede hacerlo de los tres modos siguientes: si los envilece, si los debilita y, por último, si los separa en distintos lugares. Pues la audacia de arrojar el yugo proviene de la grandeza de alma, de la fuerza o también de la multitud de gente que posee. Pero antes de llegar a remedios tan severos, conviene, más de lo que se puede expresar en palabras, utilizar maestros de oficios y ejercicios liberales para hombres sin cultura en los hijos de los infieles, pues así, por un solo camino atraeremos a los padres con los hijos. Debemos preparar, como dije, escuelas de lenguas y de milicia, instrumentos del futuro Imperio, para que los súbditos infieles y herejes se reduzcan con buena paz al buen camino y a la unidad de la fe, para que así queden totalmente debilitados y privados de todo poder, si es que no quieren espontáneamente volver a la verdadera fe. De ello hablé en otra parte.

CAPITULO XIX

LOS REINOS DE ESPAÑA. LOS REINOS HOSTILES, UNIDOS Y SEPARADOS

Algunos piensan que es imposible que el reino de España subsista por mucho tiempo, ya sea porque tenga casi todas las demás naciones como enemigas o rivales, o ya sea porque estén dispersas por doquier sus mismas regiones, unas en el Nuevo Mundo, otras en islas, como en Italia, Alemania Inferior y en Africa, con tanta diversidad de lenguas, de lugares y de climas. No así el turco, quien reivindica el Imperio de todo el mundo, manteniendo en estrechísima unión sus reinos, y que imita la costumbre romana de atacar a los vecinos como manera de adquirir nuevos dominios. Ni el odio de pueblos enemigos puede estorbarle, pues educa junto a sí hijos de todas clases, a los que después utiliza como soldados y su Imperio casi no es más que una república militar. Ni la religión puede estorbarle, sus jefes tienen el poder absoluto, de suerte que no teme a los pueblos que viven sin armas, pues utiliza a los hijos de aquéllos para contenerlos.

A quien desea hacerse monarca grande, le es necesario atacar por las armas a todos los pueblos que le rodean y someterlos a su potestad, como los romanos, quienes primero atacaron a los sabinos y latinos, después a los equí-

colas, pelignos, veyenses, lucanos, toscanos y samnitas, siempre utilizando rodeos, hasta que subyugada toda Italia, fueron contra Cerdeña, Sicilia, España, Francia y Alemania. Lo mismo hicieron los babilonios con los pueblos asiáticos y persas. De manera semejante, los macedonios primero hicieron la guerra a los tebanos, epirotas, lacones con aqueos y eolios, después pasaron a Asia y la llenaron de ejércitos, de suerte que al fin, como escriben Livio y Plutarco [1], envalentonados con la gloria de sus victorias, se hubieran dirigido contra romanos y cartagineses. Ciertamente, si una muerte prematura no hubiera arrebatado la vida a Alejandro Magno, hubiese hecho la guerra a los romanos. Digo que el turco hoy pretende lo mismo que antiguamente los mayores imperios, pues en primer lugar, vencida Asia Menor, pasó a Europa y allí dominó Grecia en todas partes, después a Siria, Egipto y Armenia, hasta que, por último, pasó a Macedonia, Epiro y Hungría. Y una vez que allí se apoderó de algunas provincias cristianas y los cristianos se unen por un miedo común en armas contra él, éste entonces pacta con ellos astuta o insidiosamente condiciones de paz o tregua; y entre tanto, mientras los cristianos intentan acabar por las armas sus mutuas desconfianzas, el turco domina tranquilamente y dirige sus armas vencedoras contra los reyes de Persia y de Georgia, contemplando una y otra vez a los cristianos divididos. Entonces, por lo mismo haciendo treguas con persas y demás enemigos suyos, dirige de nuevo todas sus fuerzas contra los cristianos, y cuanto puede, los ataca. Y mientras los cristianos pierden su tiempo en consul-

[1] TITO LIVIO, 33, 42; PLUTARCO, *Alejandro*.

tas, el turco avanza sometiendo por doquier. ¡Tan grandes y tan perniciosos son los odios entre los cristianos! Pero el Rey de las Españas simultanea guerras en distintos frentes, y nunca tiene fuerzas en un solo campo; así se mata a sí mismo con su espada. Va a hacer la guerra a regiones remotísimas, cuando en su vecindad tiene enemigos ingleses, franceses, belgas y quizá también los mismos italianos. De donde se ve que sus caminos son difíciles y poco útiles para propagar su Imperio. A lo cual respondo yo concediendo esto en parte. La estrategia del turco es clara, en una sola guerra, pero grande, puede ser vencido, pues no tiene virreyes o barones con cuyas armas pueda recuperarse totalmente. Esto no puede decirse del Rey de las Españas, pues el Papa y los italianos, por común religión, pronto le llevarán auxilio. Además, afirmo que no puede verse sumido en una gran derrota, a no ser que sea por una gran potencia, como es la del turco, quien al estar bastante lejos, como en otro tiempo lo estaba Alejandro Magno de los romanos, no puede tan de repente acometer. Y cualquier concordia de cristianos, sólida y estable, podría abatir totalmente al turco. Y añado: aunque el Rey Felipe tenga los reinos muy separados, sus enemigos están muy alejados, y por lo mismo sus émulos, los italianos, toscanos y venecianos, nunca tendrán facilidades para conjurar contra él, a no ser que él mismo inicie las hostilidades y sean aquéllos heridos y molestos por una gran injuria, pues el Papa nunca permitirá que atenten algo insidioso contra el Rey Católico. Es más, los príncipes católicos, por miedo a los herejes y por la autoridad del Pontífice, nunca se atreverían a ello. Y los herejes tienen grandes discordias entre sí, y por esta causa Alemania,

seccionada en exiguas repúblicas, no puede reportarle daño alguno, y en parte está sujeta a la Casa de Austria y a los archiduques por medio de los emperadores, en parte a los arzobispos, quienes a la vez están dotados de poder secular, como son el de Maguncia, el de Colònia, el de Trier, el de Salzburgo, el de Strasburgo, el de Bamberg, en parte también a los duques de Baviera, de suerte que los herejes protestantes de ningún modo pueden levantarse contra el Rey de las Españas. Incluso la misma Alemania Inferior está repartida en muchísimas repúblicas, todas en guerra contra el Rey de las Españas, pero sólo para defenderse y no para atacarle. Entre éstas, Holanda, Frisia y Zelanda. Y es que ambas Alemanias, la Superior y la Inferior, difieren enormemente en religión, y lo mismo puede decirse de daneses, noruegos, transilvanos, godos, polacos, franceses, suizos y grisones, de suerte que ninguna conspiración pueda temer de ellos el rey; pero, lo que es más, el rey se atrajo con dinero a su amistad a gran parte de ellos y el rey de Polonia y el duque de Transilvania cultivan su amistad con él por medio de uniones y alianzas, hasta tal punto que sólo puede temer del rey de Francia y del de Gran Bretaña, quienes por diferencia de religión nunca pueden estar de acuerdo. Pero aunque el Rey de España no pudo someter a su poder al rey de Francia, esto tiene poca importancia para él, pues el rey de Francia, absuelto por el Papa, ha vuelto a la obediencia de la Iglesia[2], pues hecho cabeza de todos los

[2] Enrique IV se libró de la noche de San Bartolomé haciéndose católico (1570). Pero a la muerte de Carlos IX (1575) se hace hugonote. El 2 de agosto de 1589 es rey. En 1593 abjura del calvinismo; en 1598 publica el Edicto de Nantes y hace el tratado

herejes transalpinos, no sin perjuicio de nuestro rey y del Papa, hubiera pasado a Italia, lo que ningún hereje se atrevió a hacer hasta hoy por falta de jefe. Hay también cisma en Francia entre católicos y herejes, y lo que es más importante, hay en aquel reino muchos obispos poderosos que de ninguna manera desean la ruina de las Españas. Por último, los súbditos de nuestro rey no atacan con lanzas, espadas o caballos, como los franceses gustan de hacer, sino que sobresalen por sus cañones y por su valor, que son armas aptas para defender fortalezas y no para luchar en campo abierto. Los franceses pueden ir en su ataque al encuentro de ellos, pero no pueden vencerlos, pues incluso los mismos príncipes y repúblicas italianas, que hasta este tiempo estuvieron de parte de los franceses, se pasaban a los españoles. Y así estas dos naciones se mantienen continuamente en equilibrio, no sea que al ser una vencida, sea la otra presa, como Hierón, rey de Siracusa, intentó hacer entre romanos y cartagineses, pero inútilmente. Además, el rey de Francia no puede pasar a España por las defensas y fortalezas colocadas en la frontera por los españoles, expertos en defensas desesperadas, ni puede tan rápidamente atacar en guerra a Milán o Nápoles, como los españoles a Francia obligándola a volver inmediatamente a casa y defender su propio reino. Y nunca aquél pasó a Italia, si no fuera ayudado por el Papa, lo confirma la expedición de Carlos de Anjou [3], o si no es

---

de paz en Vervins con el rey de España. Fue asesinado por el fanático Ravaillac en 1610.

[3] Carlos de Anjou fue ayudado por el Papa para pasar a Italia. Carlos de Valois es conde de Anjou en 1290 por su matrimonio con Margarita, hija de Carlos II de Anjou, rey nominal de

llamado por algún príncipe italiano o republicano, como lo fue Carlos VIII por el duque de Milán [4]. Esto hoy casi es imposible hacerse, pues temen los italianos que les introduzcan a la vez la religión. También suele suceder que el que primero llamó en su auxilio a extranjeros, primero sucumba también, pues por tener que recibir en hospedaje a soldados extranjeros, éstos una vez que han vencido al enemigo, atrayéndose al pueblo, arrojan también a aquel que los llamó para derrotar al enemigo. Esto experimentaron los Visconti, los Sforza, los Castruzzi, florentinos y otros muchos, incluso el mismo Papa, aunque recuperó después totalmente la autoridad pontificia [5]. Por lo cual, no debe temer mucho el rey de España al rey de Francia y menos al rey de Inglaterra, pues éste se halla encerrado en una isla y los insulares raras veces suelen asegurar su dominio en un continente extranjero, pues les basta con gozar de sus propiedades y enviar sus naves a depredar. A este mal pronto aplicaré un remedio.

Procure tan sólo España que Inglaterra no una su es-

Sicilia. El Papa le dio título de Vicario de la Santa Sede y Defensor de la Iglesia por haber vencido a los enemigos del Papa en Italia.

[4] Carlos VIII de Francia fue llamado por Ludovico Sforza, el Moro, duque de Milán en 1494 y Luis XII de Francia fue llamado por el mismo contra los aragoneses en 1499.

[5] Los Visconti eran gibelinos de Milán. Un Sforza sucede a los Visconti en el Ducado a comienzos del siglo xv. Los Castrucci eran también gibelinos. Uno de ellos, en 1300, se exilia tras el triunfo de los güelfos, pero vuelve a su tierra, Lucca, tras haber servido a Francia e Inglaterra. Maquiavelo escribe su vida. Leibniz lo recuerda en su prólogo al *Codex* rectificando los datos de Maquiavelo.

cuadra con la holandesa, la escocesa, danesa, noruega y la de Danzig, pues de este modo podrían invadir toda España, como otrora alanos, godos y vándalos. Pero ya que esas naciones difieren en religión y el rey de España esparce astutamente la semilla de la discordia entre ellos, no es de temer que junten sus fuerzas. Veamos ya qué tiene de bueno España, y con qué medios podría engrandecerse. Primero, estableciendo esta base: todo dominio estable necesariamente requiere una sociedad natural entre los mismos súbditos, y después entre el príncipe y los súbditos, como en el cuerpo humano miembros con miembros y cabeza. La sociedad natural consiste, primero, en el marido y mujer, después en el paterfamilias, hijos y familia conjuntamente, y también muchas familias unidas, y también en aquellos que están unidos por vínculos de consanguinidad y afinidad, en espacio común bajo un mismo cielo, leyes, costumbres, usos y deseos comunes, lengua común y una única y misma forma de vestir. Ni es vínculo pequeño ser de la misma especie o raza humana, es decir, todos hombres. Donde muchos de estos vínculos concurren, allí es más fuerte la sociedad y el dominio o poder se afirman más. Por ello, los italianos se unen más fácilmente con los italianos, porque unos y otros se entienden la lengua y son semejantes en costumbres, cuerpos y ritos; ello no pasa con los franceses, que tienen lengua y costumbres distintas, por no decir que tienen distinta constitución natural. Así, los españoles contraerán amistad más fácilmente con africanos que con belgas, que difieren muchísimo de ellos. Pues los españoles son de naturaleza ardiente y severa, y por lo mismo macilentos, de pequeña estatura, agudos, astutos y locuaces; en cambio, los belgas

son fríos, corpulentos, gordos, incultos * y de pocas palabras.

Por tanto, quien quiere gobernar regiones distintas y mantenerlas a su cargo, hágalas semejantes entre sí, en cuanto sea posible. Esta unión de los hombres el mismo Dios, autor de la política, se la enseñó a los mismos. Pero hay tres clases de unión: la primera es la de los ánimos, conseguida por la religión, que es ciertamente la más fuerte de todas, puesto que une en la manera de pensar a naciones muy separadas; de ésta depende la voluntad y la acción, y luego en ésta se unen las lenguas y las armas. Por ésta domina el Papa a Europa, Asia, Africa y América, en una palabra, a todos los cristianos del mundo. Por el contrario, el emperador de los alemanes apenas puede gobernar a solo Alemania, aunque esté muy unido por cuerpo, vestido, armas, ritos y costumbres, pues le falta la unión de religión. Tan diversas son las opiniones entre los alemanes, que en verdad se puede decir de ellos: tantos hombres, tantos pareceres. Por eso, los ingleses y los suizos sólo conceden una o a lo sumo dos religiones a los suyos, y así viven más felizmente, pues aquel dicho frecuente *divide et impera,* aquí no ha lugar, sino más bien al contrario, *divide et perdes.* Catalina de Médicis, reina de Francia, unas veces estuvo de parte de los católicos y otras de parte de los hugonotes para que se aboliese la ley sálica [6]. Pero con esto parió la perdición, para sí y para sus

* «Stupidi».

[6] *Catalina de Médicis,* reina de Francia, hija de Lorenzo de Médicis, nacida en Florencia en 1519. Casa con Enrique II de Francia, hijo de Francisco I. Muerto Enrique, fue regente de Carlos IX. Provocó la guerra civil entre católicos y protestantes, a

hijos. Uno de éstos fue asesinado por un monje de la orden dominicana [7]. En esto España es el más feliz de todos los reinos, pues aunque están separados geográficamente, están unidos todos por la religión, y esto mismo beneficia al turco y a todos los demás príncipes que reunen a todos en una misma fe, como queda ya demostrado.

La segunda es la unión de los cuerpos, y en ésta aventaja a todos el turco, que gobierna sobre mahometanos, cristianos y judíos, con religiones tan dispares, pero ello importa poco a sus negocios, pues a los hijos de aquéllos los educa con la esperanza de hacerlos soldados, y a los que se separan de él por religión, los debilita y desarma. Pero si les entregase parte de la república para su administración, y usare con ellos no dominio despótico, sino político, pronto sería arrinconado por ellos, a ejemplo de muchos príncipes alemanes, o por lo menos le cortarían el camino para dilatar el Imperio, como aconteció al emperador y al rey de Polonia. Si entre los sometidos del turco naciese uno dotado de índole generosa, podría tal vez acabar con su reino, como iba a hacer aquel Scanderbeg, si hubiera tenido pronto la ayuda de los cristianos, antes que el daño de los genoveses, quienes vendie-

---

pesar de haberse mostrado partidaria de los último. Cf. *Historia de España* XX, 2, pp. 132: «Los pueblos maldecían a Catalina de Médicis, que permitía la entrada de extranjeros, ora españoles, ora alemanes protestantes, para favorecer alternativamente a uno u otro partido, de modo que mientras se destrozaban ellos conservase ella su soberanía.»

[7] Enrique III de Francia, que muere a manos del jacobino Jacques Clément, dominico, en 1589.

ron en perjuicio propio y en el del húngaro Huniades el paso a Europa a 40.000 mahometanos asiáticos por otras tantas coronas. Con lo cual se consiguió que Amurat, ya derrotado, recuperara su patrimonio, de suerte que después con aquella ayuda se hizo dueño de media Europa. Omito aquí hablar de Moisés, cómo fue impelido por fuerza divina contra el Faraón. A tal ejemplo puede suceder que Dios suscite algún siervo cristiano contra el turco. Semejante división puede ser la ruina de España.

La tercera es la unión del dinero y de las riquezas. En virtud de ésta el turco tiene el poder sobre los de Ragusa, por otra parte libres, quienes le otorgan tributo para poder gozar de sus bienes bajo el dominio de aquél, y ello porque están demasiado cerca del turco. La vecindad siempre obliga al más débil a servir al más fuerte. Por esta tercera clase de unión, el Rey de las Españas domina a los genoveses, pues éstos tienen mercedes y baronías en tierras de aquél. Por lo que digo que el rey que tiene sus dominios separados, debe ante todo esforzarse por unirlos con aquella unión natural y después con vínculo político. En lo que atañe al vínculo natural, puede unir a los españoles con los demás, aunque aquéllos sean odiosos para muchas naciones, pues el español cuando sirve es bastante humilde, cuando domina soberbio y es además jactancioso y astuto en pequeñeces, no precisamente en asuntos de monta. Aparece suficientemente también que la lengua y el modo español de vestir agrada a casi todos, pero su modo de actuar y sus fastuosos títulos, con la ambición de ocupar los primeros lugares en reuniones y modo afectado y exquisito en demasía de andar, desagrada a todos. Y porque estos vicios son inherentes por naturaleza a esta na-

ción, aunque manchan sus virtudes, a saber, la paciencia, religión y viril magnanimidad, con la locuacidad, no se pueden desarraigar del todo. Pero es necesario que los demás pasen a sus costumbres, a manera de los árboles que se injertan a otros.

Digo que sería muy útil que a soldados y barones españoles que viven en el extranjero se les unieran por matrimonio mujeres extranjeras. Y para atraer a extranjeros con matrimonios y oficios, las artes que antes mostré merecen mayor consideración, porque tienen más de lo que prometen a simple vista. Esto aparecerá más claramente cuando hable de cada una de las naciones en particular. En lo que atañe a las uniones políticas, tiene que esforzarse el rey por unir su nación con otras, sobre todo por medio de la religión, que es el vínculo más estrecho, y ello con ayuda de oradores teólogos, como dije anteriormente. Después, por medio de artes eximias, ciencias y lenguas que causan admiración de gran poder en todas las naciones; y haga la guerra sin par a todos los vecinos antes de hacerla a los que están alejados, vaya él mismo personalmente. Por último, atraiga a todas las demás naciones o invite a navegar al Nuevo Mundo para reunir tesoros en su tierra, como vemos se hace hoy en Génova. Por ello, controle todo, de suerte que siempre un reino tenga necesidad de ayuda de otro, para que permanezcan de este modo como atados. Y remueva toda piedra para que sus enemigos estén desunidos por religión, treguas, costumbres, ciencias, condiciones, comercio y todas las demás cosas necesarias, y haga pacto con aquellos que pueden perjudicarle. Para mejor comprender todo ello, voy a hablar en particular de cada uno de los pueblos que pueden fa-

vorecerle o perjudicarle, apuntando también la manera de cómo pueden unirse, pues está fuera de duda que cualquier vasto Imperio, pero unido, está más seguro de las incursiones del enemigo, por el hecho de que no sólo es grande, sino que está unido, y de ahí sobre todo su gran potencia.

CAPITULO XX

ESPAÑA

Hay que tener en cuenta lo dicho hace poco, que al existir en España diversos pueblos, conviene que estén unidos, sobre todo aquellos que en otro tiempo tuvieron poder más grande. Por tanto, haga el rey que castellanos, aragoneses y postugueses estén de acuerdo y distribuya entre ellos oficios iguales en las cortes, a portugueses en Castilla y a castellanos en Portugal, adórnelos con cargos y casi oblíguelos a matrimonios y navegaciones comunes. Y lo mismo conviene hacer con los pueblos de montaña, vizcaínos y leoneses, asturianos y gallegos; con los de la campiña, andaluces y valencianos, que se familiaricen entre sí, aunque estén separados geográficamente. E introdúzcanse entre ellos, como antes hemos hecho alusión a ello, colegios comunes y escuelas de soldados togados y de armas, para que con ellos vivan con seguridad tanto ellos mismos como el rey, y hay que hacer que se casen con mujeres extranjeras y tengan hijos de ellas, quienes, si por casualidad estalla la guerra, les sirvan de ayuda, según la naturaleza de cada uno y no según suerte. Hay que abolir paulatinamente sus costumbres antiguas, no de repente, y sean instruidos para administrar sus cargos mejor en Ita-

lia que en Bélgica. Pero en España desempeñen los cargos italianos junto con españoles. En España, por ser sede de todo el reino, deben estar los más eximios en toda virtud y ciencia, a saber: en justicia y en religión, para que los demás más rápidamente sigan a los españoles asimilando sus costumbres, viéndoles cómo viven felizmente. Si ellos son de vida licenciosa y de costumbres inciviles, serán abominados por todas las naciones. Deben superar a todos los demás en gravedad de costumbres y perseveranza, porque en casa tienen dónde aprender. Ante todo, es necesario que cultiven la fidelidad con constancia, tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra, lo que puede conseguirse formándolos e instruyéndolos en dichos seminarios, donde aprenden a obedecer y a servir al rey. Y pues el mismo rey se muestra valeroso soldado y amante de la virtud, así se muestra más digno de ser amado y venerado y de que aquéllos le sean fieles; y todos sus súbditos se esforzarán con denuedo por tener las costumbres de aquélla (de España), como antes dije.

Las defensas y fortalezas que miran hacia Francia estén muy bien guardadas, lo mismo aquellas que en la Coruña o en el litoral Cantábrico miran hacia Inglaterra, y por lo mismo hay que procurar no sean ocupadas por los enemigos. Pero en esta parte más valdrá una armada de mil barcos, como pronto mostraré. Instruyan los españoles también a los habitantes de Africa y de ambas Indias que a ellos traen, o que vienen espontáneamente, en las artes mecánicas, pero éstos dedíquense tan sólo a las armas, y ello en mayor medida que a las letras. Los extranjeros sean promovidos más al estudio de las letras que de las armas. Pues vemos que la docta Atenas fue vencida por

la belicosa Lacedemonia, y después ambas cayeron en poder de los macedonios, pues éstos fueron acostumbrados más que aquéllos a manejar las armas por Filipo, su rey, y padre de Alejandro. Luego trata de que en otros pueblos a ti sujetos los seminarios y las escuelas austríacas de oficios y de lenguas consten sólo de los tuyos, y que de los demás no se tenga demasiado cuidado, quienes pueden dejarse a las ciencias y a las artes. Pero en España es muy necesario que todos, tanto los educados dentro como fuera de los seminarios, se ejerciten en la ciencia de las armas. Deben también crearse escuelas para los segundones de los nobles españoles, donde se hagan fieles jefes para expediciones marítimas y terrestres. De ello hablé también antes. Ni tiene por qué molestarse y cansarse alguno de España por el hecho de que sus regiones sean estériles, pues ello no es culpa del suelo, sino del poco cultivo. El suelo es fertilísimo y abunda profusamente en todo lo que respecta a su sustento; si se cultivase con esmero, sería suficiente para gran cantidad de gente, pues antiguamente alimentó enormes ejércitos cartagineses y romanos, a la vez que a sus propios habitantes. Ni provincia alguna tuvo tan en vilo con tanto denuedo y tanto tiempo a las fuerzas romanas, ni nunca perdió un ejército sin que al momento no lo reparase con otro mayor. Pero por no hablar de la antigüedad, dicen crónicas recientes que el rey de Granada había puesto en pie de guerra 50.000 soldados de caballería contra el rey Fernando[1]; tal número no

[1] Sobre el número, en el que no concuerdan los autores, confróntese *Historia de España* XVII, 1, pp. 836, donde se cita a Marineo Sículo, «en cuyos reales dicen que hay 12.000 hombres de caballo y 100.000 de pie...».

sé si hoy en el resto de España y Portugal se podría juntar, y no porque haya cambiado la naturaleza de las regines o el clima, sino porque el número de habitantes ha disminuido y la agricultura ha sido interrumpida. El número de habitantes es hoy menor, primero por causa de la guerra, en la que los moros vencieron a los españoles, pues en dicha guerra en el espacio de tres meses murieron 700.000 hombres; después vino la guerra que duró 778 años, en la que todo aquel pueblo de los moros fue arrojado de España. En este tiempo cantidad increíble de gente murió de ambos lados, hasta el punto de que muchísimas ciudades y regiones quedaron desiertas. Y apenas acabada esta guerra, se dispusieron a invadir Africa, Nápoles, Milán y el Nuevo Mundo; y una vez subyugados todos estos países, se apresuraron a recuperar Bélgica. En dichas expediciones murió también gran número de gente, en guerra y por otras calamidades que por lo general siguen a las guerras. E incluso hoy envían cantidades de gente a dichas regiones, parte a las colonias, parte para defender sus plazas o hacer negocios. Así, permaneció interrumpida en España la agricultura, porque los hombres de aquella región son propensos al estudio de las armas, y más se ocupan del honor y utilidad que les viene de la milicia y de las ganancias que de otras cosas. Pues los españoles son perezosos no sólo para ejercer la agricultura, sino también para las artes mecánicas. De donde resulta que España se priva de mecánicos, y las lanas, sedas y otras cosas que aquella región produce son transportadas con dificultad y cuanto queda en ella de materia prima es casi por sólo italianos elaborada, y se dejan campos y viñas para que los cultiven los franceses.

Si queremos indagar a fondo los motivos por los que España tanto tiempo goza de paz total y tranquilidad, cuando Francia permanece totalmente agitada, encontraremos que no hay otro que el de que España se ve ocupada por las guerras en el extranjero, en la India, en Bélgica, para domar herejes y abatir turcos y moros, donde los españoles trabajan con cuerpo y alma, y mientras lo hacen, la patria permanece en paz, ellos ponen en otros todo virus de sedición. Por lo cual, no omitiré decir que ellos por carencia de soldados con frecuencia se vieron obligados a imitar a los finlandeses, que en guerra contra los moscovitas sacan gran cantidad de perros rabiosos. Ciertamente, a veces les ayudan mucho. Esto hizo el mismo Vasco Núñez en el Nuevo Mundo, no sin éxito, contra los bárbaros, haciéndoles a veces de este modo huir [2]. Pero ya nos hemos detenido bastante hablando de España.

[2] BALLESTEROS BERETTA, *Cristóbal Colón*... (Barcelona, 1945), habla del uso de los perros en las batallas atribuido a Colón y que utilizó también Vasco Núñez de Balboa con otros fines también.

CAPITULO XXI

ITALIA

España no tiene pueblo más amigo que el italiano. Por eso, para mantener esta amistad es necesario que halague con beneficio a napolitanos y milaneses, hasta tal punto que los demás pueblos se admiren de la felicidad de estas dos regiones y deseen su suerte. Ello puede conseguirse si España se esfuerza en disminuir los tributos en ambas regiones, si aumenta el número de sus hombres y les erige seminarios, de donde como de caballo de Troya salgan peritos en artes liberales y militares y muy adictos a la religión católica, como hablé anteriormente. Ello, a la verdad, admira y causa estupor a los extranjeros; ni siquiera cuesta dinero al rey, aunque a algunos así parezca. Iníciese la forma de reprimir a los usureros, créense Montes de Piedad o casas públicas en las que se preste a ciudadanos de pocos medios con interés, reprímanse también las ganancias de los nobles. Visítense también las cárceles que tienen los barones, pues éstos son con frecuencia crueles en demasía. Ni se permita prender a nadie con autoridad privada, a no ser a aquellos que cometieron delito de violación de paz pública o de majestad, y traten a los cautivos con más humanidad de la acostumbrada, pues aquéllos

con su crueldad insaciable hicieron que al rey se le tachase de infame tirano, sobre todo en el reino de Nápoles. Parece también que no poco ayuda, para atraer la voluntad del vulgo hacia el rey, el crear al menos un solo comisario que con clérigos se acerque a las cárceles y las visite; y vigile a la vez a usureros y ministros inferiores. Si otorga clemencia a proscritos, bajo pretexto de enviarlos a Africa, por lo mismo, a los siete años envíelos al Nuevo Mundo. Los soldados que hasta el día de hoy están para cuidar a sus súbditos, licéncielos, y prepare en su lugar trirremes en número equivalente para mantener sus provincias seguras recorriendo las costas, pues los soldados se tornan insolentes, crueles con el pueblo, torpes contra el turco, y desganados para expediciones marítimas; y cuando de allí vuelven, a los esforzados ciudadanos les quitan sus siervos incluso a golpe de fusta, y después hacen ostentación al modo trasónico de esos turcos como si hubieran sido apresados por ellos mismos, cosa que, aunque infame, se ve hacer todos los días en Calabria. Es, pues, conveniente que el mismo pueblo tome las armas contra el turco, que por lo menos se les deje la mitad del precio de los cautivos, pues así el rey tendrá fuertes y ricos defensores a la vez, y no temerá que aquéllos, molestos por la crueldad de sus soldados, busquen nuevos dominios. Más aún, contenga la malvada diligencia de sus fiscales, quienes no omiten género alguno de crueldad contra los pobres súbditos, para defender el derecho del rey, haciéndolos cautivos, y arrebatándoles el dinero sin una causa suficientemente clara. Pero de esto y de sus remedios hablé ya bastante anteriormente, cuando disertamos sobre la justicia.

Las expediciones marítimas defienden al rey tanto de los enemigos como de los suyos; y al contrario, el soldado impuesto a los rústicos favorece poco al principio, y más tarde, nada. Por ello, asegúrense con defensa tan sólo los lugares marítimos y manténgase el pueblo en un benevolente temor de su rey. La mayor parte de Italia, como el reino de Nápoles y el ducado de Milán, está sometida al Rey Católico, y no es instigada por sus régulos por temor de la potencia española al odio de los españoles, de donde dos cosas acostumbraron amenazar al rey: la primera, que iban a llamar e incitar a los franceses contra el Estado de Milán; pero este mal puede atajarlo fácilmente el rey, si asegura las fronteras de aquel ducado con defensas y si deshace las aldeas sin defensa, que por lo común caen presa del enemigo errante, y procura a modo de los húngaros que sean transportados a ciudades defendidas todo el trigo y bienes de los súbditos en carros, para que en tiempos de incursiones y ataques tengan lo necesario para vivir y trabajar los que allí se refugiaron. Y Génova es la más apropiada para suministrar esta ayuda, y también Nápoles, con tal que el rey quiera sacar al mar dicha escuadra, pues una larga experiencia confirma que el que es señor del mar puede a la vez dar leyes al continente y puede poner en tierras soldados cuantas veces y donde quiera que la situación parezca pedirlo, cosa que el invocado rey de Francia no puede hacerlo. Luego es lo más acertado para el Rey de las Españas unirse en confederación con grisones y helvéticos y elegir de aquéllos 30.000 soldados que vivan en el entretanto contentos con medio sueldo, a imitación de los venecianos, y utilizar la fuerza de los mismos para arrojar cualquier potencia mayor. Pero

para que éstos, al aumentar en número, no invadan el mismo ducado de Milán, como sucedió en tiempo de los romanos, deben enviarse una parte de los mismos a Bélgica, otra a Nápoles y otra al Nuevo Mundo, donde se desgasten combatiendo. Y verdaderamente, si este pueblo se uniera, fácilmente sometería a Italia, pero no hay que temerlo, mientras sirven separados y divididos bajo distintos reyes y repúblicas. Por ello, es muy útil que parte de este pueblo sea apartado a otros lugares, como se ha dicho ya. La segunda amenaza de los italianos para los españoles está en que se unan con el Papa y con el francés en perjuicio de España. Pero también esta idea puede ser fácilmente desbaratada por el rey, porque ninguno de ellos se basta a sí mismo en una guerra y mucho menos para conquistar en solitario, a no ser por inusitada casualidad, como hicieron los venecianos, cuando los Romanos Pontífices tuvieron guerras con los emperadores y los transalpinos se atrevieron a pasar a Italia. Por tanto, nada hay que temer, si el rey tiene al Papa de su parte, pues ni un solo dominio en Italia se cambia sin su intervención, y el Papa fue él solo la única causa de todos los cambios que acontecieron en todo tiempo en el reino de Nápoles; y si al Papa place empuñar las armas contra una parte o contra alguna república de Italia, inmediatamente vence, utilizando los remedios acostumbrados, como son indulgencias contra ellos, disolución del vínculo de juramento de los súbditos de aquéllos y llamar a otros en su auxilio contra los mismos, como hizo Julio II, cuando excomulgó a los venecianos, pues entonces fue cuando sucumbieron [1]. Pero

[1] Julio II excomulgó a los venecianos en 1509, el 27 de abril, por no restituir las tierras que aquéllos habían usurpado a la

aconsejo al rey que ceda ante el Papa y cumpla y ordene lo que ya antiguamente el emperador Constantino quiso que se hiciera, que el Papa tenga la suma autoridad en última apelación, que dos obispos con el rey, quien ocupa el lugar de clérigo, sean jueces en todas las causas a él devueltas en última apelación. Y haga pacto con el Papa para que todos los demás que rechazan hacerlo sean privados de su autoridad. Porque si algunos o incluso todos los príncipes de Italia ceden ante el Papa, el rey como fiador de la autoridad pontificia, apoyado en cruzadas y otras ayudas pontificias, derrotará poco a poco a éstos y los someterá, pues mientras cede ante el Papa, consigue ánimos y fuerzas de aquél, y adquiere los dominios de los príncipes de Italia. Esto puede tener lugar algunas veces, pero tal como hoy se presentan las cosas, tiene que esforzarse el rey en alimentar las diferencias entre los príncipes italianos, atrayéndose al de Parma o a otro y no debe tener en cuenta los demás. Llame también a los venecianos, padres de Italia, y pídales nobles para hacerlos jueces en Bélgica, pues este pueblo admite con más gusto a italianos que a españoles, y entre los italianos, sobre todo a los venecianos; y hónreles también con baronías. Pues se sabe ciertamente que éstos son justos y no ambiciosos y por lo mismo aptos, si no para adquirir, sí para conservar; procure por ello que los holandeses pidan leyes de los venecianos, como se dirá más adelante. Y si con estas artes puede inducirlos a que dejen Alejandría y Siria y pa-

---

Santa Sede, y que había provocado la liga de Cambrai de 1508 con Luis XII de Francia, Maximiliano I, Fernando el Católico y otros confederados y adheridos.

sen a negociar al Nuevo Mundo, a imitación de los portugueses, de este modo se haría señor de los venecianos y de los genoveses. Además, para estar seguro de los venecianos, será conveniente que use aquella escuadra hace poco mencionada y al Archiduque de Carintia, con sus vecinos los grisones en guerra con venecianos para atemorizar a éstos. Acoja también a todos los proscritos florentinos y venecianos, y utilícelos en la guerra; es más, hágales dones, para atraer también a otros y para que pongan todas sus fuerzas contra su propia patria. Así acostumbró hacer con frecuencia el Duque de Milán, y el rey de Francia no raras veces, cuando llamó hacia sí a exiliados genoveses y florentinos con el mismo propósito. Por este mismo motivo, también en nuestro tiempo, los Piccolomini, los Strozzi y el señor Pedro de Médicis podrían meter no poco miedo al gran duque de Florencia [2].

Si, pues, el rey desea que se mantengan desunidos, tenga cuidado de no meterles miedo, pues el miedo impulsa a las fuerzas de Italia a la unidad; disimule, pues, que está molesto con ellos. Pero por cisma de religión de ninguna manera pueden o deben ser divididos, sino por beneficios, como hace poco se ha dicho. Si se eligiese un Papa austríaco, se acabaría Italia. Sería muy bueno si permitiese, como lo hace, ejercer el comercio con genoveses, pues Génova es casi el erario del rey, y de él usa para suprimir barones de Italia. Además, los genoveses le ayudan mucho en la navegación, como he dicho antes. Pero éstos deben ser tratados con prudencia, no sea que parezcan ser forzados por la necesidad. Lo que se les debe, pá-

[2] Cf. nota 8 del cap. XVI.

gueseles sin demora. Dénseles pocas ciudades y fortalezas en prenda o por venta, no sea que en un tumulto general de Italia, todos sigan la bandera de los genoveses. Por lo mismo, esté al tanto de aquellas dos repúblicas tan florecientes, la veneciana y la genovesa. La veneciana supera a la genovesa en dignidad y poder. La razón es que los venecianos, al ejercer mercado libre, aumentaron poco sus propiedades privadas, pero a su república la hicieron muy grande. Por el contrario, los genoveses, al ejercitar el cambio de moneda, aumentaron enormemente sus propias fortunas, pero debilitaron su república. Ante tal consideración, el rey procederá de distinta manera con ellos.

CAPITULO XXII

SICILIA Y CERDEÑA

A sicilianos y sardos, por ser insulares y más próximos a Africa, les convienen también leyes más rígidas que a los italianos, y basta para mantenerlos en su obligación con ocupar sus puertos con fortalezas en sus costas. Estos lugares se mantendrán seguros si se dota la armada de la que poco ha hemos hablado y se la conserva a perpetuidad, pero no toda junta, sino dividida, recorriendo Italia por las costas y estas islas; ello ofrecerá gran seguridad. Los marinos, si hubiesen de ser puestos en las aldeas, reportarían más mal que bien y habría que aumentar su número. Por esta razón, se alimentan de la arrebatado en presa a moros y turcos, aumentan el poder del Rey y dan seguridad a la misma Africa. Y si por casualidad tunecinos y argelinos se levantan en favor de los cristianos, estarían preparados los soldados para llevar ayuda, navegando hacia el reino de Orán. Se puede ejercer comercio de la seda y trigo y otras mercancías con aquellos pueblos, defendiendo el Adriático los venecianos, sin miedo alguno de turcos y piratas. En estas islas se pueden crear hermosísimas escuelas militares, de los hijos y mujeres arrebatados a turcos y moros. Y allí se puede enseñar

el árabe, erigiéndose simultáneamente conventos de clérigos, como apuntamos antes. Aquí hay que observar que deben estar presentes religiosos en el intercambio de las mercancías con ingleses, turcos y moros, no sea que se infecten de una herejía extranjera, pues las islas, por las ventajas de recibir a toda clase de gente, son muy proclives a los cambios; lo afirma el mismo Platón [1].

Los pueblos marítimos, por el excesivo contacto con los extranjeros (Platón llamó al mar maestro de maldad [2]), son por lo general hábiles, sagaces y saben de los negocios de mercado. Los mediterráneos, por el contrario, son sinceros, justos y poco satisfechos con su suerte. También las grandes ciudades te pueden servir, como Siracusa en Sicilia, la cual, según Cicerón [3], está dividida en cuatro partes y cada una hubiera podido constituir una ciudad. Y hoy está allí Palermo, ciudad elegante por sus templos y palacios. Dos cosas son dignas de notar en ella: una, la avenida que atraviesa toda la ciudad casi cortándola en dos partes, amplia, larga y adornada de edificios variados, no sé si hay otra semejante en toda Italia; otra, la muralla opuesta al mar con inmensos gastos con la que la ciudad goza de un puerto muy capaz, obra a la verdad muy digna de la magnificencia romana. Las islas, por lo común, fueron nido de tiranos, como dice Platón [4]. Pero de los

---

[1] PLATÓN, *Leyes* IV, 704 b-705 b. Habla de las ciudades marítimas, no propiamente de las islas. HERÓDOTO, VII, 22; CICERÓN, *República* II, 157.

[2] PLATÓN, *Leyes* IV, 705 a.

[3] CICERÓN, *Verres* 4, 53, 118.

[4] PLATÓN, *Cartas* VII, 323 d ss. La frase de Campanella no se corresponde con la de Platón, al que cita según el sentido.

puertos necesarios por temor al enemigo, y de las navegaciones hablaré en otro lugar.

En lo que atañe a estos pueblos, no hay que defraudarles en lo necesario o apretarles demasiado, sino que necesitan que se haga pesquisa sobre los usureros que se esconden entre ellos y sobre las cárceles de los tiranos, como antes se ha dicho. Pueden crearse aquí escuelas náuticas, y todos los años enviarse a ellas cierto número de jóvenes, con trirremes para que aprendan el oficio naval, como se ha puesto por costumbre entre los venecianos; y ello tanto más cuanto que el rey tiene necesidad de juventud marinera; pero para hacerla crecer es necesario juntarlos con los transalpinos, como ya he hablado. Pueden también crearse dos clases de caballeros del mar, a ejemplo de los de Mileto, y no se den las rentas de Santiago o de otras Ordenes Militares a hombres ociosos. Ciertamente, es necesario hacerlo de tal manera que el rey no tenga siempre necesidad de marinos auxiliares, o también de mercenarios, como son los genoveses. En tales islas hay que suprimir los barones más que en otras partes, pues la naturaleza del lugar es favorable a toda novedad y porque su ingenio es proclive a la tiranía. Por lo cual, no está de más que se traigan aquí barones de otras naciones; para esto los más admirados son los españoles, por tener un mismo clima, y a éstos se les otorguen oficios y negocios; se les deben unir también transalpinos, parte para la guerra, parte para la procreación, y no hay que dar oficio más elevado a los nativos, pues éstos por lo general son jefes y autores de rebeliones, sobre todo contra los franceses, aunque después hayan sido fieles a los aragoneses por semejanza de costumbres. Nada, pues, es más

necesario para gobernar en paz y alegría que tener conocimiento del ingenio, naturaleza e inclinación de sus súbditos, pues de acuerdo con éste hay que adoptar la forma de gobierno.

CAPITULO XXIII

ALEMANIA

A nosotros que vamos a hablar de los pueblos enemigos del Rey de las Españas, en los que él, sin embargo, tiene algo de derecho, los primeros que se presentan son los alemanes, por el hecho de que la Casa de Austria es poderosísima en Alemania, y a tal potencia y grandeza llegó por razón de matrimonios, sucesiones hereditarias y afinidades. Así, Maximiliano, quien obtuvo las provincias de Alemania Inferior por medio de María, hija de Carlos, el último duque de Borgoña [1]; el hijo de Maximiliano, de nombre Felipe, obtuvo en herencia España con sus anexiones por su esposa Juana, hija de Fernando y de Isabel. En tales reinos sucedió Carlos, hijo de aquél, y en nuestro tiempo un hijo dignísimo de tal padre, Felipe, por derecho hereditario recibió Portugal, con sus enormes anexiones, por su madre Isabel, de lo que también nació el nombre de Rey de las Españas. Hay que saber ya que la Casa de Austria tiene por amigos a sólo príncipes católicos, como es el duque de Baviera, con los arzobispos, obispos y otros

[1] María de Borgoña, casada con Maximiliano de Austria, electo emperador. Con este matrimonio se une Borgoña a Austria, el heredero será Felipe el Hermoso, padre del emperador Carlos V, en el año 1477.

pocos. Por ello, es menester que éstos se unan más y más siempre, no sólo por religión, sí que también por matrimonio y otras alianzas; tal vía es justísima y segurísima, y más segura y más estable que todas las demás.

Y hay que emplear todas las fuerzas para esparcir semilla de discordia entre el marqués de Brandeburgo, Landgrave de Hesse, duque de Sajonia, duque de Braumschweig, Palatinado del Rhin, duque de Wirtenburg y aquellas diminutas repúblicas de Alemania. Esto se puede hacer fácilmente por las discordias y rivalidades entre Estados, que con frecuencia mantienen en suspenso y con sospechas a tales repúblicas. Por eso éstas nunca prestan suficiente ayuda a los emperadores. Primero, porque éstos se esfuerzan en someter Hungría no al Imperio Romano, sino a la Casa de Austria; después, porque temen que el Emperador con aumento de fuerzas intente por lo mismo someterlas a ellas bajo su yugo. Y así le reconocen como cabeza de su propia unión, pero no quieren prestarle servicios y forjan para sí nuevas leyes y religión; ejemplo de ello lo ofrecen Nürenberg, Speyer, Strasburgo y Frankfurt. Esto es más que suficiente. Además, tales diferencias también en cierto modo le benefician, y le estorban, como suele suceder con todos los extranjeros. Pues el turco arrebató a la Casa de Austria Bosnia, Croacia y Hungría [2]; de ahí existe el peligro de que se abra también camino alguna vez hacia Austria.

Y si ya Alemania tuviera que soportar verse siempre bajo los auspicios de esta Casa, pudiera suceder que eligie-

[2] Bosnia, Croacia y Hungría por Solimán el Magnífico. En 1521, en su primera campaña de Hungría, toma Belgrado. Vuelve de nuevo en 1526 y toma Hungría. Batalla de Moahcz.

se para sí un emperador hereje, una vez rechazada aquélla, esto sería, en verdad, causa de muchos y mayores males. Por lo mismo, pienso que debe trabajar el Rey de las Españas porque el mismo emperador, o Maximiliano, el hermano de aquél, se una con el duque de Transilvania o con los moscovitas, para ruina de los turcos [3]. Y haga el emperador pacto con los protestantes y con las Ciudades Libres, y también con el de Baviera, para que todo lo que adquiera sea del Imperio. Después una a todos los próceres de las Ciudades Libres, o sea, a todos los jefes militares enviados por aquellas ciudades consigo mismo más que con sus propias patrias, otorgándoles feudos o de otro modo, como César atrajo al ejército contra la misma Roma. Pero esto puede hacerlo sólo un austríaco fuerte y prudente, ningún otro, quien una vez vencidos los turcos, envíe inmediatamente sus fuerzas vencedoras a Alemania, a las que junte una parte de españoles y otra de italianos. Si no se hace, corre el peligro de que sufra detrimento el rey. Debe, pues, procurar y actuar con el emperador y con el Papa para que el derecho de la elección imperial se otorgue a amigos, como el de Baviera y el archiduque. Por otra parte, el rey de Francia, elegido emperador, puede acarrear muchos inconvenientes a sus asuntos. Pero cómo pueden ser persuadidos los protestantes a que sin dudarlo elijan a ningún otro que al Rey de las Españas, lo decla-

[3] El emperador Rodolfo II, hijo y sucesor de Maximiliano II, nacido en Viena en 1552, emperador en 1576. Un hermano era Matías, nacido en 1557 y emperador después de su hermano Rodolfo en 1612. En tiempos de Rodolfo II los turcos tomaron Hungría, Moravia y Austria, en 1608, que cede Matías contra la voluntad del emperador.

raré ante el rey mismo, pues no quiero ponerlo por escrito. *Si el rey quiere ocupar Alemania, es necesario que primero* sea emperador, y después, bajo pretexto de atacar al turco, se dirija a Hungría y abata así de repente a los protestantes desprevenidos, junto con las ciudades imperiales, con suma celeridad, no sea que éstas se adelanten a prepararse para su defensa. Esto lo hizo con maestría Carlos V. Haga colonias nuevas, con nuevas leyes y ministros italianos, pues aquel clima no va a los españoles, ni esto se puede hacer de otro modo. Ciertamente los asuntos de Hungría necesitan grandes cuidados, pues una vez tomada Viena, el turco pronto puede penetrar en Foro Julio (Friuli). Diré más adelante cómo se puede atajar este mal, cuando hable del turco. El turco siempre utilizó este ardid contra los príncipes cristianos: nunca sostuvo por mucho tiempo guerra con uno solo, sino que unas veces atacando a uno otras a otro, a uno arrebatándole una región, a otro otra, con frecuencia llegó a arrebatar un reino entero. Para que los pueblos no se entrenasen con las armas, estableció condiciones de paz o treguas con ellos, y en un momento atacó a otros, ni siquiera dejándoles tiempo suficiente para reflexionar o para prepararse, sino que después de tomar algún lugar o ciudad, a éstos concedió también paz o tregua. De este modo siempre sus ejércitos estuvieron compuestos de veteranos, y los nuestros, en cambio, de novatos, pues él siempre estuvo en guerra con alguien y ninguno de los príncipes mencionados estuvo siempre en guerra. Por eso siempre fue en aumento, adquiriendo nuevos dominios o asegurando lo adquirido.

Pero ya es tiempo de que volvamos a donde estábamos. Digo que es útil al reino español que sus amigos

estén unidos, pero los enemigos, sobre todo de Alemania, divididos y enemistados entre sí; para ello hay que remover piedra sobre piedra. Importante camino para humillar a los herejes y dividirlos es también éste, abrir escuelas de filosofía y de matemáticas en Alemania, para que la juventud se sumerja en tales especulaciones antes de que se dediquen a estudios heréticos. Ocúpese el resto de la gente en construir maquinaria de guerra, del mar y otro tipo de maquinaria, y los más ingeniosos sean halagados con estipendios suculentos, para que se dediquen a la astrología en el Nuevo Mundo. Pero me place mucho aquel modo maravilloso de dividirlos, que es doble: el uno, que se les despoje de todo ánimo y voluntad de reunirse y conspirar, alimentando suspicacias y enemistades entre ellos, para que de este modo nadie se atreva a descubrir al otro sus pensamientos y confiar sus secretos. De este ardid se valió Carlomagno, quien, además de los tribunales ordinarios, instituyó un juicio en Westfalia para frenar a los de allí, quienes aun después de bautizados vivían de manera disoluta, no sin sospecha de perfidia contra la fe cristiana [4]. El otro es cerrarles el paso para que no cometan algo en perjuicio del Estado. Esto se consigue si se impiden afinidades, leyes y confederaciones entre los próceres de aquel pueblo. Segundo, no se deje allí hombre al que tengan gran estima, sino que se le lleve a otro lugar. De este modo, Carlomagno, para evitar los tumultos en Sajonia, mandó pasar a Francia a los nobles del lugar. Y por último, no se permita que sus consejeros, magistrados y colegios existan sin tres inspectores y delatores.

[4] El tribunal de Westfalia instituido por Carlomagno y el Código de leyes severas que les dio en 785.

CAPITULO XXIV

FRANCIA

Ningún reino cristiano puede molestar a España más que Francia (hablo aquí de los reinos unidos, comprendidos en un solo cuerpo estatal), pues es el más grande, más rico y más poblado de todos, tiene 27.000 iglesias parroquiales y alimenta alrededor de quince millones de hombres, y es tan fértil su tierra, tan rica por el ingenio de sus habitantes, que a ninguna otra región es inferior. Además, no dista mucho de España y sus habitantes son por naturaleza hostiles a los españoles, sobresalen en las virtudes militares, y sólo tienen una cabeza doméstica. Todas estas condiciones juntas no se encuentran en otro pueblo. Pues unos o están más alejados, como los turcos o ingleses, o son ineptos para la guerra, como los italianos, o están divididos entre sí, como los alemanes. Por lo cual, entiendo debo hablar de los franceses con un poco más de cuidado, y diré cuánto se ha errado en esto en tiempos anteriores, para que seamos más cautos con este pueblo.

El pueblo francés viene de Jafet a través de Gomer[1];

[1] El pueblo francés procede de Gomer, primogénito de Jafet. De aquél se dice que proceden los cimbrios y los celtas.

con la fuerza de las armas, con su vigor, con su religión y hado propicios obtuvo grandes éxitos, hasta el punto de que bajo los auspicios de Carlomagno y Pipino alcanzó tan grande monarquía. Ciertamente, todos los demás príncipes cristianos desconfiaban del reino de Francia, y si éste hubiera erradicado la impiedad mahometana, mientras estaba en raíz, fácilmente hubiera podido alcanzar la monarquía de todos los reinos, ya que los españoles, émulos de los franceses, estaban divididos en muchos reinos y ocupados en guerra con los moros, que habían invadido sus regiones. En este tiempo los españoles no hubieran podido de ningún modo apear a los franceses de su propósito, como ahora los franceses intentan hacerlo con los españoles.

Pero, porque ellos mismos no son capaces de ser moderados en el gobierno de extranjeros, pues son demasiado impacientes e indiscretos, nunca pudieron llegar a tan altas cotas, pues son demasiado arrogantes, y sin problema permiten a sus súbditos hacer lo que quieren y los tratan ya de modo excesivamente inhumano o ya con demasiada clemencia, no dándoseles una higa de sus propios defectos. Y aun cuando adquirieron mucho, no lo conservaron. Pues en unas vísperas perdieron Sicilia y en espacio de tiempo un poco mayor Nápoles y el Ducado de Milán [2], no por otra razón que por la falta de un prudente régimen, y así no pudieron obligar a los súbditos a amar el bien público, ni animar a otros a someterse a su propia autoridad. Pues al advertir los pueblos que poco o nada

[2] Las «Vísperas sicilianas» en 1282. La pérdida de Milán por los franceses en 1512. Cf. nuestra obra *Tratados internacionales de España.* II. *Francia* (1982), pp. CXIV-CXV.

interesaba a su libertad obedecer a franceses o españoles, ni siquiera se dignaron ceñir las espadas en favor de los franceses. Por este mismo motivo el rey de Francia y el duque de Milán perdieron con frecuencia el dominio sobre los genoveses [3]. A ello se añadió, además, en cuanto a franceses se refiere, la desunión entre los hijos de Carlomagno, pues uno quiso ser rey de Italia, otro de Alemania y otro de Francia; y la falta de poder en los nobles franceses, quienes cada uno quisieron ser libres y vivir sin cabeza, como el duque de Borgoña, el conde de Flandes, el duque de Bretaña, el Delfinado, los Saboyas, el Palatinado Renano y otros muchos, cada uno quiso ser señor absoluto, de tal suerte que por estas razones, o por el cisma de religión, parecen estar excluidos de la monarquía universal tanto por el hado como por Dios mismo o incluso por la ocasión. De ahí que la majestad del Sumo Imperio se presume inclinarse más a los españoles, ya porque el hado mismo les había destinado, ya porque parece debérseles por su paciencia y discreción.

Pero porque la misma situación geográfica, la causa de las armas y la enorme enemistad parecen exigir de Francia que siempre esté en guerra con España y sea obstáculo para la gloria de ésta, quien incluso en otro tiempo floreciente bajo Carlos V fue estorbada por Francisco rey de Francia y hoy bajo el Imperio de Felipe puede también ser obstaculizada por los herejes franceses y por el valeroso y militar Enrique IV, tiene necesidad el español de mirar por sus negocios prudentemente y reflexionar bien

[3] La pérdida de Génova en 1528, cuando Andrea Doria capitula con Carlos V, tras abandonar a Francisco I de Francia.

sobre los asuntos de los franceses, y dada la ocasión, duramente debilitarlos dondequiera que sean débiles, para que luego caigan espontáneamente de donde son fuertes. Y pues son débiles de ingenio y no en las armas, hay que hacerles la guerra por aquella parte. Ante todo, hay que aprovechar la ocasión o la suerte cuando se ofrece; aquella que hace poco había puesto al mencionado Francisco y a Alemania en las manos de Carlos V, muestra bien de qué manera podía repeler a aquellos sus rivales, pues fue conveniente haber llevado las armas a Francia y con ayuda de los alemanes haber reprimido la soberbia de los franceses. Digo con auxilio de los alemanes, pues éstos, como más feroces, siempre fueron el antídoto de la ferocidad francesa. De donde los francos, normandos, suecos, godos, daneses y otros septentrionales extranjeros, por lo común, fueron superiores a los francos y franceses, por lo general menos septentrionales. Así pues, con ayuda de éstos Carlos V hubiera debido invadir Francia, y después hubiera puesto a los españoles sobre sus fortalezas, y hubiera atemperado leyes y tribunales de aquéllos con italianos, o la hubiese entregado a virreyes para administrarla, y se hubiese declarado cabeza del orbe cristiano. Pero aquél recurrió a un vano remedio de afinidad, prefiriendo seducir a su rival vecino con cortesía, lo cual, si no es con los más remotos, no se debe hacer, y de ninguna manera con tan poderosos rivales del reino. Pues los franceses antes que los españoles buscaron el camino de la monarquía universal y después les envidiaron.

La segunda ocasión de contener a Francia para que no pueda perjudicar o estorbar a España, se le presentó a Felipe, hijo de aquél, si hubiese sabido aprovecharla. Pues

asesinado Enrique III por un dominico, dividido todo el reino entre hugonotes y católicos, teniendo ya *muchos* gobernadores de provincias sus prefecturas, como Montmorency la Septimania (Languedoc)[4] y Epernon[5] y otros *otras*, extinguida la estirpe de los Valois[6], suscitada la gran controversia de elegir o no elegir nuevo rey, y el de Navarra[7] odiado por los católicos y nobles por su herejía, Felipe tuvo entonces cinco ocasiones, que fueron cada una suficientes para vencer, o por lo menos para debilitar a Francia, por no hablar de todas las que concurrieron a la vez. Sin embargo, si hay que decir verdad, no estuvo en él el hacerlo; pues vio que si quería hacerlo abiertamente, era necesaria gran cantidad de fuerzas militares, que en aquel tiempo no *tenía*, para *dividirlos* y soliviantar a los nobles de aquel reino unos contra otros. Primero hubiera tenido que prometer ocultamente al de Guisa o al de Metz o a otro prepotente que él le haría rey y lo adoptaría, y a los demás darles esperanzas de que cada uno

---

[4] Montmorency, noble familia francesa, dividida en varias ramas a mediados del siglo XV.

[5] Epernon, L. Nogaret de la Vallette, uno de los «mignon» de Enrique III, nacido en 1554, almirante de Francia en 1587. Estuvo en contacto con España. Se encontraba en la carroza real cuando fue asesinado Enrique IV. Cae en desgracia en tiempos de Richelieu y muere en 1642.

[6] La *extinción* de los *Valois en Enrique* III de *Francia*, en 1589.

[7] El rey de Navarra, Enrique IV de Francia, que es rey de Navarra a la muerte de su madre, Juana Labrit (Albret), en 1572. A la *muerte de Enrique* III se hace llamar rey de Francia (1581) frente a Carlos X, puesto por los católicos.

sería propietario de su provincia, Montmorency de la Septimania (Languedoc) y Epernon de la Provenza, y a los demás prometerles otros señoríos, el que cada uno desease, y a todos estos había que suministrarles dinero con el que pudieran subsistir contra el de Navarra. Hubiese sido necesario también pactar con el Papa y los demás católicos, para que todos juntos pudieran atacar al de Navarra disidente. Además, obispos y oradores franceses hubieran debido ser seducidos con honorarios y prebendas. Y hecho todo esto, hubiera debido invadir Francia el rey, o su hijo o el de Parma [8], si él no lo hubiera querido, con enorme ejército, como mínimo de 100.000 soldados alemanes, italianos y españoles, que deberían ser enviados por Saboya, Navarra y Picardía para hacer incursiones contra Francia. Y todo esto hubiera debido ser puesto en obra con sumo cuidado, pues así, con toda certeza hubiera vencido, o se hubiera anexionado Francia o la hubiera repartido en muchas baronías y repúblicas al modo alemán, y por lo mismo no hubiera podido sufrir mal alguno de ella. Pero Felipe no se daba la suficiente prisa; además, fue rechazado por los nobles franceses, quienes casi todos se pasaron al de Navarra, cosa que nunca hubiera sucedido si se hubiera dado prisa. Pero así suele suceder, cada uno mira primero por lo suyo, y después, por razón del bien común, mira por el pueblo. En este momento, como cada uno veía que el bien público era mirar por los bienes de cada uno, y vice-

[8] El duque de Parma, Alejandro Farnesio, gobernador de los Países Bajos. En 1590 está en París para socorrer a los sitiados ante el asedio de Enrique IV, a quien fuerza a retirar el asedio, y entra en París victorioso.

versa, eligieron lo que interesa al bien público. Y así, aunque aquellos nobles en un comienzo se habían animado a hacerlo, como sintiéndose obligados por el dinero del rey de España y con sus halagadoras promesas, después, viendo al fin que la pérdida y división de la Corona les perjudicaría a ellos en particular, mientras el Rey de las Españas los pudiera someter a cada uno sin dificultad alguna, no pudiendo valerse para organizar su defensa, al estar ellos divididos, y que la misma Francia, tan alabada por todos los pueblos, sería despreciada por estos mismos, se les cerraría a todos ellos el paso a la Corona y sería por ello motivo de irrisión para los españoles, juzgaron que les convenía más ayudar al partido del Navarro. Lo cual, de comienzo, ciertamente atraídos y engañados por falsas esperanzas de dinero, no lo hubiesen considerado como al fin lo hicieron; y primero vieron en su mente el éxito, después vieron con sus ojos el modo de actuar del rey y por último eludieron ardid con ardid. Además, los franceses, con más rapidez y gusto, procedieron a nombrar rey al ver los inconvenientes surgidos de la guerra con España, persuadidos de que elegido rey cesarían aquellos males que les habían empobrecido. Por otra parte, el Rey de las Españas cometió todavía otro error sobre lo mismo: con su lentitud dio tiempo al de Navarra para atraerse a los príncipes de Italia y al mismo Papa, dándoles la esperanza de que se haría católico, abjurando del protestantismo, y presintieron aquellos príncipes que quedarían expuestos a la avidez española del Imperio Universal, una vez subyugada Francia. Esta misma lentitud hizo que el español se beneficiase menos y gastase más y que por su codicia de lo ajeno fuera más odiado. Pero también es verdad lo ter-

cero: no hay lugar inexpugnable al que no pueda llegar un asno cargado de oro. Es más, el asno de oro o cargado de oro debe seguir a muchos caballos cargados de hierro, para que mientras los ciudadanos están ocupados en pesarlo y contarlo, tú puedas trabajar con la espada en subyugar aquel lugar. Además, los capitanes españoles también chocaron y contendieron con los capitanes franceses por el lucro, no por la victoria; y ello sucedió también porque ni el rey en persona ni el hijo del rey estuvo presente; y el de Parma inmediatamente al comienzo de la guerra no se atrevió, sin mandato del rey, a dejarlo a la fortuna; con ello se le dio tiempo al de Navarra para volver atraer a la nobleza francesa, a quien los españoles habían seducido con dinero, con la fama de su valor militar. Este imitó en ello a aquellos valerosísimos príncipes que bastante tuvieron con atraerse sólo a los nobles, abandonando al pueblo, como fue costumbre entre polacos, persas y franceses. Y porque los nobles juzgan demasiado servil seguir a la infantería, fue razón de que aquellas naciones siempre sobresalieran mucho por su caballería, y la infantería siempre fuera a la zaga. Las cosas llegaron a tal punto que el rey de Francia se atrajo los ánimos de los suyos y del Papa, y en ello consiguió mayor triunfo del que le hubiera reportado una victoria sobre el Rey de las Españas, por lo que es de temer que él mismo intente ocupar también alguna parte de España, pues es de ingenio inquieto, y los franceses no pueden estarse quietos mientras aseguran una región recientemente ocupada, sino que siempre se esfuerzan por avanzar, y ello tanto más cuanto que sin posesiones tiene necesidad de arrebatar por todas partes para pagar a los suyos. Por lo cual, es necesario que asegure

y fortifique las fronteras de España y el Ducado de Milán, y observe con exactitud las reglas siguientes: primera, contraiga amistad con sus rivales los franceses; segunda, impida la ayuda a éstos de ingleses o italianos; ambas cosas pueden hacerse por un mismo camino, a saber: persuadir al Papa de que el rey de Francia ha de favorecer a los herejes, y que una vez entrado en Italia, esparcirá por todas partes el virus de la herejía, y que la Etruria y las posesiones de los venecianos serán primero sede de la guerra para después ser lugar de presa. Intente, pues, que el Papa le prohíba contraer amistad con la reina de Inglaterra o con otros herejes, como son los ginebrinos, helvéticos y retos, hoy llamado grisones, pues éstos le podrían ayudar mucho. Oblíguelo por juramento a pasar a Tierra Santa, a defender allí la fe cristiana con los italianos. Y sería muy bueno si consiguiese la unión con los próceres de Francia e Italia, y fueran llevados a Grecia, y se hiciese otra unión de sólo la Casa de Austria contra los herejes. Pues estando de este modo separados y divididos los príncipes cristianos, Nápoles junto con España y Milán no tendrían nada que temer, antes estarían seguros por todas partes, y mientras tanto el Rey de las Españas podría descubrir el camino para dominar Bélgica, y conmocionados por la victoria y la fuerza militar, los antes nombrados nunca se atreverían a oponérsele, aunque volviesen victoriosos de Asia. Pues aunque Pompeyo obtuvo victoria en Asia, no se puede comparar con César, que domeñó a los belgas, porque los belgas con su ferocidad militar mucho más provecho reportaron a César que los asiáticos a Pompeyo, quien además fue inferior en poder que César. Y si por casualidad Enrique IV muriese, pues ya está en el de-

clive de su vida [9], y no tiene sucesor ni esposa, aunque casase y dejase un hijo en descendencia, éste sería todavía impúber, y por lo mismo Condé [10] sería o heredero o administrador del reino, cuyos mayores fueron siempre cabecillas y autores de las herejías francesas, derramando cruelmente santa sangre de católicos. Entonces, digo, es necesario que el Rey de las Españas sepa aprovechar esta ocasión proponiendo a los católicos a consideración si se debe pensar en hacer a Condé rey, incluso haciéndose éste católico, cuyo padre tanta crueldad cometió contra los católicos, y que éste mismo la mamó con la leche materna. Debe también procurar que, si el reino de Francia no se divide y desmembra, por lo menos se le dé a cualquiera en elección, o por lo menos deben utilizarse aquellas mañas que se echaron de menos en Felipe.

El modo aquel de elegir rey, bajo condición de que fuera católico, sería de pleno agrado de los italianos, y en ello estarían también de acuerdo los príncipes católicos de Francia, pues así vería cualquiera la esperanza de llegar

---

[9] Enrique IV de Francia es reconocido rey de Francia por los protestantes en agosto de 1589, pero la Liga le rechaza, nombrando al cardenal de Borbón bajo el nombre de Carlos X. También tuvo el apoyo del Papa Sixto V con la promesa de volver al catolicismo. Muere en 1610.

[10] Condé (Luis I). Nace en 1530. Es jefe de los calvinistas. Su hijo, Enrique I de Condé, es el que se libra de la Noche de San Bartolomé abjurando del calvinismo, pero una vez libre, vuelve al calvinismo y se une a Enrique de Navarra para ir contra los católicos. Muere repentinamente en 1588, aunque se cree que fue envenenado. Enrique II, hijo del precedente, parece ser el mencionado por Campanella. Educado católico por Enrique IV, cayó después en desgracia de éste.

a la Corona. Si ello sucediera, las fuerzas de Francia quedarían muy quebrantadas, pues con la sede vacante surgirían gravísimas y largas discordias, y pudiera ser que el Rey de las Españas se mezclase en ellas llamado por alguno. Y además, porque los reyes electivos se preocupan poco por lo general de ensanchar los límites de su poder, conscientes de que sus hijos no son los sucesores, y por lo mismo no quieren arriesgarse por ello a peligros por otros. Y éste es el único motivo por el que los emperadores de Alemania nunca se esfuerzan por adquirir, ni el rey de Polonia, a no ser que sean de ánimo muy belicoso, como lo fueron Esteban y Segismundo Bathory, quienes disputaron con los moscovitas, tártaros y otros sobre el principado de Borusia y otras tierras, porque esperaban que sus hijos, por lo menos, allí sucederían [11]. Esta estratagema es útil también para adquirir la gloria militar, y para someter a su propia patria por la grandeza de sus victorias y el apoyo de sus soldados, como indiqué antes que debía hacer el emperador de Alemania a imitación de Julio César. Pero conocida esta estratagema por los franceses, hizo que depusieran todo afán de adquirir para evitar la sospecha. Y esta sospecha es la razón de por qué los duces venecianos envían a los suyos al servicio militar y prefieren utili-

[11] Esteban, nacido en 1532, fue elegido príncipe de Transilvania en 1571, y sucedió a Enrique IV de Valois en el trono de Polonia en 1575, con el apoyo de Amurat III, que le sostuvo contra Maximiliano de Austria. Muere en 1586 de un acceso de cólera. Quiso hacer su reino hereditario. En Transilvania fue sustituido por su hermano Cristóbal Bathory. El hijo de éste, Segismundo, le sucede en Transilvania en 1581, quien se alía ora con turcos ora con Austria.

zar los servicios de capitanes extranjeros que se contentan con pequeñas ganancias. Pues por esto no pocos peligros hubo en tiempos de Carlomagno y de Luis Ursino [12], y Francisco Sforza, soldado mercenario de los venecianos, volviendo vencedor a casa, se hizo duque de Milán. Por esta misma razón, los romanos molestaron a los Tarquinos, sus reyes, electivos hasta entonces, y esto mismo hundió al mismo duque de Atenas, electo de Florencia [13]. Sin embargo, ni hoy siquiera falta ocasión para enfrentar a los franceses entre sí, pues aunque su tranquilidad no sea de ninguna manera perturbada desde fuera, sin embargo, impacientes por la misma, se levantan entre sí, incluso con el solo pretexto de la herejía de Calvino, y no sé con qué nuevo evangelio; lo que por todas partes se anuncia, reporta luto, no alegría, guerras horrendas y no paz, que llena a los hombres no precisamente de buena voluntad, sino de furor rabioso. Con tiempo hay que frenar este mal, pues esta ponzoña ya ha infectado a más de 200.000 hombres, y si se extendiere más y afectase incluso a nobles y próceres del reino, es de temer que mucho perjudique las cosas de Francia, lo que sufre ya Alemania bajo los duques de Sajonia, de Hesse y otros. Pues, como vemos, los reinos de abundante nobleza casi se hacen inmortales,

---

[12] Guido Ubaldo de Montefeltro, último duque de Urbino, fue desposeído por César Borgia en 1502, pero recuperó el ducado en el mismo año. Murió en 1508, dejando sus Estados a Francisco María de la Rovere, hijo adoptivo. Hay otro Guido Ubaldo (1538-1574), cruel con los suyos, pero que en el exterior sólo cosechó derrotas.

[13] El duque de Atenas, Fernando I, gran duque de Toscana desde 1587 hasta 1608.

esto se ve claramente en Francia y Persia, pues Francia, otrora casi totalmente ocupada por el rey de Inglaterra [14], por el ingenio y fuerza de la pequeña nobleza, se vio devuelta a su antiguo señor y natural; y Persia, vejada por tártaros y sarracenos, fue liberada de caer bajo el poder de éstos por sus nobles. Así, viceversa, aquellos mismos por causa de los magnates están expuestos a una horrenda perdición, cuando aquéllos son pronto auxilio y defensa para que los que tienen afán de novedades y de cambio de religión.

[14] De 1108 a 1226 comienza a ensancharse el dominio real en Francia tomando a los ingleses Normandía, Anjou, Maine y el Poitou. El período de 1337 a 1453, guerra de los cien años, Inglaterra, unida a flamencos y bretones, hace la guerra a Francia.

CAPITULO XXV

INGLATERRA, ESCOCIA E IRLANDA

El inglés es el menos inclinado a la monarquía universal; sin embargo, hace mucho daño al español que esto pretende. De ello dio ejemplo Isabel de Inglaterra, favoreciendo la corrupción en las posesiones de ambos, en Bélgica contra el Rey Católico, en Francia contra el Rey Cristianísimo y ayudando a los herejes con consejos y apoyo material, pues tiene la isla con abundancia de naves y soldados, que apresan cuanto España tiene en el Norte, y corretean hasta el Nuevo Mundo, donde, aunque no pueden fundar un reino por las fortalezas de la costa, sin embargo, no poco daño le infieren. Dracke, inglés, dio la vuelta al mundo más de una vez; Magallanes lo hizo antes; y puede suceder que el reino Bacalaos *, más vecino al inglés y más agradable por el clima, sea alguna vez ocupado por ellos. Es cierto que si el Rey de las Españas pudiese domeñar a sola Inglaterra con Bélgica, pronto llegaría a ser monarca de toda Europa y de gran parte del Nuevo Mundo. Y porque no puede atraer a su poder a esta isla, pues su geografía y sus hombres son hostiles a

* Canadá.

los españoles, y se diferencia en costumbres y religión que los hace alejarse mucho de ellos, tiene necesidad de defenderse y fortificar lugares sujetos a las incursiones de aquéllos y hacer que no sean objeto de presas. Y son aquellos lugares el puerto de Brigancio, hoy Coruña, y toda la costa de Galicia, León, Vizcaya y de todos los reinos sitos en el segundo hemisferio, como se aclarará más tarde. Debe procurar que se rompan totalmente las fuerzas de los ingleses, para lo cual bastaría con que las naves de Holanda y de Frisia se opusiesen a la escuadra inglesa, como se declarará más adelante. Pero para esto falta mucho. El único remedio para que la armada española no reciba daño con frecuencia de aquéllos es que se construyan grandes armadas, y se pongan en la Coruña o Lisboa, para que cuando la armada española * vuelva de las Indias le presten ayuda y la remolquen, o se envíen otras abiertamente a infectar Inglaterra o Irlanda, para que se alejen con la amenaza de las españolas. Puesto que el Rey de las Españas obtuvo el imperio del mar, es totalmente necesario construir muchas ciudades de madera, es decir, enormes escuadras, para poner fuera de peligro los tesoros del Nuevo Mundo. También sería útil sacar con un millón íntegro de oro a los más esforzados de los holandeses para que defendiesen en el Norte la escuadra real, o incluso acordar con aquellos pueblos, que son más expertos que los ingleses en las cosas del mar, a saber: con los de Dantzig, por intermedio del polaco, que es afín a los Austrias, con los godos, suecos, finlandeses, y demás pueblos de Escandinavia, de Dinamarca, de Pomerania y Borusia,

* El convoy.

para que o bien se opusieran a los ingleses, o invadieran sus islas e incluso la propia Inglaterra, para apartarlos de abordar la armada española, o si lo prefiere el rey, para entrar en guerra con la escuadra inglesa. Si, pues, con tan gran merced tendiese los lazos hacia dichas naciones, e incluso les otorgase los despojos tomados de los ingleses, fácilmente obtendría lo que quiere; esparcida la semilla de tal enemistad, tendrían que corretear más lejos para no ser destruidos. Así, pues, a mí me parece que el dinero es suficiente para dividirlos entre sí. Y cierto, Inglaterra no teme a otros pueblos que a aquéllos; pues además de ser más audaces y más poblados, son también en el mar más poderosos que los mismos ingleses. España no puede oponerse a Inglaterra, si no es con un medio eficaz, pues es más experta en aquel mar, alimenta hombres astutos y activos, está perfectamente guarnecida por tierra y por mar, es tremendamente hostil a España por diferencia de religión y por cierto derecho español a aquel reino por línea castellana, a través de la casa de Lancaster [1]; es más, los anteriores reyes de Inglaterra fueron consanguíneos de la Casa de Ebora y de otras familias. Pero el medio más eficaz para debilitar a los ingleses es el dividirlos y alimentar continuamente esta división, y pronto ofrecerá mejores ocasiones. En cuanto a la religión de la región, la

[1] Campanella ve las posibilidades de España sobre Inglaterra, pues su reina Isabel, sin sucesión, está en los últimos años de su vida. Por eso invoca unos lejanos derechos de España. Los Lancaster se habían emparentado con Castilla: Juan de Gante se había casado en segundas nupcias con la hija de Pedro el Cruel, Constanza. Una hija del primer matrimonio de Juan de Gante se había casado con el rey Juan I de Portugal.

primera es la de Calvino, pero moderada y no tan depravada como la de los ginebrinos. Esta no puede fácilmente extinguirse, si no es creando escuelas en Flandes, pues los de allí mantienen gran comercio con gentes de Inglaterra, y por medio de éstas espárzanse semillas de cismas en ciencias naturales, estoicas, peripatéticas, y telesianas, con las que se descubran los errores calvinistas. Ciertamente aquella secta es diametralmente opuesta a la política, pues enseña que el hombre, haga el bien o haga el mal, actúa bajo impulso divino.

Platón demuestra contra Homero [2] que esto es contrario a toda sana política y quiere que el hombre tenga libre albedrío para hacer el bien o el mal, de suerte que esté de nuestra parte el observar o no los preceptos, y así esperar premio o castigo, como en mi Diálogo político demostré claramente, sin ambages y circunvalaciones [3]. En esto ellos son maestros consumados, una vez hechos a la herejía; pero como son ávidos de novedades, fácilmente cambian de parecer. En cuanto a dominios y posesiones privadas, los ingleses actúan divididos; de aquí puede surgir ocasión, pues están divididos en Irlanda e Inglaterra y ésta a su vez en Inglaterra y Escocia, y Escocia tiene muchas islas pequeñas llamadas Orcadas, por lo que siempre hubo dos reyes, el de Inglaterra y el de Escocia, quienes por su vecindad casi siempre estuvieron en guerra, pues sólo los separa un riachuelo y algunas montañas. Pero el actual rey de Escocia amenaza al reino de Inglaterra, ya por derecho de sucesión (la madre de éste fue nieta de Enri-

[2] PLATÓN, *República* III, 379 c. ss.

[3] *Dialogo politico contra luterani, calvinisti ed altri eretici* (1595).

que VIII, rey de Inglaterra, padre de la actual Isabel)[4], ya por vecindad. Y a decir verdad, a ninguno tiene más cerca este reino. Luego está ya cerca el paso del reino de Inglaterra a sus rivales los escoceses, después de muerta Isabel, que ya es de edad muy avanzada. Además, los grandes reunidos, que en su lengua se llaman Parlamento, tienen gran poder, hasta tal punto que parecen querer instituir un Estado oligárquico o de grandes, a imitación de los holandeses, pues los pueblos del Norte no soportan casi por naturaleza el imperio absoluto, y los reyes de Inglaterra siempre estuvieron sometidos al Senado o Parlamento; sólo después, con la nueva religión, obtuvieron un poder más libre. Y en siglos anteriores todo el reino de Inglaterra estuvo dividido en cuatro reinos más pequeños, como también España en muchos, y después una y otra se redujeron a dos. Pero en Inglaterra el poder de los reyes siempre fue menor que en España. Por tanto, el rey de España debe subordinar a los mercaderes florentinos, sagaces y circunspectos, que negocian en Amberes, y que son menos odiosos para los ingleses que los españoles, para que traten ocultamente con los ingleses descendientes de algún modo de los reyes posteriores y prometan a cada uno por separado con desconocimiento de los demás, la mayor ayuda de los españoles con la que puedan volver al lugar de sus mayores o todos o por lo menos parte, tan sólo estipulando con ellos, en el negocio que pretextan, que

[4] Jacobo VI de Escocia, hijo de María Estuardo (1587-1625). María Estuardo era sobrina nieta de Enrique VIII por parte de su padre, Jacobo V, pues el padre de éste, Jacobo IV, había casado con Margarita de Inglaterra, hija de Enrique VII y, por tanto, hermana de Enrique VIII.

no presten sus fuerzas para invadir la escuadra que viene del Nuevo Mundo; pues con la esperanza de esta ayuda, cada uno discutirá sobre litigios con Escocia y sobre el reino. Envíe personas, también en secreto, el rey a Jacobo, rey de Escocia, prometiéndole toda ayuda para alcanzar el reino de Inglaterra, bajo condición de que vuelva a llamar la religión católica, en cuyo amor María Estuardo, su madre, no rehusó derramar su sangre y perder su vida, o de que por lo menos no haga daño a la escuadra española. Pero instigue, por otra parte, a los próceres de los comicios o del Parlamento para que reduzcan a Inglaterra a forma de república, pues el escocés sería cruel con ellos una vez que hubiera alcanzado el poder, teniendo siempre presente en su interior cuántas injurias infringieron los ingleses a los escoceses en años anteriores. Además, llene de sospechas a los amigos de Isabel, inculcándoles con frecuencia que Jacobo vengará la muerte de su madre en los amigos de Isabel, pues ella no dejará ninguno de su sangre, en el que pueda ejercitar la venganza, sobre todo porque María, su madre, al morir, le encomendó seriamente la religión católica y la venganza de su muerte.

Deben también exasperarse los ánimos de los obispos ingleses, proponiéndoles que el rey de Escocia ha abrazado el calvinismo con esperanza y deseo del reino, y empujado a la fuerza por barones herejes, y que si alcanza el reino de Inglaterra, inmediatamente hará volver la religión anterior, pues no sólo su difunta madre, sino también el mismo rey de Francia, se lo recomendaron insistentemente. Con tal proceder se conseguirá arrojar la semilla de una guerra inexplicable entre Inglaterra y Escocia, de suerte que ninguna de las dos tendrá tiempo para perturbar los

asuntos de España; o que si el rey Jacobo se apodera de este reino, sea amigo de España; o que toda la isla se divida en muchos señoríos, o que dicho reino sea electivo, por lo que su rey será menos inclinado a adquirir otras regiones y unirlas con Inglaterra, ni podrá hacerlo, aunque lo desee ardientemente, como ya manifesté cuando hablé de Francia; o que esta isla se reducirá a la forma de república para tener perpetua enemistad con Escocia, y todas sus acciones serán con lentitud y por lo mismo podrá hacer menos daño a España.

Deben también despertarse los ánimos de los católicos como del sueño y estimularse; así el español, tan pronto como el trono quede vacío, con el pretexto de ayuda, entrará en Inglaterra. Tome deliberaciones con algunos magnates que se hicieron con las islas circunvecinas, y haga que éstos consigan poder en cada uno de sus lugares, y separen sus consejos de los de los ingleses, como ya se hizo en otro tiempo, según ya hemos dicho. Hay que tentar a los príncipes de Irlanda, para que una vez muerta la reina, formen entre sí un Estado republicano o reino particular; prométaseles a cada uno ayuda en particular sobre todo, porque en aquel reino o isla, los católicos son muy estimados, en especial los monjes de la Orden de San Francisco. Hay también en Irlanda más puntos de convergencia con España que con Inglaterra, ya por semejanza de costumbres, ya por clima o lugares vecinos. Y hay allí muchos vagabundos, prófugos, y avidísimos de poder, pero también buenos católicos, quienes pueden prestar buenos servicios, como ya queda demostrado. Pero esta clase de gente tampoco es rara en Inglaterra y Escocia. Estas y otras cosas pueden prepararse con profusión para que,

muerta Isabel, se proceda sin demora a su realización. Saben todos cuántas guerras internas, alteraciones y cambios ha habido en Inglaterra a lo largo del tiempo. Por ello, lo que he propuesto, de ningún modo es nuevo o imposible.

CAPITULO XXVI

POLONIA, MOSCU Y TRANSILVANIA

El reino de Polonia en nuestro tiempo es el más poderoso de todos los reinos septentrionales, hasta el punto de que si no estuviese dividido internamente por cuestión de religión y el reino fuera hereditario, eligiéndose rey de entre los naturales y no de entre los extranjeros, podría imponer bastante miedo al emperador de los turcos, sobre todo si se une con el Gran Duque de Moscú. Pero los palatinos de aquel reino, los electores, en cuyas manos está la elección, temen el poder del rey y por lo mismo ponen freno a su poder. Por lo cual, tiene que procurar el Rey de las Españas que se elija un adicto a la religión católica, como se ha venido cumpliendo hasta ahora, pues un rey de distinta religión fácilmente puede ser inducido a repartir su autoridad entre herejes del norte, quienes coinciden todos en dos puntos, aunque en otros no estén totalmente de acuerdo, que el Papa es el Anticristo y que los Archiduques de Austria son los defensores del Anticristo.

Por lo mismo, aun por la razón más fútil fácilmente conspirarían contra el Papa y su vecino el Emperador, si tuvieran un instigador y caudillo; esto puede hacer solamente el rey de Polonia, pues el danés es débil, y el sueco

está demasiado lejos y separado de Alemania por el mar. Además, necesariamente hay que actuar para que uno de la Casa de Austria se lleve el trono de Polonia, o que por lo menos esté unido por lazos de afinidad con la Casa de Austria, como ocurre con el actual [1]. Por último, para oponerse siempre al turco en sus fronteras, haga alianzas con los moscovitas en detrimento del turco, por los medios que pueda. Hay que enviar también a Cracovia sagaces e ilustres embajadores que aporten peso y autoridad a la unión con España entre los electores polacos, y consigan que si por casualidad el Rey de las Españas tuviere muchos hijos, uno de ellos, el menor, sea elegido rey de Polonia, pues éste nunca será tan inepto o necio como para intentar regir el reino de Polonia a su arbitrio, como pretendió hacerlo el hijo del rey de Francia [2]. También se debe entrar en tratos con el pueblo de Escandinavia y el de Dantzig, por medio del rey de Polonia, y por el de Suecia, para que se saque al mar la escuadra contra los ingleses. De esto he hablado antes. Así, el Rey de las Españas no tendrá que desembolsar ni la mitad de gasto y le proporcionará un beneficio considerable.

Debe procurarse a su vez que el de Transilvania se alíe de modo parecido con los polacos, incluso para que aquél o el de Moscú sea elegido rey de Polonia, pues al ser no sólo vecinos, sino también enemigos por naturaleza de los turcos, fácilmente les podrán contener. Tengo para

[1] El actual rey de Polonia, Segismundo III, desde 1587 hasta 1610.

[2] Un hijo del rey de Francia, Enrique de Valois, fue rey de Polonia desde 1573. Francia intentó gobernar Polonia por medio de éste.

mí que no puede oponerse en el Norte mayor fuerza a los turcos que la de los de Moscú, quienes unidos con tártaros y polacos, pueden hacer incursiones hasta Bizancio. Ni Macedonia, Moldavia, Bulgaria o Tracia han sufrido nunca daño de otro pueblo más que de los turcos *. Si incluso por vínculo de matrimonio o de religión, apadrinado por los jesuitas, el rey de las Españas se uniese con el moscovita, sacaría de ello gran utilidad, porque el oro español tiene más peso entre estos pueblos que cualquier otra cosa. Hay que intentar por todos los medios hacer alguna expedición importante, antes de que se arrepientan, porque siempre la lentitud fue perniciosa en los españoles; pues la astucia de éstos, mientras andaban dudando, produjo sospechas a sus aliados, y así suelen hacer gastos inútiles y supérfluos. Los de Bohemia, junto con transilvanos, podían ser ayudados en la guerra contra el turco a base de dinero, a contribución del Rey de España y del Papa, pues están unidos a la Casa de Austria. Sin embargo, de cualquier modo que se haga, nunca podrá hacerse nada importante en esta parte sin el auxilio de polacos y moscovitas, y si el Emperador mismo no fuese belicoso, como dije antes, cuando disertaba sobre Alemania. Y coarte todo conato en sus principios, pues los males se acrecientan por la tardanza en eliminarlos.

* Moschos.

CAPITULO XXVII

FLANDES Y ALEMANIA INFERIOR

El Rey de las Españas trata, no sin razón, por todos los medios, de recuperar a la rebelde Alemania Inferior; en la parte que todavía posee, vierte más sangre humana que agua hay y gasta más oro que piedras hay allí. Pero no es de extrañar, pues podría llegar a ser señor del orbe sin esfuerzo, si primero domeñase solamente esta región; Francia y Alemania, quieran o no, inmediatamente le seguirían, e incluso la misma Inglaterra se hundiría, y todos los pueblos del Norte se debilitarían e inútilmente podrían hacerle resistencia. Vemos que César no dio importancia a todo el Norte, una vez que venció a los belgas y después pasó a Inglaterra. Ciertamente no hay mayor poderío ni más adecuado para derrotar a la armada inglesa que el de Holanda y Zelanda, pues éstas superan no sólo por el número de naves, sino por experiencia en el mar, a todos los demás pueblos en muchas parasangas, por no hablar de la ferocidad y riqueza de estos pueblos. Tiene ciudades y urbes en gran número, construidas en el agua al modo de Venecia, desde donde podrían derrotar a los ingleses y proteger la escuadra del Nuevo Mundo, y así llevar allí colonias; y una vez vencidos, muchos pueblos podrían

ejercer libremente el comercio. Debe, pues, España procurar dominar en esta región, lo cual ciertamente por descuido de los gobernantes es difícil de hacer. Pienso que es oportuno reconsiderar los errores cometidos en esto por los españoles, para que en adelante aprendan a ser más cautos; más aún, mostraré razones y estratagemas sutiles para poder dominar tales pueblos, pues el carácter en los del Norte es proclive a una libertad desenfrenada, hasta tal punto que nunca príncipe alguno pudo sujetarlos a su imperio, sin mañas políticas y con cierta remisión de su autoridad, porque aquéllos por su natural fecundidad son numerosos, y toda multitud se contiene con dificultad; son además violentos de carácter en cuanto nacidos en clima frío; estos hombres guardan dentro de sí un natural ardiente, y no lo manifiestan con disquisiciones sutiles; de sangre abundante, se hacen corpulentos y llenos de orgullo, fuertes, más amantes de Baco que de Venus, y tienen por causa de su innata oscuridad interior pensamientos interrumpidos y por el exceso de orgullo, son licenciosos, suspicaces, y por la embriaguez, poco serios. También los pueblos del Norte (no hablo de los que viven en la zona del Polo) son más valientes que astutos; por el contrario, los meridionales son astutos, agudos y un tanto cobardes. Los del Norte tienen una adecuada disposición corporal respecto de su espíritu; son grandes y gordos, plenos de sangre y fuerza; los meridionales, delgados y enjutos, más aptos para la fuga que para la lucha a pie firme. Aquéllos son de ánimo simple, no afectado. Estos, de costumbres fraudulentas y maliciosos. Aquéllos visten piel de león, éstos de zorro. Aquéllos son lentos, pero constantes en sus acciones; éstos, en cambio, impetuosos e inconstantes.

Aquéllos son alegres, éstos melancólicos; aquéllos inclinados a Baco, éstos a Venus. Aquéllos magnánimos, éstos perversos; aquéllos extrovertidos por su libertad, éstos rígidos; por lo cual, debe proponérseles a aquéllos leyes laxas, pues son más sueltos de espíritu como para apretarlos con leyes, y confiados en sus propias fuerzas, no se preocupan mucho de los superiores, al contrario que los meridionales, sobre todo los españoles, que son más versátiles. Así, pues, diría que aquéllos han abrazado la libertad religiosa con mayor afán porque se dan al vino, y aman la buena mesa, desean leyes de religión para estar libres de ayuno y abstinencia, y son de pasiones vehementes y creen poder menos moderarlas. De ahí que hayan prestado fidelidad a Calvino y Lutero con toda rapidez, pues éstos niegan que el hombre tiene libre albedrío para hacer el bien o el mal, diciendo que el mismo Dios realiza en el hombre el bien y el mal, porque tienen por cierto que no poseen libertad para no beber o para abstenerse de las mujeres. Además, desearon se les diera ocasión de oponerse al Papa y a los príncipes contra los que Lutero se dirigió duramente en sus discursos. Tal modo de actuar es diametralmente opuesto al de otros pueblos que vieron con facilidad cuántas perturbaciones ha reportado la nueva religión introducida. Las herejías surgidas entre los meridionales, llenos de especulación, contienen muchas sutilezas; al contrario, aquellas que surgieron entre los pueblos del Norte son más burdas. Algunos meridionales negaron la divinidad, otros la humanidad, otros la pluralidad de voluntades en Cristo; y unos la procesión del Espíritu Santo del Verbo, y otros más cosas sublimes y llenas de misterio. Pero los septentrionales, dejando a un lado especulaciones y sutile-

zas, arrojaron por la borda ayunos, vigilias, penitencias con confesión, y todos aquellos dogmas que impiden la multiplicación de la sangre; a ello hay que añadir el celibato de los eclesiásticos y otras muchas cosas de este género, que, aunque concuerden plenamente con la razón y el evangelio, repugnan, sin embargo, a la carne y sentidos humanos, a los que todos ellos están sometidos. Atacan también la autoridad del Vicario de Cristo, pues, por ser magnánimos, de forma semejante defienden la libertad porfiadamente. Y pues se rigen en lo temporal por repúblicas o príncipes electivos, según su propio gusto, desean en lo espiritual un poder semejante. Y como entre los nórdicos los jefes y soldados se distinguen por la fuerza de las armas más que por su astucia y maña, así también sus ministros en las diputas se distinguen más por la maledicencia que por la razón. De aquí que bajo pretexto de libertad de conciencia, buscan con ansiedad la libertad de dominar, que es lo que más les agrada. Y este es su primer error, que Lutero fue perdonado en las dietas de Worms y de Augsburgo. Pues aunque Carlos V, como dicen, guiado por una razón política, hizo que el Papa tuviese a quien temer y fuese obligado a estar siempre de parte del Emperador, ayudándole con dinero o indulgencias para llegar a la monarquía universal, afirmando además que todas las guerras las había asumido por derecho, y temiendo que si no lo hiciera, el Emperador favorecería la parte de su rival Lutero, lo que sucedió demostró que se había hecho contra toda razón política, pues con la debilitación del Papa, todo el orbe cristiano se debilita, y una vez introducida la herejía, todos los súbditos sacudieron el yugo bajo el nombre de libertad de conciencia. Alemania

y Bélgica, regiones sujetas a Carlos, dan testimonio de ello. De donde se puede rectamente concluir que aquél quedó decepcionado en su piedad generosa, pues esperó dominar Alemania, cuando y cuantas veces le hubiera placido, junto con todos los príncipes protestantes y por lo mismo a todo el mundo. Tal plan le falló también en las expediciones contra Túnez y Francia[1]. Por lo cual, digo que con exactitud guardó lo prometido a Lutero en las mismas dietas, pero después en su vuelta a casa había debido hundirle y acabar con los príncipes protestantes ya dominados; así hubiese sido erradicada toda la herejía como hierba, y Calvino no hubiese seguido con tantos otros, quien se hizo notar en ambas Alemanias, y los príncipes de Bélgica y de Alemania Inferior hubiesen seguido las huellas de los protestantes con más cautela contra Carlos. Otro error fue cometido en el distrito del Rhin, al creer que dominarían aquel pueblo, y ya había arrojado el freno, introduciendo, al modo y costumbre de los españoles, una rígida inquisición por medio de Alba[2].

Vemos que los incendios incipientes, agitados por el

[1] En 1535, Carlos V firmaba una paz perpetua con el rey de Túnez creyendo poder tener un bastión contra el turco en el Mediterráneo. Esta vez fue criticado como utópico, pues el rey de Túnez no pudo cumplir con lo pactado. Los turcos siguieron molestando desde Argel, y uno de los hijos de Hassan, Hamida, pactó con los turcos. Sobre Francia, ya se ha visto que Carlos V debió apretar más a Francisco I en el tratado de Madrid de 1526 y no debió soltarle cuando le tenía preso.

[2] El tribunal de los tumultos («des troubles»), que luego fue llamado por los pueblos «el tribunal de la sangre». Cf. *Historia de España* XXII, 1, pp. 783ss.

viento, se propagan y no se extinguen. Los antes nombrados proclamaron la libertad de conciencia, para arrojar bajo tal pretexto el yugo de la servidumbre, y en sus primeros pasos no fueron contenidos por las armas, fortalezas o leyes acomodadas a su naturaleza, y así les fue tan fácil alcanzar la libertad deseada; se dividieron en muchas repúblicas y eligieron sus generales para hacer la guerra a los españoles, y el más ingenioso o más fuerte surgió entre ellos, por sus discursos o por guerra.

Siguieron después contra ellos las guerras de los españoles; tanto exacerbaron a aquellos pueblos, que éstos dan a sus jefes más autoridad todavía, ensalzando sobre los demás a Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, que fue más tímido que una oveja y más astuto que una zorra, al que sucedió su hijo, belicoso joven y ya célebre por sus victorias e importantes gestas [3]. A éstos, que se proclamaban jefes de la libertad, el pueblo les siguió con profusión, y exaltó exageradamente; ellos, para encender mayor

[3] Guillermo de Orange, el Taciturno; a pesar de este sobrenombre, al que parece aludir Campanella, fue *stadhouder* de Holanda, Zelanda y Utrecht. Fue el que realizó el compromiso de la nobleza en 1565. Se unió al duque de Alba, retirándose después a Dillenburg, haciéndose protestante y poniéndose a la cabeza de los holandeses, invade Frisia, y es nombrado por los insurrectos conde de Holanda y de Zelanda en 1574. Felipe II puso su cabeza a precio y fue asesinado en Delft en 1584. Su hijo, Mauricio, fue pronto elegido presidente del Consejo de Estado de la Unión, y a los veinte años capitán general y almirante de las provincias de Holanda y Zelanda. Derrota a los españoles en el período 1590-1593 y concluye con Francia e Inglaterra una alianza en 1596 en La Haya. Es el que más contribuyó a la independencia de las Provincias Unidas.

odio en el pueblo contra los españoles, introdujeron el calvinismo, que iba contra el Papa y los españoles, más que la misma diversidad de costumbres y constitución física y anímica. Pues los belgas, como antes se ha dicho, son de color blanco, altos, licenciosos, aficionados al vino y comilonas, impacientes, indiscretos, sanguíneos y liberales; los españoles, en cambio, morenos, astutos, circunspectos, sobrios, parcos, pacientes, discretos, melancólicos, avaros, severos y graves, y en una palabra, totalmente distintos, de suerte que es imposible en tan gran desemejanza de cuerpos y costumbres introducir una semejanza de almas, que sólo la sustentaba la unión de religión y de Imperio. Suprimida ésta, la desemejanza y la enemistad brotó de golpe. Así, los belgas detestaban la servidumbre española más de lo que aman su propia vida; y viceversa, los españoles los odian más que al propio diablo, aunque pueden ocultar su odio mejor que los belgas. Sin embargo, no desistieron de inflingirles los mayores males para saciar su venganza. El no tener bien en cuenta todo esto y el no reflexionar sobre ello les hizo perder su dominio. Por lo mismo, es claro que el rey no debió apresurarse a ponerles la Inquisición o exigirles tributos extraordinarios o aterrarlos con la guerra, sino que de modo improvisado tenía que haber puesto inmediatamente fuertes defensas en las grandes ciudades, y pasar a los hombres fuertes y sobresalientes de una ciudad levantisca a otra parte, bajo pretexto de llamada a milicia, y erradicar a los fautores de herejías, sustituyéndolos por oradores nativos, rectos y adictos a la religión católica. Y entonces debía introducirse la Inquisición por obra de los obispos, pero con otro nombre. Y después de esto se debió abandonar toda exac-

ción de tributos para buscarse su salvación por medio de la religión y no sólo en provecho del rey. Se les debía imponer también prefectos alemanes o italianos, pues aborrecen a los españoles, y éstos debían ser ocupados tan sólo en defender, y no en gobernar las ciudades, pues son severos y ceremoniosos, cuando aquéllos requieren otros más mansos y generosos. A estos errores se añadieron otros, cometidos en la manera de llevar la guerra, pues el mismo rey, aunque armado por aquéllos, como de sangre alemana, nunca fue en persona a la guerra, sino que hizo salir en su lugar a capitanes españoles, crueles y tremendamente hostiles a aquéllos, quienes utilizan en su mando más el látigo que suaves palabras. Y se vio que prefirieron jefe de la Casa de Austria y por lo mismo pidieron al Archiduque Matías [4], después pidieron a otro próximo a éste, Francisco, el hijo del rey de Francia [5], quien habiendo determinado un día abatir la ciudad de Amberes, de repente, con su caballería, sin poner ningún fundamento de religión o político, ni habiéndose ganado sus ánimos, fue inmediatamente arrojado de la ciudad por menestrales y mercaderes, y en tan gran tumulto sólo salvó la vida, pero cayó su estima y principado. Y aunque Margarita de Austria estuvo al frente de estas regiones y ciertamente con cariño y afecto de los súbditos, sin embargo, de nin-

[4] MARIANA, VI, 496: «Hicieron venir de Alemania a Matías, hermano de Rodolfo, en efecto, para burlarse de él, pues con sólo darle el título, ellos lo gobernaban todo a su voluntad. Vuelve por ello a Alemania...» Es el año 1576.

[5] MARIANA, VI, 503: «Hicieron venir a Francisco, duque de Alençon, hermano del rey de Francia.» Este se apodera de Cambrai y se hace nombrar duque de Bravante. Es el año 1581.

gún modo pudo someterla, porque la herejía tenía ya raíces demasiado profundas allí y porque estaban convencidos de que aquélla hacía por reducirlos y someterlos a la Corona de España[6]; con tal pretexto, los jefes midieron las ventajas de aquella sedición y el afán de libertad con el que ardían en deseos, pero Dios mismo mostró poco después el camino por el que aquéllos pudieron ser vencidos, cuando ellos se dividieron en distintas partes por causa de las sectas, a saber: del craso Lutero, del sutil Calvino, del disoluto Zuinglio y de Menón; de suerte que apenas se encuentra ninguna casa en aquellas tierras en las que no haya diversas herejías. No nos falta más que el conocimiento de aprovechar ocasión tan deseada. Pues todo reino dividido será asolado, y una unión firme siempre tiene un difícil nudo que desatar. Pero hasta ahora ni siquiera esto sucedió, no porque ellos no atacan, sino porque nosotros les atacamos a ellos. Y esto es cierto, por la diversidad de religión ninguno de ellos tiene tanta confianza en su vecino como para atreverse a elegirle jefe de guerra; si alguna vez, ahora es cierto que tantas cabezas, tantas sentencias. Hablo aquí de la guerra en el exterior, suscitada por el afán de adquirir. Pues cada cual sospecharía que tal jefe de guerra asumiría en sí la autoridad para extirpar una religión diferente a la suya, y todos temerían que el tal asumiese el poder absoluto. Y así la guerra defensiva, no ofensiva[7]. Al fin y a la postre,

[6] Margarita de Austria, hija natural de Carlos V, fue nombrada gobernadora de los Países Bajos por Felipe II en 1559.

[7] Mauricio, príncipe de Orange, llevó más adelante la guerra contra los españoles e hizo, como hemos visto, alianza ofensivo-defensiva contra los mismos. Cf. nota 3 de este cap.

ocurren muchos males que impiden que el español alcance este dominio. El primero de ellos es que tales enemigos hacen la guerra en su propia sede, para quienes tierras, lugar y seguidores, e incluso clima, les es más favorable. Todo esto es adverso a los españoles. 2) Esta gente conoce los inconvenientes de la guerra con los españoles, y no sin motivo odia a los españoles, causantes de la guerra. Ciertamente, *una sola paz es más poderosa que muchos triunfos*[8]. 3) Los españoles, casi rabiosos por habérseles resistido los belgas tantos años, si venciesen, sin duda harían una enorme carnicería; y ahora hacen incontable daños a los pobres cuyas ciudades atacan. 4) Los capitanes españoles luchan sólo por luchar, no por vencer, traficando de este modo con la guerra, cuando era necesario defender el Imperio o incluso propagarlo, y chocan entre sí por el deseo de sobresalir precisamente en esto. También el mismo conde Mauricio prolonga la guerra para mantener su autoridad y para alzarse con el principado de la zona venciendo poco a poco, y sus huellas siguen también con diligencia los demás oficiales y heresiarcas. Los capitanes españoles hacen la guerra para prolongar sus estipendios junto con la autoridad. Hacen lo mismo que hizo Carlos Spinelo, enviado a los Abruzzos contra Marco Sciarra[9], quien luchó con él y no quiso que fuera muerto, para que el virrey de Nápoles le dejara seguir siendo cuasi señor de los Abruzzos, y le enviase los fuertes estipendios que le había prometido. Y el mismo Sciarra le envió pingües dones desde la otra parte, para que no le atacase. Y así

[8] *Pax una triumphis innumeris potior.*

[9] Carlos Spinelo también aparece en las tropas reales de Felipe II para atacar Lisboa.

aceptada la doble paga, de amigo y de enemigo, permaneció por mucho tiempo señor de la región aquella y sin peligro. Por ello, no hay que admirarse de que el rey Felipe, habiendo gastado tanto dinero en esta guerra de Bélgica, no haya sacado nada de provecho, antes bien, haya irritado más a su enemigo y lo haya mantenido entrenado en el ejercicio de las armas y haya provocado mayor fama de valor militar en su rival Mauricio y demás jefes militares. Hizo también que sus enemigos, espontáneamente divididos por la religión, se mantuvieran unidos por temor a los españoles. Ello hace que crea yo que España hoy en día recibe más daño y los holandeses más provecho, por el mero hecho de luchar con éstos, que si les dejara tranquilos. Así lo afirman Salustio y más tarde San Agustín de los romanos. Gastados por tantas guerras con sus vecinos, se hicieron éstos más famosos, y por la tiranía de Tarquinio y de otros, se unieron cada vez más; por el contrario, abandonados a sí mismos, tuvieron con frecuencia guerras civiles. Cuando sometieron el orbe y arrasaron Cartago, libres de todo miedo exterior, parieron su propia destrucción y la de su república por una emulación mutua divididos en diversos partidos. Lo demuestran los ejemplos de Sila, de Mario, de César y de Pompeyo. Es gran razón de prudencia no mantener por mucho tiempo guerra con los vecinos, no sea que se hagan fuertes con su entrenamiento. Así se le objetó a Agesilao, herido por los tebanos; había recibido de ellos el galardón merecido, por haberlos enseñado a manejar las armas con guerra tan larga [10]. Y el supremo capítulo de prudencia es no

[10] Agesilao, en HERÓDOTO, VII, 207; HOMERO, *Odisea* 10, 452.

continuar de ninguna manera la guerra con los súbditos, sobre todo si son naturales y habitantes del país, pues así se exacerban y se separan cada vez más, y lo que en un principio fue tan sólo aversión, con el paso del tiempo rompe en rebelión manifiesta; esto experimentó Segismundo en la guerra contra los Bohemios. Y no verás a pueblo alguno tan olvidado de todo pudor que se levante en un primer impulso contra su príncipe, por ser el nombre de rebelión y perfidia infame y odioso. Pero una vez ensangrentadas las espadas, roto el velo, y arrojada por tierra la preocupación por la justicia, muestran abiertamente que se apartan y enemistan.

Alejandro, rey de los judíos, hastiado por tan larga guerra, en la que además había perdido 50.000 hombres, preguntó a sus enemigos de qué forma se podía iniciar una buena paz, y recibió por toda respuesta que no con otra cosa sino con su propia muerte, y así hizo tarde lo que se debió hacer en un comienzo [11]. Traería aquí otros muchos ejemplos de esto, si no tuviese que apartarme de la brevedad que me he propuesto. Por ello, volviendo a mi primer propósito, tengo observado que aquellos que luchan en su casa por sus esposas, hijos y hogares, siempre son más resistentes y duros que los que van a hacer la guerra fuera, pues la ofensiva que en el primer día no consigue su fin deseado, paulatinamente se hace más débil y por lo mismo alienta a los que la resisten. A los que atacan, además de los daños de la guerra, que no son pequeños, el mismo clima diferente y el lugar les fatiga. Si

---

[11] JOSEFO, *Antiquitates* XIII, 320. 324. 372ss.; *De bello judaico* I, 4, 1.2. 4, 3-4.

esto hubiese conocido Aníbal y lo hubiese tenido en cuenta, y después de su primera victoria ante Trebia [12], hubiese continuado atacando a la misma Roma, fácilmente hubiese liquidado entonces todo el Imperio romano; o al menos después de la derrota de Cannas, que fue mucho mayor, no hubiera debido dejar tiempo alguno a los romanos para juntar nuevas fuerzas, sino que siguiendo el consejo de Maherbal, inmediatamente hubiera alcanzado Roma [13]. Y también Absalón, si siguiendo el consejo de Ajitofel, hubiese abatido inmediatamente a David en el primer ataque, se hubiese apoderado de toda Judea, y no le hubiera dejado tiempo para recuperarse y juntar sus fuerzas, para su propia perdición [14]. Por tanto, los pueblos o deben ser abatidos inmediatamente al principio para que no reúnan sus fuerzas, o deben ser sacados de algún modo de su región, como lo hizo Hércules con Anteo, rey de Libia, para poderlo despojar de su trono [15]; por lo demás, cuanto más cerca de la tierra estaba, mayores fuerzas recobraba, como enseña sabiamente el mito.

Por eso me parece totalmente inútil atacar por más tiempo a los belgas en su casa, si al comienzo de la guerra no fueron derrotados, pues ello les hace acrecentar su poder. Dos remedios existen todavía para esto: el primero, sembrar semilla de división entre ellos; el segundo, sacarlos de sus fronteras. Cadmo, pretendiendo el reino de Tebas, a donde había llegado como extranjero, primero mató a la serpiente, símbolo de la tutela de Tebas, des-

[12] Tito Livio, 21, 54-56.
[13] Tito Livio, 22, 51, 1-4.
[14] 2 Samuel, 17.
[15] Pausanias, IX, 11.6; Apolodoro, *Biblioteca* II, 5.11.

pués esparció los dientes, es decir, el veneno del deseo de novedades, y difundió las letras o ciencias y artes nuevas que él había traído consigo del extranjero [16]; de aquí surgieron soldados que en un principio se mataron unos a otros en contiendas, y los que quedaron se juntaron con Cadmo, recibiéndole como a su propio caudillo, fundando el reino de Tebas en Beocia [17]. Estos mismos medios, afirmo, debió adoptar el Rey de las Españas, y no luchar tanto tiempo con las armas; y ciertamente, si alguna vez los meridionales quieren fundar un poder sobre los nórdicos, o vencerlos, y si para ello les faltan las fuerzas, deben usar las mañas de Cadmo o de Jasón; de estos dos, Jasón fue el más sagaz, primero sedujo a Medea, es decir, los ánimos de las mujeres nórdicas, pues éstas con facilidad aman a los hombres meridionales por su ardor; no odian tanto los belgas a los españoles como sus mujeres aman a éstos. Después con los encantamientos de Medea mató a la serpiente, o sea, a los guardas de reino, los cuales son los belicosos y fuertes junto con los oradores; más tarde puso bajo yugo bestias, novillos y toros, que vomitan fuego, con sus hechizos, o sea, con amistad y dádivas atrajo a los barones y nobles de aquel reino. Por último, por medio de aquellos dientes del Dragón, o sea, por obra de los barones, esparció las semillas de la discordia y de las enemistades por religión, artes y preeminencias. De ahí, por fin, nacieron los soldados, o sea, las facciones, como fueron güelfos y gibelinos, pontificios o imperialistas, lute-

---

[16] HERÓDOTO, IV, 147; DIODORO SÍCULO, IV, 2.1ss.; APOLODORO, *Biblioteca* III, 1, 1; 4, 1; 5, 2; 5, 4.

[17] APOLODORO, *Biblioteca* I, 8, 2; 9, 16; 18ss.

ranos y católicos, que se mataron unos a otros. Y los que quedaron vivos eligieron a Jasón como caudillo, y a éste, aunque pocos, le prestaron ayuda para coger el vellocino de oro, o sea, tal Imperio. He expuesto esta fábula aleccionadora para mostrar al rey de España lo que debe hacer, pues hasta ahora ha hecho esfuerzos en vano y perdió tantos soldados, como Cadmo antes de matar a la serpiente, a saber: ante todo vaya a vivir el rey mismo o su hija o hijo a Amberes o a Bruselas, o si prefiere a Gante, para que con su presencia se animen sus súbditos y atraiga a los extranjeros. Exactamente a ejemplo de Cadmo, quien después de la muerte de los suyos, marchó a la fuente de la serpiente protectora. Después quite toda sospecha a los pueblos vecinos de guerra con España y déjelos por cierto tiempo gozar de paz y tranquilidad, y trate con tanta humanidad a los suyos que los extranjeros, al verlo, les duelan los ojos y crezca en ellos el deseo de gozar de tal felicidad y de defender las fronteras de su dominio. 3) Libre de tributo a los pueblos amigos, y no exija más que el necesario para alimentar a la familia real y para pagar a los gobernadores, y en vez de tributo pida cada año cierto número de soldados de cada ciudad para enviarlos al Nuevo Mundo, sobre todo escoja a los belicosos; y separando de allí mismo los malos humores, tendrá nuevos militares contra los enemigos, pues es conveniente que exija soldados antes que dinero de aquellos lugares que abundan en hombres; ello es más útil al rey y gusta más a los pueblos. 4) Cada año ordene un banquete general, a saber: en cada ciudad o fortaleza el suyo propio, en un determinado día, para que toda ciudad espontáneamente se someta a la Casa de Austria. En tal banquete no hay que

escatimar gastos, pues nada une tanto al pueblo entre sí, consigo mismo y con otros, como el comer y emborracharse juntos por lo menos una vez en el año. El primero que lo inventó fue el legislador Minos [18]. 5) Que se quite de en medio el nombre de Inquisición, pero sea utilizada con otro nombre por los obispos, y más suave, con la palabra más que con el terror, lo contrario se suele hacer en Roma y en España. 6) Que bajo el nombre de expedición de cruzada, se pidan indulgencias y dispensas de ayuno y abstinencia al Papa, para tiempo determinado, pues son más inclinados a las bacanales. 7) Que asegure las fortificaciones con soldados españoles, pero encomiende allí su gobierno a los obispos y las prefecturas de las provincias a cardenales provectos y prudentes, y después cree jueces y pretores en la persona de nobles venecianos, de este modo italianos y belgas se unirán, pues se estiman mutuamente más que a los españoles. 8) Haga levas de entre los belgas de rebeldes soldados para guerras en el extranjero, con pingües estipendios, que seduzcan a mujeres y, tras llevárselas, sean entregadas a los españoles, y únanse mujeres ilustres de los herejes a barones católicos, como antes se ha mostrado. Tales mujeres ceden con gusto al amor de tales maridos, y es de admirar cuánto aprovechan a los príncipes los matrimonios con los naturales de los pueblos vencidos. Alejandro Magno, al unirse a la persa Roxana, y al dar a sus macedonios otras cien mujeres de la misma nacionalidad, se atrajo las mayores simpatías entre los persas, convenciéndose de que por ello tendrían

[18] Minos en ARISTÓTELES, *Política* 1329 b-1330 a; DIODORO SÍCULO, V, 80, 3; PLATÓN, *Leyes* IV, 706 b.

en Alejandro un señor benigno, afable y complaciente [19]. De los de Capua escribe Livio que nada les cohibió tanto para hacer la conspiración con Aníbal como la afinidad contraída con los romanos [20]. 9) Disminúyanse los cabecillas de las facciones, atacándoles desde diversos puntos, y con diligencia se procure que se dispersen más y más, y déjeseles marchitarse en luchas intestinas y con la envidia ante la mutua concordia de los enemigos y su prosperidad. Este modo, sacar el propio provecho del malestar de los enemigos, es con mucho el más útil, muy utilizado por Isabel de Inglaterra. 10) Puesto que los une solamente el temor a los españoles y sobre todo el aborrecimiento del Papa, pues todos creen de consuno que éste es el Anticristo, aunque en otras opiniones son tan dispares, hay que esforzarse porque, desechado el miedo de la guerra, esta sola controversia se someta a disputa pública, de la que todos están pendientes. No hay que proponerles otras argucias, ni hay que tratar con ellos otras frivolidades, a no ser lo del afán de novedad, como antes advertí, y de lo que en mi diálogo contra ellos hablé suficientemente [21]. 11) Unánimemente hay que defender contra ellos y sostener que todos los comentarios bíblicos, tanto de católicos como de herejes, que aparecieron desde la época de San Agustín, son sospechosos y sólo hay que aceptar los de San Clemente Romano, San Cipriano, Clemente de Alejandría, San Crisóstomo, Basilio y Tertuliano, pues la herejía de negar el libre albedrío y semejantes se comprenden

---

[19] PLUTARCO, *Alejandro* 47; ESTRABÓN, XI, 517.
[20] TITO LIVIO, 26, 33.
[21] FIRPO, LXXI. Cf. nota 3 del cap. XXV.

mejor en los antiguos, a los que ellos son más aficionados, que en los autores recientes, a los que suelen rechazar, como aparece claramente en Clemente Romano. Ventílese, pues, la controversia del origen del mal, que llevó a Epicuro [22] y a otros a negar la existencia de Dios, pues tuvieron por cierto que Dios a causa del mal debía ser excluido; otros, entre los que están Manes y quizá Pitágoras, creyeron que existían dos dioses; otros, como los libertinos, audazmente sostuvieron que no existía el mal o el pecado; otros enseñaron que Dios era la causa del mal, y que era un tirano, y de esta harina son Calvino, Zuinglio, Bullingero, Martín y Beza; o sea, con ello hacen que Dios sea autor de todo. Tal opinión, como Cicerón y Platón [23] también lo enseñaron, perturba a toda república bien constituida, al quitar al hombre la libertad de hacer el bien o el mal, y por consiguiente toda ley y disciplina. Y este dogma, tanto tiempo y tan profundamente examinado por los transalpinos, los hizo a todos ateos y epicúreos, quienes negaron la existencia de Dios y por lo mismo no quisieron consentir en el servicio del Romano Pontífice. Lo que hace que piense que en presencia de doctos hay que

[22] Lactancio refiere de Epicuro en *De ira Dei* (Patrología latina VI), cap. 13: «*Quod si haec ratio argumentum illud Epicuri. Deus, inquit, aut vult tollere mala et non potest; aut potest et non vult; aut neque vult neque potest; aut et vult et potest. Si vult et non potest, imbecillis est; quod in Deo non cadit. Si potest et non vult, invidus; quod aeque alienum a Deo. Si neque vult neque potest, et invidus et imbecillis, ideoque neque Deus. Si vult et potest, quod solum Deo convenit, unde ergo sunt mala aut cur illa non tollit?*» *Ibid.*, 10: Pitágoras.

[23] CICERÓN, *Tusculanas* I, 23. 28. 29, 71; III, 34-35, donde refuta las tesis de Epicuro. PLATÓN, *República* III, 379 a ss.

argüir con razones y argumentos políticos y naturales, y ante el vulgo hay que preguntarles de dónde les viene su vocación; de esto hablé con amplitud en el Diálogo y en las cuestiones políticas y teológicas editadas por mí contra ellos [24]. Pues la multiplicación de los libros y la prolongación de disputas dan autoridad a una causa inicua y la llevan casi a la victoria. 12) Una vez que aquellos herejes introdujeron sus nuevas biblias, y han interpretado arbitrariamente a los Padres, distorsionándolos con historias, con este fin se dedicaron a la lengua griega y hebrea y favorecieron simplezas gramaticales con muchos y enormes volúmenes que escribieron, de suerte que casi todo el Norte hoy nos hace una guerra gramatical, no espiritual o de pensamiento; a nosotros, digo, que ya hemos dicho adiós a las lenguas hace tiempo, desde que vencimos hebreos, griegos y latinos, todos ya sometidos al cristianismo o apartados por oficio político o sacerdotal, lo que es manifiesto en los judíos de hoy, por lo que ya no nos preocupamos de pequeñas cuestiones sofísticas o gramaticales, y confiados de nuestro ingenio rechazamos la prolijidad de disciplinas, por el hastío de escribir libros voluminosos; y entre tanto aquéllos nos fatigan con sus altercados, pero, en verdad, no nos abaten. Por lo cual estimo que a tales hombres hay que sacarlos de sus herejías gramaticales, con nuevas artes, en las que nosotros mucho les aventajamos. Y con esta finalidad debe el rey abrir escuelas en las principales ciudades, en las que se enseñe el árabe; debe el rey abrir escuelas para hacer a los suyos hábiles en las disputas con turcos, moros y persas, que con ayuda de

[24] Cf. nota 21 anterior.

aquella lengua prestan buenos servicios al mahometismo, como nosotros al cristianismo con ayuda de la latina; y así las guerras internas se convertirán en exteriores. Hay que levantar también escuelas matemáticas y de astrología, a las que se invite a los nórdicos, proponiéndoles también premios para descubrir astros y constelaciones del Nuevo Mundo y contemplarlas, lo que redunda en esplendor y utilidad del Imperio.

Hay que volver a suscitar las escuelas de los antiguos filósofos, platónicos, estoicos y telesios, para que los pueblos, separados de las cuestiones teológicas, pasen a las filosóficas, pues aquéllas están más cerca de la fe cristiana que Aristóteles. Y el rey, al hacerlo, habrá de imitar a Hércules, quien para vencer más fácilmente a Anteo, lo sacó de sus fronteras, y a Cadmo, quien llevó consigo nuevas ciencias a Beocia, y en virtud de éstas llegó a ser príncipe de aquella región. De este modo los herejes, al ver mayor utilidad y provecho allí que aquí, rechazando las herejías se harán paladines de las ciencias filosóficas y astrológicas; más aún, por conseguir nuestro apoyo, lanzarían sus ejércitos contra los enemigos y se armarían contra la impiedad del turco, que lenta y subrepticiamente se introdujo en Alemania, por coincidir mucho con el calvinismo. Deben también levantarse talleres y talleres mecánicos, para lo que este pueblo es más hábil, y también se promoverá el comercio marítimo, por razón de asaltar ciudades y dominarlas con la pólvora.

Por estos medios los hombres se apartan de la falsa religión y se dividen entre sí con provecho del rey y del reino de España, a quien muchísimos ofrecerán sus oficios, y a su Imperio, que es ahora despreciable e incluso odio-

so, volverá su antiguo honor; y los pueblos aquellos se harán pacíficos y menos feroces. 13) Entre los nobles y próceres de la república hay que suscitar riñas y odios y hay que prestar ayuda a la parte que más favorece a España y otorgarle cargos, para que otros concurran a lo mismo y se apresten a alcanzar tales ventajas; si esto no puede hacerse, deben quitarse de en medio sus cabecillas, y si no dan ninguna ocasión para ello, únicamente disminuir su prestigio, pues la injusticia nunca tuvo raíces profundas, o llevarlos a otro lugar. Paulo Emilio, para dejar tranquila y en paz a Macedonia, persuadió a los próceres a que pasaran con sus hijos a Italia [25]. Y Carlomagno, para apaciguar la rebelión de Sajonia, y disipar toda confusión, hizo pasar a los nobles de aquella región a Francia [26]. 14) Hay que animarlos a que pasen al Nuevo Mundo, y exhortarles a que reuniendo sus escuadras con la portuguesa, irrumpan en Arabia y Palestina por el Mar Rojo, para exterminar a los turcos, como más adelante se dirá, o vayan a atacar lo ajeno saliendo del suelo patrio, de tal suerte que sean abatidos por los españoles, que en esto mucho les aventajan. 15) Hay que esparcir en ellos semilla de rivalidades para que se exterminen mutuamente, a ejemplo de aquellos hermanos nacidos de los dientes; y los pocos que sobrevivan de aquella matanza, utilizarlos después para su servicio. Pero entonces es de suma necesidad que la serpiente de la sedición se destruya, o sea, el Conde Mauricio, y no se le debe dar facilidades para ir cre-

[25] TITO LIVIO, 45, 34.

[26] Carlomagno, para evitar revueltas en Sajonia, deportó a sus habitantes en el año 804, pues le seguían siendo adversos con su jefe Witikind a la cabeza.

ciendo cada vez más gracias a una larga guerra. Y en primer lugar, como ya he dicho, deben introducirse nuevas letras y lenguas a ejemplo de Cadmo, y apartar de ellos las mujeres, como hizo Jasón. 16) Los holandeses deben ser comprados por un millón de oro cada año para que aseguren contra los ingleses la escuadra que vuelve del Nuevo Mundo y la costa de España, y mándese que los jefes de aquella expedición entreguen a sus hijos como rehenes hasta que hayan acabado dicha empresa. Pues éstos, atraídos por el oro, fácilmente soportarán ser conducidos contra los ingleses, y sobresaldrá al fin alguno de aquellos que entregue la escuadra con la propia Holanda a los españoles. Y si se sembrase la semilla de la emulación y de la envidia de este modo entre los nobles y jefes de las repúblicas, ciertamente nunca saldrían ganando contra los españoles tanto, como ahora vemos que lo hacen; y aquellos que mantienen diferencias literales con el Papa, no conseguirán tanta autoridad; y el rey mismo se aseguraría el poder del mar y de las guerras terrestres, y se atraería los pueblos. 17) Aquellos pueblos se guían admirablemente por medio de milagros y la admiración de la virtud, de tal suerte que los santos y los sabios fácilmente los arrastran con sus maneras. Por tanto, son necesarios activos operarios que con su doctrina y la santidad sin tacha de su vida reconduzcan al camino de la verdad a aquellos animales descarriados. Y si Dios me llamase a este cargo, yo mismo, etc.

18) Divididos ya y debilitados, hay que atacarles inmediatamente, pues el retraso ayuda más a confundir la situación que a ordenarla (el diferir siempre perjudicó a los que ya están preparados); hay que enviar contra ellos

un fuerte y gran ejército, con el rey a la cabeza y con una estrategia hasta ahora no usada, pues sin ésta todo ataque será baldío. Y tiene que proveer el Rey de las Españas un jefe fuerte y prudente, quien simulando deserción, pase al enemigo, y se insinúe ante los Estados Generales para que le nombren caudillo de la guerra, como Zopiro hizo traición en favor de Darío en Babilonia, en donde simuló refugiarse, cortándose nariz, orejas y labios, y mintiendo ante los enemigos diciendo que era Darío el autor de tal crueldad [27]; o lo que hizo Sinon con los troyanos [28], y Sexto Tarquinio, quien fingiendo ante los gavios que había escapado de su padre, le creyeron y le eligieron general [29]; él arrojó primero a los jefes de la república, y después entregó a los gavios a su padre. Para hacer lo mismo necesita España un hombre muy fiel, militar y sabio, y no como aquel Antonio Pérez. 19) Como las ciudades de Bélgica siglos antes y antes de la guerra fueran las más frecuentadas de todos los emporios de toda Europa, y no por otra razón sino porque el tributo de las mercancías que exportaban e importaban, incontables éstas en su especie y en número, era pequeño, por ello es necesario que el rey, mientras se afana en ganarse aquellos pueblos, vuelva a poner aquella antigua costumbre, y por resumir, devuelva la felicidad perpetua e incontaminada a los belgas, quienes, aunque no tienen minas de oro y plata, mientras permanecieron tranquilos gracias a sus variados e inestimables oficios y a sus admirables artes manuales

[27] HERÓDOTO, III, 153.

[28] ARISTÓTELES, *Poética* 23, 1459; APOLODORO, *Epítome* V, 15, 19; VIRGILIO, *Eneida* II, 57ss.

[29] TITO LIVIO, 1, 53, 54, 60.

y otras, recogieron tanto oro que nada tienen que envidiar a las minas de Hungría o Transilvania. No hubo región más resplandeciente, más rica y más visitada, no digo en Europa sólo, sino en todo el mundo, de tal suerte que por el inextinguible tesoro de donde se proveía Carlos V, con razón la llamaron algunos la India de la Sagrada Majestad. Interesa, pues, al Rey atraerse aquellos pueblos y devolver las cosas a su primer estado y naturaleza, lo que con toda facilidad suele hacerse, y en ello no perdone gastos, esfuerzo, consejo e ingenio. 20) La diligente administración de la justicia con la paz y afluencia de bienes ayudará particularmente a ello, y también el cultivo de la religión, de las letras y de la virtud, pues los religiosos, los literatos y los valientes son como las cabezas entre los demás, si a éstos tiene de su parte, fácilmente atrae a los demás. Pues los religiosos poseen las conciencias de los pueblos, los literatos, los ingenios, y los valientes, las facultades y fuerzas militares; y quienes de entre éstos son constituidos jueces, sobresalen muchísimo por su autoridad ante los demás; aquéllos por la piedad y religión, éstos por la doctrina y sabiduría; aquéllos por la reverencia, éstos por la estima que provocan. De donde resulta que cuanto ellos digan o hagan se tiene como oráculo y digno de que todos lo sigan y abracen. 21) La fama de clemencia, pero controlada, es también muy provechosa; de suerte que sea notorio para todos que en los príncipes la afabilidad procede de su voluntad natural, y el castigo, de la necesidad, del celo por la justicia y del amor del bienestar público. Así Nerón, al comienzo de su reinado, simulando clemencia, se hizo amar del pueblo romano, y al presentársele alguna vez sentencia condenatoria dada por los jueces contra uno

para que la firmara, suspirando exclamó: ¡Cómo quisiera no haber aprendido las letras! [30] 22) Mucho aprovecha aquí la luz de una virtud que sobresalga, con la que se ganan no sólo los propios súbditos, sino que aun los mismos enemigos son atraídos al amor y benevolencia, como fue manifiesto en Alejandro y Escipión, quienes dieron testimonio de una singular moderación, y en Camilo y Fabricio [31], quienes mostraron su grandeza de alma, uno entre los Faliscos (pueblo de Toscana) y otro con el Rey Pirro; brillaron también estas virtudes en el Emperador Conrado en su guerra contra Misicón [32]; en Carlomagno, quien además de la observancia de la religión y el afán de promover las letras, fue alabado por su liberalidad y bienhacer con todos, grandes, medios y pequeños, ganándoselos a todos. Y verdaderamente no hay vínculo más deseable, más fuerte y digno de admiración para obligar los ánimos de todos que la liberalidad y la beneficencia. 23) Sobre todo será de enorme eficacia el cumplir los pactos y convenciones hechos con ellos, lo que los españoles descuidaron hacer para su propia ruina, pues nada ofende y aparta tanto los ánimos de los súbditos naturales y de los adquiridos como el ver que las llamadas capitulaciones, a las que se some-

---

[30] SUETONIO, *Nerón* 15.

[31] PLUTARCO, *Alejandro;* TITO LIVIO, 5, 27: sobre Furio Camilo; *Ibid.*, 4, 3, 6; 6, 5, 1: sobre Valerio Máximo; *Ibid.;* CICERÓN, *De republica* III, 21: sobre Escipión. Cf. *et* SAN AGUSTÍN, *De civitate Dei* IV, 7.

[32] No sabemos a quién se refiere. Nos parece que el tal Misicón es Mieczislao de Polonia, y entonces sería el emperador Conrado II el Sálico (*c.* 990-1039). Este emperador logró someter a Mieczislao en 1032.

tieron, son alteradas y cambiadas por él. Al no observar esto aquel Duque de Alba, avaro e injusto, que cuidaba tan sólo de enriquecerse él, perturbó a toda Bélgica y la hizo rebelarse contra el Rey [33]. Por el contrario, manteniéndose fiel a las promesas, ciertamente argumento infalible del ánimo perseverante y de un juez digno, dio un ejemplo insigne de virtud ante los belgas Alejandro Farnesio, Duque de Parma, quien fue el caudillo militar perfecto entre todos; y bajo un Rey justísimo condujo siempre el ejército en servicio de la Iglesia y de Dios, imitando ya a Marcelo ya a Fabio [34]. 24) No es, además, cosa de poca importancia introducir y cultivar la lengua española en aquellos lugares, a ejemplo de los romanos, que introdujeron la lengua latina en los pueblos que sometían. Y a los romanos siguieron los árabes, quienes cultivaron su lengua en gran parte de Africa y de España. Guillermo, Duque de Normandía, llamado el Conquistador, lo mismo intentó hacer hace unos quinientos años en Inglaterra [35]. Pero para introducir una

[33] De la supuesta crueldad y avaricia del duque de Alba, confróntese *Historia de España* XXII, 783ss. Cf. *et* p. 399 con la carta de Felipe II después de la toma de Maestricht: «Si habéis de ganar ciudades a tanta costa, más vale que no ganéis ninguna.»

[34] Al morir Juan de Austria fue puesto Farnesio, hijo de la gran gobernante de Parma, Margarita, «en circunstancias nada favorables, pues en aquel momento sólo tres de las diecisiete provincias obedecían al rey natural...». Cf. *Historia de España* XXII, 2, 397. Le disputaría el puesto el duque de Alençon y de Anjou y Matías, hermano del emperador Rodolfo.

[35] Guillermo el Conquistador, duque de Normandía, fue rey de Inglaterra, pues Eduardo el Confesor le cedió el reino. Pasó a Inglaterra y venció en la batalla de Hasting a su competidor el año 1066. Entre los medios de dominar al pueblo, como el de despojar de sus dominios a los sajones, imponer tributos excesivos, está el

lengua, ante todo, es necesario que las leyes de aquel país se dicten en dicha lengua y en ella se discuta ante jueces y tribunales, asimismo en las comisiones, programas y suplicatorios no se promulgue ni escriba sino en esta lengua. Esto hizo Carlomagno, quien, tras apoderarse del Exarcado de Rávena [36], que donó a la Iglesia, quiso que se llamara Romania, para que así poco a poco abandonara lengua y costumbres griegas, a las que antes estaba sometido, y pudiera implantar allí el amor de la Iglesia y de la Iglesia Romana y Sumo Pontífice Romano. Lo mismo el Turco, quien no permite a los habitantes de Anatolia utilizar otra lengua que la turca si no es en los oficios sagrados. 25) La educación también ayuda no poco a esto, al ser en realidad como cierta segunda naturaleza, en virtud de la cual los pueblos extranjeros se tornan como los naturales. Tome, pues, el Rey de España a los hijos de magnates y próceres y a los que de los pobres sean más inteligentes y procure que sean educados, en la medida de lo posible, en escuelas militares y de disciplinas en España. Alejandro Magno, al considerar esta utilidad, mandó se seleccionaran algunos miles de jóvenes persas para que se educaran en los hábitos y costumbres, armas y letras al estilo de Macedonia, porque esperó sacar no menos utilidad de aquéllos cuando fueran adultos que de los mismos macedonios. Por lo mismo, el Gran Turco educa a los genízaros, hijos de súbditos suyos vencidos por él, o incluso

---

que señala Campanella, el de poner su lengua propia en Inglaterra.

[36] Pipino, padre de Carlomagno, fue el que se apoderó de Rávena el 756. Carlomagno la puso bajo su protectorado. Cf. RENOUVIN, I, 22-23.

a descendientes de extranjeros y cristianos, que se hacen después soldados fidelísimos suyos como nunca los tuvo, y a éstos está confiada la guarda y defensa del Sultán, y de su ayuda usa el Turco para los asuntos más importantes, en éstos es de suma importancia la fidelidad y la fuerza. Por medio de esta educación, el Turco consigue dos cosas importantísimas: priva a los súbditos infieles de fuerzas y con las fuerzas de éstos asegura las suyas propias. 26) No tome con indiferencia nuestro rey las rupturas y conmociones entre sus nobles y súbditos, pues todo mal al principio es pequeño, y descuidándose éste, al fin destruye, como vemos que pequeñas nubecillas producen al fin horribles tempestades. 27) No consienta el Rey en la propuesta de asunto alguno que pueda inducir a novedad y cambio, pues en cuanto que se le permite pensar sobre ello, otorga autoridad y estima.

Todas las perturbaciones de Bélgica y Francia comenzaron por dos memoriales: uno se lo leyó Gaspar Coligny a Francisco II y el otro se lo ofreció el Señor de Brederode a la Duquesa de Parma [37].

---

[37] El memorial de Coligny presentado a Francisco II, en donde se proponía acabar las guerras interiores y hacer una gran empresa fuera. Para ello era necesario romper la unión con España y aliarse con Inglaterra. El documento, en Biblioteca Nacional de París, Fonds Français, ms. 23.335. Cit. en *Historia de España* XXII, 2, 132-133.

Enrique, conde de Brederode, presentó a Margarita de Parma en 1566 el famoso requerimiento que daba lugar a la insurrección de los Gueux; unos trescientos calvinistas, salidos del Condado de Holanda y a la cabeza de Brederode y Luis, conde de Nassau, se presentaron ante Margarita de Parma pidiendo la abolición de la Inquisición. *Historia de España* XXII, 2, pp. 712-713.

28) Guárdese el Rey de nunca usar su poder absoluto con aquellos pueblos con los que se puede usar el ordinario, pues el primer modo de actuar es de tiranos, y el segundo, de buenos reyes. El poder absoluto es más tempestad que potestad. 29) Téngase mucho cuidado en la elección de ministros de aquellas regiones para que sean los adecuados en aquel cargo, no mejores ni peores. Esto leemos que hizo con exactitud Tiberio, pues los mejores desprecian el asunto que se les encarga y como si se sintieran despreciados, y los peores no pueden desempeñarlo. Por último, nunca crea tanto en la paz que descuide las armas, pues la paz sin armas es débil. Constantino el Grande, viviendo en total paz en su tiempo, licenció los soldados de frontera, con lo que abrió la puerta a los bárbaros, y Maximiliano I, confiando demasiado en la tregua hecha con el Turco [38] y dejando a un lado las armas, hundió a muchos cristianos.

Hemos disertado de estas cosas lo que pudo ponerse por escrito, pues los demás secretos, más particulares y dignos de atención, los reservo para un diálogo donde y cuando a Su Majestad le parezca. Entre tanto no debe omitirse lo que dijimos hacia la mitad, pues si con tales medios no se suscitan y alimentan buenos sentimientos de los pueblos hacia su Rey, el poder de éste en aquellas regiones será como planta sin raíces. Como la menor tempestad abate al árbol sin raíces, así la ocasión más pequeña enajena a los súbditos de sus Príncipes mal dis-

---

[38] Parece que se refiere a la derrota del Turco en Villoch en 1492 tras haber invadido éste Carniola, Carintia y Estiria. Maximiliano rechazó al Turco hasta Bosnia.

puestos y los separa de sus propios señores; como movidos por la suerte se unen ahora a uno ahora a otro, de aquí nacen las alteraciones de los Reinos y Estados, como destacadamente se puso de manifiesto en el Reino de Francia.

CAPITULO XXVIII

AFRICA

El Turco posee en Africa, Egipto, Argel y Túnez. El reino de Fez tiene su propio Rey, quien de ningún modo puede ser removido de su trono, pues el mahometismo en aquellas tierras está dividido en más de sesenta sectas. Los demás Reyes tienen poco poder, a excepción del Rey de Abisinia, que se llama el Preste Juan, quien tiene más de 50 reinos bajo sí; y es cristiano, aunque tienen la religión católica contaminada. Es, pues, necesario que las fuerzas de aquéllos pasen a España, por ser paso fácil de España a Africa, pues nuestro Rey posee el Reino de Orán allí, donde se lucha continuamente con los moros. Estos con una única incursión de alemanes podrían ser derrotados fácilmente. Ni tiene que temer de ellos la Monarquía española, pues son pueblos más aptos para servir que para gobernar; y nunca los nórdicos los sometieron, aunque algunos fueron sometidos por ellos, a excepción de Cartago, colonia de Tiro, que fue exterminada por los romanos.

Los árabes pasaron de Africa a España, y ochocientos años después fueron borrados; ni siquiera eran africanos verdaderos, pero la novedad de las armas y la religión

mahometana los incitaron contra su costumbre a tan grandes empresas. Los africanos de hoy son débiles, y porque están envidiosos del ingenio, son astutos y serviles. El Rey de las Españas, por medio de uno de los reyezuelos de ellos, con toda rapidez puede irrumpir hasta lo más profundo de su región, como otrora hicieron los romanos por medio de Masinissa [1]. Por lo mismo, sabiamente actuó el Rey Sebastián de Portugal, pues se sirvió de la ayuda de los hijos del Rey de Fez para ocupar y conquistar el Reino de aquéllos, pero con poca prudencia entregó su propia persona a aquella empresa [2]. Y porque los hijos de aquellos Reyes se matan entre sí, son fáciles de someter, si se escoge la ayuda de uno de ellos; y porque están muy divididos, no hay que temer nada de ellos.

Así pues, el Rey de las Españas debe penetrar más adentro en Africa, al tener para ello gran facilidad, pues posee fortalezas en todos los puertos de Africa Occidental y Meridional hasta el mar de la Meca *; y tiene a dicho Preste Juan para oponerlo astutamente a los árabes, y le es facilísimo conciliarse la amistad de aquél por medio de los

---

[1] TITO LIVIO, 34, 49; 23, 32-36. Después del año 206, cuando Cartago se apodera de España, pasa a servicio de Roma. Más tarde promete ir a Africa a preparar el camino para una invasión de Roma. Cf. *et ibid.*, 28, 16. 35.

[2] El rey don Sebastián de Portugal, nacido en Lisboa el 1554, sucedió a su abuelo Juan III en 1557. Animoso por la conquista de Africa, se lanzó a una primera empresa en 1574, en la que fracasó, y una segunda en 1578, llamado por Muley Mohamed-el-Montaser. Desembarca en Tánger y es derrotado en la batalla de Alcazarquivir en 1578 y muerto. A él se atribuye la frase «de qué color es el miedo».

* Golfo arábigo.

jesuitas, que irían ante él para advertirle de la obediencia debida al Sumo Pontífice a través de sus legados (lo cual se hizo también antes, en tiempos de Eugenio IV y de Clemente VII por medio de los portugueses [3]), y así concluir un pacto con él. Envíense, pues, a ellos maestros católicos, que sean expertos en artes y religión, de las que nada saben. Podrán, pues, ser convertidos con facilidad, y ello tanto más fácilmente, pues aseguran que se les había predicho por cierta profetisa, de nombre Sinoda, que ellos, junto con los latinos, estaban predestinados a aniquilar al Turco y liberar el Santo Sepulcro de Cristo. Siendo el Rey señor de todo el litoral africano, tiene que procurar que nadie navegue por el mar de Africa y que se mantenga libre para dicho Preste Juan, con ayuda de portugueses, para cuando él quiera ir por el mar de la Meca a Palestina para destruir a los turcos. Se les debe, además, procurar modo y medios, como máquinas e instrumentos bélicos, para poder vencer al Turco, pues si el mahometismo alguna vez se introdujese en su reino, sería un gran perjuicio para todo el orbe cristiano y sobre todo para España. Puede también salir al paso del Turco por Egipto. Y si una fuerte escuadra hiciese correrías desde

[3] Es en el siglo xv cuando los portugueses entran en contacto con Etiopía, precisamente en tiempos de Eugenio IV (Papa desde 1431 a 1447) reinaba en Portugal el rey Alfonso V el Africano. Y en tiempos de Clemente VII (Papa desde 1523 a 1534), reinando Juan III, también hubo frecuentes contactos, como antes en tiempos de don Manuel el Afortunado. Precisamente en 1490 se envía a Etiopía una embajada, como lo hará más tarde también Carlos V; es Enrique el Navegante, de Portugal, quien mayores contactos establece. Cf. J. Doresse, *L'Empire du prêtre Jean* (Londres, 1926).

Nápoles hasta la costa africana que mira al Norte, fácilmente podría someterla e invitaría a los esclavos prisioneros en Argel y Cirene a la rebelión en favor de España; podría también dicha escuadra abastecerse solamente con sus propias presas, dando seguridad a Italia y ocupando las demás zonas que se oponen a la Monarquía española.

CAPITULO XXIX

PERSIA Y TARTARIA

Debe esforzarse el Rey por todos los medios porque las escuadras persas y la de Cular no salgan a la mar, o incluso las árabes, pues, sin duda, le estorbarían mucho en sus viajes a la India Oriental e impregnarían a los nuevos cristianos de allí de mahometismo. Por lo cual deben ponerse fuertes castillos en los límites de Arabia y de Etiopía, o en los límites del Golfo Pérsico y en las islas meridionales cercanas a Africa y a Asia. Debe el Rey hacer alianza con los persas contra el Turco; pero debe procurar que el Turco no sea destruido totalmente, pues cualquiera de los dos que venciere adquiriría tanta fuerza que podría dominar a todo el orbe cristiano y así oponerse a la Monarquía española, y tanto perjudicaría el que el Turco fuese destruido por un no cristiano como aprovecharía el que sólo por cristianos fuese subyugado. Pero, puesto que por Hungría, por Africa y por Dalmacia nos hace mucho daño, sería prudente estrategia incitar a los persas contra aquél y hacer que lo ataquen con escopetas y otros instrumentos bélicos, pues la falta de estas armas fue el motivo de que ellos perdieran casi toda Armenia, y tanto se han crecido los turcos en Oriente, que poco tienen ya que

temer de los persas. Mientras ataca a los cristianos en Occidente, ningún mal teme en Asia, y avanza cada vez más hacia nosotros. Es necesario hacer alianza con el persa, sobre todo por razón de la navegación, pues sus dominios están en el camino hacia la India Oriental. Es más, digo que hay que intentarlo con el Rey de Calcuta, de Narsinga, de Gramacia, pero a éstos no es necesario suministrarles armas; puede comunicárseles la tipografía y ciencias de los cristianos para causarles impresión y para que se preocupen así de las artes sencillas que suelen ceder ante las armas, a no ser que se ejerciten éstas a la vez con aquéllas. Así Palas venció a Caliope con Marte, porque ella tiene las armas de Marte y Caliope las ciencias. Del mismo modo hay que proceder con los de Ceilán, con chinos y japoneses, dándoles ciencia, tipografías, pinturas y otras cosas semejantes que los sobrecogen de admiración y a la vez pueden poco a poco introducirlos al cristianismo. Pero en esto hay que abstenerse de avaricia y crueldad, no sea que, exacerbados y unidos contra nosotros, impidan los proyectos españoles. No es lugar ahora para hablar del Gran Can de Catajo (Tartaria) [1], pues su región dista mucho de la vía de los españoles a la India, aunque los persas y los turcos tengan que temerlo, y aunque conste que los tártaros con frecuencia habían invadido toda Asia y que una vez convertidos al cristianismo, nos habían entregado Jerusalem. Pero una vez que vieron nuestra desidia y que, aunque todos profesamos la fe cristiana, estamos

[1] El Gran Can, Gengis-kan, nacido en 1155 o 1162 y muerto en 1226. Sus territorios se extendían desde Crimea hasta el Mar de la China.

siempre en guerra entre nosotros, renegando de nuevo del cristianismo, abrazaron el mahometismo, que entonces estaba en sumo auge en Oriente, y así, desistiendo de atacar a persas y turcos, les dejaron en paz, aunque antes los habían derrotado con frecuencia, y cada vez se separaron más de la fe cristiana y de los cristianos como de personas viles que siempre estaban luchando entre sí. Creo, sin embargo, que la admirable Monarquía española que abarca todo el orbe los podrá hoy de nuevo conducir al cristianismo, sobre todo si se hiciese guerra en Oriente, y ello tanto más porque Macon ya está dividido en muchas sectas. Además, los habitantes de Calcuta y de Goa son cristianos nestorianos, y podrían fácilmente ser atraídos al verdadero y primigenio cristianismo, si se les hiciera someter a su consideración que Dios siempre conservó a la Iglesia Romana en su sede, y, por el contrario, todas las herejías fueron desterradas del Imperio, como fue manifiesto en Arrio, en Nestorio, en Macedonio, en Apolinar y otros herejes. No encuentro otra cosa que a aquellos remotísimos reinos pueda causarles tanta admiración de nosotros y apartar tanto a sus habitantes de sus supersticiones y pueda debilitarlos tanto para la guerra que el que de Occidente se les lleven las artes liberales, lenguas, filosofía y matemáticas. Porque Minerva debilita las fuerzas y los nervios. Procure, pues, el rey que los extranjeros se dediquen perezosamente sólo a ciencias propias de la ociosidad y en cosas de juegos, mientras los suyos se ejercitan en las armas y a la vez en aquellas ciencias con las que consigan por fin victoria. Por último, para volver a la ayuda de los persas contra los turcos, aquéllos, puesto que siempre confiaron al máximo en la muchedumbre y valor de su

caballería, y mientras en campo abierto vencieron, con frecuencia perdieron sus ciudades, deben ser advertidos de que deben asegurar sus ciudades con castillos, fortalezas y defensas; pues el Turco, aunque no raras veces fue por ellos derrotado, poco a poco atrincherándose con fortificaciones y esto en lugares estratégicos, adquirió gran parte de la región de aquéllos, y al final incluso aquella gran ciudad de Tauris o Ecbatana. Deben, pues, ser instruidos para que se defiendan con la misma estrategia con la que con más frecuencia fueron vencidos.

CAPITULO XXX

EL GRAN TURCO Y SU IMPERIO

Creo que ya se ha hablado suficiente de los modos que emplea el Turco para llegar al Imperio universal. El quiere ser saludado ya como señor universal, de la misma manera que el español católico; de tal suerte que ambos luchan entre sí por el Imperio universal de todo el mundo. Por lo cual, es necesario examinar en qué es uno superior o inferior al otro. El Turco es señor absolutísimo y heredero de todos los bienes de su Imperio, ni sólo de los bienes, sino también de los cuerpos, y en esto es peor que un tirano, pues se arroga todo; tiene a todos los pueblos como sus hijos, pero no les reparte la herencia a manera de padre, sino que saca a cada uno cuanto le place, cada año, y le asigna deberes. Tiene también la religión a su exclusivo deseo, sin Sumo Pontífice, una milicia fortísima, pues educa a niños o adolescentes de buena cuna en escuelas creadas para esto, de cuya acción usa fuera en la milicia, y en casa, en tiempo de paz, haciendo a unos soldados, a otros jueces e incluso a otros nobles; ni tiene ladrones de quien deba temer, ni hijos para dividir el Imperio, pues el mayor quita de enmedio a los que le siguen. Y no padece penuria de hombres, permite a cada uno tener

varias esposas, de tal suerte que ni la herencia ni la virginidad impide la procreación de hombres en su tierra. Suele también, yendo por todas las partes, como girando en redondo, hacer la guerra con los vecinos, no dejando enemigo a la espalda, y no se retira de una región del mundo más que de otra, lo que ya apuntamos antes. Su raza procede de Jafet por Magog, y tiene las leyes de Sem que le llegan por Ismael, de donde nació el mahometismo [1]. Y de él predijo Dios a Agar: «su mano contra todos y las manos de todos contra él. Y saliendo de la región de sus hermanos fijará sus tiendas» [2]. De aquí vemos claramente que en el ángulo externo de Europa, en Constantinopla, ha levantado su campamento contra nosotros que somos hermanos de él, descendientes de Isaac, hermano legítimo y natural de Ismael. Pues como los españoles descienden de Tubal, así los turcos descienden de Magog, ambos hijos de Jafet. Y a la verdad el turco extiende su mano por todas partes contra todos, no sólo contra cristianos, sino también contra mahometanos, aquí y allí, a derecha e izquierda, y siempre sale victorioso. Y utiliza a la vez esta astucia: una vez que nos ve unidos, se refugia en la tregua, que rompe cuando nos ve divididos. Y volviendo vencedor, se dirige a otra expedición, sea contra los persas, contra Etiopía, etc., como antes se ha dicho. Ello siendo así, también el Rey de las Españas se arroga el dominio de aquel reino o por lo menos de una parte, por ser hermano natural por su padre Jafet, y legal por proceder de Abrahán, pero con referencia al segundo el español antecede al

[1] Cf. nota 10 del cap. IV.
[2] Génesis, 16, 12.

turco, pues su raza viene de Isaac, de quien Cristo Dios, sumo legislador, tiene también promesa general de Imperio universal, y porque fue bendecido en Abrahán, a él se le debe el nuevo reino de los santos que seguirá a las cuatro monarquías, de lo que predijo Daniel. E Ismael, de quien procede Mahoma, legislador de los turcos, no tuvo otra promesa que la de ser señor absoluto e insigne guerrero. Además, estos dos príncipes son parte del Imperio romano, pues después de la monarquía romana no queda otra.

Y según Esdras, el germano que es hoy el español, como se ha dicho antes, es cabeza derecha del águila imperial, y el turco es cabeza izquierda, una vez que Mahoma se separó del Emperador Heraclio, bajo cuyo imperio dividió aquella águila; a quien no se le prometió otra cosa que devorar la cabeza intermedia, a saber: Constantinopla[3].

Pero el español tiene esta promesa, devorar la cabeza izquierda, con la que se significa al Turco, como hemos dicho antes. Y aunque el español tiene sobre sí al sacerdote blandiendo la espada temporal, no obstante, ello le favorece, por razón del hado y por razón del Estado, como antes se ha escrito, pues el español, a ejemplo de Ciro, tiene la monarquía de los santos unida bajo su poder, y el Papa le es la mejor defensa, con su ayuda vence a los enemigos, con armas espirituales y temporales, e incluso de tal suerte, que escapa a la sospecha de avaricia y profanidad. En lo que atañe al poder absoluto, el Turco es superior al español. Y ya mostré esto, no quiere tener

---

[3] En el año 632 los del califa tomaron Damasco y en el 637 Jerusalén; más tarde, el Imperio griego y Mesopotamia. Reinaba el emperador Heraclio (610-647).

barones bajo su poder, y por lo mismo tiene menos fuerza; una sola batalla campal le puede hundir, de suerte que no pueda rehacerse. Esto no puede suceder a España, pues los nobles, los obispos y el mismo Papa le ayudarían rápidamente en tal desgracia.

El Turco suprime los próceres en su Imperio, por evitar que intenten oponerse a su monarquía, como lo hicieron antiguamente los próceres de Francia. Pero así les resta tantas energías, que si la necesidad apremia, ninguna ayuda pueden aportarle. Con frecuencia hablé ya de que el Turco sobresale en disciplina militar y en el modo mismo de llevar la guerra. Pero si se actúa con diligencia y se observan los puntos que antes advertí, puede incluso el español superarle en esto, y más si el rey en persona quiere ir a la guerra.

En cuanto a número de hombres y soldados, el Turco es más poderoso, en sus expediciones más importantes siempre venció por el número más que por el valor. Sin embargo, tiene pueblos divididos por religión y encontrados entre sí, predios y campos los da en feudos a sólo prefectos del ejército. El Rey de las Españas tiene menos pueblos, pero más unidos entre sí. Y ya mostré cómo el número de súbditos puede aumentarse por matrimonios de gentes diversas y cómo con la erección de escuelas literarias y militares puede conseguirse la fortaleza de los soldados; nuestro descuido en estos medios hace que el Turco nos supere en ello. En cuanto al dinero se refiere, pienso que poco o nada supera el uno al otro.

Pero si el Rey de las Españas quiere utilizar el mismo poder absoluto que el Turco utiliza con los suyos, fácilmente le superaría en riqueza. Falta ciertamente dinero,

pero antes mostré de qué modo podría juntarse dinero para la guerra contra el Turco. Aquél actúa con increíble rapidez para realizar sus planes, pero para tener al punto su aparato bélico no repara en su erario y dinero actual de su tesoro; obliga a los soldados, reúne armas y prepara rápidamente lo demás necesario para la expedición y después lo que extrajo del tesoro lo suple con exacciones y tributos de sus pueblos. La necesidad de hacer la guerra por todas partes y con los pueblos vecinos es en cierto sentido peculiar del Turco, al tener a todos como enemigos. No así es la condición de España, pues entre Milán y Nápoles está el Papa con la Toscana, que por religión y por razón de Estado están unidos por amistad. De Bélgica y del Nuevo Mundo está más alejada, lo que le hace más admirable, aunque por la navegación está casi cerca de ellos; por su medio y ayuda puede adquirir el resto del mundo que le falta, como más adelante mostraremos. Además aquellas regiones, aunque muy alejadas, son por religión cercanas a España. Por último, en Turquía los hijos mayores del Sultán matan a los menores, esto les hace infames, y fácilmente puede suceder que uno de los menores consiga huir y después haga la guerra a su hermano. Ejemplo es aquel Gemes, hermano de Bayaceto, que después de huir, causó enormes daños al hermano y con ayuda de los cristianos hubiera podido entrar en Grecia, si no hubiese sido envenenado por arte de Bayaceto y la perfidia de los cristianos[4]. Y Selim no emprendió el camino del Imperio,

[4] Gemes o Jem, hermano de Bayaceto, fue asesinado por éste al disputarle el trono. Jem se había refugiado con los de San Juan de Rodas, quienes le mantuvieron prisionero mediante precio de Bayaceto. PASTOR, *Historia de los Papas*, V.

pero reunió las mayores fuerzas, ante todo para no ser asesinado, pero después cuando se le presentó ocasión despojó del poder a su padre y hermano al mismo tiempo, y mandó matar a ambos [5]; en aquel tiempo hubiese podido ser borrado totalmente el Imperio. No omitiré aquí añadir que de esto sólo depende la ruina total para el Imperio turco, el ensañarse con toda crueldad con sus prendas más queridas y consanguíneas. Los otomanos toman mujeres, cuantas quieren, y tienen con ellas innumerables hijos, pero éstos saben con toda certeza que han de ser asesinados, cuando el primogénito suba al poder, por ello es totalmente verosímil que en el reino surjan guerras intestinas en las que se destruya totalmente o se divida en varias partes, facilitándole al enemigo su ataque y destrucción. Nadie tiene que admirarse de que esto hasta hoy no haya sucedido, pues este Imperio todavía no tiene muchos siglos de existencia; Otomano, que lo fundó el año 1328, en tiempo de Benedicto XI, murió en el mismo día [6]. Sabemos, sin embargo, que hubo guerras sangrientas entre ellos y que hacen nuestro pronóstico más seguro, y ello hace que tenga yo más fe en el astrólogo Arquato (Torcuato) [7], quien predijo que en tiempo del decimosexto emperador de los turcos, su Imperio se desmoronaría, a saber, cuando su célebre luna comience a decrecer, o sea,

---

[5] Selim (1465-1521) sucedió a su padre Bayaceto II en 1512, a quien mató junto con sus hermanos, para que no le arrebatasen el trono.

[6] Otomano I, el Victorioso, nacido el 1259 en Soukout de Bitinia.

[7] D'Ancona traduce Torcuato y no Arcuato.

como si se dividiera en dos cuernos, yendo los hijos del Turco a dos partes y dividiendo el reino; y uno, hecho cristiano, pasará a los cristianos. Los dos cuernos significan dos reinos. Con frecuencia suelen los signos ser fatales, como enseña San Juan en el Apocalipsis; a tales reinos por sus signos y símbolos algunas veces llama dragones, otras, águilas, y otras, leones; y Jeremías llama al reino de los Asirios paloma, porque en sus signos se predecía la paloma [8]. En esto es mucho más agraciado el español que el Turco, pues sus hijos apenas rivalizan entre sí.

Es más, vemos hoy que los Austrias, parte por la misma razón, porque son hermanos y consanguíneos, parte por miedo de otros príncipes cristianos y herejes, están más unidos que nunca. Apenas encontrarás más hermanos y consanguíneos en una casa de príncipes que en la de Austria; éstos nunca han violado entre sí el derecho de consanguinidad, ni perturbaron la república con su ambición; más aún, cada uno respeta con gusto el derecho del otro, y tan de acuerdo actúan que parecen muchos cuerpos animados por un solo espíritu y movidos por una sola voluntad. Además, los segundones pueden ser elegidos cardenales y llegar a ser reyes de Polonia o de otras regiones extranjeras; y así, la Casa de Austria por el gran número de hijos, toma mayor auge, cuando por lo mismo la de los Otomanos decrece cada vez más, por no hablar ahora de que ofende a los súbditos también gravemente con esa tiranía. La experiencia también enseña que las mujeres de Austria por medio de sus herencias han contribuido a la riqueza de la misma, de variadas maneras,

[8] Jeremías, 48, 28.

y ayudaron al Imperio de modo admirable; es más, siempre inclinaron los ánimos de sus maridos y sus vasallos hacia nuestro rey, como hoy vemos también claramente en la esposa del Duque de Transilvania, del de Saboya o del rey de Polonia[9]. Y son aquellas mujeres de la Casa de Austria magnánimas y adornadas de virtud y grandeza. Pero el Turco arrendando sus concubinas a los esclavos y bajás, como los llaman, nada consigue del exterior más que la benevolencia y fidelidad de éstos. Por lo cual, según mi parecer, conviene que el Rey de las Españas nunca se case con mujer de la Casa de Austria, si por su medio no hereda alguna otra región, pues favorece mucho más que las tales se prometan a príncipes extranjeros, y así los reyes de las Españas adquieran el ánimo y voluntad de aquéllos. Se ha dicho antes que el Turco extiende su mano contra todos; ello hace que todos a su vez extiendan las suyas contra él; a éstos, sin embargo, engaña frecuentemente con treguas, pues con nadie guarda fidelidad, por lo mismo hay que considerar con toda diligencia cómo tal modo de proceder se vuelva contra él. Para hacerlo más fácilmente, debe el Rey de las Españas enviar gran número de persas a Arabia, dándoles esperanzas de defender su posesión a lo largo y a lo ancho, e inculcándoles la idea de que el Turco es enemigo común, al que tienen que resistir por ambas partes, no sea que vencidos nosotros, también lo sean ellos, y ocupar con redoblado celo de religión la ciudad de la Meca, donde está el sepulcro de Mahoma,

[9] El duque de Transilvania, Cristóbal Batory, 1581-1602. El duque de Saboya, Carlos Manuel, 1580-1630. El rey de Polonia, Segismundo III, 1587-1632.

que fue cabeza del Imperio de aquéllos; y hecho esto con buenos auspicios, lo demás será fácil. Procure también el Rey de España que se haga alianza entre los persas y el Preste Juan, para que éste también lance grandes fuerzas, que podrían llevar los portugueses por el mar Rojo o incluso por el continente, al territorio del Turco, enemigo común, y esto se ha de hacer con el fin de adquirir la región y ensanchar el Imperio, y sobre todo, por la religión, para recuperar Jerusalén, donde está el sepulcro de Cristo, nuestro Salvador (lo que tanto tiempo hemos deseado ya junto con los etíopes). Ambos pueblos deben dirigir allí sus fuerzas simultáneamente. Se ha pensado también que los moscovitas, con quienes se puede llegar previamente a un acuerdo por medio de oradores polacos, penetren al mismo tiempo con su ejército en Bulgaria y Moldavia. Además prevea el rey que a un mismo tiempo el Emperador y el Transilvano penetren en Hungría, y el Polaco en Macedonia y Misia (en el Asia Menor), y así el Turco, perplejo, no sabrá adónde acudir en auxilio. Para alcanzar esta unión universal, los georgianos podrán ser también incitados a ello ocultamente por medio de mercaderes venecianos, para que pongan su pie en Asia Menor y Trapezunta o Capadocia. Y para tener éxito, parece útil que lo que cada uno ocupare, lo mantenga como propiedad suya, a excepción sólo de Jerusalén, que deben ceder al Rey de España. Aquí podría él entrar poco a poco por la facilidad de acceso del Mar Rojo. Es más, que al mismo tiempo los españoles y venecianos obligados por la alianza con el Papa irrumpan en Morea (Peloponeso), Chipre y Egipto, para lo cual será de enorme utilidad contar con la escuadra napolitana, de la que antes se ha hecho

mención. Después, para repartir entre ellos las regiones y lugares adquiridos por la guerra, sea nombrado el Papa juez y árbitro. Y tal confederación entre los príncipes mencionados sea por diez años, porque por lo mismo el Turco, viéndose inmerso en guerra en su propia casa, se retraería de hacerla en Occidente, lo que sería gran beneficio para la Casa de Austria. Es, además, importante la alianza entre los persas y el Preste Juan, pues éstos (los turcos) causarían grandes daños en Occidente. Y esto no sería contrario a los intereses de los venecianos, pues el Turco les causa no pocos problemas, y así tratan de aplacarle con buenos servicios, pues no tienen fuerzas suficientes para atacarle. Hay quienes piensan se puede hacer de dos modos conspiración o alianza con el Turco, con ventajas, o por lo menos, con esperanza de éxito; uno, si todos los príncipes, cuyas regiones son limítrofes con Turquía, le atacan al mismo tiempo, iniciando el asalto cada uno por su parte, no con un número determinado de soldados, sino reuniendo todas sus fuerzas, pues de este modo se apoderarían de iguales ganancias; el otro y más noble, si el mayor número de príncipes, por gloria de Dios e incremento de la Iglesia, le atacan por una o varias partes a la vez, como se hizo en los tiempos heroicos, cuando muchos y magnánimos príncipes de Alemania, de Bélgica, de Francia y de Italia, vendiendo parte de sus territorios, y parte hipotecándolos, reunieron más de 40.000 hombres, y los llevaron a Oriente, y vencidos y arrasados los turcos en Nicea, los persas en Antioquía y los sarracenos en Jerusalén, arrasaron todo el Oriente y en breve tiempo recuperaron Tierra Santa. Debe, ante todo, advertirse que ningún rey, ni el mismo Emperador, fue jefe o conde de aquella

expedición, y aunque después los reyes de Francia y de Inglaterra, los emperadores Conrado y Federico hicieron nuevas expediciones, más por razón de conservar lo adquirido que de nuevas conquistas, nada memorable consiguieron [10]. Es, pues, necesario que en esto haya igualdad de ganancias, si no, todo intento es infructuoso. Pues como en el reloj, cuando una rueda se sale de la órbita, se rompe toda la armonía, así en las convenciones, si una parte comete fallo, se deshace toda la unión, como se vio en la alianza entre Paulo III, Pío V y el Rey Católico y los venecianos, pues, aunque se llevó con el más ferviente deseo de las partes y se alcanzó una victoria increíble, sin embargo, no surtió todos los efectos buscados, por esta sola razón, que no interesaba a todos por igual llevar aquella expedición con seriedad y diligencia [11]. Pues España no vio mucha utilidad en los ataques contra los orientales, no así los venecianos, para quienes era de enorme utilidad, pero a éstos no les interesa mucho hacerla en Africa, en cambio a España le interesa muchísimo. Y así los venecianos temiendo la fuerza turca en Oriente y los españoles te-

[10] Conrado III, emperador, nace en 1093. Elegido emperador en 1138. En 1147 parte para Tierra Santa con Luis VII, asedia Damasco, pero sin resultado alguno, volviendo a Alemania en 1149. Federico II nace en 1194 y sucede a su padre, Enrique IV, en 1197. Hizo voto de combatir infieles. Después de su excomunión por Gregorio IX, en 1228, va a Tierra Santa. Intenta comprar Jerusalén a precio de oro al sultán Meledin, haciéndose coronar rey de Jerusalén. No realizó combate alguno allí.

[11] Alianza o liga entre Carlos V, el Papa Paulo III y Venecia, en 1538, contra el turco. A. G. S., P. R. núm. 1516.

Alianza de Pío V, el rey católico Felipe II y Venecia contra el turco, el 20 de mayo de 1571. A. G. S., P. R. núm. 1660.

miendo la de los argelinos, sus vecinos, nunca pueden proceder del mismo modo contra el enemigo. Y mientras tanto, el Papa, en medio, se ve obligado a hacer grandes gastos sin fruto alguno. Pero volviendo de donde partí, digo que hay otro modo de combatir al Turco: si alguno de sus jefes militares que antes fue cristiano, como lo fueron Cicala, Occhiali y Scanderbeg [12], son sobornados con grandes promesas, por ejemplo con la posesión de una cristiana, para que nos entreguen la escuadra confiada a ellos por el Turco, o incluso si por casualidad gobiernan como virreyes del Turco algún reino, se les promete la propiedad de éste, como puede ser Túnez, Argel, etc. [13] Pues no hay duda de que los tales prefieren ser señores absolutos de un reino, con la esperanza de poderlo transmitir por herencia a los suyos, antes que ser noble esclavo del Turco, que no puede entregar nada vivo ni dejar nada muerto a los suyos. Y ciertamente creo que nada estorba tanto a la rebelión de los tales como el desesperar de poder realizar sus intenciones, dudando de la ayuda y fidelidad de los cristianos. Pero si se actúa con ellos sinceramente y de buena fe, se les puede fácilmente inclinar a ello.

---

[12] Sobre Cicala y Scander-beg ya se ha hablado. Occhiali (Uchi Ali) parece ser el renegado que atacó el flanco derecho de la escuadra de la Liga en la batalla de Lepanto y que causó desconcierto en principio. Cf. MARIANA, VI, 487.

[13] En nuestra obra *Tratados internacionales de España.* II. *Norte de Africa* (Madrid, 1980), pp. CLXXVI-CLXXXVI y 94-113, recogemos las negociaciones de Carlos V con Barbarroja para que éste entregase la armada turca a condición de recibir un Estado en el norte de Africa. Años 1539-1540.

También puede suceder que nazca un generoso vengador en el servicio de aquél, como Moisés entre los hebreos en servicio del Faraón. Si el rey le hiciese confiadamente partícipe de su autoridad, podría sin duda infligir una gran derrota al Turco. Podría hacerse también la unión general entre cristianos, para provocarle a guerra abierta, como antes dije, y después de uno o dos golpes el Turco se vería tan arruinado que no podría volver a levantarse, pues no tiene nobleza que le releve. Y ello es tanto más fácil cuanto que tiene gran número de judíos y de cristianos en su Imperio, quienes si le vieran abatido, se pasarían inmediatamente a nosotros. Para conseguir tal unión se requiere la mayor longanimidad en el Papa y en el rey, o la mayor necesidad, que a ello les obligue. Y conviene que se obliguen entre sí por pactos mutuos de concedérsele a cada uno la parte estipulada de lo que se adquiere y para que aquéllos que obtuvieren la suya, ayuden a los otros a conseguirla, a ejemplo de Rubén y Dan, quienes después que hubieron ocupado la región citerior del Jordán, ayudaron a sus hermanos a someter la parte ulterior [14]. Deben persuadirse todos y cada uno de que el Turco estuvo prefigurado para nosotros en el rey de los asirios, quien después de derrotar al reino de Israel, es decir, al reino oriental, que es Bizancio, atacaría también el reino de Judá, es decir, el occidental, si no hicieren penitencia y volvieren al gremio de la Iglesia Romana, que es nuestra Jerusalén, como he escrito en mi *Monarchia christiana* [15], y

[14] Números, 32.

[15] *Della monarchia dei cristiani* (1593). Obra perdida. FIRPO, LXIX.

se destruiría el imperio con el sacerdocio a la vez, si así no hicieren, y pasaría al Nuevo Mundo, como he demostrado con argumento político, y tal vez sucederá así. Muerto el Turco, que es el Ciro típico, la Iglesia se renovará. Es, pues, del todo necesario que todos se unan para destruir a este lobo rapaz, que con sus fuerzas y astucia nos arrebató dos Imperios y doscientos reinos, mientras nosotros andábamos en discordias mutuas. Y si esto no puede hacerse, hay que llamar a Persia, Etiopía, Moscú y Polonia, como antes dije.

Creo también que barones y súbditos se apartarán del Turco a toda prisa con tal de que tengan esperanzas de ser señores absolutos de aquello que cada uno posee. Todas estas cosas deben hacerse a la muerte de Mahomet III [16], pues aquel número es fatal. Deben coger y apoderarse de los hijos naturales del gran Turco, para que no sean asesinados por el hermano mayor; esto bien pueden hacerlo los venecianos por medio de sus mercaderes; más aún, puede ser encomendado a los cautivos cristianos. Y una vez que este Imperio esté debilitado y dividido, es conveniente introducir oradores para convencer a los habitantes de su error. Hay que procurar por todos los modos llevar la tipografía a Turquía, para con ella distraer de las armas a la gente y para que se distraigan y debiliten por medio

[16] Mahomet III sucedió en 1595 a su padre Amurat III a los veintisiete años. Como hemos visto, a Campanella le impresionaba la crueldad del turco. Este Mahomet mató a diecinueve de sus hermanos y diez mujeres que su padre había dejado encintas. Mahomet muere de peste en 1603. No sabemos si Campanella conocía, cuando escribe, la enfermedad del sultán, por el hecho de que normalmente tendría que vivir muchos años más.

de disputas teológicas y filosóficas de peripatéticos, estoicos, platónicos y telesios.

Pues quien se dedica sólo a las letras, claramente puede ser presa de quien se dedica a la vez a las armas y a las letras, como sucedió a los atenienses, que fueron fácil presa de los lacedemonios, y a ambos sometió después Filipo de Macedonia, aleccionado por Epaminondas. Catón solía decir que los romanos perderían el Imperio cuando fueran atraídos al estudio de las letras griegas. Esto comprendió bien el Turco con más prudencia que nosotros, pues prefirió las armas, aparato bélico y servidumbre, o sea, los judíos que le envió Fernando, el último rey de Aragón, ya que entendió muy bien qué y cuánta utilidad puede reportarle la servidumbre y que los hijos de ésta pueden ser instruidos para la guerra; excluyó también la tipografía que le había transmitido el gran Duque de Etruria, porque no quiso excesivo número de libros, con los que se enerva la fuerza militar, y el mahometismo con disputas cotidianas podría ahogarse fácilmente. Nos perjudicó muchísimo el no tener ley del silencio, obligados a ocultar algo a otros, ésta sería de suma utilidad. En Alemania todo se propaga y se divulga, así resulta que allí cada uno se fabrica nuevas biblias, el Imperio va a la ruina y todo se derrocha con el lujo. Si el miedo a los católicos no hubiese mantenido a los belgas en las armas, hoy serían tan afeminados como los alemanes, y lo mismo les sucedería a los ingleses, y es de esperar que éstos, si no se ejercitan cuando surja una guerra, pronto perecerán todos, pues se hicieron blandos, no agresivos y pendencieros, como antes hemos mostrado, y ello tanto más cuanto que su herejía que niega el libre albedrío repugna a toda razón política.

Toda herejía, cuando se desliza al ateísmo, puede ser reconducida al camino de la verdad por un sabio profeta, como en Italia lo fueron Tomás, Domingo, Escoto y otros, pues tienen las herejías su oportunidad, al modo de las repúblicas, que pasan de los reyes a la tiranía, de la tiranía a un estado de aristocracia, y de ahí a la oligarquía, y por último a la democracia, volviendo de nuevo a la monarquía y a la tiranía.

CAPITULO XXXI

EL OTRO HEMISFERIO Y EL NUEVO MUNDO

El admirable descubrimiento del Nuevo Mundo, previsto por Santa Brígida [1] y predicho por Séneca en su *Medea* con palabras claras, descrito con profusión de detalles, como la Sibila se había atrevido a decir [2], hizo que todo nuestro hemisferio fuera sobrecogido de gran admiración.

Algunos de los más antiguos filósofos, entre los cuales se cuenta Jenofonte, creyeron que todo aquel hemisferio estaba cubierto de agua [3]; otros, como Lactancio y San Agustín [4], que no había orbe envuelto por el sol; otros también creyeron, como Dante [5], que aquellas regiones estaban deshabitadas y que era una especie de paraíso terrestre; algunos dudaron de su existencia, como Aristóteles [6]; algu-

---

[1] Santa Brígida en sus profecías, escritas por un monje e impresas en Roma en 1455 y en Lyón en 1536 con el título *Prophéties merveilleuses de Ste. Brigitte.*

[2] SÉNECA, *Medea* 375.

[3] No aparece en los léxicos de Jenofonte tal afirmación.

[4] LACTANCIO, *Divinae institutiones* III, 24; SAN AGUSTÍN, *De civitate Dei* XVI, 9.

[5] DANTE, *Divina Comedia. El Purgatorio,* XXVIII. *Ad sensum.*

[6] ARISTÓTELES, *Meteorológica* B I, 354 a 22; ESTRABÓN, 13, 598, lo dice de Aristóteles.

nos afirmaron que existía, entre los cuales se encuentran Platón y Orígenes [7]. Todos admiran la monarquía española por su audacia y poderío, porque sometió tantos mares y recorrió todo el globo terráqueo, lo que Cartago ni Tiro pudo realizar ni el sapientísimo Salomón, cuya armada enviada a Goa y a Ceilán, gastó tres años completos en aquel viaje, lo que hoy realizan los nuestros en tres meses. Aunque tan grandes dimensiones geográficas parezcan debilitar la monarquía española, sin embargo, la pericia admirable y provechosa en el arte de navegar, y otros modos de unión, los que hoy utilizan los españoles, o mejor, pueden utilizar, le dan esplendor y la tornan admirable más de lo que algunos quizá piensen. Pero para mantener no sólo lo que posee, sino también para aumentarlo, es conveniente exponer los errores que hasta ahora han cometido, y que deben cuanto antes corregir, aduciendo yo los medios por los que ella puede aún hoy engrandecerse. Después que los españoles penetraron por primera vez por Occidente en el Nuevo Mundo, los habitantes de aquél los contemplaron atónitos y con estupor; al desconocer nuestro orbe, creyeron que eran seres bajados del cielo, y que eran hijos de las nubes, porque lanzan truenos por medio de sus máquinas de guerra; y oyeron con pavor hablar de cartas y escrituras, todo lo que nosotros admiramos al comienzo, pues no todo se nos ofreció a nosotros de repente y a la vez y en un momento, como les sucedió a aquéllos; además todo lo que es inusitado poco a poco se nos hace familiar por la costumbre; por último, todos ellos se hubiesen entregado a los españoles, a los

[7] PLATÓN, *Timeo* 24 b-25 c.

que creían dioses, si no hubieran desechado el pensamiento de que eran seres divinos, ante su vida disoluta y corrompida, pasmados ante su forma de avaricia y crueldad por el oro que ellos menospreciaban, hasta tal punto que aquellos habitantes se vieron obligados a correr a los montes y a defenderse. Y ello fue causa de que los españoles no se hicieran dueños de toda la región de Perú, que se dice superar en magnitud a Africa en su segunda mitad, y sólo tengan la costa llana y abierta, y que no hayan podido continuar hacia el Norte más allá de Florida, Nueva España, Nueva Francia, los Bacalaos y Méjico, siempre rechazados por los bárbaros. De donde es claro que aquéllos ante todo habían debido favorecer la estima que de ellos habían concebido con una vida ejemplar, pues así hubiesen puesto todo en sus manos. Más aún, hubieran debido proclamar abiertamente que ellos eran hijos del mismo Dios, no de las nubes, y creados por semilla mucho más noble y con alma inmortal, y que Dios creó cielo y tierra y todo lo dispone y gobierna a su arbitrio, y cuanto más noble es cada una de las criaturas, como los hombres son hijos de El y semejantes a El, tanto más se preocupa de ellos y los tiene más bajo su protección que a todo lo demás; que todos los hombres pecaron con su primer padre inobediente, al que están más dispuestos a imitar en el mal que en el bien; que sin embargo, son amados de Dios, padre de todos, tanto que buscó los medios de traerlos de nuevo a su culto y al fin llevarlos consigo al cielo, enviándoles doctores, Abel, Enoch y otros. Pero que ellos, siempre caminando hacia el mal, irritaron a Dios, su padre, quien en un momento con el diluvio universal destruyó a todos, a excepción de una única familia; y que El

mismo separaba con el agua en medio nuestro orbe del de ellos, como afirmó también Platón en su *Atlántida*[8]; y que Noé envió colonias a su región, y toda aquella región con Perú hasta los Bacalaos la llenó de habitantes, y que después toda la descendencia de Noé, bajo la que estaban también éstos comprendidos, pecó, a excepción de unos pocos, y que después fueron enviados por Dios nuevos maestros, como Moisés y otros, para quienes, por tener el mundo poca fe, Dios mismo tomó carne humana y por amor a nosotros se vistió de nuestra naturaleza. Todo ello por palabras de persuasión amistosa, no por violencia de armas. Después, que Dios mismo con su propio ejemplo experimentó lo que enseñó, y demostró de qué modo debemos hacerlo aquí en la tierra, y que, después que nos enseñó que nosotros no debíamos apartarnos de Dios o del culto divino ni siquiera por el terror de la muerte, El mismo, el primero, sufrió la muerte a manos de crueles tiranos, para que sigamos sus huellas, y que al tercer día resucitado de entre los muertos, subió al cielo, dejando en la tierra su vicario, que llaman Papa, quien se sienta en el tribunal de Aquél, imbuido de sabiduría divina, con muchos doctísimos príncipes que defienden la verdad divina, entre los que tiene la primacía el Rey de las Españas. Por último, que Dios, movido de misericordia hacia ellos, aun cuando eran idólatras, pues violan la ley natural, les envió a los españoles, sus hermanos, para traerlos al camino de la verdad (de la cual aquel mundo se separó por el diluvio) y atraerles hacia sí por el Papa y el Rey de España. Y que a nosotros nos ha dado la ciencia de construir na-

[8] PLATÓN, *Critias* 113; cf. *Timeo* 24 b-25 c.

ves, de domar el mar y los caballos, el modo de hacer las cartas geográficas, para que comprendiéndolo todo, nos presten fidelidad; y que nosotros podemos hacer muchos milagros además de los que El mismo hizo en este mundo, como es sanar enfermos y resucitar muertos, con tal de que obedezcamos a sus santísimos preceptos y de que hayamos sido limpios de pecados, bautizados en agua y en nombre de Dios único y por gracia invisible. Y que las armas nos las dio para vengarnos de todos los que pretenden impedir la semilla de la verdad.

Este exordio siempre fue útil para seducirlos y elegir los que parezcan idóneos por su fisonomía e instruirlos en esta doctrina, y después enviarlos, como aquella Samaritana, a llamar a sus paisanos, con toda cortesía y mansedumbre, sin crueldad y sin avaricia, y persuadirlos de que no nos cuidamos del oro más que de ellos, que lo usamos tan sólo para el canje de las cosas, y que lo buscamos sin ninguna avaricia, mostrando que nosotros les traemos hierro en vez de oro, que es más útil que todo oro para cultivar la tierra y para proteger la misma vida. Hecho todo esto, convino poner en las naves gran número de aquella gente, como por mandato divino manifestado al Papa y al Rey de las Españas, a cuyas regiones fue conveniente llevarlos y repartirlos por las colonias de Africa y de allí pasarlos a España para trabajar, cultivar la tierra y ejercer las artes mecánicas, mientras los españoles están en la milicia y mientras van poco a poco sometiendo toda la región de aquéllos. Pero los españoles que primero entraron allí, fueron rudos y simples soldados, no conocían cuánto valor tiene en los hombres el sentido de la divinidad, para someterlos, y como entrando de repente en los

confines de enemigos próximos, comenzaron a arrebatar el oro, y a procurar poco su salvación, amenazándoles sin mandato alguno, para que se dejaran bautizar y creyeran que Cristo fue por ellos crucificado. Tales cosas a primera vista son de lo más absurdo, a saber, que lleven a uno al cielo con el agua y que Dios pueda morir, y al principio fueron escándalo para todos, como dice San Pablo, al no observar la regla apostólica «Predicar a los hombres». Así, pues, rechazados por el pueblo, comenzaron a matarlos, de los que huían al monte, los españoles corrían a su caza, como si fueran fieras, y vueltos a España, todos se vanagloriaban de los que habían matado. De esta manera dejaron la tierra desierta de todo ser humano en tres mil leguas a la redonda, no pensando que por humanidad común éstos eran hermanos suyos, y que todos nosotros traemos nuestro origen y género de Noé, y que porque aquéllos no están bautizados, no se deben por lo mismo considerar como bestias. Así, aquellos desgraciados al ver que el oro era lo más estimado por los españoles, y ciertamente más que los mismos hombres, se ofendieron diciendo que ellos hacían un Imperio con una pequeña aspersión de agua, o sea, con el bautismo, no de otra manera que los lobos, que suelen desear dominar otros animales y despedazarlos. Se volvieron, pues, a los montes y algunas veces encontrándose con los españoles los vencieron, de tal suerte que aun ahora, aleccionados, procuran vencerlos con las armas, no reverenciándolos como a dioses, sino repeliéndolos como a los rapaces. Así ha surgido otro mal, a saber, que España, careciendo ella misma de gente, se ve obligada a enviar colonias a aquellas regiones, y si públicamente hay que decir lo que es en realidad, aquellos

soldados, tan pocos en número, apenas hubiesen podido sostener aquella región tan vasta. Para curar el miedo se lanzaron a matar, y ello es suma ignorancia y crueldad. Por eso creo que el Rey de las Españas tiene que esforzarse más por hacer aquella región más frecuentada antes que sacar de allí oro y plata, si es que quiere obtener provecho de ella y continuar siendo señor de la tierra. Ante todo procure que se les escriba el catecismo en su propia lengua, que se les enseñe con prioridad los principios de la ley natural y de la providencia divina; después, la historia del mundo hasta el nacimiento de Cristo y hasta nuestros tiempos, de una manera sucinta y breve, según la fórmula que propuse en el exordio, fórmula que utilizaron los Santos Padres para convertir a los paganos a la fe cristiana, como Clemente y Lactancio, y no prolijidades, como hacen nuestros escritores de hoy. Deben elegirse también algunos de entre aquella gente, y éstos adoctrinados en la fe cristiana desempeñen el oficio de sacerdotes y predicadores, y sean enviados a sus paisanos que habitan en los montes, hasta donde los predicadores españoles no pueden llegar, para ofrecerles su hermandad, y les enseñen lo que el Papa y el Rey de las Españas, en nombre de Dios, quieren anunciarles, y con qué severidad Dios castigó nuestro mundo con las herejías y el mahometismo, por la inhumanidad de los primeros soldados. Y envíe ahora el rey de nuevo gente que los invite a la fe cristiana con suavidad y sin molestia. Se les deben también unir algunos de los nuestros, quienes si realizaren eficazmente su labor, sean promovidos a la dignidad episcopal o a la de abad, para que los demás sean estimulados a actuar de manera semejante. Y parece de todo punto necesario que

se funde alguna orden de predicadores del Nuevo Mundo, expresamente con este nombre, pues la realidad lo exige. Y debe procurar también el Rey de las Españas que esta tierra se torne populosa y plenamente habitada, antes que exterminarla. A los que no quieran convertirse, hágalos siervos a imitación de los romanos y de Lúculo, quien tuvo él solo 40.000 siervos, cuyo trabajo usó para allanar nueve montes[9]; puede también el rey utilizarlos en las trirremes. Y conviene promocionar en artes mecánicas y fabriles a aquellos que aceptan la conversión, para que los españoles puedan dedicarse sólo a las armas, imitando a Creso, rey de los lidios, quien a todos cuantos venció por las armas, los dedicó a las fábricas, y a los suyos los mantuvo siempre en las armas[10]. Por lo cual, pienso se debían transportar gran número de indios a España y Africa y levantar en las costas de Africa y de Asia ciudades populosas, cuya defensa y tribunales se entregarían a los españoles, y la agricultura y artes mecánicas a los indios o a otros siervos semejantes y convertidos a nuestra fe. Y convertidos sus reyes y llevados a España, dénseles baronías, para que el Imperio se haga famoso por ellos y para que aquellos pueblos se acostumbren a amarnos a nosotros y a nuestras regiones. Si el rey hubiera hecho esto, hoy tendría más tierras en Africa y Asia, y España sería más frecuentada y más fuerte, y el Nuevo Mundo mucho más rico. Por ello fue totalmente absurdo hacer de aquella tierra

---

[9] De Lúculo escribe PLUTARCO su vida, en *Vidas paralelas*. También hay referencias a Lúculo en CICERÓN, *Pro Sestio*, y en VARRÓN, RR 3, 4, 2 y 8. 3, 17, 9.

[10] De Creso habla HERÓDOTO, I, 6ss. PLUTARCO, *Solón* 27.

una tienda de oro y plata, y no de hombres, cuando éstos son mucho más valiosos.

Y pueden hacerse también soldados de aquellos indios artesanos y con el tiempo hispanizados, como fue costumbre entre los turcos hacerlo con los nuestros. Además, en cada provincia del Nuevo Mundo créese una escuela austríaca de jóvenes soldados, quienes no reconozcan a otro padre que al rey, y escuelas de mujeres; de esto hablé antes, y escuelas de náutica, de esto también hablé antes. Así el rey en treinta años, con abundancia de domésticos y fieles, no tendrá necesidad de soldados mercenarios y se ganará los ánimos de los indios al ver éstos que sus hijos son educados tan liberal y honestamente, y que ya no serán tan salvajes como lo fueron antes; así condescenderán más fácilmente en servir a los españoles. Por último, será necesario unir la parte de Nuevo Mundo con la del nuestro en cuanto sea posible, pues distan mucho entre sí, toda vez que todo Imperio sin unión es manco. La primera forma de unión es la religión. Por esto, hay que poner torres en todos los puertos y estuarios, no sea que los ingleses irrumpan importando la herejía, con lo que todo intento español se perdería. Nada con tanta reverencia se debe tener ante este pueblo como el nombre de Papa, para qu se adhiera más firmemente a nuestra religión, y tenga necesidad de pedirnos una regla de vida temporal y un modo de conseguir la vida eterna.

Segundo, que el rey sea señor absoluto, pues si otro cristiano fuese elegido rey en aquella parte, se acabaría nuestro rey; y de nadie hay que temer, si no es de algún varón, sobre todo si surgiere de la prosapia de algunos de aquellos que ocuparon el Nuevo Mundo, como podría ser

de Colón, que fue el primero en llegar a aquella tierra, o de Cortés. Es necesario que a los héroes que realizaron tales gestas se les ensalce con los mayores honores y dignidades, pero fuera de la región que conquistaron, como al Marqués Vagliensis, nieto de Colón [11], al que poco faltó una vez para que fuese elegido rey; es más, los llamados virreyes podrían arrogarse el poder.

Por lo cual, debe ponerse al frente del Nuevo Mundo un barón poderoso que tenga grandes dominios en Italia o en España, o al menos, un cardenal u obispo, que tengan entre nosotros muchos consanguíneos. Las fortificaciones y las fortalezas deben entregarse a jefes castellanos, que esperan del rey remuneración, y los virreyes habiten en ciudades, no en fortalezas; hay que procurar que los prefectos de las fortalezas y los virreyes estén muy en desacuerdo entre sí. A las regiones vencidas por los portugueses dótenlas de jefes españoles, y viceversa, uniendo el Imperio, el reino se administrará así con más tranquilidad y seguridad. Envíense también con frecuencia clérigos para inspeccionar las fortificaciones, y sobre todo capuchinos. Hay que reprimir la autoridad de cada uno, y no conceder excesivo poder a cualquiera en asuntos de gran importancia, sino que todos deben gobernar juntos o por cartas, como se hace en los asuntos de Italia que atañen al Estado, que se confían muy bien al legado del rey, al virrey de Nápoles y al gobernador de Milán. La tercera unión es de bienes. Yo pienso que el rey debe repartir por ley agra-

[11] El «Vagliensis» del que habla Campanella y le hace nieto de Colón no se sabe quién pueda ser; ningún nieto de Colón estuvo a punto de ser rey, si no es el marqués del Valle, pero de la familia de Hernán Cortés.

ria toda la tierra recientemente ocupada entre la turba inepta para la guerra y entre los españoles débiles junto con los africanos e indios allí transportados hace poco, pero con esta condición, que ninguno de ellos posea algo como propio, sino que todo sea del rey, a excepción de los sacerdotes. Campos, artes y oficios deben cambiarse con frecuencia, para que todos sirvan a sólo el rey, que es el que da todo; pero tengan para sí los frutos que se recogen de la tierra. Y constitúyanse jueces de entre los clérigos, para que asignen a cada uno lo suyo y se adjudique una parte para su sustento, otra para sustento de los soldados y otra para tributo del rey; y éstos inspeccionen, para que los soldados españoles no tengan más que las armas, a no ser un huerto para descanso; y sean alimentados de los fondos públicos, pero sus hijos, los que son ineptos para las milicias, sean puestos en el arado, y en su lugar alguna vez, para que todas las posesiones sean propias del rey; los agricultores ejercítense en las armas, sobre todo los que son aptos. Así se administrará la región según deseo del rey, él mismo será amado, y los súbditos no desearán posesiones amplias que están destinadas al solo servicio militar, por lo cual aumentarán cada día. Y cuando parezca conveniente, deben enviárseles vides y semillas de otras plantas para que tengan con qué deleitarse, pero de tal suerte que siempre necesiten de nuestra ayuda para mantenerse; si se les niega el cultivo de viñas, campos y armas con el uso de tipografía y astilleros, el rey caería fácilmente en sospecha de tiranía. En los lugares adecuados de aquel hemisferio deben erigirse escuelas de astronomía, de matemáticas, de mecánica y otras, como antes se ha indicado, para que investiguen las constelacio-

nes, los mares y las regiones de aquel lugar. De ningún modo deben ser muertos reyes o régulos de aquella tierra, antes deben ser llevados a España, pues ello engrandecerá la majestad del Imperio, y ello hará no poco para atraerse el favor de los habitantes.

CAPITULO XXXII

LA NAVEGACION

Pero para mantener aquel Nuevo Mundo en la fe es necesario que se construyan muchas naves y se saquen al mar, que lo crucen continuamente cargadas de mercancías de una parte a otra, y continuamente navegando alrededor impidan a los ingleses y a otros a hacer lo mismo. Para ello necesita el Rey de las Españas muchas naves que estén dotadas de suficiente número de marineros para guiarlas y llevarlas, y para subyugar todo el Nuevo Mundo, con Africa, Asia, Calcuta, China y Japón y las islas. La manera de hacer todo esto es fácil, con tal de que él prefiera reunir antes hombres que dinero, una vez que se ha visto que ha fracasado en sus expediciones contra Inglaterra, Bélgica y Francia, por la excesiva seguridad en el dinero y por la penuria de soldados. Por tanto, en primer lugar, en todas las islas, en Sicilia, en Cerdeña, en Canarias, en el Archipiélago S. Lázaro, en la Española lo mismo que en Filipinas, debe crear escuelas náuticas y construir astilleros en las costas marítimas de España, en las que los niños aprendan a hacer naves y trirremes, a distinguir las estrellas y conocer la razón de la aguja de marear y de las tablas marítimas, y que todos puedan hacer esto, inclu-

so los de poco ingenio; y si alguna vez despuebla un lugar, debe ser por razón de cautivos antes que por espolio, a saber, siendo más prudente y cambiando el oro y la plata a mayor precio.

Se deben construir puertos y astilleros dondequiera que se lleve su escuadra, ante todo en la boca de los ríos y de las ensenadas, y construir naves y trirremes; para su votadura será útil la ayuda de los marineros instruidos en las escuelas antes mencionadas. Tercero, conseguido el aumento del número de hombres, trate con los portugueses y genoveses más ricos para que a ambos les sea lícito fabricar naves y trirremes y con ellas navegar alrededor del Nuevo Mundo, que ya es casi totalmente español, y entrar en los puertos, tomar ciudades y castillos y reservarse toda presa allí acumulada, con tal de que restituyan al rey aquellos lugares con todos los niños pequeños de ambos sexos para llenar las escuelas. Y cuando ocupan una gran región en su totalidad, reciban todas las baronías como remuneración. De este modo se enriquecerá el rey, y los genoveses serán instrumento para asegurar y ensanchar su reino, los cuales poseen tantas riquezas que pueden ellos solos sacar al mar armadas completas contra el Turco y conquistar innumerables regiones. Por tanto, las armadas reales siempre deben ser mayores y mejor pertrechadas.

Cuarto, los de Holanda, de Dantzig y los godos, como antes se dijo, deben ser invitados a hacer lo mismo, pero dejando sus hijos como rehenes, no sea que los lugares ocupados se los apropien o introduzcan en ellos las herejías. De este modo vendrían más pronto a someterse al rey, a ejemplo de los genoveses, incluso sin armas, y todo el mundo adoptaría las costumbres españolas. Quinto, al

séptimo año deben ser llamados los condenados a muerte y bajo forma de pena mitigada ser deportados al Nuevo Mundo, y los hijos de los herejes y de otros recientemente subyugados en Bélgica o en Africa deben ser reunidos y puestos en escuelas, para que presten un útil servicio al rey en los asuntos náuticos y agrícolas. Y que lo sepa bien el rey, no tiene necesidad de otra cosa que de hombres y sobre todo de uno muy experimentado y muy brillante en dirigir sus negocios, como fue Licurgo o Solón. Esta clase de hombres se encuentra hoy más que antiguamente, pero cuando ciega la envidia, apenas se reconocen.

Deben ser enviados también por todo el mundo matemáticos belgas y alemanes para conocer los movimientos de los astros, constelaciones y lugares terrestres, profundidad de los mares, movimientos de Oriente hacia Occidente con sus temperaturas y corrientes y que el 25 de la luna crecen, y el 26 decrecen, cuáles son más adecuados para la navegación en verano, cuáles en invierno, y bajo qué estrellas, en qué partes hay aguas profundas, en cuáles, por el contrario, aguas finas, cuáles se hielan con el frío y cuáles no, con todos los escollos, islas y fosas, pues el conocimiento de éstos promoverá la monarquía española más que cualquier otra cosa. Dios mismo quiere que esto se conozca como su obra, y revela todo ello a los que tienen afán por esta ciencia. Deben también anotarse con diligencia los lugares habitables, y los climas benignos, dónde los pigmeos, dónde los gigantes, dónde los negros, dónde los rubios, dónde los blancos, dónde los cetrinos, pasando de un clima a otro. Pues el conocimiento perfecto del mundo es una como posesión de la mitad de él.

Y Dios mismo dio a los españoles el mundo para que lo posean, porque están imbuidos de un deseo más ferviente de conocerlo. Y a Colón lo adornó de honores y dignidades, porque deseó conocer el mundo, criatura de Dios. Es más, este modo de conocer es útil para subyugar y enervar a los nórdicos con la admiración de los españoles.

Para llevar siempre de un lado a otro con seguridad las naves, debe el rey instituir órdenes de caballería marina, a imitación de los de Mileto, y sus jefes residan en España, y se dividan en dos colegios, el Oriental y el Occidental, en los que aprendan el oficio de marino desde la niñez y hagan noviciados, dando juramento de que siempre recorrerán los mares y de que se esforzarán en proteger y engrandecer el reino de España. Para ello deben utilizarse, sobre todo, los segundones, quienes en el mar ejercerán el oficio de jefes y soldados. Y si el rey se inclinare a hacer todo esto, se hará temible a todo el mundo, e incluso a Inglaterra, a la que ahora teme, y a turcos, persas y otros les cortará toda esperanza de sacar las naves, y a la vez las prebendas, que arrebataban hombres sin oficio, pasarán a tales caballeros héroes. Hay que proponerles también premios a aquellos esforzados propagadores de la patria, como lo fue Cortés, no sólo en metálico o de posesión útil, pues éstos huelen a avaricia, y hacen venales, sino honores, para que triunfen al modo de los romanos y entren en España por arcos triunfales en los que estén pintados los lugares recientemente ocupados, de la forma en que aquellos héroes los ocuparon; deben erigirse también estatuas en su honor, con estrellas de metal del Nuevo Mundo. No puede expresarse en palabras cuán útil es esto para mantener la disciplina militar, para exci-

tar los ánimos o para intentar hacer algún hecho importante. Mucho ayudaría a este propósito, que el rey mandara constar en actas los hechos gloriosos no sólo de jefes, sino también de soldados, con su propio nombre, pues ello sería estímulo para los demás soldados. Si los monumentos y breves inscripciones en capillas por el deseo de gloria suscita en los vivos el afán de la virtud, ¿qué pensáis que será si muchos ven sus nombres escritos en anales o historias difundidas por todo el orbe y que siempre se celebrarán? En esto erraron intencionadamente nuestros castellanos, quienes, habiendo hecho gestas dignísimas de recuerdo, como son el recorrer tantos mares, el descubrimiento de tantas islas y continentes, y sobre todo el descubrimiento del Nuevo Mundo, a nadie dieron esto para que consagrara en memoria eterna sus gestas, superiores en mucho a las de griegos y romanos, escritas y transmitidas a la posteridad. Y en esto los portugueses aventajaron a los castellanos, pues aquéllos encontraron el modo de propagar sus cualidades, tanto en lengua latina como en la lengua vernácula. El segundo premio sea útil, y sea la baronía más grande de aquel reino; su rey llevado a España debe ser imbuido de la fe católica, y se le ha de dar una baronía a poseer en España, con la cual se haga más ilustre y lo sepan los demás príncipes del reino recientemente adquirido; y que los reyes que abrazan nuestra religión no sean muertos, como Moctezuma, Atahualpa y otros régulos, antes sean recibidos con cortesía y se les tenga con benignidad, pues el miedo de un posible asesinato les incita a tomar las armas contra España. Los asuntos de Estado tienen un algo que, ignorado, todo lo demás se torna difícil y sutil; es como en la navegación, unos

extienden las velas, otros reman, otros meten o sacan lastre, y sin embargo, todo es inútil si un prudente piloto no dirige con pericia el trabajo de los demás.

Por lo cual, España necesita, sobre todo, un hombre sabio, que conozca en qué parte del reino está el problema, sin éste toda conspiración, toda maquinación, trabajos, gastos y consultas volverán de nuevo.

Después que el Papa Clemente VIII [1] inició la reforma del clero, todos ponían sus esfuerzos en crear nuevas leyes, órdenes, ceremonias y ayunos con la vestimenta que cada uno debía vestir; y yo, viviendo entonces en Santa Sabina, dije en público que todo esfuerzo de los comisarios era inútil, pues la regla sola basta para que se realice todo, y que aquéllos no saben dónde está el nudo de la cuestión; y añadí que la importancia de toda reforma consistía en que ningún monje guarde llave propia o la de la cerradura de su celda o de su peculio, sino que una sola llave del dormitorio abra peculios y celdas de todos y así se pondría fin con un solo acto a las propiedades, libros deshonestos, regalos y poesías obscenas. Pero una vez que los jefes y priores de esta nave vieron que en ello les iba su propio mal, ninguno quiso ir al meollo de la cuestión, y quisieron que se dieran leyes tan sólo para novicios, y no para sí mismos. Así la buena intención del Papa se tornó baldía.

Por lo mismo, España tiene necesidad de un sabio Palinuro [2], bajo cuya dirección se administre con exacti-

[1] Clemente VIII, Papa desde 1592. Es el que levantó la excomunión a Enrique IV de Francia y contribuyó a la paz de Vervins entre Francia y España.

[2] Palinuro, piloto de Eneas. Cf. VIRGILIO, *Eneida* III, 202, 562.

tud todo lo prescrito. Ello engrandecerá la majestad del Imperio más que las cautelosas sugerencias de Maquiavelo, que nada tienen de buena conciencia y disimulan además la tiranía y crueldad de los príncipes, armándolos de ley de majestad o de cosas semejantes, incluso de mujercillas no tolerables, no diré de pueblos, acostumbrados a la libertad. Así, no puede causarme bastante admiración el que hayan existido personas que hayan puesto por las nubes a este autor impío con sus consejos, como si fuesen normas e ideas de buen gobierno. Y de ello no me admiro tanto como me indigno viendo que en la administración de las repúblicas algunos han aceptado la opinión de que hay cosas que son lícitas por razón de Estado y otras por razón de conciencia. Ciertamente nada puede pensarse más absurdo e impío que esta opinión. Pues quien sustrae a la conciencia su jurisdicción universal sobre todas las cosas humanas, tanto las públicas como las privadas, muestra que no tiene conciencia ni Dios. Las mismas bestias por cierto instinto natural buscan lo útil y rechazan lo que les perjudica; ¿la luz de la razón y el dictamen de la conciencia dados al hombre para que sepa discernir el bien del mal, se cegarán en los asuntos públicos y faltarán en los de importancia? No sé qué deseo me acucia con frecuencia de mostrar por escrito lo que debe censurarse en tal autor, tanto en él como en sus seguidores, consejeros de príncipes y partícipes del reino, pues todos los escándalos de la Iglesia de Dios y las perturbaciones del mundo han surgido de aquí; y, sin embargo, lo descubrí en otro tiempo, una vez que vi que otros habían escrito con profusión de esta materia, y que para ellos era por sí mismo bastante claro. Y así tomé

entre manos otra cosa, para ilustrar la majestad del Imperio español, y que para conservarla se requiere más esfuerzo que para adquirirla. Porque las cosas humanas casi por su naturaleza, unas veces crecen y otras disminuyen, como la luna a la que aquéllas están sujetas. Por lo cual, es de singular e increíble importancia y de esfuerzo casi sobrehumano retenerlas con seguridad, y una vez aumentadas conservarlas, para que no vayan a peor. Porque la ocasión de adquirir, la suerte y los errores de los enemigos y otras cosas ayudan muchísimo; todo ello, sin embargo, está fuera del alcance del hombre, pero una vez que surge, el guardarlo es propio de un ingenio excelente y de una gran prudencia. La fortaleza ayuda a adquirirlo, pero la prudencia, y ésta de unos pocos, es necesaria para conservarlo. Contra alborotos y discordias, la mayor fuerza; la paz y tranquilidad precisan buenas artes [3]. Los lacedemonios, para mostrar que era más importante conservar lo suyo que ocupar lo ajeno, sólo castigaron a aquellos que habían perdido el escudo, y no a los que habían perdido la espada; y entre los alemanes, el haber abandonado el escudo, la pena principal era el no serles lícito estar presentes en las ceremonias sagradas o celebrar una asamblea. También los romanos acostumbraban a llamar a Favio Máximo escudo de su república [4], y a Marco Marcelo, espada [5]. Consta también que ellos estimaron más a Favio que a Marcelo. Esta misma opinión tuvo Aristóteles, quien en su *Política* afirmó que el oficio del legislador no es fundar y organi-

[3] *In turbas et discordias pessime cuique maxima vis, pax et quies bonis artibus indigent.*

[4] Fabio Máximo en PLUTARCO, *Fabio Máximo* 19.

[5] Marco Marcelo en PLUTARCO, *Marco Marcelo* 9, 7.

zar Estados, sino el hacer cómo éstos puedan mantenerse siempre [6]. No debe movernos a pensar lo contrario el que los fundadores de reinos fueron siempre más estimados que los conservadores de los mismos; pues ello se debe a que los resultados de aquéllos impresionan más a la vista y provocan más el aplauso, y tienen más de ostentación y novedad. Y éste es el motivo por el que muchas expediciones provocan mayor aplauso y gustan más que la habilidad en conservarlas pacíficamente; pues cuanto más tranquilidad tienen tanto más ingenio y juicio demuestran en aquel que sabe utilizarlos. Los ríos perennes son mucho más nobles que los torrentes nacidos de lluvias repentinas y por ello muchos subsisten para contemplarlos con admiración. Así, mayor admiración causa en el vulgo el que conquista que el que conserva. Sin embargo, es verdaderamente más difícil, como dijo Floro, sostener una provincia que hacerla [7]; con la fuerza se hace, con el derecho se conserva. Concluimos, pues, con aquel dicho del poeta: «No es menor virtud defender lo que ha surgido que buscarlo» [8].

Parece que se ha hablado bastante de la prudencia y de la ocasión, que debe emplear el Rey de las Españas, tanto en general como en particular.

Detenido en la miseria por diez años y enfermo, ni pude mantener relaciones para poder ser informado, ni pude ayudarme de libros de ciencia alguna, ni siquiera tuve la Sagrada Biblia. Debe perdonárseme si delirando

[6] ARISTÓTELES, *Política* 1319 b.

[7] FLORO, II, 30, 29: *«Sed difficilius est provincias obtinere quam facere.»*

[8] *Non minor est virtus, quam quaerere, parta tueri.*

en alguna parte dije cosa fuera de lugar o me repetí. Hacemos lo que podemos, porque como queremos no es posible, pero todo lo reservo para una mejor ocasión. Ahora, pues, lea VD. este improvisado escrito, que espero llevar a imprenta en la próxima fiesta de Pascua, y entonces me ingeniaré para suprimir o añadir lo que sea necesario. Tiene también nuestro siglo sus Solones, Licurgos y Josefos, enviados por Dios, pero son oprimidos y no son admitidos por los príncipes; y es de todo punto falso lo que dice el vulgo, que en nuestro tiempo no nacerá un Solón o un Aristóteles. Sí, nacen hoy, e incluso mayores sabios, pero están ocultos; mientras los gentiles son admirados, a los cristianos se les mira con enojo. Sean confiadas estas cosas a oídos discretos, pues una vez renovadas serán más estimadas que lo fueron los folios de la Sibila para el rey romano. El odio por hablar no puede detenerme, pues ello probado todo y demostrado, sabrá España qué debe hacer y conocerá mi afán de ayudarla. *Según la comprensión del lector tienen los libros su fortuna*[9]. Con esto me despido de VD. cuyo honor y mérito pido y deseo que Dios conserve y aumente.

[9] *«Pro captu lectoris habent sua fata libelli.»*

APENDICE

¿DEBE BUSCARSE Y DESEARSE LA MONARQUIA UNIVERSAL?

Se trata en él sobre si hay que desear que todo el mundo sea gobernado y regido por un solo jefe o monarca.

Entre las muchas, difíciles, variadas y curiosas cuestiones que atormentan de modo admirable el ingenio de muchos y en las que casi se manda a Dios cómo debe gobernar el mundo, ésta ocupa un lugar no pequeño: ¿Conviene que todo el mundo o, por lo menos, que el mundo cristiano esté sujeto a un solo monarca, por quien todos los demás príncipes sean dominados y quitados de en medio, o cuando menos deban sometérsele como vasallos? ¿Todos los que buscan la salvación o incremento del orbe cristiano con seriedad deben aplicar todas sus fuerzas físicas y espirituales para introducir la monarquía universal? O ¿deben desear, más bien, el permanecer divididos en muchos principados y repúblicas, como se ve hoy, quedando a salvo sus preeminencias y dignidades y sin estar obligados a mirar con respeto al otro, si no es en cuanto lo exige la razón natural, la vecindad o la amistad?

La mayoría de los católicos se inclina por una introducción del Imperio universal. Es más, hay quienes dicen

que la misma base y disciplina externa de la Iglesia exige que como en el firmamento hay sólo dos luminarias, así también las dos potestades, la eclesiástica y la secular, deben ser regidas por sólo dos jefes supremos. Pero esta opinión no sólo la defendieron los católicos, también algunos de los reformadores juzgan conveniente que todo sea regido y gobernado por un solo señor (Mich. Piccart, *Professor Noric. Orat. Acad. 15)* [1].

Y en favor de esta opinión o parecer aducen argumentos con enorme amplitud, diciendo que, aunque Dios dista infinitamente de todas las criaturas visibles, hay cierto rasgo impreso en el ánimo de todos por el que se sienten movidos e inclinados a imitar en parte a su Creador. Desde el comienzo del mundo, todo reino ha intentado someter a otros, aspirando por una especie de instinto natural a la monarquía universal, que es lo más semejante al gobierno divino. Sin embargo, nadie ha podido alcanzarlo si no ha sido predestinado por Dios para lo mismo (Tobias Adami, *praefat. Philos. instaur, a principio)* [2].

Así, pues, se encuentra siempre en el mundo semejante Imperio universal, lo que nadie, aun medianamente conocedor de la historia, puede negar; y éste, levantado y conservado por prudencia más que humana, sometió a los demás reinos, aunque poderosos, a su potestad, y llegado su tiempo prefijado y en su mayor esplendor, de nuevo

---

[1] PICCART, Miguel, *Oratio academica de virtutibus imperatoriis...* (Nürenberg, 1607).

[2] ADAMI, Tobías, *Praefatio Philosophiae instauratae a principio* (1617). Este autor era amigo personal de Campanella y le publica varias obras suyas en Frankfurt.

cae como de improviso y hace entrega públicamente y casi a la vista de todos de todo su poder y todas sus riquezas como por un impulso divino en manos de otro pueblo. Sus orígenes y desarrollo fueron predichos por la Sagrada Escritura, y de forma evidente en el profeta Daniel. Dios sapientísimo ha utilizado estas monarquías unas veces para castigar a los suyos y otras para protegerlos. Dios no ha creado nada que no sea muy bueno y sin error, y está comprobado por consenso y costumbre de todos los pueblos y parece razonable que exista tal Imperio. Verdaderamente deben ser considerados faltos de toda felicidad los tiempos que no tuvieron un monarca universal al modo divino o que todavía no lo tienen.

Por estas razones no pocos han pensado que este último siglo, simbolizado por los pies de la estatua prevista por Daniel hace muchos siglos, es más confuso, más inconstante y más cercano a los últimos tiempos, porque sus partes no coinciden de ningún modo, sino que actúan discordes y de distinta manera, como *hierro y lodo* [3].

Hay que advertir en este lugar que teólogos e historiadores no entienden el vocablo monarquía como los políticos, una república o región en la que todo el poder se ha dado a uno solo, sino que por monarquía se entiende aquí el reino que supera en extensión, potencia y majestad a to-

[3] Daniel, 2, 31-35: «Tú, rey, viste una visión: una estatua majestuosa, una estatua gigantesca y de brillo extraordinario; su aspecto era impresionante. Tenía la cabeza de oro fino, el pecho y los brazos de plata, el vientre y el muslo de bronce, las piernas de hierro y los pies de hierro mezclado con barro. En tu visión una piedra se desprendió sin intervención humana, chocó con los pies de hierro y barro de la estatua y la hizo pedazos...» Trad. de *Nueva Biblia Española.*

dos los demás y al que rinden todos, no sólo reverencia y honor, sino también tributo y obediencia. Los políticos señalan: es Estado monárquico aquel que rige uno solo; aquí se entiende que sólo es monárquico aquel reino que con su esplendor oscurece a todo lo demás, no de otra manera que el sol a las restantes estrellas, y que poco más o menos sólo él está por encima, al que todos obedecen, o como mínimo no le contradicen (Frid. Tileman, *Disc. sing. de 4 Monarchiis, contra Bodinum, et idem vol. I disp. ad Pand., dis. 2, thes. II* [4]. Herm. Kirchnerus, *Disp. de Rep. 36* [5]. Henricus Velstenius, *Dec. 7, thes. 2)* [6].

De tal suerte que dicha monarquía admite también democracia, como pronto se indicará, cuando hablemos de los romanos. Se cuentan cuatro de estos Imperios desde los comienzos del mundo hasta nuestros días: el asirio o caldeo, el persa, el macedónico y el romano. Lo atestiguan no sólo los modernos historiadores que escribieron crónicas completas, como son la de Sleiden, *Lib. de 4 Monarchiis* [7]; Reiner Reineccius en *Historia Julia* [8]; Gabriel

---

[4] TILEMAN, Federico, *Discussio singularis de quattuor monarchiis contra Bodinum.* Vol. I *ad Pandectas, disputatio* 2, *thesis* II.

[5] KIRCHNER, Hermann, *Reipublicae, ad disputationis aciem methodice revocatae, exemplis historicis et sententiis, cum recentium...* (Marburgo, 1620). Otras obras del autor: *De officio et dignitate cancellarii libri quattuor* (Marburgo, 1620); *Legatus eiusque ius, dignitas et officium duobus libris explicata* (Marburgo, 1614).

[6] VELSTEN (Velstenius), Enrique, *Centuria quaestionum ethicarum de natura ethices, de summo bono...* (Giessen, 1620).

[7] SLEIDANUS, Juan Philipson, nacido en Sleide en 1506. Escribe *De quattuor summis imperiis, babylonico, persico, graeco et romano* (Estrasburgo, 1556).

[8] REINECK, Reiner, *Historia Julia...* (Helmstad, 1594-1597).

de Barlieti [9] y Cristóbal Helvicus [10] en los tratados de los cuatro grandes Imperios, que constan en *Politic. Imperialib.*, de Goldast Latino, parte octava [11]; también Dionisio de Halicarnaso, que durante el reinado de Augusto escribió una historia romana en griego, en su primer libro al comienzo, en el exordio, lo atestigua con abundancia, cuando llama a aquellos Imperios ilustrísimos, que superan a todos los demás de innumerables maneras [12].

El de los asirios, de los babilonios y de los caldeos apenas nos son conocidos por su excesiva antigüedad, y por lo mismo muchos no los valoran en su justa medida, por creer que su poder no fue grande y extenso. Pero si analizamos con mayor profundidad al profeta Daniel y consideramos que éste quiso simbolizar tal reino por la cadena de oro de la estatua vista por él, nos vemos obligados a confesar que aquél superó a todos los posteriores en duración y en prestancia; ello tanto más cuanto que consta que todas las artes y ciencias humanas fueron inventadas por los caldeos, y entre éstos solamente casi se había creado el domicilio en aquel tiempo. Por una continua sucesión de sabios nos transmitieron cuanto hay de eximio, a excepción tan sólo de las Sagradas Escrituras y su explicación divina. Las restantes ciencias que tenemos de otras

---

[9] BARLETTA (Barlietti), Gabriel de, predicador del siglo XV. Se conservan sólo sermones.

[10] HELVICUS, Cristóbal, *Theatrum cronologicum* (Giessen, 1609), y *Chronologia universalis* (1618 y 1639).

[11] GOLDAST, Melchor, *Politica imperialia sive discursus politici* (Francfort, 1614).

[12] DIONISIO DE HALICARNASO, I, 1, 4-2-2, 2.

partes son meros delirios o insomnios comparadas con aquéllas.

Daniel llama a Nabucodonosor rey de todos los reyes (cap. 2, v. 37) [13], al que Dios otorgó el Imperio de cielo y tierra, la fuerza y el honor entre todos los habitantes de la tierra. Es más, incluso «entregó todas las bestias del campo y aves del cielo en tus manos». En cap. 5, v. 18, se afirma lo mismo de aquél.

Y este poder dado a él por Dios le hizo temible y digno de veneración para todos los habitantes de la tierra, de tal suerte que levantó, deprimió, afligió e incluso mató a cuantos quiso. Sin embargo, cuando se ensoberbeció, se hizo orgulloso e insolente, fue despojado de todo honor y del reino, y enloquecido, evitando el contacto con los hombres, comenzó a huir entre las bestias, a alimentarse de hierbas y a andar en despoblados, hasta que reconoció y confesó que es Dios quien reparte los imperios humanos a los hombres según su arbitrio. Incluso este único ejemplo demuestra que las monarquías no existen por casualidad, y mucho menos por estratagema del diablo, como otrora soñaron los maniqueos, e incluso ahora muchos fanáticos, sino que han sido fundadas por Dios, y es lógico que el mencionado monarca haya sido llevado al reconocimiento de la verdad divina por medio de su castigo.

Como prueba de ello, la majestad y poder de esta monarquía se demuestra más que suficientemente por sólo aquello que dicen los antiguos historiadores de Babilonia, su metrópoli. Esto, recogido en un fascículo, se lee en

[13] Daniel, 5, 18: «Majestad: el Dios Altísimo concedió imperio y poder, gloria y honor a tu padre, Nabucodonosor...» Trad. de *Nueva Biblia Española.*

Bernabé Brissonio, *Lib. I de regio Persarum principatu* [14], y en Julio César Bulengero, *Eclog. ad Arnob. I, 2, cap. 3* [15]. Diodoro Sículo dice que la reina Semiramis obligó a dos millones de hombres a construir esta ciudad [16]; pero Josefo dice que tal trabajo en nada fue comparable al que Nabucodonosor hizo en la ampliación y embellecimiento de la misma [17]. Ciertamente, su amplitud, la cantidad de edificios, fue tan grande que merecía el título de una región, no de una única ciudad. Por lo que Aristóteles, en *Lib. 3, c. 2 Polit.*[18], afirma que, una vez tomada esta ciudad por los enemigos, había diversas zonas dentro de las murallas de la misma a las que llegó la noticia de la toma de la ciudad al tercer día. Y si quisiera descubrir la grandeza y prestancia de esta ciudad por autores fidedignos, a fe que añadiría cosas mayores. Aquí los poderosos pueden contemplar con claridad que Dios levanta algo de modo admirable e increíble y de nuevo puede tirarlo por los suelos. El profeta Jeremías (cap. 50) amenazó, por inspiración divina, a esta ciudad tan maravillosa y tal como aparecía entonces, con la desolación y destrucción, y hasta tal punto que todos los que pasasen por delante de ella con gran admiración harían mofa de ella. «Zaherid a Babilonia —dice el profeta—, cuantos moráis en su derredor, es necesario que se entregue, sus fundamentos han sido

---

[14] BRISSONIO (Brisson), Bernabé, *De regio persarum principatu libri tres* (París, 1591).

[15] BULENGERO (Boulenger), Julio César, *Eclogarum ad Arnobium liber primus* (I-II) (Toulouse, 1612).

[16] DIODORO SÍCULO, II, 6, 2.

[17] JOSEFO, *Contra Apión* I, 139-141.

[18] ARISTÓTELES, *Política* 1276 a.

derribados, sus fortalezas arruinadas. Esta es la venganza del Señor. Tomad venganza contra ella; pagad en la misma moneda a Hem. ¿Así se rompió el martillo de todo el universo mundo? ¿Así se convirtió Babilonia en desierto de los gentiles? Te he puesto un lazo, Babilonia, dice el Señor, en el que tú has caído de improviso. Sabe, has sido apresada porque irritaste al Señor. Se hará morada de las fieras, de las aves y de los polluelos de avestruz, y yacerá desierta y sin cultivo por todo tiempo» [19].

Esto, como vemos, se ha realizado con toda exactitud; lo atestiguan Benjamín de Tudela, judío, que hace casi cuatrocientos años recorrió casi todo el mundo [20], y Leonardo Rauwolf [21] y Juan Cotovico [22], quien, presente en nuestra memoria, contempló el lugar de la antiquísima Babilonia, en el que ni una huella aparecía de ciudad y en el que todos sus alrededores eran áridos y desiertos, hasta tal punto que puede hacer dudar a uno si aquella región fue alguna vez habitada, si no lo mostraran aquellas ruinas antiquísimas y maravillosas, como es aquel puente antiguo, del que existen todavía algunos arcos y restos, puente con el que se unió entonces el Eufrates, hecho de barro cocido, de tanta firmeza y longitud que causa asombro al que lo

[19] Trad. de la *Nueva Biblia Española.*

[20] TUDELENSIS (de Tudela), Benjamín, rabino nacido en Tudela a comienzos del siglo XII; muere en 1173. Recorre todas las sinagogas del mundo, escribiendo una relación de sus viajes en hebreo, en el año 1160.

[21] RAUWOLF, Leonardo, *Eigentliche Beschreibung der Reyss, soer gegen Anfang in die Morgenländer selbst vollbracht* (Lavingen, 1582).

[22] COTOVICO, Juan, *Itinerarium hierosolymitanum et syriacum... Accessit synopsis Reipublicae Venetae* (Amberes, 1619).

contempla, pues no es sólo profundo el río, sino que su anchura es también de media milla. Hay también una fortaleza y cascotes de una fortaleza situada en una colina elevada, abierta al campo; no lejos de ella fue construida aquella famosa torre de Babilonia, que entonces era de media milla de entorno y hoy, totalmente destruida, es tan sólo habitada por reptiles. Luis Guyón, t. 2, *Divers. Lect. Gallic. Lib. I, cap. 19*[23], está totalmente equivocado al afirmar contra la autoridad del profeta y contra el testimonio de sus ruinas que aquella antiquísima ciudad de Babilonia es todavía hoy habitada.

Una vez que esta monarquía desapareció, Dios Omnipotente levantó la monarquía meda y persa, y, según parece, con el fin de abatir la primera (Isaías 13)[24]. En el capítulo 45, el mismo Isaías vaticinó de esta forma sobre Ciro como creador de la segunda monarquía: «Tomó Dios con la diestra a su ungido Ciro para someter a los pueblos y desarmar a los reyes, para abrir las puertas; iré delante de él, dice el Señor, y allanaré todas las colinas de la tierra, abatiré las puertas de bronce y romperé los goznes, le entregaré los tesoros escondidos y las joyas ocultas para que sepa que el Dios de Israel le llamó a él personalmente, y ello por su siervo Jacob y por su elegido Israel. Pues te llamé por tu nombre, dice el Señor, me dirigí a ti cuando

---

[23] GUYÓN, Luis, *Diverses leçons de Louis Guyon, Sieur de la Nauche* (Lyón, 1604).

[24] Isaías, 13, 17ss.: «Mirad: yo incito contra ellos a los medos, que no estiman la plata ni les importa el oro. Quedará Babilonia, la perla de los reinos, joya y orgullo de los caldeos, como Sodoma y Gomorra en la catástrofe de Dios.» Trad. de *Nueva Biblia Española.*

todavía no me conocías... Excité en él la justicia y allanaré todos sus caminos; edificará en la piedra mi ciudad y liberará mis cautivos; los mercaderes de Egipto, los comerciantes de los moros y los próceres de Sebana pasarán a ti; tras de ti marcharán en cadenas, se postrarán ante ti y te suplicarán, porque Dios está de tu parte» [25]. Todo ello reconoció Ciro y lo siguió, y por todo su reino procuró se proclamase de palabra y por escrito (Esdr., capítulo 1, v. 2) de este modo: «Así dice Cores, rey de los persas: el Dios de los cielos entregó todos los reinos en mis manos y me mandó edificar un templo para él en la Jerusalén de Judea» [26].

No omitiría en este lugar lo que García Silva de Figueroa, legado de España ante los persas hace tres años, afirma en una carta suya impresa en Amberes: Hoy no queda en el reino de Persia nada tan importante que pueda compararse con lo menos importante de las cosas de Europa; pero las ruinas del palacio real de Persépolis, metrópoli entonces de los persas, muestra con suficiencia que aquel edificio fue más maravilloso que lo que se puede decir con palabras, y que superó con mucho la grandeza de todos los demás monumentos reales. Se encuentran allí —dice— muros enteros de mármol y jaspe, columnas de grandeza impresionante en las que se contemplan bajorrelieves de figuras magníficas de toda clase, y de piedra tan dura y brillante, como si hubiese sido tallada recientemente.

---

[25] Isaías, 45, 1-5. 13-14. Trad. nuestra del latín.

[26] Pseudo-Esdras. Trad. nuestra del latín. No existe versión castellana.

Una vez que la monarquía persa también cumplió con su tiempo y obra, a lo que Dios le había destinado, y una vez que llenó el cupo de sus pecados, su suerte y sus fuerzas le faltaron también a ella, y tan desigual quedó con respecto a los griegos, que la misma Atenas sola aspiró a tal monarquía; para conseguirla entró en Sicilia con una armada muy fuerte, pues, una vez derrotada Sicilia, esperaba también vencer fácilmente Italia, Cartago y España, y pensó muchos proyectos sustanciosos, de los que el proscrito Alcibíades disertó prolijamente ante los lacedemonios, como refiere Tucídides en el libro sexto [27]; todos sus planes se redujeron a nada, pues ya Dios lo había determinado de otro modo, y había predicho por su profeta Daniel que un griego no nacido de Atenas fundaría la tercera monarquía, de cuyo reinado el mismo Daniel (cap. 2, v. 39) predijo que superaría a todos los demás, y lo mismo manifiesta después en el cap. 8 de forma más clara, cuando dice que aquel macho cabrío, al que dice haber visto conculcar el ariete de los persas, simboliza al rey de Grecia, y que aquel cuerno enorme entre los ojos de aquél era el primer rey de aquel reino; y que los otros cuatro que sucederían en lugar de aquel primero roto no era otra cosa que los cuatro reinos distintos que surgirían en aquel pueblo, pero no con tanta prestancia como la que tuvo el primero [28].

[27] Tucídides, VI, 16-8.

[28] Daniel, 2, 39: «Te sucederá un reino de plata, menos poderoso. Después un tercer reino, de bronce, que dominará todo el orbe. Vendrá después un cuarto reino, fuerte como el hierro. Como el hierro destroza y machaca todo, así destrozará y triturará a todos.» *Ibid.*, 8, 5-8: «Mientras yo reflexionaba apareció un macho cabrío que venía de poniente, atravesando toda la tierra sin tocar el suelo; tenía un cuerno ante los ojos.

Todo se cumplió en su tiempo exactamente. Pues Alejandro Magno, con gran rapidez y fortuna, dominó no sólo a los persas ya debilitados, sino también y sin dificultad otras muchas provincias lejanas, y sometió bajo su poder a toda la Grecia. Después de su muerte, cuando se rompió la unidad y se dividió en varias partes, aquel reino único se dividió inmediatamente en cuatro, y aquella monarquía comenzó a caminar hacia su ocaso, sobre todo una vez que dos poderosísimos pueblos, el romano y el cartaginés, comenzaron a rivalizar y a combatir por el Imperio de todo el orbe durante tanto tiempo, como aparece en Tito Livio y en Silio Itálico [29]; en éste se leen los versos siguientes en el comienzo de su Guerra púnica:

El pueblo de Cadmo emprendió la lucha por el reino,
y buscó por largo tiempo
en qué fortaleza
de la tierra pondría la cabeza la fortuna.

Se acercó al carnero de los dos cuernos, que había visto de pie junto al río, y se lanzó contra él furiosamente. Lo vi llegar junto al carnero, revolverse contra él y herirlo; le rompió los dos cuernos, y el carnero quedó sin fuerza para resistir. Lo derribó en tierra y lo pateó, sin que nadie librase al carnero de su poder.

Entonces el macho cabrío hizo alarde de su poder. Pero, al crecer su poderío, se le rompió el cuerno grande y le salieron en su lugar otros cuatro orientados hacia los cuatro puntos cardinales.» Trad. de *Nueva Biblia Española.*

[29] Tito Livio, 36, 4ss. Sobre la incertidumbre de victoria entre el púnico y el romano, *ibid.*, 21, 1: «... *et adeo varia fortuna belli ancepsque Mars fuit, ut propius periculum fuerint qui vicerunt.*» Silio Itálico, I, 6-8:

«Gens Cadmea super regno certamen movit,
Quaesitumque diu, qua tandem poneret arce
Terrarum fortuna caput.»

Luego, sometidos y totalmente barridos los cartigineses y derrotado Antioco con los demás sucesores de Alejandro Magno, los romanos se llamaron a sí mismos dueños de todo, incluso antes de los tiempos de Julio César (Liv. dec. 4, lib. 6) [30], pues, como Petronio dice: «El romano, vencedor, ya tenía todo el orbe.» Hasta tal punto, que muchas naciones bárbaras no sometidas a los romanos eligieron sus reyes a voluntad del senado y del pueblo romano. Lo atestigua Apiano, de la Armenia Mayor [31], y también Tácito, en el libro 4.° de los *Anales,* de los partos [32], y en el libro 11 de los Queruscos [33], a los que puede añadirse Tomás Stapleton (libro 2.°, *De magna Romana Ecclesia,* cap. 1.°, al inicio) [34]. Así lo escribe Suetonio, en el cap. 48, de Augusto: «Aquél tuvo cuidado de que los reyes fueran aliados, todos como partes y miembros del Imperio» [35].

Además, esa monarquía bajo el Imperio de Trajano fue potentísima, ocupando, de los 300 grados en que describen el orbe astrólogos y cosmógrafos, 90 de longitud y 45 de latitud. Y que esta monarquía romana por voluntad y providencia divina tuvo sus inicios y desarrollo y llegó a tal majestad lo reconocen no sólo los cristianos,

[30] TITO LIVIO, 36.

[31] APIANO, *Proemio* 5.

[32] TÁCITO, *Annales,* 2, 1. En el libro 4 no se habla de los partos.

[33] TÁCITO, *Annales,* 11, 16.

[34] STAPLETON, Thomas, *Vere admiranda, seu de magma romana ecclesia libri duo* (Amberes, 1599).

[35] SUETONIO, *Augusto* 84: *«Reges socios etiam inter semet ipsos necessitudinibus mutuis iunxit, promptissimus affinitatis cuiusque atque amicitiae conciliator et fautor...»*

sino también los gentiles, como lo señala Bernardo Aldretes, canónigo de Córdoba (libro 1.°, *Des varias antiquetades,* cap. 2)[36], a saber: que los reinos divididos se unen de nuevo para que todos los descarriados vuelvan al redil y los litigios surgidos de aquella división se compongan de nuevo. Plinio, en su libro 3.°, cap. 5, dijo de este Imperio con frecuencia ya mencionado: «Elegida nodriza y madre al mismo tiempo de todas las tierras por voluntad de los dioses para que esclareciera el mismo cielo, para que reuniera los imperios desparramados, suavizara ritos y atrajera a lenguas diferentes y bárbaras de tantos pueblos con el hábito de la conversación a una intercomunicación, diera humanidad al hombre y se hiciera, en suma, una sola patria con todos los pueblos en el orbe»[37].

Con esto solo puede elevarse esta monarquía sobre todas las demás: el Hijo Unigénito de Dios se ha dignado no sólo nacer bajo ella, sino también ser censado en el pueblo romano. Y esto fue visto especialmente por Orosio (libro 6.°, cap. últ., y libro 7.°, cap. 1) cuando escribe: «Entonces nació Cristo, adscrito al censo romano inmediatamente después de nacer. Esta es aquella primera e importantísima profesión que señaló al César como príncipe

[36] ALDERETE, Bernardo, *Varias antigüedades de España, Africa y otras provincias* (Amberes, 1614).

[37] PLINIO, *Naturalis historia,* 3, 3, 39: «*Nec ignoro ingrati ac segnis animi existimari posse merito, si obiter atque in transcursu ad hunc modum dicatur terra omnium terrarum alumna eadem et parens, numine deum electa quae caelum ipsum clarius faceret, sparsa congregaret imperia ritusque molliret et tot populorum discordes ferasque linguas sermonis commercio contraheret ad colloquia et humanitatem homini daret, breviterque una cunctarum gentium in toto orbe patria fieret.*»

de todos y a los romanos como dueños del mundo, el hecho de una adscripción pública de todos los hombres individualmente y en la que incluso el que hizo a todo hombre quiso ser reconocido como hombre y ser inscrito entre los hombres, lo que nunca, desde el comienzo del mundo y desde la aparición del hombre, fue concedido de este modo, ni siquiera al Imperio de Babilonia, ni al de Macedonia, y por no decir a cualquier otro reino más pequeño. No hay duda de que es claro, para conocimiento, fe y contemplación de todos, que Nuestro Señor Jesucristo elevó esta ciudad, engrandecida y defendida con su anuencia hasta estas alturas, y de la que quiso, sobre todo, cuando vino, ser llamado ciertamente ciudadano romano y ser censado como tal» [38].

También los antiguos escritores eclesiásticos afirman unánimemente que fue de interés para la fe cristiana y propagación de la palabra divina el que esta monarquía se haya extendido mucho en espacio y tiempo. Así lo escribe San Eucherio, obispo de Lyon, en una carta parenética a Valeriano sobre el desprecio del mundo, fol. 28: «¿Por qué otra razón piensas que vinieron naciones y reinos al poder y al derecho romano, y que por lo mismo gran parte del género humano pasó a un solo poder? ¿No fue para que más fácilmente penetrara la fe en un solo pueblo, como un medicamento por un solo cuerpo, como las cosas que se toman por la cabeza se difunden rápidamente por los miembros?» [39]. De otra manera no se hu-

[38] OROSIO, VI, 6-8.

[39] SAN EUCHERIO, defensor de San Agustín contra los semipelagianos franceses del siglo v. Toma parte en el Concilio, el primero de Orange, en el año 441. Escribe dos cartas, la primera citada

biese extendido tan rápidamente entre pueblos numerosos y distintos en costumbres y lenguas, ni hubiese avanzado tan lejos entre dificultades diversas. Con este parecer está de acuerdo el antiquísimo poeta cristiano Aurelio Prudencio en el libro 2.° contra Símaco:

¿Quieres que diga por qué elevaste tanto el éxito de tus esfuerzos, romano?
¿A qué fuertes incrementada gloria se propaga
para domeñar el mundo?
A pueblos de distintas lenguas y
reinos de distinto culto, Dios, queriendo unirlos,
decidió someter a un solo Imperio cuanto se dirige por costumbre
y llevara amarras suaves en yugo concorde,
para que el amor de la religión mantuviese unidos los corazones de los hombres.
Pues no hay unión digna de Cristo si un solo pensar no une todos los pueblos [40].

Con esto quiso ver que Dios, por medio de la propagación del Imperio romano, quiso como allanar el camino

por Campanella, es a su padre Valeriano en el año 427: *Epistula paraenetica de contemptu mundi et saecularis Philosophiae.* Cf. *Patrología Latina* L, cols. 711-726. La otra carta va dirigida a San Hilario de Arlés.

[40] PRUDENCIO, 2, 583ss.:

«Vis dicam qua causa tuos Romane labores,
in tantum extuleris? Queis gloria fortibus aucta
Sic cluat, impositis ut mundum fraenet habenis?
Discordes linguis populos, et dissona cultu
Regna volens sociare DEUS, subjungier uni
Imperio quicquid tractabile moribus esset,
Concordique jugo retinacula mollia ferre,
Constituit, quo corda hominum conjuncta teneret
religionis amor; nec enim fit copula Christo
digna, nisi implicitas societ mens unica gentes.»

al Evangelio, reduciendo pueblos de costumbres, leyes y lenguas diferentes a una forma común suavizando almas feroces y uniéndolas con un amor mutuo. Apenas se hubiera podido conseguir que la región cristiana se difundiese si no se hubieran unido las almas de los pueblos también por lo político. Esto parece que intuyó San León, *Serm.* 1, *In Natal. Apostolorum Petri et Pauli,* al decir: «Para que se extendiese por todo el orbe el efecto de esta inenarrable gracia, la divina providencia preparó el reino romano; su extensión llegó a tales límites que, entre los pueblos, todos eran vecinos de todos. Pues la disposición de voluntad divina estaba muy acorde con la obra, que muchos reinos se confederasen en un único Imperio y pronto tuviera la predicación general dispuestos a los pueblos que el gobierno de una sola ciudad mantenía» [41].

Tal vez se ría uno aquí o le parezca absurdo que la propagación del nombre divino haya tenido necesidad de la ayuda política. Quien examinare en profundidad las historias de aquel tiempo y reflexionare sobre circunstancias y acontecimientos atentamente, con los que lo romano creció de forma tan admirable y contra toda esperanza, se verá obligado a confesar que Dios fue en su intención mucho más allá de lo que los mencionados autores afirmaron.

En primer lugar, la *Historia Eclesiástica,* libro que obtiene fácilmente el segundo lugar después de la Sagrada

[41] San León Magno (440-461), Papa. El sermón que cita Campanella se atribuye a dicho Papa, pero ni siquiera aparece el párrafo que cita Campanella. Cf. *Patrología Latina* LIV, col. 511. También se lee entre las obras de San Máximo de Turín otro sermón con el mismo título. Cf. *Patrología Latina* LVII, homilías 2, 3 y 4.

Biblia, da testimonio de la piedad de algunos emperadores para con la Iglesia. Piénsese en Constantino el Grande, en Teodosio, en Justiniano y en otros [41 bis], hasta tal punto que fácilmente salta a la vista que incluso se cumplió en los primeros emperadores y en los que les siguieron, los francos y los antiguos germánicos, lo que Dios prometió por medio del profeta Isaías, en el cap. 49, v. 22, con estas palabras: «He aquí que levantaré mi mano contra los gentiles y mi estandarte contra los pueblos, y llevarán tus hijos en brazos y tus hijas sobre los hombros, y los reyes serán tus tutores y los príncipes tus nodrizas, se postrarán ante tus rodillas y limpiarán el polvo de tus pies; entonces te darás cuenta de que yo soy el Señor en quien nadie se confunde, si confía en El...» Y en el cap. 60 [v. 3.10. 16] dice: «Los gentiles caminarán en tu luz y los reyes con el esplendor que surge sobre ti; los extranjeros edificarán tus muros y sus reyes te servirán; de los gentiles beberás leche y los reyes de aquéllos te darán de mamar» [41 ter].

Estas y semejantes profecías esparcidas, a lo largo del Antiguo Testamento, afirman que también bajo el Nuevo Testamento se darían reyes poderosos en tierra de gentiles, quienes protegerían y engrandecerían a la Iglesia. Y aunque los actuales emperadores de Alemania sean muy inferiores en poder y dignidad a aquellos romanos, no obstante, ayudaron mucho a la propagación de la fe cristiana, pues con sus armas las provincias de Esclavonia o de los vándalos, la Pomerania, el campo de Megalópoli, Livo-

---

[41 bis] Habla de la *Historia eclesiástica* de Eusebio de Cesarea.

[41 ter] Trad. nuestra del latín.

nia, Prusia con parte de la Misnia, el país de Brandeburgo y de Magdeburgo y otros lugares colindantes, primero vencidos por las armas y después con el ingenio de piadosos obispos y otros varones píos, fueron convertidos a la religión cristiana. Lo dice Crantzius en su *Wandalia*[42]. No puede expresarse en palabras cuánto resplandeció el mundo, cuántos buenos emperadores alcanzó por los que fue introducida la paz por doquier y fueron apaciguadas o borradas las guerras que surgieron entre jefes menores. Así escribió Strabón con elegancia de los romanos y de sus vecinos los bárbaros, que estaban siempre en continuas luchas y odios: «Con sus diferencias se les toleró, hasta que cansados de tanto mal se les aceptó...»[43].

César Augusto y otros romanos anteriores a él cerraron el templo de Jano, queriendo incitar a todo el Imperio romano a vivir en paz y tranquilidad *(Cardin. Baron., Annal., anno Chr. 1)*[44]. Esta paz duró hasta los siguientes emperadores, y como dice Tácito: «Paz inamovible o ciertamente muy poco perturbada»[45].

Con la ayuda de tal monarquía, todos los sometidos al Imperio romano gozaban del derecho y de los privilegios de los ciudadanos romanos y, a su vez, regidos por aquellas únicas y mismas leyes; yendo seguros de un lado a otro reconocieron la ciudad de Roma como patria común.

---

[42] KRANTZ, Albrecht, *Wandalia. De wandalorum origene, variis gentibus crebris e patria migrationibus...* (Frankfurt, 1580).

[43] ESTRABÓN, V, 1,1. 1,9. *Ad sensum.*

[44] BARONIO, César, cardenal, *Annales ecclesiastici* (1588-1607 ed.). MANSI ha preparado una buena edición de él.

[45] TÁCITO, *Annales*, 4, 32: «*... Immota pax, aut certe modice lacessita.*»

Claudiano, según costumbre adulatoria y poética, atribuyó a Estilicón lo que sólo era atribuible al Imperio romano, en estos versos:

> Todos debemos a las pacíficas costumbres de éste,
> que el huésped use las regiones como patrias
> al serle permitido cambiar de domicilio, contemplar Tuli *
> y de nuevo penetrar los terribles escondrijos,
> pues bebemos por doquier el Ródano, y bebemos el Oronte,
> pues somos un único pueblo...[46].

Una experiencia común atestigua cuánta confusión ha invadido no sólo a Italia y Alemania, sino a otras regiones cuando han querido sacudir el yugo común y poseer su propio derecho, y que aquéllas, que perseveran en el servicio del emperador, fueron adornadas con enormes privilegios, de suerte que parecían por lo mismo reinos particulares. No traeré aquí a discusión si aquellos que se sometieron al Imperio romano cayeron en peor sumisión; el dicho francés «n'estans plus soubs l'Empire, se sont empirez» lo confirma. Como si dijera uno: de la llama saltaron al fuego.

En lo que atañe a aquellos que aun ahora veneran la majestad del Imperio romano y nominalmente se confiesan sometidos a él, llegaron tan lejos con sus privilegios y con sus exenciones y otros títulos recientemente fabricados, que

---

* Islandia.

[46] CLAUDIANO, *De consulatu Stilichonis*, III, 155-159:

«Huius pacificis debemus moribus omnes
Quod veluti patriis regionibus utitur hospes
Quod sedem mutare licet, quod cernere Thulem
Rursus et horrendos quondam penetrare recessus
Quod bibimus passim Rhodanum, potamus Orontem.
Quod cuncti gens una sumus», etc.

contra ellos un avispado, no sin derecho, mirando por su propia alta magistratura, así escribió: «No obstante todas las magistraturas en todos sus grados, superior, medio e inferior, nacidas o por nacer, cualquiera, incluso de mediocre condición, se atreve a hacer todo a su arbitrio y a intentar aquello que en otro tiempo apenas se hubiera atrevido a hacer un monarca.» Y esto no se hace sino porque ha decaído la veneración por la magistratura y todos los remedios de las magistraturas superiores, de pedir ayuda por medio de suplicatorios y apelaciones se han suprimido o, al menos, se han hecho dificilísimos. De donde también surgen cada día guerras y exterminios y la sangre humana se derrama como agua inmunda. De donde la fe y la caridad se destierra de todo lugar y los odios y discordias reinan. Este desprecio de la monarquía expuso a Alemania a la irrisión y desprecio de todas las demás naciones y fue la única razón de que el funesto enemigo del nombre cristiano no pudiera ser vencido hasta el día de hoy; es más: es de temer que, arrastrándose hasta el interior de Alemania, le chupe su médula y sangre.

Aleguemos aquí el solo delito, a modo de ejemplo, que hoy con gran pesar de todos los buenos se comete en la acuñación de moneda. Unos pocos, contra el derecho natural, la caridad cristiana y contra las costumbres de todos los pueblos y, por último, contra las nada dudosas constituciones imperiales y recesos del Imperio, bajo pretexto del muy pernicioso privilegio de acuñar moneda, acumularon depósitos de monedas falsas, y, al hacerlo, enriquecidos ellos, nuestro dinero se convirtió en detritus y espuma, lo que el profeta Isaías, en el cap. 1, v. 22, predijo de modo

amenazante con pena especial [47]. Con ello todas las cosas del comercio se han hecho deleznables y confusas, innumerables oficios yacen oprimidos, y quedó abierta ancha puerta para el enriquecimiento de los especuladores y usureros y otros de esta harina, de forma que quedó cortada casi toda posibilidad para todas las demás naciones de negociar con los alemanes, y aquellos cuyas rentas o salarios estriban en dinero contante quedan reducidos a la indigencia, y los precios han subido a extremos que hombres de la peor suerte apenas tienen hoy para sustentarse o para lo más necesario, y exhalan su alma enferma en medio de una miseria prolongada. Pero, para este mal, el derecho canónico, que por algunos sabiondos es cogido por los pelos *, aporta un remedio muy eficaz, cuando dice que el pecado no se perdona si no se restituye lo usurpado, de tal suerte que no basta para salvarse decir en la agonía: 'Apiádate de mí, Señor', ni ello es indicio de sincera penitencia, a no ser que uno, por fas o por nefas, restituya la cosa a sus antiguos dueños o la legue para obras pías, y si lo transmite a sus herederos para que tengan de dónde ensoberbecerse y adornar su estado [entonces no hay penitencia].

Verdaderamente, aunque estos dichos están ya en desuso, se deben estimar más y tenerlos a la manera de las más antiguas monedas, las cuales se vuelven a sacar para mostrarse por causa de su escasez y no para repartirlas entre el vulgo. Por ello hay que desear que por una

---

[47] Isaías, 1, 22: «Tu planta se ha vuelto escoria, tu vino está aguado, tus jefes son bandidos, socios de ladrones...»

* Lit., «agarrados por la nariz».

fuerza exterior se ataje este mal y los daños que de él se siguen, lo que en este modo de vivir digno de cíclopes de ningún modo se puede esperar. Es más: hay que temer que esto pueda ir incontrolablemente a más. ¡El Dios clementísimo no lo permita! Más de lo que un enemigo cualquiera pueda hacer y muy de otra manera podría detener la perdición de la ya dividida Alemania.

Las mayores monarquías deben ser preferidas también en esto a imperios pequeños: vivir bajo un gran rey es mayor libertad, la misma historia lo atestigua. Así, Alemania nunca tuvo tanto esplendor como cuando más veneró el cetro del emperador romano, y, por contra, cuando regiones menores se manejan hábilmente a su arbitrio y sin miedo alguno exterior, no es raro que se desorbiten. Y ha sido opinión de los mayores políticos que el turco permaneció invicto hasta ahora no sólo por su gran poder, sino porque el orbe cristiano no se rige por un solo jefe, de cuya voluntad dependen todos, y porque las confederaciones de muchos contra uno solo raras veces surten efectos buenos. Esta verdad se puso de manifiesto en todas las expediciones de los italianos contra los turcos, y quedó claramente demostrada en el *Tract. de increm. Imperior.*, de Renato de Lusinga[48]. De aquí que los próceres aprovechasen la ocasión de intentar una monarquía semejante con el pretexto de ir contra Turquía. De entre aquéllos, el principal fue Carlos, el último Duque de Borgoña, que

---

[48] LUSINGA, Renato de, *Histoire de l'origine, progres et declin de l'Empire des Turcs* (s. f.), y *Tractatus de incremento imperiorum*, que cita Campanella, es el *Dell origine, conservazione et decadenza degli stati...* (Ferrara, 1590).

poseyó en paz la noble Bélgica y sometió algunas provincias de Francia y, por último, entró en Alemania y llegó a imaginarse que ocuparía fácilmente Suiza con la Alsacia y la Lotaringia. Y admirando éste el principado de Saboya, se había propuesto extender los límites del suyo de uno a otro mar, e incluso empresas mayores [49]. Con igual avidez esperó Carlos VIII, rey de Francia, como atestigua Cominges, reinar libremente en Italia y Francia después de dominar el reino de Nápoles; más aún, se glorió de que liberaría de la tiranía turca a los demás cristianos que vivían en Grecia [50]; pero los planes de uno y otro, más nacidos de la ambición que de un celo piadoso, surtieron efectos totalmente contrarios.

Hay quienes creen en la potestad política del Papa para poner freno a reyes y príncipes cristianos, aunque ninguno de ellos tuviera poder sobre el otro, o no estuvieran mutuamente obligados por derecho de alianza, y que deben ser obligados sólo por el único vínculo de una misma religión y por el moderador de toda la Iglesia, por la propia conciencia, que son mil testigos, y, por último, deben ser reprimidos por medio de una horrible excomunión por derramar injustamente sangre cristiana, deben cultivar la concordia, y si la necesidad lo pide, unidos,

---

[49] Carlos el Temerario, duque de Borgoña (1433-1477), hijo de Felipe el Bueno y de Isabel de Portugal. Cf. COMMINES, *Mémoires...* (ed. Calmette, París, 1924).

[50] Carlos VIII de Francia (1479-1498), alegó sus derechos al reino de Nápoles. Desde Nápoles quería lanzarse a la conquista de Constantinopla. Cf. COMMINES, Philippe de, *Mémoires...* (ed. de Calmette, París, 1924). MOLINER, A., en *Sources de l'histoire de France.*

luchar contra los enemigos del nombre cristiano. Muchos también juzgan que debe atribuirse el desgraciado fin del reino griego en gran parte a la Iglesia Oriental por separarse de la Iglesia Occidental o romana; separado de esta forma el Oriente del Occidente comenzaron a desconfiar ambos uno del otro, y así roto el vínculo de concordia, el Imperio Oriental se vio despojado de ayuda, pero tampoco aquella Iglesia griega tuvo alguna vez un jefe supremo, que hubiese obligado a los príncipes de Grecia a mutua concordia y les hubiese prohibido llamar a turcos y sarracenos en su ayuda. Y los otros que seguían a la Sede Romana, o disconformes por el mutuo odio y por la hegemonía, o por culpa de los que abusaban del poder que Dios les dio, no emprendieron la hace poco mencionada expedición, ni si la hubiesen emprendido, podrían ayudarla tanto como lo haría la monarquía universal. De aquí que casi todos los jurisconsultos, que ciertamente en este asunto no fueron del todo ineptos políticos y que tal vez vieron un secreto de Estado, tuvieron por regla cierta e infalible que el emperador romano es, o de derecho debe ser, señor de todo el mundo. *(Guerin. Piso Soacius, De Roman. et Venetor. Magistrat. Comparat., n.° 16* [51]. Marta, *Tract. de jurisd., p. 1, cap. 27* [52]. Lancell. Conrad.,*Templ. omni.*

---

[51] Piso Soacius, Guerino, *De romanorum et venetorum magistratuum inter se comparatione libellus* (Padua, 1563).

[52] Marta, Giacomo A., *Tractatus de jurisdictione per et inter iudicem ecclesiasticum et saecularem exercenda* (Mainz, 1609).

[53] Lancelloto, Conrado, *Templum omnium iudicum pontificiae, caesarae regiae inferiorisque potestatis...* (Venecia, 1574).

[54] Igneus, Juan, *Commentarii in aliquot constitutiones principum* (Lyón, 1541).

Iudic. lib. I, cap. I, § I, fol. 38) [53]. Y como Juan Igneus dice en otra parte: «Toda la escuela de canonistas y legistas de Italia pensó que el emperador era señor de todo el mundo» [54]. Añádase Azor, lib. 10, cap. 2, q. 4 § 2 [55]; es más, el celebérrimo Bartolo, *Hostes, núm. 7ss. de capt. et postl. rev.*, advierte que hay que tener por herejes y equivocados a quienes niegan que el emperador es señor de todo el mundo [56]. Ciertamente, si Alemania o Italia sólo estuviera unida, si no lo es bajo un solo jefe, apenas puede serlo, merecería el nombre de monarquía universal e impondría respeto al resto del mundo, pues se sabe cuántos pueblos vencieron los romanos sólo con las armas; y de Alemania, todos los que conocen su Estado, sobre todo el actual, afirmarán, como sé, que si fuera gobernada por un solo príncipe y por una sola fe hasta donde se extiende la lengua alemana, hoy en uso, no sólo se vería libre de todo miedo del exterior, sino que en poco tiempo podría constituirse a sí misma en monarquía. Pues los italianos solos se dice que deberían temer más a Alemania si se uniese que al mismo turco (Henning, *Arnis. relection. politic.*, lib. 2, cap. 2, sect. 7, n. 18, etc., fol. 234) [57].

---

[55] AZOR, Juan, *Institutionum moralium, in quibus universae quaestiones ad conscientiam recte aut prave factorum pertinentes breviter tractantur* (Roma, 1600-1601, y París, 1602).

[56] BARTOLO DE SASSOFERRATO, *In secundam Digesti novi Partem. Hostes* núm. 7: *De capt. et postl.* (ed. de Lyón, 1681): «*Et forte si quis diceret dominum imperatorem non esse dominum et monarcham totius orbis, esset haereticus: quia diceret contra determinationem ecclesiae, contra textum Sancti Euangelii, dum dicit: Exivit Edictum a Caesare Augusto, ut describiretur vniuersus orbis...*»

[57] HENNINGES, ¿Jerónimo? No se ha encontrado el libro.

Y puesto que los alemanes, como ya dijo cierto sultán de los turcos, se comparan justamente a una jauría de perros de diversas razas, quienes cada uno elige su propio camino, poco temor inspiran a los extranjeros; antes bien, son ellos quienes deben temer a éstos. Y no pocos de los mismos alemanes temen que, como antiguamente el Imperio romano pasó de los galos a los alemanes, así pase de ellos por estar divididos a otra nación. Y cierto, los sucesores de Carlomagno por ningún otro motivo perdieron su poder y majestad que por haberse dividido el reino de aquél entre los hermanos; ninguno de ellos quiso ceder al otro su derecho o someterse, sino que, tras guerras intestinas, se hundieron unos a otros. Y si el derecho de *apanage,* dice Juan Tillius en lib. 2, *De rebus gallicis* [58], y la forma de asignación que hoy se utiliza en Francia se hubiesen observado desde los tiempo de Carlomagno, el Imperio de los francos hubiese continuado dominando al mundo. Por lo mismo, y para que esto nunca suceda, los ingenuos alemanes únicamente desean que se restablezca la concordia en nuestra patria común con aquellas antiguas virtudes, fidelidad, piedad e integridad, sin las cuales toda unión es flácida y tenue.

Vuelva a los alemanes plenamente la concordia, la virtud
y con la fidelidad camine la piedad con la cerviz levantada.

Pero no faltan quienes casi desesperan de esto y quienes dicen que se acabó Alemania, y creen que puede que se dé al mundo remedio por medio de la monarquía espa-

[58] TILLIUS, Juan, *De regibus Francorum, a Faramundo. Recueil des Roys de France* (París, 1580). *Sommaire de l'histoire de la guerre contre les héretiques* (París, 1590).

ñola, que con ella sea exterminado el turco y se extienda la fe cristiana por el universo mundo, que, según vaticinio de nuestro Redentor, tiene que venir antes de la consumación del mundo. Aducen una razón para esta conjetura suya, que por medio de la ocupación de ambas Indias ya se han echado los cimientos, y tan vastas regiones de nadie conocidas hasta ahora han sido entregadas por el mismo Dios Omnipotente en manos de castellanos y portugueses, y estas dos naciones, siempre hostiles antes entre sí, de repente, por la muerte de un solo hombre, comenzaron a estar sometidas a un solo jefe.

Los argumentos de la monarquía universal hasta ahora expuestos son de no poco peso, pero hay innumerables personas que detestan y odian tal género de gobierno y lo atacan con razones no menos válidas. También apenas hay pueblo bajo el sol que, si tiene vía legítima a esta prerrogativa y preeminencia, no la acepte con gusto, y lo mismo, tan pronto como un reino solo comienza a surgir y a ansiar esta dignidad, todos los demás principados inmediatamente le ponen trabas y le estorban cuanto pueden.

Esta opinión se basa, ante todo, en que la naturaleza, o mejor, Dios mismo, a cada pueblo le puso sus propios límites, y le es ilícito sobrepasarlos, pues, como puede leerse en Exodo cap. 23, v. 31, la región de los amorreos, de los cananeos y de los demás pueblos limítrofes fue casi puesta en manos de los hijos de Israel, pero con esta reserva, que se contenten con tales límites, a saber: desde el mar de las Algas, desde el mar de los filisteos y desde el desierto hasta el río ese Eufrates [59], y que todos, o por lo

[59] Exodo, 23, 31: «Marcaré las fronteras de tu país; desde el Mar Rojo hasta el mar de los filisteos y desde el desierto hasta

menos, muchos pueblos no deben estar sometidos al dominio de uno solo, sino que deben ser diversos; verosímilmente esto se deduce de que aquéllos no sólo están separados por montes, ríos, bosques y mar, lugares húmedos y secos, sino también por la lengua; es más, incluso tienen costumbres, hechos y pensamientos diferentes. Con todo ello parece que la naturaleza ha querido abiertamente hacer saber que también los dominios deben ser distintos. Y parece absurdo e incongruente obligar a pueblos por naturaleza tan distintos a tener semejanza de costumbres y naturalezas por unidad de imperio o que un solo pueblo rija otro totalmente diferente. Es más, los cabalistas aseguran que regiones distintas tienen que tener distintos ángeles que las presidan, y para esto alegan aquello que refiere Moisés en su Cántico, que aparece en Deuteronomio, cap. 32, según la versión griega, y Orígenes, cap. 21, en su *Philocalia*. «Cuando el Altísimo daba a cada pueblo su heredad, y distribuía a los hijos de Adán, trazando las fronteras de las naciones, según el número de los hijos de Dios, la porción del Señor fue su pueblo, Jacob fue el lote de su heredad»[60]. Ellos intentan sacar por el cap. 10 de Daniel que los mismos ángeles luchaban entre sí por la salvación e incolumidad de su pueblo, pues uno de los ángeles dice a Daniel que el príncipe del reino persa le había resistido veintiún días, pero el Arcángel Miguel había dado ayuda para que obtuviera victoria sobre

---

el Río. Los habitantes de ese país los pondré en tus manos y tú los echarás de tu presencia.»

[60] Deuteronomio, 32, 8. Trad. de *Nueva Biblia Española*. ORÍGENES, en *Philocalia* 21. *Patrología Griega*, XIV, columna 1314.

los reyes de los persas. Y después él mismo añade que marcharía a combatir al rey de los persas y que marcharía a combatir contra el príncipe de Grecia y que no había quien le prestara ayuda contra aquél a excepción de Miguel [61].

Y en esto parecen estar también de acuerdo los escolásticos, como se deduce de Tomás de Aquino en su *Suma Teológica,* p. 1, q. 113, art. 8, donde prueba que el juicio de Dios que concierne a reinos y a súbditos de éstos tienen ángeles ejecutores que observan fielmente los límite de aquel juicio, de tal suerte que, mientras cada uno pone en obra lo que le ha sido confiado, parecen estar luchando entre sí [62]. Ello se objeta a las monarquías universales, y debe atribuirse al derecho natural que o ha nacido con el hombre o fue introducido inmediatamente después de la creación. Ahora bien, también la Sagrada Escritura atestigua que desde el comienzo cada pueblo, es más, cada ciudad tenía su propio rey, y ello aparece claramente en el cap. 14 del libro 1.º de Moisés [63]. Así, Josué en una sola batalla

---

[61] Daniel, 10, 13: «... El Príncipe del reino de Persia me opuso resistencia durante veintiún días; Miguel, uno de los príncipes supremos, vino en mi auxilio; por eso me detuvo allí junto a los reyes de Persia.» *Ibid.,* 20: «Me dijo: ¿sabes por qué he venido? Tengo que volver a luchar contra el Príncipe de Persia; cuando termine vendrá el Príncipe de Grecia. Pero te comunicaré lo que está escrito en el libro de la verdad. Nadie me ayuda en mis luchas si no es vuestro Príncipe, Miguel.» Trad. de *Nueva Biblia Española.*

[62] SANTO TOMÁS, *Summa* I, 113, 8: «*contingit autem quandoque quod in diversis regnis vel diversis hominibus contraria merita vel demerita, ut unus alteri subdatur aut praesit...*»

[63] Génesis, 14. *Ad sensum.*

derrotó a 31 reyes, todos palestinos (Josué, cap. 12) [64]. Por el contrario, Nimrod, mucho después del diluvio, comenzó a arrebatar el poder a otros por la fuerza; por esto se le alaba poco en las Sagradas Escrituras, pues se dice en cap. 10, vv. 8 y 9 del Génesis que Cus engendró a Nimrod, quien aspiró al poder sobre los mortales, y se añade que aquél fue un valiente cazador ante el Señor [65]. Más aún, el nombre del mismo muestra suficientemente qué clase de hombre fue él, pues se deriva del hebreo Morad, que significa tan sólo rebelarse y despreciar los mandatos de su superior. Este Nimrod se levantó contra los descendientes de Sem, a quienes se les debía el poder espiritual y temporal. En cambio, aquél se sacudió incluso este poder legítimo y sometió a su poder a inocentes como el cazador a las fieras. Epifanio y Filón afirman que los griegos tuvieron a este Nimrod por Zoroastro, que fue el descubridor de la nigromancia y de la astrología, y este mismo fue quien intentó construir Babel por envidia de Dios [66]. Babel significa confusión. Con el dominio insolente de éste y con su soberbia, no sólo se confundió la lengua, sino todo cuanto había en la tierra (Claudio Duret en *Historia Linguarum*, cap. 4) [67]. Y hubo no sólo después de Nimrod, sino también antes del diluvio, príncipes legítimos y clementes.

---

[64] Josué, 12, 1-24.

[65] Génesis, 10, 8-9: «Cus engendró a Nimrod, el primer soldado del mundo; fue, según el Señor, un intrépido cazador, de donde el dicho: 'intrépido cazador, según el Señor, como Nimrod'.»

[66] EPIFANIO, *Ancoratus*, en *Patrología Griega*, XLIII. FILÓN DE ALEJANDRÍA, *Gigantes* 65 f. Se traduce, más bien, como «desertor».

[67] DURET, Claudio, *Thesor de l'histoire des langues de cest univers* (Cologny, 1613).

El intérprete hebreo refiere a los hijos de magnates o de príncipes lo que se dice en Génesis 6, 2: «... los hijos de Dios vieron que las hijas del hombre eran bellas...» Y poco después, en el v. 4, añade: «En aquel tiempo —es decir, cuando los hijos de Dios se unieron a las hijas del hombre y engendraron hijos— habitaban la tierra los gigantes (se trata de los famosos héroes de antaño).» Por gigantes en la Sagrada Escritura se entienden siempre los tiranos, por lo que San Agustín llama a Nimrod el primer padre de los nuevos gigantes, pues trajo de nuevo aquella tiránica vida por la que el primer mundo había sido arrasado con el diluvio [68]. El historiador Justino, al principio de su libro I, critica las inusitadas y monstruosas formas de gobernar de este Nimrod con estas palabras: «Al principio, el poder de las cosas, de los pueblos y de las naciones estuvo en manos de los reyes, a ello les llevó no la ambición popular, sino la moderación vista por todos, y tuvieron por costumbre guardar los confines del imperio antes que ensancharlos. Y fue el primero de todos Minos, rey de los asirios, el que cambió la vieja costumbre para los pueblos por un nuevo afán de imperio, etc...» [69].

Y porque todos los fundadores de las cuatro monarquías, siguiendo a este Nimrod, contra el instinto natural, atacaron todas las demás naciones sin causa justa alguna,

---

[68] SAN AGUSTÍN, *De civitate Dei* XVI, 3.

[69] JUSTINO, I, 1: «*Principio rerum gentium nationumque imperium penes reges erat, quos ad fastigium huius maiestatis non ambitio popularis, sed spectata inter bonos moderatio proveherat. Primus omnium Ninus, rex Assiriorum, veterem et quasi avitum gentibus morem novi imperii cupiditate mutavit.*» SAN AGUSTÍN, *De civitate Dei*, IV, 5-6.

sino por mera ambición y ansia de reinar, por ello, como algunos dicen, aquellas cuatro monarquías fueron descritas por el profeta Daniel bajo el nombre de bestias feroces, para manifestar la crueldad y atrocidad de aquéllos [70].

Pero tuvieron aquellos maltratados tiempos otros príncipes honestos y reinos, que Dios protegió, y que detestaron aquellas malvadas formas. Tal fue entre los filisteos Abimelech, que significa el Rey mi padre; dicho nombre lo mantuvieron sus sucesores, y aproximadamente en este tiempo, semejante fue el Rey de Cananea, de nombre Melchisedech, que significa Rey de justicia. Y muchos semejantes, que no adquirieron súbditos por la fuerza ni reivindicaron el poder absoluto al modo de los monarcas. Por lo cual Aristóteles, en L. 3 *Polit.*, cap. 10, llamó a aquellos reinos heroicos y los distinguió de los otros reinos [71].

El mismo pueblo de Israel, al que sin duda el mismo Dios reveló el mejor modo de vivir, actuó durante muchos años sin Rey, y ni antes ni después del reino electivo fue sometido a un poder extranjero, y sólo al desviarse del camino de la verdad fue entregado a monarcas para ser castigado. Expresamente también en la Ley de Moisés, en Deuteronomio, cap. 17, v. 15, se mandó que si al pueblo de Israel le sorprende el afán de tener Rey, deben elegir como tal a uno de sus hermanos, pues no es lícito, dice el texto, que te entregues a un extranjero [72]. Lo cual prue-

[70] Daniel, 7, 1ss.

[71] ARISTÓTELES, *Política* 1280 b-1281 a. No aparece aquí lo que cita Campanella, sino en 1285 a-b.

[72] Deuteronomio, 17, 15: «Voy a nombrarme un rey, como los

ba suficientemente que cada pueblo debe tener su propio Rey, y va contra la misma naturaleza el que un pueblo obedezca a un extraño. De donde todos los pueblos tuvieron por la mayor desgracia y servidumbre el estar sometidos a un poder extranjero. Así lo refieren las historias: los Estados de las Españas prefirieron morir libres antes que deber la vida a los franceses y pasar al servicio de aquéllos cuando comprendieron que Alfonso el Casto, al morir sin descendencia, había adscrito por derecho de sucesión el reino de las Españas a Carlomagno, aunque bajo la condición de que echase a moros y sarracenos [73].

Y si se analizan bien los orígenes de las cuatro Monarquías, apenas se podrá encontrar en todas ellas otra ley fundamental, como afirma Alberico Gentili, *De armis Rom.*, libro 2.°, en favor de esta Monarquía, que aquella ley tiránica, a saber, que la más fuerte someta a la más débil y sólo los injustos tiranos la recomiendan y todos los honestos la han execrado siempre [74]. Agustín llama grandes latrocinios a reinos así alcanzados y mantenidos [75]. Cierto

---

pueblos vecinos; nombrarás rey tuyo al que elija el Señor tu Dios; nombrarás rey tuyo a uno de tus hermanos, no podrás nombrar a un extranjero que no sea hermano tuyo.» Trad. de *Nueva Biblia Española.*

[73] Alfonso el Casto (759-842), hijo de Fruela I, quiso formar una liga con los príncipes cristianos contra los moros y pactó alianza con Carlomagno y con el hijo de éste, Luis de Aquitania. Pero los nobles interpretaron esta alianza como hacerse feudatario del rey Carlomagno y lo depusieron, encerrándolo en el monasterio de Abelania.

[74] GENTILI, A., *De armis romanis* (Hanau, 1599).

[75] SAN AGUSTÍN, *De civitate Dei* IV, 4: *«Remota itaque iustitia, quid sunt regna nisi magna latrocinia? Quia et latrocinia, quid sunt nisi parva regna?»*

pirata objetó a Alejandro Magno no sin razón: «Yo, que con una pequeña nave he ido a saquear, soy tenido por ladrón, y tú, haciendo lo mismo con un gran ejército, quieres ser tenido por Rey valeroso» [76].

No se va fácilmente a una guerra sin ánimo de provecho, y este derecho en los próceres sólo tiene esta base, tener el derecho deseado para oprimir a los inferiores. Si ello se puede excusar ante Dios, lo dejo a deliberación de todo sincero cristiano.

Parece que pide la summa necesidad que aquellos que escribiendo de casos de conciencia, como los llaman, anuncian a hombres desgraciados por dos o tres monedas de cobre adquiridas injustamente la pérdida de la salvación, pongan de manifiesto las atrocidades de los magnates y las sometan a un examen serio y propongan a discusión si *aquellas guerras en que se derrama sangre humana a torrentes* proceden de mera ambición o de una causa justa, y si la razón de Estado, como la llaman, que arrebata con ambas manos cuanto pilla, pueda compaginarse con la religión auténtica. De esto Cominges no pudo convencerse a sí mismo por ningún concepto; es más, creyó que el universo mundo, y ante todo los magnates, estaban infectados del vicio horrendo de la incredulidad y eran la causa de todos los males y miserias, pues no ceden en nada que pueda tocar a su prosperidad y dignidad temporal, y no sólo no escatiman gasto para la conservación de su vida, sino que enajenan con frecuencia regiones enteras sólo para redimirse ellos de su cautividad y, en cambio, por

[76] SAN AGUSTÍN, *De civitate Dei* IV, 3-4. CICERÓN, *De Republica* III, 14.

la salvación de su alma, rehúyen restituir a sus antiguos dueños la aldeucha más miserable tomada por la fuerza.

Esta avidez de los monarcas, su violencia y rapacidad la pintó maravillosamente también Heródoto, en su libro 7.°, cuando adscribió la petición de agua y tierra al sumo derecho del Imperio persa y añadió que los persas pidieron agua y tierra a sus vecinos, y al negárseles, les hicieron la guerra [77]. También Alejandro Magno excusa su ardor y belicosidad con tal pretexto *(Curt.,* l. 4.°), pues ni el cielo podría soportar fácilmente dos soles ni la tierra dos Reyes [78]. Es más, los mismos romanos se atrevieron a confesar públicamente: «Así plugo a los dioses que al arbitrio de los romanos quedase el dar y quitar y el no reconocer otros jueces que ellos mismos» (Tácito, *Anales,* libro 13) [79].

Pero no faltaron pueblos que se opusieran con fuerza a este arrogante derecho de los monarcas. Los griegos rechazaron con admirable valor y fortuna la monarquía persa, y por benignidad de Dios protegieron su antigua

---

[77] HERÓDOTO, VII, 32: «Jerges, llegado a Sardes, despachó heraldos encargados de pedir la tierra y el agua, y que prepararan comida para el rey... Y la razón de enviar a pedir la tierra y el agua por segunda vez fue porque los que antes no se la habían dado a los enviados de Darío, ahora temerosos se la darían» (traducción nuestra).

[78] CURCIO, IV, I, 1: «*De certo cum mihi scribes memento non solum regi te, sed etiam tuo scribere.*» Respuesta de Alejandro a Darío. También allí se ve la metáfora del sol para Alejandro y de la luna para el persa.

[79] TÁCITO, 13, 56: «*Id dis quos implorarent placitum, ut arbitrium penes Romanos maneret quid darent quid adimerent, neque alios iudices quam se ipsos paterentur.*»

libertad, mientras cultivaron las buenas costumbres y disciplinas sanas. Y los habitantes de la isla de Coos negaron a Darío y a Jerjes el agua que les pedían; los espartanos arrojaron a un pozo a los legados de los mismos que les hacían la misma petición y después cubrieron el mismo de tierra para que tuvieran lo que habían pedido. Además, los hace poco mencionados de Coos volvieron a escribir al Rey de reyes, Artajerjes, que les pedía a Hipócrates denegándoselo. Cuando Darío y Jerjes escribieron una carta para pedir tierra y agua a nuestros antepasados, el pueblo no se las dio, pues parecía que ellos mismos, al pedir, eran mortales como los demás hombres. Y ahora da la misma respuesta: «Apartaos de los de Coos, pues nos entregan a Hipócrates. Volvedles a decir, vosotros, mensajeros, que ni los dioses mismos nos despreciarán» [80].

También consta que tales imperios violentos nunca fueron duraderos ni nunca saciaron su insaciable deseo de gobernar todo el mundo; sino que cuando parecieron florecer muchísimo, cayeron de repente en picado y pagaron la pena merecida de su impiedad.

A estos inmensos imperios algunos los tachan no sólo de tiránicos, sino también de débiles, creyendo que convenía muchísimo que cada pueblo tuviese su rey propio, pues así mejor se administraría todo y se ordenaría de una sola

---

[80] HERÓDOTO, IV, 126-127. Sobre la sumisión de los escitas con la entrega de tierra y agua, V, 73; VI, 48, 49, 94; VII, 32-33, 131-13.3. Aquí se dice que los atenienses habían matado a los heraldos persas y los espartanos los habían arrojado a un pozo. *Ibid.*, 163. Sobre Gelón, pariente de Hipócrates, tirano, VIII, 46. Aquí hace enumeración de todos los pueblos que habían dado tierra y agua al persa.

ojeada, ya que es de poca utilidad obtener muchas regiones y tener necesidad de administrarlas por jefes mercenarios, como Trajano Boccalini, en su *Parnasso,* cent. I, serm. 47, demuestra con elegancia, aduciendo que el pastor que tiene cincuenta ovejas se beneficia más que el que tiene quinientas, para las que necesita un siervo a sueldo [81]. Ejemplo claro hoy de esto lo tenemos en España, que antaño, teniendo todavía muchos señores, daba más soldados que los que hoy un solo rey puede sacar a la fuerza de todos sus reinos. Por lo cual, los príncipes prudentes siempre estuvieron persuadidos de que imperios extensos perjudican más que aprovechan, y son como un cuerpo hidrópico u otro cualquiera monstruoso.

También la misma experiencia ha enseñado que bajo inmensos imperios siempre dominaron pueblos más pequeños a pueblos más grandes, y que estos últimos casi no retuvieron más que provincias y regiones ocupadas por la fuerza, y que se quitan las inmunidades y los privilegios a los más débiles. Por ello es regla universal de los políticos que no es bueno que se junte una ciudad-Estado a un gran imperio. Por lo mismo los portugueses se sintieron desgraciados por haber accedido a Felipe II, Rey de las Españas, por derecho hereditario. Bélgica tuvo también en otros tiempos diversos señores; todas sus provincias, al principio, estuvieron sometidas a la Casa de Borgoña y después al reino de España. Carlos V intentó en vano reducir-

---

[81] BOCCALINI, Trajano, *Ragguagli di Parnasso;* de ella hay traducción francesa de 1615 en París.

[82] METERAN, E. van, *Historia Belgica nostri potissimum temporis.* Hay traducción francesa de La Haya de 1618.

las a una forma de reino, pues aquéllas gozaban de diversas inmunidades y privilegios y llevaron con gran impaciencia el que se les arrebatasen (Meteran, *Hist. Belgica,* lib. 2) [82].

De la misma manera creen algunos que es pernicioso para Noruega el haber pasado a posesión del rey de Dinamarca, como Botero, en su *Anfiteatrum,* insinúa suficientemente con estas palabras: «Los noruegos, otrora pueblos muy poderosos, mantuvieron en jaque a Inglaterra por mucho tiempo, asolaron Francia, obtuvieron en ésta el dominio de la provincia que todavía se llama Normandía.» Y poco después: «El reino de Noruega, sacudido por agitaciones populares, pasó al rey de Dinamarca, quien para estar seguro de él, trata con dureza a sus habitantes y los despoja de sus facultades, y estas pobres gentes ni tienen ya esperanza de una mejor suerte» [83].

Así piensa también Jacob Ziegler al escribir en su *Schonlandia:* «Noruega está actualmente bajo el poder de los daneses; éstos no sólo les obligan a legítimas rentas y tributos soportables, sino que arrebatando toda riqueza, la pasan a Dinamarca, a saber, afianzan la continuidad del poder con el debilitamiento de los sometidos. ¡Esta es la suerte de Noruega! Ni los mismos edificios de las ciudades pueden mantener su grandeza y antigua dignidad, ni hay esperanza de restaurar el Estado, pues no se admiten asambleas públicas. Nadie se atreve a hablar con libertad, ni a actuar, al no conocer la voluntad de los demás» [84].

---

[83] BOTERO, Giovanni, *Theatro de los mayores príncipes del mundo y causas de la grandeza de sus estados, sacado de las relaciones toscanas.* Es traducción castellana que existe en la Biblioteca Nacional de Madrid.

[84] ZIEGLER, Jacob. Su *Schonlandia* es el comentario que escribió

Así también, el actual rey de Gran Bretaña se atrevió a intentar unir los dos reinos, el de Inglaterra y el de Escocia, en una sola isla, y procuró acuñar moneda de oro y plata con esta inscripción: *Quae Deus conjunxit, homo non separet* (Lo que Dios unió, el hombre no lo separe); y otras monedas con esta otra inscripción: *Tueatur unita Deus* (Guárdelos Dios unidos); en las coronas dobles inglesas, como las llaman, esta otra: *Faciam eos in gentem unam* (Los haré una sola nación); y en la Corona de ambos ingleses hay esta inscripción: *Henricus rosas, regna Jacobus* (Enrique las rosas, Jacobo los reinos). Ello no obstante, los Estados de Escocia e Inglaterra presentaron muchas quejas, porque un reino es mucho más poderoso y rico que el otro, y uno goza de más privilegios que el otro. Meteran, L. 25, f. 279 [85].

Es verosímil que actualmente por causa de la diversidad de religiones se haya llegado a que no pueda existir monarquía universal, ni que señor de un reino particular pueda ser señor absoluto, pues la experiencia atestigua que las regiones que tienen señores absolutos, no soportan sino a un solo señor, no admiten paz religiosa y odian tremendamente a todos los llamados herejes. Así, a la monarquía española por todas partes se la tacha de que nunca ha querido hacer paz con otro príncipe de distinto religión, y se cuida de investigar con mucha cautela a todos los no católicos por todo el reino, y manda atormentar y matar

---

a la obra de Krantz, *Wandalia*. Cf. nota 42. *Schonlandia, id est, regionum et populorum septentrionalium ad Krantzianam historiam perutilis descriptio* (Frankfurt, 1575).

[85] METERAN, E. van, *Historia Belgica nostri potissimum temporis*. Cf. nota 81.

de modo inhumano a todos los que prenden o a los sospechosos. Carlos V, por el contrario, se cree que consintió en la paz de religión no espontáneamente, sino porque tuvo el Imperio romano mezclado con un Estado aristocrático, y porque no pudo domeñar como quería a los poderosos estados de Alemania; pero en todas sus regiones hereditarias mandó quemar a todos los convictos de herejía, y en vida mandó que estuviera lejos toda libertad de conciencia.

Por último, los que atacan la monarquía, alegan también que ésta no puede ni debe esperarse en nuestro tiempo, y todo lo que uno intentare para ello, se tiene por vano y nulo, pues ni una jota se dice sobre ello en la Sagrada Escritura, y todos los profetas o callan sobre ello o afirman en contra. Cuando Daniel, en el cap. 2, v. 41, habla de la cuarta monarquía, dice que tal Imperio será dividido y parte será fuerte y parte débil; inmediatamente añade a continuación que aquéllas estarán unidas por el vínculo de lo humano, pero nunca estarán de acuerdo entre sí[86], lo que algunos quieren entender de la potencia española, que creció en gran parte por matrimonios. Añade el mismo Daniel, en el cap. 7, v. 24, que de la última o cuarta monarquía nacerán diez reinos, pero no añade que se unirán[87].

* * *

[86] Daniel, 2, 41: «Los pies y los dedos que viste, de hierro mezclado con barro de alfarero, representan un reino dividido; conservará algo de vigor del hierro, porque viste hierro mezclado con arcilla.» *Ibid.*, 43. Trad. de *Nueva Biblia Española.*

[87] Daniel, 7, 24: «Sus diez cuernos son diez reyes que habrá en aquel reino; después vendrá otro, diverso de los precedentes...» Trad. de *Nueva Biblia Española.*

Hasta aquí se han aducido llana y sinceramente argumentos para ambas posiciones, para la que la defiende y para la que rechaza la monarquía universal. Todos, a mi juicio, son de gran valor, hasta tal punto que yo mismo dudo qué partido tomar. Sin embargo, el agudísimo cardenal Belarmino me parece que ha tratado bien esto, pues al hablar de los fundamentos políticos, afirma que ha hablado de ello por experiencia cuando así escribe en el Lib. I *De Pontifice,* cap. 9: «Aunque no sea absolutamente necesario que todos los reinos del mundo sean gobernados por una sola cabeza, sin embargo, creo sería útil, con tal de que se hiciese con el solo derecho y no con las armas, sobre todo si el tal monarca gobernase regiones no por medio de vicarios o gobernadores, sino por medio de príncipes, tales que no estuviesen sometidos a él de otro modo que lo están los obispos al Papa [88]. Pero, ya que tal monarquía no puede mantenerse sin gran esfuerzo y derramamiento de sangre, justamente está escrito en San Agustín, *De civitate Dei,* L. 4, cap. 15, que las cosas humanas serían más felices si todos los reinos fuesen pequeños y gozasen de vecindad pacífica [89]. Y el mismo Belar-

[88] BELARMINO, San Roberto, *Opera omnia* (París, 1870). En *De Summo Pontifice capitis militantis Ecclesiae* I, VIII, p. 488: «*Utrum autem expediret, omnes provincias mundi ab uno summo rege gubernari in rebus politicis, quamvis id non sit necesse, posset esse questio. Mihi tamen omnino expediri videtur, si possit eo perveniri sine iniustitia et bellicis cladibus, praesertim si summus Monarcha sub se haberet non vicarios et prorreges, sed veros principes quomodo summus pontifex sub se habet Episcopos.*» La cita que hace Campanella del mismo autor más adelante no es del III, XXXVI. Este capítulo no existe, es del XVI.

[89] SAN AGUSTÍN, *De civitate Dei* IV, 15: «*Videant ergo ne forte*

mino, en el L. 3.º, cap. 36, *De Pontifice,* dice que el Anticristo, que todavía ha de venir, como piensan los católicos, será monarca de toda la tierra. Pues Crisóstomo, en 2 *Ad Thessalonicenses* 2, dice que el Anticristo será monarca y sucederá a los romanos en la monarquía como los romanos sucedieron a los griegos, los griegos a los persas y éstos a los asirios [90]. De la misma opinión es también Cirilo en su *Catequesis* 15, al decir que el Anticristo alcanzaría la monarquía que había sido antes de los romanos [91].

Pero si todo esto queremos considerarlo con más exactitud, casi nos vemos obligados a confesar que todos estos discursos son no sólo ambiciosos y vanos, sino también peligrosos, si uno quiere en su vida particular llegar hasta aquí y llegar a una determinada posición, y, sobre todo, si puesto esto casi como base quiere construir algo de la mayor importancia y quisiere ventilar estos asuntos no precisamente por causa del alma. Pues dar y quitar reinos procede de una causa mucho más sublime, primero se acuerda en el cielo y después se lleva a la práctica en la tierra.

Pues es la mayor locura, toda vez que Dios modera los

---

non pertineat ad viros bonos gaudere de regni latitudine. Iniquitas enim eorum, cum quibus iusta bella gesta sunt, regnum adiuvit ut cresceret, quod utique parvum esset, si quies et iustitia finitorum contra se bellum geri nulla provocaret iniuria ac si felicioribus rebus humanis omnia regna parva essent concordi vicinitate lactantia et ita essent in mundo regna plurima gentium.»

[90] SAN JUAN CRISÓSTOMO, 2. *Ad Thessalonicenses* 2 *(Patrología Griega* LXII, col. 482ss.).

[91] SAN CIRILO, *Catequesis 15 (Patrología Griega,* XXXIII, col. 886).

planes de los hombres, el querer ponerle límites a El, imponerle los modos y delimitarle los plazos y no esperar a su decreto, hacer proyectos según nuestro deseo y después orar para que sea favorable a lo que hemos comenzado, pues Dios actúa de modo totalmente distinto al nuestro y nosotros en esto ni siquiera sacamos provecho. Si Dios, por ejemplo, quiere elevar a los españoles al grado más alto de monarquía, esto será incluso contra la voluntad de todos e incluso los esfuerzos de los hombres para estorbarle le ayudarán. Si, por el contrario, Dios condena este plan, en vano pondrán ellos todas las fuerzas corporales y espirituales; cuanto más lo intenten, más se acarrearán su ruina.

En esto los simples y privados son de mejor condición que los cultos, y que aquellos a quienes la razón de sus cargos les obliga a pensar en cosas mundanas tan peligrosas, pues si cada uno está obligado alguna vez a dar razón incluso de palabras inútiles, ¿qué se hará de aquellos que ya constituidos en grandes cargos, con sus proyectos son causa de los mayores derramamientos de sangre, de la perdición eterna de tantas almas y son causa, en fin, de atroces vicios, crueldades, miseria y aflicción de inocentes? Por el contrario, quienes libres de todos estos males tan sólo se compadecen y sufren, pueden estar persuadidos de que tales aflicciones serán sólo en bien de ellos mismos, si perseveran en el conocimiento de la verdad y en el amor de Dios.

Y nosotros hemos visto en ello con cuánta clemencia trata Dios con nosotros. Pues el verdadero cristiano tiene necesidad de despreciar el mundo y renunciar con gusto a él y con los mayores deseos debe aspirar hacia arriba a la

celeste πολίτευμα [92]; pero esto parece difícil, por no decir imposible, al hombre que vive en próspera felicidad. Aquellos a quienes todo les sale bien en esta vida, salen de ella muy a disgusto, y apenas se encuentra quien quiera cambiar el paraíso terrestre por el paraíso del cielo. Para impedir este mal, Dios pone en nuestras manos este remedio tan saludable, nos envía guerras y persecuciones, confunde y perturba nuestras comodidades de la tierra, para que nada deseemos más que morir pronto y estar con Cristo. Todo esto describió muy graciosamente Eucherio, obispo de Lyón, francés, en su tratado del desprecio del mundo, con estas palabras: «Ya está el mundo para caer. Perece aquella imagen de las cosas hasta perder su decoro. Primero pensaba seducirnos con su fulgor, no podía. Casi ya no tiene fuerza y casi no puede ya corrompernos con falsa ostentación. Carecía de bienes sólidos y por lo mismo carece incluso de los caducos. No adornan a éste (mundo) los vistosos temporalmente ni le conforman los que permanecerán. Si nosotros mismos no deslumbramos, apenas puede el mundo deslumbrarnos a nosotros» [93].

La postrera edad del mundo es descrita como una vejez con malas enfermedades. Aparecieron y aparecen éstas ya hace tiempo en este encanecido siglo; hambre, pestilencia, desolación, guerras, terrores; éstas son sus enfermedades ya en sus últimos años. Se confirma no con nuestras pobres palabras, sino con la elocuencia de la autoridad

[92] *Politeuma* se puede traducir como gobierno supremo en contraposición a *politeia,* diversos órdenes de magistraturas; cf. ARISTÓTELES, *Política* 1279 a. Pero el sentido que tiene en Campanella es el de reino o patria, como aparece también en la Patrística.

[93] SAN EUCHERIO, obispo de Lyón; cf. nota 39.

apostólica, donde se lee: «A nuestro paso llega el fin de los tiempos» en 1 Cor. 10, 11. Y si se ha dicho ya hace tiempo: ¿por qué nos detenemos?, ¿qué esperamos? Nos urge aquel día, no ya nuestro tan sólo, sino también del siglo, me incumbe a mí, desgraciado, la mortalidad del mundo, aunque ya no me baste la mía para aterrorizarme. No hay lugar para la seguridad, cuando el término de cada uno y de todos pende sobre nosotros indistintamente.

Cuánto más digna de compasión es la condición de los humanos en este, no diré final de siglo, sino en esta falta de cosas, para quienes ni siquiera ponen la esperanza en los gozos futuros, cuando no gozan del placer de los presentes.

Y no tienen por qué aterrarnos las aflicciones de este mundo, cuando éstas están predichas por Nuestro Salvador, y con gran consuelo, como se lee en Lucas, cap. 21, v. 9: «Cuando oigáis estruendos de batallas y de revoluciones, no tengáis pánico, porque eso tiene que suceder primero, pero el final no será inmediato.» Y en Marcos, cap. 13, v. 8: «Porque se alzará nación contra nación y reino contra reino, habrá terremotos en diversos lugares, habrá hambre; ésos son los primeros dolores.» San Lucas, en cap. 21, 28: «Cuando empiece a suceder esto, poneos derechos y alzad la cabeza, que se acerca vuestra liberación.» Cómo debamos soportarlo nosotros, lo enseña Mateo en cap. 24, v. 12 ss.: «... al crecer la maldad, se enfriará el amor en la mayoría, pero el que resista hasta el final se salvará.» Y en Lucas, cap. 21, 18 ss.: «... pero no perderéis ni un pelo de la cabeza; con vuestro aguante conseguiréis la vida.» Pero no puedo dejar de decir que Cristo predica

casi sólo de la cruz y no dice palabra de que el cristiano esté mezclado en estos acontecimientos. También lo indican los profetas, sucederá que en los últimos tiempos los sabios desaparecerán de tal suerte que no aparezcan por parte alguna. Así dice Esdras, en el Lib. 4, cap. 5, v. 1, 9, 19: «He aquí que se acercarán días en que sean arrebatados habitantes de la tierra en gran número, y quedará oculto el camino de la verdad y la tierra sin fe; la maldad prevalecerá, un amigo luchará contra otro y el inteligente entonces estará escondido, y el sabio permanecerá lejos, como en su habitación, muchos le buscarán y no le encontrarán» [94]. También Amós, en el cap. 5, v. 13: «(por eso calla entonces el prudente, porque es un momento peligroso)». Por ser muy peligroso inmiscuirse en estas cosas, debe procurar el prudente no precipitarse en su juicio, debe dejar todo acontecimiento a la voluntad clemente de Dios, no inclinándose a parte alguna; debe deleitarse con otros bajo el peso de la cruz, pues no tendrá necesidad de dar alguna vez una razón tan grave como aquellos que le cargaron con esa cruz. No provoque a juicio, antes ore ecuánime con todos para que Dios convierta todo en salvación de su Iglesia y de los afligidos, y diga en su interior y con paciencia con Asaf en el salmo 74:

¿Por qué, oh Dios, nos tienes abandonados...?
Acuérdate de la comunidad que adquiriste antaño,
de la tribu que rescataste para poseerla...
Ya no vemos estandartes nuestros, no nos queda ni un profeta.
Tenlo en cuenta, Señor, que el enemigo te ultraja,
que un pueblo insensato desprecia tu nombre;

[94] Pseudo-Esdras. Trad. nuestra.

no entregues a los buitres la vida de tu tórtola
ni olvides sin remedio la vida de tus pobres.
Piensa en tu alianza: que los rincones del país
están llenos de violencias;
que el oprimido no salga defraudado,
que pobres y afligidos alaben tu nombre.
¡Levántate, oh Dios, defiende tu causa:
recuerda los ultrajes continuos del insensato!

Y en el Salmo 76:

Tú eres deslumbrante, magnífico,
con montones de botín conquistado.
Los valientes duermen su sueño
y a los guerreros no les responden sus brazos.
Con un bramido, oh Dios de Jacob,
inmovilizaste carros y caballos.
Desde el cielo proclamas la sentencia:
de miedo se paraliza la tierra
cuando Dios se pone en pie para juzgar,
para salvar a los humildes de la tierra.

Es necesario que yo sufra esto, según el salmo 77: «La mano del Supremo puede cambiar todo» [94 bis].

Dejo el cómo se deben comportar aquellos que se sientan a gobernar y necesariamente se arrastran a ello, pues conozco mi limitación. Todos tienen que procurar con diligencia ahorrar sus esfuerzos en tales oficios o en aspirar a ellos, antes deben seguir la norma de su vocación y a ésta sólo seguir. Aquí, ante todo, se requiere que todas las aficiones particulares que huelan a avaricia o a ambición, como quiera que sea, estén alejadas lo más posible de tales hombres.

[94 bis] Trad. de *Nueva Biblia Española.*

Con corazón limpio como un templo debes fatigar a Dios con tus oraciones, como Salomón, no para que te conceda oro y plata, ensanchamiento de fronteras, dignidad de familia, victoria sobre tus enemigos, sino para que te otorgue un alma y mente inteligente y sana en un cuerpo sano, para que puedas dignamente estar al frente de tu pueblo, cuando hayas de salir o cuando hayas de entrar, según el beneplácito de Dios Omnipotente y bienestar de los pueblos.

Depuesta aquí toda pericia humana y toda sabiduría, hay que dedicarse a la oración, pues ya que todo bien se perfecciona en nosotros por solo Dios, por lo mismo con toda diligencia debemos procurar no resistir a las santas obras de Aquél.

Antes de acabar no puedo dejar de decir que hoy existe no poca inquietud, como algunos lo observan, por el mero hecho de que haya muchos que con desprecio de la piedad sencilla y del temor de Dios, aspiran a no sé qué clase de artes sublimes y desconocidas por la mayoría, y no ponen todo su empeño en conservar el antiguo modo de administrar los negocios, sino que obnubilados por la opinión de una apremiante reforma universal, desean y, cuanto pueden, cooperan a que todo esté confuso, porque esperan pescar a río revuelto y que darán gusto a su avidez, poco preocupados en dirigir al pobre populacho que no lo merece. Que ya todo el mundo abunda en este fanatismo lo atestigua suficientemente aquella Hermandad de la Cruz Rosada *. Apenas este fantasma había visto la luz, aunque su fama y reconocimiento demuestra suficientemente que es

* Rosacruz.

mero lujo de un ingenio excesivamente lascivo, pues da cierta esperanza de reforma universal y profesa cosas en parte absurdas y ridículas y en parte increíbles, varones incluso probos y honestos de distintas regiones se mostraron dignos de risa y mofa, hasta tal punto que públicamente le dieron su ayuda y patrocinio, o suprimido su nombre, se persuadieron a sí mismos de poder darse a conocer a aquellos hermanos, tal nombre incluso entre los profetas fue poco utilizado, por el espejo de Salomón o de otra manera oculta. Es más, tan necios se mostraron quienes abrazaron la reforma de todo el mundo, invento de Trajano Boccalini y divulgado exactamente de la edición italiana e interpretaron como misterio singular y de modo cabalístico un arte química o *chrysopoeias* * en ella oculta, lo que tal vez nunca se le pasó por la mente al autor.

Ello hace que muchos, cuando leen y meditan los profetas, no sólo restringen las cosas a su tiempo, sino que también las interpretan como les viene en gana, más de lo que conviene, o las perciben de un modo tergiversado. Ciertamente y sin lugar a duda hay en ambos Testamentos innumerables profecías, que profieren vaticinios de tiempo en tiempo y que llegan hasta la consumación de los tiempos. Como también es cierto que todas las profecías se entenderían en los tiempos recientes mejor que antes. Esto lo indica ya suficientemente el profeta Daniel, a quien habla el ángel así, en su último cap., v. 4: «Tú, Daniel, guarda estas palabras y sella el libro hasta el momento final. Muchos lo repasarán y aumentarán su saber» [95]. Con

* Arte de hacer oro.

[95] Daniel, 12, 4.

razón se inquieren diligentemente estos misterios proféticos. A ello nos exhorta el mismo apóstol Juan en su Apocalipsis, cuando dice en el cap. 13, v. últ.: «Aquí del talento; quien sea inteligente descifre la cifra de la fiera, que es una cifra humana. Y su cifra es el 666.» Sin embargo, este misterio profético es tan difícil que ningún sentido humano puede investigarlo, sino que es necesario que se comprenda con aquel Espíritu Santo con que está escrito. Pero es de audacia intolerable el que un hombre se adscriba tal don y se gloríe de él, pues el tal de ningún modo se da a aquellos que tan sólo con la boca se acercan a Dios, y que tienen el corazón lejos de él. Es más, los tales, engreídos con esta ceguera e ignorancia sobre las profecías sagradas son castigados de tal manera que en ellos se verifica aquello de Isaías en el cap. 29, v. 11: «Cualquier visión se os volverá como el texto de un libro sellado; se lo dan a uno que sabe leer, diciéndole: Por favor, lee esto...» Ni pueden explicarse las profecías de las Escrituras por el ingenio de uno, pues nunca surgió una profecía por ingenio de hombre. Cf. 2 Pedro 1, v. último [96]. Lo más grande y divino es poder discernir los tiempos, lo que presumen hacer intérpretes de tal ralea. «No os toca a vosotros conocer los tiempos y las fechas que el Padre ha reservado a su autoridad», respondió Cristo a los discípulos que le preguntaban cuándo sería restituido el reino de Israel (en Hechos, cap. 1, v. 7).

[96] 2 Pedro, 1, 20-21: «Ante todo, tened presente que ninguna predicción de la Escritura está a merced de interpretaciones personales; porque ninguna predicción antigua aconteció por designio humano; hombres como eran, hablaron de parte de Dios movidos por el Espíritu Santo.» Trad. de *Nueva Biblia Española.*

Es, pues, muy peligroso querer fundar asuntos de suma importancia sobre tales explicaciones proféticas, pues se tienen aquellas profecías a modo de cuchillo de doble filo, te puedes herir fácilmente, si no lo agarras bien. Dice el Pastor Fido en At. I, Sec. 4:

> Son como el cuchillo, que si le coges
> en la parte que por uso humano
> la mano se adapta, quien así hace, hace bien;
> pero si lo coges por donde hiere, con frecuencia muere[97].

La historia y la experiencia lo atestiguan, aquellos que han intentado aplicar a ciertos lugares y eventos la interpretación de la Sagrada Escritura, han errado de plano. Por ello, Werner Rolewink, en el fascículo de los tiempos del año 1364, escribe que Juan de Rupescissa, de la Orden de Menores, predijo muchas cosas para un futuro inmediato de los dos Anticristos, de la desolación de la tierra, de la conciliación general del clero y de la reducción de todo el mundo a la fe de Cristo, y otras muchas cosas, antes del año del señor de 1370. Dijo que se lo había revelado Jesús el Señor[98]. Pero nada sucedió. También estando largo tiempo en la cárcel escribió cosas fantásticas sobre el futuro. Obsérvese que casi al comienzo de la fe hubo vaticinadores de esta clase, y que cuantos predijeron la fecha exacta sobre tales arcanos que el Padre dejó en

[97] PASTOR FIDO, At. 1, Sc. 4:

> *«Sono come il cottel, che se tu'l prendi*
> *In quella parte, oue par vso humano*
> *La man s'addatta, à chi l'adopra è bueno;*
> *Ma ch'il prende oue fere, è spesso morta.»*

[98] ROLEWINK, Werner, *Fasciculus temporum omnes antiquorum chronicas complectens cum additionibus* (París, 1412).

sus manos, se equivocaron. Por lo mismo, no hay que creer más en tales revelaciones.

Esto mismo aconteció inmediatamente al comienzo a nuestra madre común, Eva, quien pensaba haber dado a luz al Mesías, éste pisaría la cabeza de la serpiente (Génesis 4), y, sin embargo, en ello se equivocó totalmente. Aunque muchos pongan en duda tal explicación, el si Eva creyó haber dado a luz al Mesías cuando nació Caín, como puede leerse en Jano Drusio, en *Ad loca Gen,* cap. 13 [99], sin embargo, el antiguo intérprete caldeo Jonatan Uziel lo confirma junto con los celebérrimos hebreos Fagio y Forster [100]. Es más, también Lameth, padre de Noé, estaba persuadido de que su hijo Noé había de ser el Mesías, quien apartaría la maldición de la caída, cuando dice en Gén. 5, 29: «Alivió nuestras tareas y trabajos en la tierra que el Señor ha maldito.» Por ello le dio el nombre de Noé, que significa descanso. Y ciertamente aquél no estuvo del todo errado, pues él fue cierto tipo de Mesías y salvó de las aguas al resto del género humano, como Cristo nos salvó a nosotros de las aguas del infierno. Luego es en cierto modo conveniente que algunos interpreten las profecías no del todo mal, pero que yerren si toman la sombra por el

---

[99] JANO DRUSIO (Jan van den Drieschen), *Observationum libri XII...* (Amberes, 1584).

[100] UZIEL, Jonatán, *Targum seu paraphrasis caldaica, quae etiam syriaca dicunt...* (París, 1556); *Chaldea interpretatio sex prophetarum* (París, 1559). FAGGIO (Buechlein), Paul, *Compendiaria isagoge in linguam haebream* (Constanza, 1543). FORSTER (Forstherus), Johann, *Dictionarium haebraicum novum, non ex Rabinorum commenti nec nostratum doctorum stulta imitatione descriptum, sed ex ipsis thesauris sacrorum librorum...* (Basilea, 1564).

cuerpo. Así, los hijos de Israel cometieron grave error al intentar pasar el desierto hacia la tierra prometida, y por lo mismo fueron arrojados por los amalecitas y cananeos (Números 14, 40) [101], aunque fue cierto que a los hijos de Jacob se les había prometido aquella tierra que ocuparían en su momento una vez exterminados sus habitantes; pero al querer exigir tal felicidad sin previo acto de humillación y confesión de indignidad, como si se les debiese por derecho, se apartaron mucho de su intención. Y así no se consiguió entrar en la tierra prometida, al no guiarles Dios. Los mismos discípulos de Cristo, todavía no iniciados por el Espíritu Santo en el reino de Cristo, que era espiritual, tuvieron creencias totalmente absurdas y carnales al modo casi de los de hoy, y confundieron la primera venida de Cristo con la segunda.

Christian Wurstisius, en su *Crónica de Basilea* [102], hace mención de un tal Nicolás de Buldesdorf, quien en el año 1446, entrando en la asamblea de Basilea, se llamó a sí mismo Pastor Angélico, y manifestó que el Anticristo sería aniquilado por él, que los judíos serían liberados de la cautividad y que la Iglesia se haría de los gentiles, que se

[101] Números, 14, 40ss.: «A la mañana siguiente se levantaron y subieron a la cima del monte diciendo:

Subiremos al sitio que el Señor nos dijo. Hemos pecado.

Moisés contestó:

¿Por qué quebrantásteis el mandato del Señor? Fracasaréis, porque el Señor no está con vosotros y os derrotará el enemigo. Pues los amalecitas y los cananeos os harán frente, y caeréis a espada. Os habéis apartado del Señor, y por eso el Señor no está con vosotros.» Trad. de *Nueva Biblia Española.*

[102] WURSTISEN (Wurstisius), *Christian, Germaniae historicorum illustrium...* (Frankfurt, 1588).

extirparían los males y otras muchas cosas más. Por lo mismo, también él fue castigado como hereje. Esta misma audacia han utilizado los anabaptistas de Münster muchos años después, y arrogándose lo mismo se pusieron a actuar con ímpetu admirable, y quisieron excusar lo mismo con las mismas razones, que hoy incluso tienen peso para muchos, en un libro singular, cuyo título es *De restitutione seu renovatione,* como refiere Sleiden, L. 10 [103]. Y esto mismo se imaginaron hace pocos años los seguidores de aquel famoso Ezequiel Mett, que prometían algo admirable y grandioso; esto debió admitirse del pasado, pero de ningún modo de su tiempo.

Así, pues, tres son los duros escollos contra los que rompen por lo común las naves los que intentan atravesar el mar de las profecías, cuando admiten demasiado carnalmente lo que hay que interpretar como espiritual, o restringen violenta o absurdamente lo que según la letra sucederá en un tiempo determinado, a ciertos lugares y fechas, condescendiendo a sus propios deseos.

Adviertan los alemanes que no todas las profecías se realizarán, o que si algo de importancia queda todavía por hacer en el mundo haya que interpretarlo de Alemania. Hace mil doscientos años esa región fue casi desconocida, bárbara, inculta y carente de verdadera religión, de toda ciencia y arte elegante, y no pudo prometerse la prosperidad a la que ahora desde entonces ha llegado poco a poco.

[103] Los anabaptistas de Münster se dieron a conocer hacia el año 1523. Con Munzer como jefe libraron batallas sangrantes, apoderándose de la ciudad de Münster, y aquí fue famoso el holandés Juan de Leyde con su Nueva Sión, de la que se hizo proclamar rey.

Y por lo mismo, Dios puede afligirla como a otras tierras por su propia ingratitud, a no ser que recobre el sentido oportunamente, y Dios mismo puede poner por obra aquellos acontecimientos gloriosos, que según las Escrituras es necesario que sucedan antes de la venida de Cristo, por medio de un pueblo quizá totalmente desconocido para nosotros, o despreciable.

Luego es cierto que no todo lo que se encuentra en los profetas se debe referir al hecho y tiempo que nos imaginamos y quisiéramos, aunque ello parezca poder hacerse sin dificultades. De ello aduciré tan sólo un ejemplo: Se recuerda en el libro de Esdras, caps. 11 y 12, la visión del águila y del león que habla al águila con voz humana, con estas palabras: «Oye tú, te hablaré, el Señor de todas las cosas te declarará: ¿No eres tú aquél que venciste a los animales a los que di el poder de reinar sobre la tierra y en mi mundo, de tal suerte que su plazo de tiempo se cumpliera por aquéllos? Tú ofendiste a los mansos de corazón, y heriste a los tranquilos, amaste a los falaces y destruiste las habitaciones de los que llevan fruto, y has abatido sus muros, y ellos no te hicieron daño alguno. Por lo cual, tu iniquidad y afrenta llegó a su extremo y tu soberbia se hizo inmensamente fuerte... Y el Supremo contempló el siglo soberbio; he aquí que se acabó, y los crímenes de aquél se acumularon. Por tanto, tú, águila, no comparezcas más, ni tus horribles alas, ni tus ímprobas plumas, ni tus ímprobas cabezas, ni tus sucias uñas, ni todo tu cuerpo vano, para que la tierra vuelva a cobrar fuerzas y vuelva en sí, liberada de tu poder; para que pueda concebir esperanza, juicio y misericordia de su Creador. Después, el león habló así al águila, y he aquí que (dice Esdras) la

cabeza que antes había dominado, al punto desapareció, y las cuatro alas no aparecieron más, ellas habían venido a él y fueron elevadas para gobernar y el reino de aquéllas fue pequeño y se llenó de sedición. Y yo vi, y he aquí que en ninguna parte aparecen más, y todo el cuerpo del águila fue devorado por el fuego y fue abatido a tierra» [104]. Vea quien quiera allí la explicación dada por Esdras.

Algunos, en los últimos pasados años, han creído que éste era el mismísimo tiempo en que aquella profecía tendría efecto. Y ciertamente, lo sucedido en este tiempo parece confirmarlo, hasta tal punto que a primera vista casi no podría conjeturarse otra cosa, que aquella profecía había tenido ya su comienzo y el mismo evento profetizado vendría a continuación. Pero el Señor Dios cambió rápidamente la faz de las cosas, y trastocó todos estos pensamientos y mostró de modo irrefragable cuán peligroso es restringir asuntos de tanta importancia a personas o lugares concretos.

Mucho más absurdo es para la cristiandad y mucho más parece contrariarla el que se apoyen muchísimos de este siglo en pronósticos variopintos, antiguos y modernos, profecías y revelaciones y demás cosas y que dispongan pensamientos y afectos, incluso proyectos, de acuerdo con todo ello, cuando muchos de éstos son suposiciones espúreas y fraudulentamente pensadas, ora para adular, ora para engañar a otros, para así confundir a todos, y, por hablar claramente, para rodear a su prójimo con mentiras y hacerle errar. Muchos de estos pronósticos, editados incluso de buena fe por su autor, fueron degenerando, mientras se

[104] Pseudo-Esdras.

relataban, y muchos incluso fueron sacados a luz por sugestión de un daimon maligno.

En el Libro 1.º de los Reyes, cap. 22, aparece un ejemplo clarísimo de que no hay que prestar fe a todas las profecías, incluso a las de autores sinceros, pues aquéllas pueden proceder de un espíritu fanático y malo, donde vemos que Dios para abatir a reyes contumaces utiliza incluso pseudoprofetas. Pues allí se describe el espíritu que poniéndose ante el Señor, dijo: «Iré y me transformaré en oráculo falso en la boca de todos los profetas. El Señor le dijo: Conseguirás engañarlo, vete y hazlo. Entonces se acercó Sedecías a Miqueas, le dio un bofetón y le dijo: ¿Por dónde se me ha escapado el *Espíritu* del Señor para hablarte a ti? Sedecías se hizo unos cuernos de hierro y decía: Así dice el Señor: Con éstos acornearás a los asirios hasta acabar con ellos. Y todos los profetas coreaban...» [104 bis]. Aquí vemos que el mismo Sedecías había creído que su ímpetu procedía de Dios, y lo que sucedió mostró cuán torpemente se equivocó, pues sucedió totalmente lo contrario. Vemos, además, con qué ferocidad y con qué inmoderación se portó aquel Sedecías, y con qué audacia golpeó el rostro de Miqueas, mientras se entregó a su espíritu maligno.

Con frecuencia también sucede que engañado uno por su propio ingenio o imaginación se porta como profeta y se persuade a sí mismo de ser el templo de Dios, en el que no sólo habita Dios, sí que también profiere oráculos como del antro de Delos. ¡Cuántas cosas admirables, aunque ciertamente vanas, puede sugerirle a uno su fantasía,

---

[104 bis] Trad. de *Nueva Biblia Española.*

sueños, palabras, imaginaciones y gestos de delirio, sobre todo la fantasía de quienes padecen enfermedades agudas semejantes a la fiebre! Y lo que puede hacer la fantasía en los que duermen, puede hacerlo en los que están sanos físicamente, pero dados en demasía a la especulación y a la reflexión. Es verdaderamente nefanda arrogancia y orgullo intolerable el leer cualesquiera profecías no con ánimo humilde y simple, sino con deseo de lanzar sus propias conjeturas sobre sí mismos y sobre los demás; éstos se arrogan no sólo la ciencia de discernir lo verdadero de lo falso, sino también la de explicar palabras antiguas e intrincadas. ¿Qué otra cosa es si no el que tales pronósticos se contradigan y se opongan diametralmente con bastante frecuencia? Se presenta vulgarmente la profecía que se atribuye a Juan Carioni y que fue ya impresa en el año 1549, en la que los asuntos de Juliers, de Hungría, de Bohemia, de Braunschweig y de Sajonia se contemplan descritos de tal manera que a primera vista parece que aquélla se haya de cumplir necesariamente [105]. Y cierto, comenzaron a ponerse de tal manera las cosas que casi nadie dudó de su certeza, sobre todo lo de aquel león blanco con doble cola, blanca y negra, que no llevaría más su vestido dividido en tres líneas. Pero todo ocurrió de otra manera.

Ni a nadie se le ocultan los vaticinios, visiones e imágenes sobre el león y su distinta suerte, divulgados en los años pasados. Por el contrario, el pronóstico aquel de Paracelso, como algunos desean, se ha cumplido, quien pintó

[105] CARIONI, Juan, *Suma y compendio de todas las chrónicas del mundo desde su principio hasta el año presente* (trad. castellana de Francisco Thamara, Amberes, 1612).

al león sin fuerzas y le puso estas palabras: «Aunque Dios te dio el que fueras temido, sábete que tienes ya preparado el látigo con que te flagelarán el dorso, de tal suerte que no podrás tenerte, y dirán con admiración: ¿Quién pudo pensar alguna vez que éste podría tornarse tan tranquilo?» [106].

Juan Lichtenberger, al que algunos llaman de Claromonte, muchos años después, puso a la luz la acción de la gran unión de Saturno y Júpiter, que sucedió en 1484, y lo mismo la del eclipse solar del año siguiente, de lo que dijo que estaría en acción hasta 1566 [107]. Pero parece que aquella profecía no procedió de argumentos de astronomía, sino de otra fuente, y lo que dices con causa que sólo haya presentado aquello que se dijo de la unión de los planetas, de eclipses y otras cosas semejantes, tal vez tomado de una antigua profecía no bien por él comprendida, que quiso convertir en pronóstico astrológico.

Y lo demás predicho de Bohemia y del Palatinado, no mal puede acomodarse todo a lo sucedido en estos lugares en años pasados, y todavía no acabó de suceder. Aunque no se equivocó en tales cosas, sin embargo, respecto del momento deliró muchísimo, al aplicarlo a su siglo. De donde Teofrasto Paracelso, intérprete de aquellos vaticinios (dicha interpretción también se halla en la 2.ª parte de sus obras, fol. 608 ss.), cap. 22, en el que se trata del palatinado renano, dice que Lichtenberger introduce la constelación de los príncipes del Palatinado, que, aunque la pasó de largo, no la tocó, sin embargo, a muchas parasangas.

---

[106] PARACELSO, *Oeuvres complètes* (Ginebra, 1658).

[107] LICHTENBERGER, *Pronosticatio in latino* (Estrasburgo, 1488).

Verdaderamente, como la Santa Escritura la explican los herejes, unos de un modo y otros de otro totalmente contrario, quienes deducen no lo que está en la Biblia, sino lo que les sugieren a cada uno sus sentimientos, amor u odio, así, por lo mismo e incluso mucho más, se pervierten las mismas profecías, cuanto más oscuras e intrincadas son, y en las que muchos admiten diversas interpretaciones. Y es cierto que si en un mismo y único siglo se emiten muchas profecías y pronósticos, es señal infalible de innovación o de singular acción divina. Por lo mismo, refiere Guicciardini, en el Libro I de las *Historias* [108], que esto mismo aconteció en el tiempo en que fue arrojada la estirpe aragonesa del reino de Nápoles y de Italia, asolada ésta muchos años por franceses y españoles, donde casi todos sus estados fueron cambiados.

¿Qué debemos esperar ahora? Sólo Dios lo sabe. Yo, pobre pecador, no soy digno de tanta ciencia. Dice el Pastor Fido:

> Si voluntario fuese
> el divino uso del profético lumen,
> sería don de naturaleza y no del cielo.
> Siento yo bien la cansada mente,
> el ver me esconde el Hado,
> y reserva profundos secretos en su seno [109].

---

[108] GUICCIARDINI, *Storia d'Italia* (ed. de 1832) I, 119ss.

[109] PASTOR FIDO, At. 5, Sc. 6:

> *Si volontàrio fosse*
> *De'l profetico lume il divin'uso,*
> *Saria don di Natura, è non del cielo*
> *Sento ben io ne l'indigesta mente,*
> *Che'l ver m'asconde il Fato*
> *E si riserba alto segreto il seno.*

Sólo ruego a Dios Omnipotente, que a mí con otros, que queremos lo mismo con seriedad, nos persuada con toda clemencia de todo lo que puede perturbar al alma. Y así concluyo este discurso con aquello de San Juan en el Apocalipsis: «Ven, Señor Jesús.» La gracia de Nuestro Señor Jesucristo esté con todos nosotros. Amén.

ADDENDA

EPILOGO LAUDATORIO DEL IMPERIO ROMANO *

Oyente. ¡Oh discurso eterno, útil y agradable a mis oídos! Con clara voz confieso que ahora al fin admito y concibo pensamientos dignos de tan gran Imperio. Y entre ellos, éste: ¿Habrá de ser útil a los pueblos estar sometidos a tan gran Imperio? O ¿en exceso cruel tal servidumbre, sin señor vengador a quien recurrir? *Lipsio.* No es vana e inoportuna tal cuestión. Yo sé qué puede condenarle y acusarle, pero sé también muchas y más importantes cosas que pueden absolverle. En primer lugar, ¿cuánto aprecias el que bajo tan gran Imperio haya habido paz y tranquilidad de los pueblos en todo lugar? En parte alguna hubo ejército, enemigo, ladrón; araban, sembraban, segaban; celebraban banquetes y matrimonios, engendraban hijos, los educaban; todo con seguridad y ni siquiera hiriendo oídos con el temor de la guerra. Si ésta había con bárbaros y pueblos lejanos, la oían como diversión pública o historieta, seguros en sus fronteras y fortalezas. Lo escribe Arístides con pulcritud: «Apenas se cree que hayan existido guerras,

* Está sacado por el editor de J. LIPSIO, *Admiranda, sive de magnitudine romana libri quattuor* (Amberes, 1599), pp. 202 ss.

muchos las tienen como ficciones. Si en alguna parte, en las fronteras, hubo conflictos, como en tan gran Imperio es fácil que suceda, por la locura de los getas, la miseria de los africanos, la infelicidad de los que viven junto al Mar Rojo, que no supieron utilizar su propio bienestar y riquezas, pronto esto desapareció del recuerdo como fábulas. ¡Tanta paz reina entre vosotros, romanos, a pesar de tener milicia y guerra entre las instituciones patrias!» [110]. Insisto en la misma alabanza. ¿Cómo, si no, podré representar mejor y con más certeza lo antiguo, si no es con las palabras del antiguo escritor?: «El orbe universo bajo vosotros depuso las espadas que antes solía blandir, como viviendo un día de fiesta, y libremente se tornó a banquetes y otras alegrías. Otras contiendas y disputas abandonaron a las ciudades. Todas tienen una cosa que las hace hermosísimas y de aspecto muy saludable. Todas llenas de gimnasios, fuentes y acueductos, pórticos, templos, tiendas y escuelas. Podría decir que el mundo en declive fue restaurado por vosotros. No sólo las ciudades relucen por sus monumentos, toda la tierra se ve cultivada a modo de huerto o paraíso. Parecen totalmente dignos de lástima quienes no se someten a vuestro Imperio, aunque éstos son minoría, pues carecen de tan grandes bienes.» Esto se dice de verdad y con pulcritud y soy arrebatado al recitarlo, pero no se queda atrás el breviloquio de nuestro Cornelio: «Paz inamovible o poco deteriorada», como aquél escribió de la época de los príncipes [111]. Pero hay otro bien, ¡y éste cuán grande es!, es la intercomunicación de hombres y de

[110] ARÍSTIDES, *Oratio* XIV.
[111] TÁCITO, cf. nota 45.

cosas por vías comerciales libres, por todas partes. Piensa si ahora estaría permitido ver con seguridad Bizancio, la región de Persia o de China, adonde tú mismo tal vez y otros iríais con gusto y deseo. Y llevaríais vuestras miradas y vuestros pies por tantas tierras y mares.

Oyente. Tocas mi inclinación, me atraen sólo pequeños viajes y la contemplación de novedades renueva mi alma y fuerzas. *Lipsio.* Me parece excelente que desees esto. Las almas elevadas y espirituales como el mismo aire gozan con movimiento. Pero ¿cómo fue posible bajo tal Imperio? Con más seguridad que a los belgas a nosotros nos estaba permitido, no diré ir de ciudad en ciudad, sino casi por medio de la ciudad y sus alrededores. Allí estaba permitido visitar grandes y nobles ciudades, ínclitos ingenios, Atenas, Alejandría, Rodas, y allí varones sabios y elocuentes, y dirigirse, en fin, a otras cosas de la tierra por razón de disciplina o cultivo del espíritu. Los mercaderes y quienes tuvieran deseo de otras riquezas, unos navegaban por todos los mares, otros recorrían países aplacando a solos piratas y ladrones o temiendo a publicanos. Pero aplacándolos con un único precio cierto, no pesado, bajo un príncipe moderado y justo. Se transportaban mercancías de lejanas tierras, y se mostraba lo que antes era desconocido. Todo el orbe con esta unión parecía una única nación. ¿Qué voy a decir de las artes entregadas y llevadas a los bárbaros? ¿Qué voy a decir de la elegancia, de las letras y del culto del espíritu? Cuando estando incluso todos separados por cuestión de lengua, se unían a la lengua romana y ésta se propagaba en todas direcciones con el Imperio. Plinio refiere esto con seriedad y con razón para alabanza de Italia: «Elegida por voluntad de los dioses,

haría más luminoso el cielo y reuniría imperios dispersos, suavizaría costumbres, atraería tantos pueblos discordes y lenguas bárbaras atraería al diálogo con el uso de la palabra, daría humanidad al hombre y, resumiendo, haría una patria de todos los pueblos en todo el orbe. Otra vez dice el mismo en otro lugar: «Vemos —dice—, además, llevarse de otras partes por doquier en todo el orbe para la salud humana (se habla en dicho pasaje de hierbas y otras cosas médicas), MOSTRANDOSE LA INMENSA MAJESTAD DE LA PAZ ROMANA NO SOLO EN HOMBRES DE TIERRAS Y NACIONES DIVERSAS, SINO TAMBIEN EN MONTES y cerros que suben hacia las nubes, y SUS PRODUCTOS HERBACEOS» [112]. Y no menos dice Strabón: «Los romanos, asumiendo bajo su Imperio a muchos pueblos antes salvajes por los montes o naturaleza agreste del lugar, o por el frío u otra causa, y a los mismos que estaban separados e insociables, los unieron con el comercio y les enseñaron a llevar vida civil, abandonando su modo de vida salvaje» [113]. Y Claudiano dice de modo admirable:

> Todos debemos usar las costumbres pacíficas de éste,
> lo que hace el huésped como en su región patria,
> pues puede cambiar de domicilio y contemplar Islandia
> y de nuevo penetrar parajes otrora horrendos,
> pues bebemos el Ródano y el Oronte,
> todos somos UN UNICO PUEBLO [114].

¡Qué palabras y qué cosas tan admirables! ¿Puede haber mayor placer o bienestar?

---

[112] PLINIO, *Naturalis Historia*, XXVII, 1.

[113] ESTRABÓN, II, 5, 26.

[114] CLAUDIANO, cf. nota 46.

Omito gobierno y leyes; casi los mismos pesos y medidas y monedas, y muchas más cosas de las que todavía hoy existe cierta experiencia en el Imperio de los turcos, y sería mayor si leyes y política fueran allí mejores. Pero nuestra desgraciada Europa, ¡cuán carente está de ellos hace ya muchos siglos!, se ha sumido en continuas guerras y disensiones. ¿Por qué? Porque reinos y dinastías circunscritas en pequeñas fronteras siempre tienen motivos para temer a los vecinos, para esperar o quejarse o para vengarse de ellos. Lo mismo sucedía antes del Imperio romano, como afirmó Plutarco y puso en hermosa imagen: «El fue como ANCLA para un mundo a punto de naufragar» [115]. ¡Y con qué propiedad sobre nuestra triple Galia Cerial en Tácito! «Reinos y guerra siempre hubo en la Galia hasta que aceptasteis nuestro derecho» [116]. Hubo, querido oyente, y habrá hasta que él llegó.

Oyente. Tus discursos atraviesan el fuego, cuidado, no te quemes. *Lipsio.* Pero yo hablo ante ti libremente de la República y como los filósofos en sus escuelas. Ni éstas existen, ni tal vez existirán, ni deben existir, dirá alguno. Dejo a Dios lo que pueda suceder. Pienso también será para unidad de la religión y para uso de todos los súbditos y, en fin, contra el común enemigo el turco, será poderosa cabeza única. Tú, Dios, salvación y tutela de todo, otorga lo que conviene. Concede a los alegres y pacíficos venir a tus lugares alegres y pacíficos. Aquí acabo y te dejo, joven mío.

---

[115] PLUTARCO, *Fortuna Romanorum*, 317.

[116] TÁCITO, *Annales*, 4, 74ss.